Pepa
y
La Virgen

CAPÍTULO 1

En el portal de una gran casa de vecindad de Madrid, situada en los barrios extremos, hay una especie de nicho y dentro de él, un cuadrito con una estampa que, según dice el letrero, es el verdadero retrato de nuestra Señora de la Soledad.

Una pequeña y mugrienta lamparilla alumbra, como avergonzada, al cuadro, al pie del cual hay una tablita a guisa de altar, con un lienzo y dos pequeños y pintarrajeados tiestecitos de yeso con flores de papel de color.

Dos vecinas son las encargadas de suministrar el aceite para que arda continuamente la lamparilla.

Estas dos mujeres son viudas, vendedoras, y repiten sin cesar que, desde que la virgen tiene luz, no ha sucedido desgracia alguna en la casa, cuando antes no pasaba día sin que hubiese que lamentar algo.

El aceite está por las nubes y ellas son pobres; pero primero dejarían sin comer a sus hijos que sin aceite a su lámpara.

El chico de una de las mujeres, llamado Julián, de oficio vidriero, entró un domingo en un templo evangélico, donde a la sazón se celebraba una Escuela Dominical: habiendo quedado muy complacido de lo que ahí oyó, siguió asistiendo al referido lugar sin decir nada a su madre, por temor de disgustarla, hasta que, por la misericordia de Dios creyó en el Evangelio.

Desde entonces el pobre chico rogaba a Dios que trajese a su madre al verdadero camino, y ya veremos como Dios oyó sus ruegos.

El muchacho tomaba porciones bíblicas de las que se reparten en las Iglesias evangélicas y, una hoja desprendida de ellas cayó al suelo, en su casa y la madre la encontró.

La hoja no tenía principio ni fin y al encontrarla la pobre Pepa -así se llamaba la madre de Julián- no pudo saber de lo que se trataba, y sólo pudo leer: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. El hombre es impotente para ganar su salvación; en vano confía en sus méritos y obras, pues siendo él concebido y nacido en pecado, sus obras y méritos son miseria y corrupción. No hay justo ni aún uno, y maldito el hombre que confía en el hombre...”

Nada más pudo leer Pepa, pero esto bastó, pues empezó a concentrarse en sí y a cavilar en lo que había leído.

Pasó muchos días en una grande inquietud que le quitaba el sueño y hasta el apetito. En vano rogaba día y noche a la virgen su *portera*, según ella la llamaba, para que le devolviese la tranquilidad; su querida virgen, o se había vuelto sorda, o no quería escucharla.

Un día, después de haber echado aceite en la lámpara, se encontró en la escalera con

la señora Rosa, su compañera de cuidados de la Virgen.

-¡Ay, señora Rosa! -exclamó Pepa al verla-. ¡Qué mal me encuentro!

-¿Pues qué tiene usted? ¿Está atacada de jaqueca, o le ha dado algún disgusto el chico? Pues mire usted, lo que es el mío no me lo ha dado pequeño. ¡No se le ocurre al muy tunante irse el domingo a los novillos y bajar a torearlos! Y un novillo le ha roto la capa en tantos pedazos que parece una bandera.

-¡Quizá no señora!, no tengo jaqueca; y a mi chico, no sé qué le ha entrado que ni yo misma le conozco. Ya no juega ni falta nunca a su trabajo; me entrega el jornal entero, y los domingos no sé donde se va; ya no se junta con sus amigos de antes. Parece otro.

-Pues entonces, ¿qué tiene usted?

-No sé, pero estoy pensando en, que será de mí si ahora muriera.

-Mujer, no tenga usted pena; para eso tenemos a la bendita Virgen que ruega por nosotros.

-Cierto, señora Rosa, pero, no sé lo que tengo que no me deja descansar.

-No haga usted caso, eso pasará; tenga usted confianza en la bendita Virgen.

Ambas vecinas se separaron.

****

CAPÍTULO 2

Así las cosas, Julián observó un día que su madre no comía y estaba triste.

-¿Qué tiene usted, madre?, -le preguntó el joven.

-No sé, Julián, pero no hago más que pensar en la otra vida y tengo una angustia...

-El buen muchacho creyó ver en esto la contestación a sus oraciones, y que era llegada la hora de hablar a su madre.

-Diga usted, madre; ¿creé usted que si la muerte viniese, se salvaría usted?

-Eso es lo que me inquieta. Yo he consultado con el padre Ambrosio y no me ha dejado satisfecha; echo aceite a la Virgen y no hallo paz; rezo mi rosario, y ni aún rezando estoy tranquila.

-¿Y desde cuándo nota usted eso?

- Desde un día que leí un papel que encontré en el suelo. Aquel papel no sé lo que tenía, pero parecía que me quemaba. He hablado de esto al confesor y parece que no me entiende.

-Yo sí la entiendo a usted, pobre madre mía; yo la llevará a un sitio... a un sitio donde se habla de estas cosas; quizá allí encontrará la tranquilidad que ha perdido.

No se habló más del asunto; el chico se fue a su trabajo orando y pidiendo a Dios por la conversión de su madre.

Llegada la noche, Julián llevó a su madre a la Iglesia evangélica.

Principió el culto, como siempre, por un himno, Julián observaba a su madre y veía en su semblante pintadas, a la par, la curiosidad y la sorpresa; pero cuando empezó la oración, la pobre mujer se hallaba pendiente de los labios de quien la dirigía.

Por fin se leyó la Biblia y vino la predicación. El texto que el predicador tomó fue sacado del Evangelio de San Lucas, Cap. 15:21, donde dice el hijo pródigo: “Padre, he

pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado tu hijo".

El predicador hizo observar a las gentes que aquellas palabras tenían un sentido figurado y que aquel pasaje indicaba que Dios está pronto a perdonar a todo pecador, que a El se llegue confesando sus pecados y pidiéndole perdón.

Pepa no respiraba siquiera; su mirada fija en el que ocupaba el púlpito seguía anhelante sus menores movimientos. Su alma seca recogía con avidez aquel rocío para mitigar la sed que la aquejaba.

Cuando terminó el culto, su hijo nada le habló, viéndola tan preocupada; sólo rogaba fervorosamente a Dios trajese a su madre al verdadero camino, que es Jesucristo.

Llegados a su casa se acostaron, sin hablar apenas palabra.

Pepa tardó mucho en rendirse al sueño; estaba muy preocupada con lo que había visto y oído; en sus oídos resonaba el eco de los cánticos, las luces giraban en derredor de su imaginación, se figuraba oír todavía la voz del predicador y veía sus ademanes.

"¿Cómo es posible", se preguntaba, "que Dios pueda perdonar gratuitamente? No, Dios no perdona, si no se hace penitencia. Pero el caso es que aquel señor decía lo mismo que el papel que leí; y es que siendo nosotros manchados y nacidos en pecado, todo lo que hagamos ha de ser manchado. ¡Cuánto hablan de Jesucristo; hasta en los cánticos le nombran! Y la oración la ofrecieron en el nombre, por el amor y los méritos de Jesucristo. ¿En qué consistirá que ni el padre Ambrosio ni los demás sacerdotes hablan apenas de Jesús? Y el caso es que dicen que somos cristianos porque creemos en Cristo, y no nos hablan de El más que por Noche Buena y Semana Santa; es decir, cuando nace y cuando muere. Yo consultaría con el padre Ambrosio, pero tengo miedo. Lo que haré será decir a Julián que me lleve mañana a la sala, y me enteraré más, y quizás encontraré tranquilidad. También veré si puedo conseguir un libro como el que han leído esta noche".

La pobre mujer se hallaba sumida en este razonamiento. De repente pensó: "¡Si yo pudiera orar!" Probó a hacerlo; con los labios nada decía, pero su corazón se elevó a Dios, y Dios indudablemente la escuchó. La infeliz mujer sólo decía: "He pecado contra el cielo y contra Ti, y no soy digna de ser llamada tu hija".

Hecho esto, procuró dormirse y lo consiguió.

****

CAPÍTULO 3

Apenas la luz del nuevo día se dibujaba en el cielo, Pepa, según su costumbre estaba de pie, más siempre con la misma idea de poseer el libro en donde leyó "aquel señor" la noche anterior.

Pepa era una de esas mujeres del pueblo, de corazón de oro y alma bien templada: su instrucción era escasa, pues conocida es la instrucción que se daba a las personas de esta clase, años de atrás; sin embargo, Dios había dotado a esta mujer de una inteligencia clara; y gracias a ella en los pocos años que asistía a la escuela había aprendido a leer.

Levantado su hijo, y mientras la buena madre le ponía el almuerzo, le preguntó:

-Dime, Julián, ¿podría yo obtener un libro como el que leyeron anoche?

-Pero madre, -preguntó a su vez Julián-, ¿usted sabe el sitio en que estuvo anoche?

-No, pero oí cosas muy buenas; y si hubiera más reuniones, quisiera que me llevaras.

-Sí, la llevaré a usted; pero es necesario que sepa que aquel local es una Iglesia evangélica; que lo que presenció usted fue un culto protestante, y que el libro que usted desea poseer es la Biblia.

Pepa ya se lo había sospechado y exclamó:

-¿Y qué importa? Allí oí hablar de Dios y Jesucristo como nunca había oído; y en aquel libro leí una cosa que jamás supe, y es la manera en que Dios perdona.

-Pero madre, ¿qué diría el confesor si lo sabe?

-No le diré nada; y en todo caso, sermón más o menos; y si no, ¿por qué no me habla de él como me hablaron anoche?

Julián veía que la tierra estaba dispuesta para recibir la buena semilla, y corrió a su cuarto volviendo a poco con un libro que puso en manos de su madre, diciéndole:

Tenga usted este libro, es igual al que leyó el predicador, -y añadió con voz solemne-: Que Dios bendiga a usted, madre mía, en la lectura de su Santa Palabra.

E inmediatamente marchó a su trabajo.

Pepa permaneció unos instantes con el libro entre sus manos; sentía la misma impresión que sintió cuando leyó el pedazo de la hoja hallado en el suelo, por fin abrió la primera tapa del libro y leyó:

El Nuevo Testamento
de
Nuestro Señor Jesucristo.

****

CAPÍTULO 4

Imposible es describir la sensación que Pepa recibió al leer el título del libro que tenía en sus manos. "¡Cómo!" se decía, "Cristo escribió su testamento y nos lo ha dejado, ¿cómo es que no he oído nunca hablar de esto? "

Cerró el libro y se quedó meditabunda.

Lo abrió de nuevo y sus ojos cayeron sobre estas palabras: "De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito para que todo aquel que en El cree no se pierda, más tenga vida eterna".

"¡Ah!" Exclamó de nuevo, "la misma doctrina de aquel señor. Dios mío, Dios mío, Tú sabes que creo en Ti; dame tranquilidad. ¿Qué es lo que me pasa? Yo no me puedo explicar esto. En mi vida nunca he sentido estas cosas. Por un lado tengo miedo y por otro tengo deseos de saber. ¡Y si lo que aquí dice no fuera verdad!; pero, ¿y si lo es? "

Durante este periodo de incertidumbre, pasó la mujer, sin darse cuenta de ello, unas cuantas hojas, y al volver a fijar la vista otra vez sobre el libro leyó:

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan.

Nueva lucha interior de Pepa.

"¡Este libro contiene los Santos Evangelios!" Yo creía que sólo en latín estaban escritos. ¿Serán verdaderos? "

Atormentada por estas dudas y esperanzas, dejó el libro sobre la mesa, se fue a la cocina y fijó su vista en la aceitera. "¡Ah!", se dijo, voy a echar aceite a la lámpara, y ya hoy no salgo a vender, pues es tarde. Tiene razón la señora Rosa; dejaremos correr las cosas y viviré como me han enseñado".

Esta resolución era natural, su alma padecía: por un lado las enseñanzas arraigadas en su cabeza, y por otro la ignorancia en las cosas divinas, la sumían en una confusión de la que no se podía librar; pero aquella mujer estaba predestinada para ser una oveja del redil de Cristo.

Cogió la aceitera y salió para echar aceite a la lamparilla de la Virgen.

Al pasar frente a la puerta de Rosa oyó a ésta que gritaba y maldecía como una loca.

Pepa, con esa franqueza que distingue a los vecinos de estas casas de vecindad, entró en deseos de saber lo que pasaba a Rosa y alzando el picaporte sin más cumplimientos, entró en el cuarto y le dijo:

-¿Qué tiene usted, señora Rosa, que está tan enfadada?

-¡Qué ha de ser!, Que ese bribón de mi hijo me ha cogido la mitad del dinero que tenía para el mercado y hoy no tengo suficiente dinero para echar viandas en la cesta.

-¡Vaya, por Dios, señora Rosa, tenga usted paciencia!

-¡Qué paciencia ni qué ocho cuartos! ¿Le parece a usted poca paciencia el sufrirle?; la semana pasada faltó a su trabajo tres días; ayer le llevaron a la prevención por romper un farol de una pedrada, y hoy me coge el dinero. Le digo a usted que en cuanto le vea le mato; ese chico va a causar mi perdición.

-Repréndale usted cuando venga, pero no le haga nada; los hijos se acostumbran a los palos y son como los pájaros de la vega, nos vemos después, que voy a poner la luz de la Virgen.

-Ella le acompañe, señora Pepa, y a mí me dé paciencia.

Pepa salió preocupada con el suceso acaecido a su vecina. Julián era antes tan malo como Paco, el hijo de Rosa. Como él, faltaba a su trabajo, le quitaba el dinero que podía y, en una palabra, le daba muchos disgustos y pesadumbres.

¿Quién le había vuelto bueno, trabajador y obediente?

Esto era un enigma todavía para la pobre madre que, sumida en estas reflexiones llegó al portal, puso la escalera de mano, y subida en ella echó aceite a la lamparilla. La encendió, sopló los tiestecitos para limpiarles el polvo y bajó la escalerilla. Rezó un Ave María y tornó a subir con dirección a su casa.

Cuando pasó por la puerta de Rosa, todavía la oyó maldecir.

Una vez en la soledad de su casa, volvió a mirar al libro que estaba sobre la mesa y, sin atreverse a abrirlo, se decía hablando consigo misma, al par que se ocupaba en sus quehaceres: "sí, mi hijo era antes muy malo y hoy no lo es: sí, sí, en este libro ha aprendido a ser hombre de bien, el libro no es malo; sí, no debe ser malo el libro. Pero no habla nada de la Virgen santísima, y yo creo que debiera hablar. Después de todo, justo es que pensemos en Jesucristo, porque por nosotros murió, y su madre no debe mirar mal que a El le pidamos y le demos gracias; yo querría mucho al que amara a mi hijo. Nada, nada, hablaré con Julián. ¿Quién sabe si hasta ahora he vivido engañada?"

En esto, la hora de la comida de Julián se acercaba, y su buena madre le esperaba con

ansia.

***

CAPÍTULO 5

Sonaron pasos en el corredor y Pepa reconoció en ellos a su hijo. A los pocos momentos la puerta se abrió y Julián entró en la habitación.

-Buenos días, madre.

-Buenos días, hijo mío; estaba deseosa de que vinieras, pero vamos a comer. Durante la comida hablaremos. Siéntate, que voy a colar la sopa.

Pepa se fue a la cocina y Julián se sentó delante de una mesa, no con aparato de lujo, pero sí rebosante de limpieza. Un blanquísimo mantel la cubría; y las cucharas, aunque de madera, parecían de marfil a causa de su blancura y brillo.

-Vaya, ya está la sopa, y calientita. A comer. ¡Quién tuviera buen apetito!

Madre, ¿no le parece a usted que habiendo tantos pobres que no tienen pan, nosotros debemos, antes de comer, dar gracias a Dios que nos lo da?

Sí, hijo, tienes razón.

Y Julián, poniendo los codos sobre la mesa, inclinó su cabeza hasta apoyarla sobre sus manos, imitándole su madre, bastante sorprendida, pues nunca había visto aquella acción en su hijo.

Hubo unos momentos de pausa al cabo de los cuales Julián exclamó con entonación solemne: "¡Oh nuestro Dios y Señor!" Gracias te damos por tus beneficios, y en especial por el de este momento, cuando tantos habrá que hoy padecerán los tormentos del hambre; nosotros por tu misericordia tenemos ron qué alimentarnos. ¡Haz, Señor, que este alimento nos dé fuerzas para servirte! ¿Bendice nuestras almas, y perdona nuestros pecados; bendice nuestra mesa y ten misericordia de los que no tienen y padecen hambre! Todo te lo pedimos por el amor y los méritos de Jesucristo tu Hijo y nuestro Salvador. Amén!"

-¡Amén! -Repitió Pepa.

-Vaya, madre, ya tenemos la bendición de Dios sobre nosotros y nuestra mesa; a comer lo que Dios nos da.

-Tú me alientas, Julián: ¿cómo sabes que Dios ha bendecido ya nuestra mesa?

-Porque creo en El. ¿Usted cree lo que Dios ha dicho por medio de Jesucristo?

-Yo, sí.

-Pues si usted cree lo que Dios y Jesucristo han dicho, oiga sus palabras: "De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará". Advierto a usted que esto nadie me lo ha dicho; lo he leído en el libro que le di en la mañana.

-¿En el Nuevo Testamento?

-Sí, Evangelio de San Juan, Capítulo 16, versículo 23.

-Pero, dime, Julián, ¿ese libro es verdadero?

-Sí madre, es igual el Nuevo Testamento de los curas.

-Pues entonces, ¿cómo nunca el padre Ambrosio, a pesar de mis ruegos, me ha dicho esto?

-El padre Ambrosio, si es que sabe que existe tal texto, no quiere decírselo a usted por sus razones particulares.

-No hables así de mi confesor; es un santo varón, es un justo.

-¿Que es justo? Me alegro de poder conocer un justo sobre la tierra, pues Dios ha dicho: "No hay justo, ni aún uno".

-Vamos, quiero decir...

-Mire usted madre, otra vez hablaremos del padre Ambrosio; yo lo respeto, pero, ¿se acuerda usted de la amenaza de negarle la absolución, si no me quitaba de ir al casino republicano? ¿Se acuerda usted de la paliza que, gracias a él, me dio usted porque era yo miliciano nacional? ¿No cree usted que un sacerdote no debería mezclarse en política, y sí, solo ocuparse en su ministerio? Yo hubiera entonces querido conocer el Evangelio para poder decir al padre Ambrosio: "Dad a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César". Esto ha dicho Jesús, madre. ¿Qué le importa a su confesor cuáles eran mis opiniones políticas?

- Me parece que tienes razón; y te pegué.

-Usted me pegó porque el buen padre la volvía loca con sus amenazas; pero dejemos esto. Créame usted, madre, que para ser salvo se necesita creer en Jesucristo: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa". Este pasaje se lo explicaré a usted esta noche después del culto.

-¿Pero no hablan de la Virgen en este libro?

-Sí, señora, hablan en varias partes de esa bienaventurada señora. Lea usted el Evangelio de San Lucas, Capítulo I. Vaya, me voy a mi trabajo, pues es tarde; que el Señor Jesús quede en su compañía.

-El te acompañe, hijo.

-Julián y su madre se levantaron de la mesa y el primero marchó a su trabajo.

Pepa, entonces, levantó los manteles y puso en orden algunas cosas e, inmediatamente, tomó el Nuevo Testamento, y se sentó en una silla cerca de la ventana para leer en él.

***

CAPÍTULO 6

Antes de abrir el libro, pidió a Dios de todo corazón le ayudara a descubrir la verdad, y le diera tranquilidad de espíritu. En seguida buscó el Evangelio de San Lucas y leyó toda la relación del primer capítulo, sin alterarse, hasta llegar al versículo 27, donde el evangelista habla por primera vez de María.

Recorrió con ansiedad y con el corazón palpitante de emoción desde el versículo 27 al 46. "¡Ah!", se dijo, "este libro habla bien claro de la bendita Virgen". Y luego, fijándose en el versículo 28, donde dice el ángel: "Salve, muy favorecida, el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres!" Pepa repetía: "Aquí están bien claras en boca del ángel las palabras que nosotros repetimos en el Ave María. Pues entonces, ¿qué mal hay en adorar a la bendita Virgen? Yo desearía que se me explicara porqué sólo a Jesucristo debemos pedir y adorar. Y por otra parte, si como yo creo. La Virgen tiene poder para conceder lo que se le pide o interceder, ¿por qué permite que yo que tanto la amo esté en estas luchas, dudas y tormentos rezándole como le rezo? Cuando antes de comer oró mi hijo, me quedé más tranquila con

aquella oración que cuando rezo mi rosario en el que repito cincuenta veces el Ave María".

Volvió a inclinar su vista sobre el libro, y se fijó en las palabras del versículo 47: "Y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador".

-¡Ah! -exclamó llena de asombro-. Dios, mi Salvador; Dios, mi Salvador -y lo repetía casi maquinalmente.

-¿Qué significa esto?... ¿Tuvo la bendita Virgen necesidad de un Salvador?. . . -Me han enseñado que nació y vivió y murió sin pecado; y de ella espero yo mi salvación! ¡Pero si ella ha tenido necesidad de un Salvador!... y volvió a leer las palabras para cerciorarse de que las había leído bien.

-Sí -murmuró- "Dios mi Salvador", dice bien claro. Pues si no ha podido salvarse a sí misma, ¿cómo puede salvarme a mí?

Siguió leyendo los versículos 41 y 49, y aquí cerró el libro como por la mañana, diciendo:

-No puedo más; cada vez estoy más confusa; aquí he leído: "Desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones", y esto parece como si la Virgen hubiera adivinado el culto que le habrían de dar... Nada, la qué esta así. Pediré a Julián que me diga claramente lo que él sepa, porque... sí, él sabe algo.

Dicho esto, la mujer se levantó de la silla, y se dedicó a sus quehaceres, pero siempre combatida por los mismos pensamientos que la inquietaban.

Como todo pasa, pasó también la tarde, sucediéndole la noche, y con ella la hora de venir Julián de su trabajo. Como por la mañana, su madre le esperaba y como por la mañana, resonaron las fuertes pisadas del joven en sobre d pavimento del corredor.

-Buenas noches, madre - dijo el joven al entrar.

-Buenas noches, hijo; deseaba que llegaras para hablarte, pero vendrás muy cansado de tu trabajo.

-No, señora, Dios me da salud y fuerza para trabajar, y no me canso. ¡Cuántos pobres quisieran tener trabajo!

- Cierto, hijo; pero siéntate y dime una cosa: ¿quién te ha tornado de tan malo como eras antes a tan bueno como eres ahora?

-Madre, si porque ahora cumplo con mis deberes, lo que antes no hacía, quiere usted decir que soy bueno, debo explicarle que he conocido a Jesucristo, y he visto que mi estado anterior no era el que conviene a un hombre. Vi que yo era condenado, vi cómo podía salvarme, acudí a Jesús y si algo de bueno hay en mí, es El quien me lo da.

-¡Cuánto consuelo me das, Julián! Yo quisiera tener la confianza que tú tienes.

-Usted la puede tener, madre, haciendo lo que yo he hecho, y creyendo lo que yo creo.

-Yo, hijo mío, creo en Dios y en la bendita Virgen.

-Eso es: algo en Dios, mucho en la Virgen, y nada en Jesús. Usted confía en rezos, y cree que hace méritos oyendo misas y dando limosnas a los ciegos, para que canten oraciones a los santos de su devoción, y olvida confiarse en el único que puede salvarla, Jesucristo.

-Pero hijo ¡si yo creo en Jesucristo!

-También cree usted en santa Brígida. Dígame francamente, ¿a quién ha puesto más velas, a Jesús o a la Virgen de la Soledad?

-Hombre... yo... a la Virgen.

-Pues vea usted cómo va usted equivocada y el por qué yo le digo que busca usted la

salvación a tientas. ¿Ha leído usted esta tarde el Evangelio?

-Sí, lo he leído.

-¿Y qué piensa usted de él?

-Que es muy bueno, pero que estoy confundida y que no se ha hecho su lectura para mí.

-¡Calle usted, madre! ¡No diga tal cosa! El Evangelio se ha hecho para todos: lo que sucede es que como no esta acostumbrada, su lectura le turba.

-Eso que tú dices será, y te prometo que entenderás mi confusión, le seguiré leyendo.

-Bueno, mientras cenamos hablaremos y después en camino hacia el templo.

Y, madre e hijo se sentaron a la mesa.

***

CAPÍTULO 7

A la hora de comer, Julián indicó a su madre la necesidad de orar, como había hecho por la mañana. Apoyó, pues, los codos sobre la mesa y la frente en sus manos, y en esta reverente actitud, que imitó su madre, elevó su corazón a Dios, para darle gracias por los beneficios que de El habían recibido durante aquel día. Le suplicó que iluminara a si madre y la hiciera conocer la verdad y con ésta a Jesús; pidió perdón por sus pecados y por último, suplicó a Dios les bendijera a ellos y a su mesa, y todo esto lo suplicó y ofreció diciendo: "En el nombre, por el amor y los méritos de Jesucristo nuestro único Redentor, nuestro único Intercesor, Nuestro único Abogado, Amén".

-Madre mía dijo Julián después de unos momentos de silencio, vamos a comer. Ha acertado usted mi gusto, está muy bien guisado este bacalao, ¡qué bueno está!

-Sí, pero sólo el bacalao con patatas no es muy apetitoso.

-Pues yo lo hallo muy bueno, y más si está acompañado de la presencia de Dios, de la de una madre querida, de buena salud, de alegría, de paz, de tranquilidad. Pero esto a un lado, hablemos del Evangelio del que poco ha me decía usted no había sido escrito para que usted lo leyese.

-Sí, hijo mío, no lo puedo entender, pues en unos sitios habla de un modo, y en otros de otro.

-¿Qué es lo que más le ha llamado la atención respecto de María?

-Que ella diga o dé gracias a su Salvador. Yo ignoraba que María tuviera necesidad de Salvador, pues creo que no tuvo ni aún el pecado original, y lo otro es que ella misma adivina el culto que hoy le damos, culto injusto porque ella dice: "He aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones". Y tú dices que al único que se ha de adorar y pedir es a Dios por medio de Jesucristo.

-Bueno: ¿y es esto todo?

-Sí, eso es lo que me confunde.

-Pues desde el domingo que viene, vendrá usted conmigo a una reunión, y allí aprenderá usted esas y otras cosas. Ahora yo le explicaré a usted eso que tanto la confunde y que yo encuentro muy claro. Usted no supondrá de ningún modo que el ángel, al decir a

María: "Salve muy favorecida", trató de rezarla; pues sólo fue una salutación.

-Cierto; así nos lo enseña la Iglesia.

-Pues si la Iglesia lo enseña así, ¿por qué convertir en oración lo que sólo fue un saludo? El ángel llama favorecida a María, porque a ella era concedido el especial favor de ser madre del Mesías. Este favor era entonces esperado, o mejor dicho, codiciado por todas las mujeres judías, pues...

-¡Cómo! ¿María era judía? ¿Cómo te atreves a decir eso?

-No se asuste usted madre, que no he dicho blasfemia ni cosa fuera de razón. María tenía que ser de alguna nación, y así como usted es española, porque desciende de españoles, y sobre todo porque ha nacido en España, María Virgen era judía, porque descendía de judíos y nació en Judea.

-Yo no sabía eso; nunca mi confesor me lo dijo y creí. . .

-Sí, usted ignora eso y otras cosas más importantes que su confesor no le ha dicho. Jesús mismo fue judío. Ahora prosigo: Decía que todas las mujeres hebreas deseaban ser madres, porque de una de ellas había de nacer el Cristo. Esta gracia fue concedida a María de Nazaret, y he aquí porque el ángel le llama "favorecida". Con respecto de lo que usted llama culto, y que según usted fue profetizado por la Virgen misma en sus palabras: "desde ahora me dirán bienaventurada, todas las generaciones", lo tiene usted explicado en las palabras de Elizabeth, cuando le dice: "bienaventurada la que creyó en el cumplimiento de las cosas que le fueron dichas de parte del Señor", es decir, que María sería la madre del Hijo de Dios, Salvador suyo y de todos aquellos que como ella, creyesen en El.

-Jesús nunca tuvo intención de que se diera culto a María, sino sólo a El; pues en ninguna parte de su Palabra vemos ni asomos de tal deseo, al paso que sí vemos que lo reprende con bastante energía.

"En cierta ocasión una mujer le dijo: *"Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste"*; eso era dar mucho menos culto que el que hoy se da a María. ¿Y qué supone usted que contestó Cristo? ¿Lo aprobó o lo desaprobó? ¿Qué piensa usted?"

-Toma, no sé - pero diría que sí eran bienaventurados los pechos que le criaron y el vientre santo que lo trajo.

-¿Y no cree usted que aquella debió ser una buena ocasión para que Jesús hubiera dicho o aprobado algún culto a su madre?

-Sí, y yo creo que así lo haría.

-¿De modo que usted se dará por convencida cuando vea un texto en que el Señor diga lo contrario del culto?

Sí. Julián se levantó de la mesa, fue a buscar el Nuevo Testamento, volvió con él y leyó: *"aconteció que una mujer de la compañía le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. Y Jesús dijo: antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan."* (Lucas 11:27 y 28).

Esto, añadió Julián, no es en manera alguna aprobar el culto a la madre; antes dice que son más bienaventurados los que, como María, oyen la Palabra de Dios y la guardan. Aquí como usted ve, el mismo Jesús dice que son bienaventurados los que oyen su Palabra y la guardan, antes que el vientre que le tuvo y los pechos que le sustentaron. Si Jesús hubiera deseado que su madre fuese objeto del culto que la Iglesia Católica Romana hoy le da, lo habría dejado consignado en algún pasaje.

-Me parece que tienes razón, Julián; pero, ¿no crees que la Iglesia tiene poder para dar

culto a cualquier criatura, siempre que esté en opinión de santa? -

-La Iglesia de Jesucristo no puede hacer más de lo que la Sagrada Escritura le ordena, dijo Julián; y puesto que esto no se halla en la Biblia, no debe practicarlo. Nada, confíese usted en sólo Jesús y encontrará la paz y la tranquilidad; lea el Nuevo Testamento y verá que cada vez comprende más su lectura.

Y ahora vamonos al culto.

-Pepa y su hijo se levantaron de la mesa y mientras la madre se ocupaba en quitar el mantel y poner en orden algunas cosas, Julián se peinó un poco, tomó el libro de Himnos y el Nuevo Testamento, y poniéndose la gorra dijo a su madre:

-Cuando usted quiera.

-Vamos -replicó Pepa, saliendo de su cuarto y acabando de arreglarse el pañuelo.

***

CAPÍTULO 8

Al llegar al portal se encontraron a Rosa y otras vecinas que estaban hablando.

-Buenas noches, vecinas dijo Pepa.

-Buenas noches, señora Pepa y compañía contestaron.

-¿Sabe usted lo que ha pasado, señora Pepa? Le preguntó una de ellas.

-No, señora Damiana.

-Pues ahí es un grano de anís, sobre que puede que usted sola lo ignore. Todo el barrio está alborotado.

-Vamos, pero, ¿qué es ello?

-¡Que ha de ser!... Que ahí abajo han puesto una escuela los protestantes, y todos los niños que hallan por la calle los roban y se los llevan a ella.

-¿Cómo, sin permiso de los padres?

-Sí, señora.

-¿Y qué interés tienen en llevárselos?

-Mucho, por lo que los tales protestantes son unos infames que quieren matar a todos los curas, y hacer que desaparezca la religión, para robar ellos los tesoros de la Iglesia y llevárselos a su país; por eso arrebatan los niños, les enseñan esas doctrinas, y cuando sean grandes... ya verá usted... Ya verá usted.

-Pero señora Damiana añadió otra vecina, ¿olvida usted lo mejor y es lo que ha dicho doña Rafaela?

Efectivamente, doña Rafaela llegó en ese momento al portal y es digna de que hagamos su retrato, porque más tarde la hemos de encontrar.

Era esta señora, según decía, viuda de un coronel que murió en los campos de Navarra, tenía 69 años de edad, y pasaba en la vecindad por una mujer de gran saber. Todas las vecinas la trataban con mucho respeto, porque veían venir en carruaje a su casa, señoras de “alto copete”; por lo demás, nadie sabía de qué se mantenía; si bien no ignoraban que era ducha en echar las cartas y adivinar el porvenir. Jamás salía de la Iglesia, se confesaba dos veces por semana, y mantenía muy buenas relaciones con algunos sacerdotes, en especial con el párroco de su Iglesia. Su físico se conservaba bastante bien, aunque según ella, no

era ni sombra de lo que en algún tiempo fue. Jamás dejaba el rosario ni su libro de oraciones, poseía un corazón muy sensible, y amaba hasta a los animales. Esto último era verdad, a juzgar por las caricias que prodigaba a cuatro gatos negros que con ella habitaban y a los cuales llamaba hermosos, hijitos, luceros y otras lindezas por el estilo.

-¿Qué sucede, señoras mías? preguntó al llegar al corro de vecinas, santiguándose delante de la Virgen.

-Nada, sino que estamos contando a la señora Pepa lo que hacen los protestantes con los niños.

-¿Cómo, es posible que la señora Pepa lo ignore?

-Sí, señora -le contestó Pepa-: no sabía nada.

-Pues Dios nos libre de semejante plaga, y tengan ustedes cuidado, en especial, con los niños. A esos bárbaros les gustan los más gruesos y más tiernecitos.

-¡Ave María purísima! -exclamaron todas en coro.

-¿Pero, qué hacen con ellos? -preguntó Pepa.

-¡Los matan para sacarles el sebo y hacer conjuros con él en sus sinagogas!

-¡Virgen santa, qué horror! -exclamó Pepa-; ¿pero eso es verdad?

-¿Cómo que si es verdad? Bien se conoce que no ha ido usted a oír predicar al padre Melitón el día de los dolores. ¡Qué pico de oro! El mismo contó lo que esos perros herejes hacen; y yo he visto un carro donde llevaban cinco niños...

-Pero diga usted, doña Rafaela, ¿el gobierno cómo permite eso?, -preguntó una de las mujeres.

-Hija, en estos días de libertad de cultos, todo es permitido.

-Pues esto ha de acabar mal, -dijo una.

-Y tanto, -añadió otra.

-Nosotras, -replicó una tercera, hemos suplicado a doña Rafaela avise a D. Melitón y este bendito señor viene esta noche haremos una función de desagravios a la Virgen, rezándole un trisagio. ¿Y se queda usted con nosotras, señora Pepa?

A este tiempo, Julián, que bajó delante de su madre y que estaba en la puerta hablando con un amigo, como notó que su madre tardaba tanto en salir, volvió a entrar y le dijo:

-Vamos, madre, que es tarde.

Pepa tuvo intenciones de quedarse, mas no se atrevió a decirlo a su hijo; así es que, echando a andar y volviéndose a sus amigas, se despidió de ellas diciendo:

-Señoras, hasta luego; que pronto vuelvo.

Y Julián y su madre se dirigieron al culto.

***

CAPÍTULO 9

A las ocho en punto de la noche, Julián y su madre entraron en la Iglesia Evangélica, que ya estaba casi llena. A los pocos momentos, un hombre sencillamente vestido, subió a

la tribuna y con voz respetuosa invocó la ayuda del Altísimo diciendo:

-Sea nuestra ayuda en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

-Amén -contestaron las gentes.

Al poco tiempo resonaban por los ámbitos de la Iglesia las voces de la concurrencia que cantaban el siguiente cántico:

Venid, pecadores, que Dios por su amor
al cielo nos llama, que es patria mejor;
do nunca la aurora perdió su fulgor,
do brilla la gloria del Dios creador.
Sí, sí, venid; sí, sí, venid,
los ángeles cantan la gloria y honor
de Cristo Dios! Hombre, nuestro Redentor.

Este cántico produjo un sentimiento difícil de explicar en el alma de Pepa.

Cuando el ministro que ocupaba la tribuna se levantó luego para orar, Pepa, se hallaba tan sin conocimiento de lo que hacía, que imitó maquinalmente el movimiento general y se puso de pie.

Gradualmente fue dándose cuenta de dónde estaba y de lo que oía, mas le pareció que había comunicación entre ella y el que oraba. ¡cómo no, si parecía que la oración era pronunciada con sus sentimientos!

"¡Oh, Señor", decía el ministro, "ten misericordia de aquellas personas que desean conocerte y que viven intranquilas por esta causa"!

Da paz a cuantos la buscan; revela las verdades del Evangelio a cuantos corazones suspiran por ellas; destruye Tú las preocupaciones que en su corazón haya y que se opongan al triunfo de la fe. Haz, Señor, que si alguna persona ha venido a este local con el alma trabajada y cargada, deseando conocer a tu Hijo Jesucristo, salga de aquí con paz y tranquilidad, porque Tú se lo hayas revelado. Bendice, Señor, la predicación de tu Palabra, y haz que sirva para que te conozcamos más y a Jesucristo nuestro único Redentor y Abogado, en cuyo nombre te suplicamos todo esto. Amén".

Pepa repitió este Amén, sin darse cuenta de ello, asociándose así a la oración pronunciada.

En seguida abrió el ministro la Sagrada Biblia y leyó en el capítulo 4 del libro titulado Hechos de los Apóstoles, tomando por texto el versículo 12, donde, hablando de Jesús, se leen estas palabras:

"Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos"

Versó la predicación sobre que el único que puede salvar e interceder por los pecadores es Jesús; citando el predicador en apoyo de su aserto, a más del texto que le servía de tema, los pasajes siguientes:

Cristo es el Abogado de los pecadores, pues de El está escrito: *"por El seremos salvos de la ira de Dios"*. (Rom. S:9).

"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí". (Juan I4:6).

"Porque hay un Dios, asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo

Hombre, el cual se dio a sí mismo en precio del rescate por todos". (1a. de Timoteo 2:5-6).

"Cristo es el que murió, más aún el que también resucitó, quién además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros". (Rom. 8:34).

"Estas cosas os escribo para que no pequéis y si alguno hubiere pecado. Abogado tenemos para con el Padre a Jesucristo el justo". (1Juan 2:1).

"Yo soy la puerta; el que no entra por la puerta, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador". (Juan 10:1-9)

"Y si tenemos un Salvador y sólo uno, ¿por qué buscamos otros?, ¿por qué no confiamos o buscamos la salvación dando culto a santos, muchos de ellos imaginarios, y que, dado caso que existan en el cielo, han sido redimidos como nosotros por el Cordero inmolado? ¿Sabéis lo que dice Dios de los tales ídolos y de los se postran delante de estatuas?

"Los formadores de imágenes de talla, todos ellos son vanidad, y lo más precioso de ellas para nada es útil; y ellos mismos para su confusión son testigos que ellas ni ven, ni entienden. Quién formó un dios, o quién fundió una estatua, que para nada es provechoso? El carpintero tiende la regla, señala con almagre, labra con los cepillos, dale figura con el compás, lo hace en forma de varón, a semejanza de hombre hermoso, para estar en casa. Cortarás cedros, y tomará encina y alcornoque, y entre los árboles del bosque se esforzará; plantará pino, que se críe con la lluvia; de él se servirá luego el hombre para quemar, y tomará de ellos para calentarse; encenderá también el horno y cocerá panes; hará además un Dios y lo adorará, fabricará un ídolo y se arrodillará delante de él. Parte del leño quemará en el fuego; con otra parte de él comerá carne, aderezará asado, y se saciará; después se calentará y dirá: ¡Oh! Me he calentado, he visto el fuego; y vuelve su sobrante en un Dios, en su escultura; se humilla delante de ella, la adora y le ruega diciendo: Líbrame que mi dios eres tú. No discierne para consigo ni tiene entendimiento para decir: Parte de esto quemé en el fuego y sobre sus brasas cocí pan, asé carne y la comí: He de volver en una abominación lo restante de ello?, ¿delante de ese tronco de árbol tengo que humillarme? (Isa. 44:9, 10, 13-17, 19).

"Leño del monte cortaron, para la obra de manos de artífice, con azuela. Con plata y oro lo engalanan, con clavos y martillos lo afirman para que no se salga. Como una palma lo igualan y no hablan. Son llevados, porque no pueden andar. No tengáis temor de ellos; porque no pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder". (Jer. 10:3-5).

"¿A quién me asemejáis y me igualáis y me comparáis para que sea semejante? Sacan oro del talego y pesan plata con balanzas; alquilan un platero para hacer un dios de ello, se humillan y adoran. Echándoselo sobre sus hombros, lo llevan y lo sientan en su lugar; allí se está y no se mueve de su sitio; le dan voces y tampoco responde, ni libra de la tribulación". (Isa. 4:5-7).

-Por tanto, -continuaba el ministro, después de citar todos los anteriores textos-, vayamos a Jesús, pues El ha dicho: *"Al que a mí viene, no le echo fuera; porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos". Ven Señor Jesús. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén"*.

Imposible es expresar la profunda impresión que en el alma de Pepa produjo este

cúmulo de citas de la Palabra de Dios tan claras y terminantes y para ella desconocidas. Ellas habían penetrado en su alma, como una espada de dos filos, inundándola de una nueva luz. Se hallaba sumida en profundas reflexiones, cuando la sacaron de ellas las voces de otro himno, que dice así:

¡Oh Salvador, tierno Jesús,
dame tu amor, dame tu luz,
perdón, Señor dame sostén
auxíliame con todo bien.
Tú quisiste buen Jesús!
sufrir por mí, muerte de cruz.
Reconocido a tanto amor
te adoro, sí, mi Redentor.
Haz que siempre vea en ti
al que murió de amor por mí.

Al ponerse Pepa de pie para orar, no oía las palabras del evangelista, su corazón latía fuertemente y sólo repetía las últimas palabras del cántico, "Al que murió de amor por mí".

Terminada la oración e invocada la bendición de Dios, la gente salía a la calle; unos dándole gracias a Dios, otros comentando el discurso. Dos personas salían silenciosas: Julián que observaba a su madre y levantaba por ella una ferviente plegaria al cielo, y ésta, que empezaba a dudar de sus antiguas creencias religiosas.

***

CAPÍTULO 10

Pepa pasó la noche sumida en las más profundas reflexiones. La doctrina que había escuchado en la Iglesia Evangélica le parecía clara, sencilla y convincente. Comparaba el provecho que había sacado de este sermón con el de otros que había oído en su parroquia y sentía inclinarse su conciencia en favor de éste. Comenzaba a dudar de sus creencias, y vislumbraba la verdad; veía claramente la necesidad de dirigirse a Dios directamente y en espíritu, y el culto a las imágenes empezaba a parecerle ridículo y contrario a la voluntad de Dios.

También se acordó de la conversación tenida con sus vecinas al ir al culto; comparó lo que aquellas le dijeron de los protestantes con lo que allí vio y oyó; comprendió que aquellas noticias no eran más que una grosera calumnia y pensó que si los sacerdotes de la Iglesia Romana se valían de medios tan indignos para desacreditar aquella religión, era una prueba de que había en ella alguna verdad. Estas ideas en un principio la asustaron algo, pero formó la resolución de adquirir un ejemplar de la Santa Biblia y leerlo, de no perder ningún culto, y de hacer cuanto pudiera hasta encontrar la verdad.

Siguió, sin embargo, poniendo, cuando le tocaba, la luz a la Virgen, pues el afecto que le tenía estaba aún muy arraigado en su corazón; y después, cuando este afecto se cambió en un respeto más profundo, pero que no creía deber manifestarle por medio de luces, temió el

¡qué dirán!, y siguió siendo para sus vecinas lo que era antes.

Así pasó algún tiempo, durante el cual Pepa fue adquiriendo, por la gracia de Dios, fe y mayores conocimientos en el Evangelio. Todas las vecinas ignoraban el cambio de ideas religiosas que había experimentado, más un día, casi sin quererlo, ella misma lo descubrió.

Sucedió lo siguiente:

Estaban hablando en el corredor de Rosa, ésta, Pepa y algunas otras vecinas, cuando jadeante y casi sin poder respirar, subía la escalera doña Rafaela. En su semblante se veía retratada la ira y tambaleándose penetró en el corredor. La conversación se suspendió al verla y una de las mujeres le preguntó:

-¿Qué le sucede a usted, doña Rafaela, que viene tan alterada?

-¡Ay señoras! -contestó aquella dando un fuerte suspiro, ¡qué tiempos! no sé cómo no se abre la tierra y nos traga!

-¿Pues qué sucede?

-Señoras, ¡sorpréndanse ustedes! ¡Sí, lo que es esto va a dar un estallido! Pero gracias a Dios, el bribón no se fue sin su castigo.

-Pero, señora, ¿qué ha sido ello? -le preguntaron en coro todas.

-Déjenme ustedes respirar. Señora Rosa, sáqueme usted una silla y un vaso de agua porque vengo muerta.

-Rosa sacó una silla y el vaso de agua, y doña Rafaela, después de haberse sentado y bebido con mucha calma, continuo.

-Pues han de saber ustedes que esta mañana me fui a misa; confesé y antes de comulgar pensé quedarme en la iglesia hasta la hora de salir la procesión, con intento de ir a acompañar al Dios grande que sale hoy de nuestra parroquia. Efectivamente, tomada esta resolución iba a recibir al Divino Señor, cuando me acordé de que los gatitos no habían comido nada desde ayer; entonces vine corriendo a traerles un poco de hígado, que les gusta mucho, y después de dárselo me volví a la iglesia; pero cuando llegué, empezaba a salir la procesión, y como había tal barahúnda y tanta gente, no pude entrar y me quedé en la calle. Al bajar los sacerdotes con el Viático para subir al coche, todo el mundo se arrodilló, como es muy natural; pero un joven, mejor dicho, un demonio que había cerca de mí, se quedó de pie y con la gorra encasquetada. Yo que tal vi, "arrodíllese usted", le dije, "y quítese la gorra que sale Dios". El me miró con desprecio y sonriéndose exclamó: "No me quito la gorra para los dioses grandes ni chicos que caben en la caja de un coche". Señoras, al oír tal blasfemia me quedé aturdida; le llamé pícaro, hereje, flamasón y qué sé yo cuántas cosas; pero él, erre que erre y tijeretas han de ser, con la gorra puesta. Un caballero que estaba cerca de nosotros se llegó a él y con mucho *justo fuero* le dijo que si no se quitaba la gorra se marchara. No se asustó el tal perro, sino que con mucho descaro contestó, que estaba allí porque la procesión le había quitado el paso, que él no la había buscado y, por tanto, que no se descubría. A esto ya había pasado la procesión y yo me quedé para ver en qué paraba la cosa pues ya habían formado corro. En medio de él estaban disputando el joven de la gorra y el caballero, cuando de repente empezaron a descargar sendos palos sobre el judío. Yo entonces sin poderme contener exclamé: "Bien empleado le está, y lástima es que no le hacen cuartos, yo tengo el corazón muy sensible, pero a los herejes... duro". Para concluir: a los gritos de unos y otros vino la policía, y todavía dio la razón al joven apaleado diciendo que hoy la conciencia es libre por la Constitución. ¡Mal haya quien tal Constitución hizo y quien la defiende!

-¿Y cómo termino el negocio? ¿Se llevaron a la prevención a los apaleadores?

-Pues no faltaba más; no, señora, todos escaparon; yo misma avisé a uno de ellos, que es el cochero de una condesa, cuando vi venir a los guardias. ¿No les parece a ustedes que le estuvo bien empleado al joven y que aquello servirá de saludable escarmiento?

-La verdad es, contestó una de las mujeres, que hizo mal, pero no debieron pegarle.

-Cómo, ¿qué dice usted? -gritó doña Rafaela hecha un basilisco-; debieron matarle, hacerle cuartos.

-No se incomode usted, doña Rafaela, -le replicó la misma vecina-, pero eso de dioses grandes y chicos suena muy mal.

-Lo mismo digo -añadió Pepa-, esto de que ha de haber un Dios para los ricos y otro para los pobres, es cosa que choca, siendo Dios el mismo.

Dona Rafaela no podía hablar de coraje y de sorpresa al verse contrariada; por fin, un tanto repuesta contestó dirigiéndose en particular a Pepa:

-¿Y quién las mete a ustedes en estas cuestiones? ¿Ustedes qué saben de estas cosas? ¿Quieren saber ustedes más que el Papa y los Concilios? Cuando la Iglesia lo ha dispuesto así será porque debe ser.

-¿Sabe usted lo que digo, doña Rafaela? - preguntó Pepa.

-Si usted no me lo dice. . .

-Pues es, que se me ha metido en la cabeza hace tiempo; que la Iglesia se equivoca en algunas cosas.

Imposible describir el efecto que en todas y especialmente en doña Rafaela, produjo este atrevido arranque de Pepa. Ella misma se sorprendió, mas también se resolvió a defender su aserción.

-¿Cómo es posible que usted hable de este modo? dijo doña Rafaela. Debe confesar al momento esas palabras y pedir perdón a su confesor.

-No sé si mis palabras son ofensivas a Dios, aunque me parece que no; más si lo son, a Dios es al que ofendo y a sólo Dios es al que pediré perdón.

-¡Usted está loca, señora Pepa! Dudar de la Iglesia! ¡Dudar de Dios! ¡No haría tanto un... qué sé yo quién iba decir... un... protestante!

-Yo no dudo de Dios, doña Rafaela; yo digo y sostengo que Dios es lo mismo para el rico que para el pobre; que no habiendo más que un Dios, según la Iglesia misma lo dice, no sé por qué le dividen en Dios grande y Dios chico. Si la Iglesia hace esta división, la Iglesia se equivoca.

-¡Qué ignorante es usted, Pepa! -dijo doña Rafaela- . ¿No ve usted que esa división no equivale a nada, sino para significar que un día va la procesión por las calles más principales y otro por las menos?

-¿Y por qué esa preferencia? preguntó Pepa.

-Yo lo que sé, -interrumpió la primera mujer que habló-. Es que en la Iglesia hay muchas cosas que hartan.

-No me extraña -replicó doña Rafaela-, que usted y la señora Pepa hablen así, teniendo usted un marido que jamás se le ve en la iglesia; y la señora Pepa, un hijo que nunca se queda al rosario y ustedes lo consienten; de ahí a la herejía no hay más que un paso. No me cogería de susto que mañana defendieran a los protestantes, si hoy dudan de la iglesia.

-Pues mire usted, doña Rafaela -dijo Pepa -, la verdad es, que yo he ido a una Iglesia

protestante y no he visto nada malo.

-¡Ave María Purísima! exclamó doña Rafaela santiguándose y haciendo mil ridículos gestos-. ¿Usted sabe, mujer mía, lo que ha hecho? ¡Ya lo decía yo!.. ¡Si no podía ser de otro modo...! Pues hija, está usted excomulgada y por consiguiente, condenada.

¡No le creo, -contestó Pepa- porque cuanto usted cree y dijo en cierta ocasión de los protestantes, fue una solemne mentira, porque lo que en sus iglesias predican es la verdad.

Aquí doña Rafaela se retiró del lado de Pepa como si temiera ser contagiada y le dijo:

-La Virgen de la Paloma tenga misericordia de usted. Voy a avisar al padre Ambrosio para que venga a verla. Entretanto, señoras, -añadió, dirigiéndose a las demás-, que nadie le hable, pues es fácil endemoniarse.

Dicho y hecho, doña Rafaela salió del corredor con dirección a su cuarto y Pepa quedó con las vecinas hablando, más pronto estas se retiraron y la dejaron sola.

¡Pobre Pepa! ¡Ha conocido la verdad y va a sufrir por ella¡

Pepa, abatida por la retirada de sus amigas, se entró en su cuarto, abrió la Biblia y estas palabras de Jesucristo se presentaron a su vista:

"Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros". (Juan 15:18).

Grande fue el consuelo que Pepa sintió al leer las palabras de la Santa Escritura. Justo, pensó: si a Cristo le aborrecieron, claro es que aborrecerán a los que le aman.

Desde que Pepa se decidiera a leer y meditar sobre el Evangelio, halló que una luz nueva la iluminaba; que había muchos pasajes que aún no comprendía; pero no desconfiaba, como antes, de poder llegar a comprenderlos.

****

CAPÍTULO XI

Mientras ella estaba en su cuarto, veamos lo que hacen Rosa, Damiana y doña Rafaela, que se encontraban reunidas en casa de esta última.

Las tres mujeres se hallaban sentadas en la sala, doña Rafaela parece ser la directora de la reunión y, en este momento, tiene la palabra Rosa.

Pues señoras, a mí me cuesta trabajo creer que Pepa, se haya hecho protestante.

-Hija -dijo doña Rafaela arqueando las cejas-, ¡el dinero todo lo puede!

-Ahora ha dicho doña Rafaela -añadió la señora Damiana,- una verdad como un templo. Habla usted como un libro, el dinero todo lo puede.

-Pero, ¿qué vamos a hacer con ella? -preguntó Rosa,- añadiendo, porque yo aprecio a Pepa y francamente sentiría que su alma...

-¡Lo que vamos a hacer -dijo doña Rafaela -, es avisar a su confesor, y así podríamos saber cómo y cuándo se hizo protestante!

- Veamos -dijo Rosa.

-Hace mucho tiempo que la Pepa me habló de que andaba muy pensativa por su alma, diciendo que no sabía qué hacer para salvarse...

-Ahí tiene usted el demonio -interrumpió Rafaela.

-Verdad -añadió Damiana.

-Sigo mi cuento; Pepa andaba hecha un ovillo en esos pensamientos, que me declaró a mí. Desde entonces acá, todas las noches sale con su hijo, el cual ya no se reúne con el mío, tanto que el otro día se lo encontró en las escaleras y le dijo: "Amigo, mal camino llevas, piensa en hacerte bueno". No sé cómo mi chico le escuchó con serenidad y sin pegarle a ese chupaguindas una trompada, pues bonito ge... en fin, volviendo a lo anterior, no sospechan ustedes dónde van todas las noches Pepa y Julián?

¡A la Sinagoga! -exclamó Damiana, sin saber siquiera lo que hablaba.

-A los protestantes -añadió doña Rafaela.

-Justo -prosiguió Rosa-, a los protestantes.

-Aquí hubo un momento de silencio, el cual fue interrumpido por Rosa que dijo:

-Yo he observado, que los domingos no sale a vender.

-¡Virgen del alma, qué idea! -exclamó doña Rafaela, pálida como la muerte- . ¡Ya sé en qué ha consistido...!

-Pero, ¿qué le sucede? -preguntaron a la par Rosa y Damiana, asustadas por las demostraciones de dona Rafaela.

-Señoras -contestó ésta-, recemos la oración de San Antonio y después les contaré.

Acto seguido tomó el libro de sobre una mesa y después de abrirle y santiguarse, acción que imitaron todas, se puso a leer algunas palabras que sus amigas repetían.

Cuando concluyeron la oración, prosiguió dona Rafaela:

-Han de saber ustedes que ayer por la mañana compré a Pepa una lechuga y un cardo y eché parte del cardo en el puchero; yo no tuve ganas y no comí sino unos garbanzos, más el caldo se lo puse a mi morroño que le gusta mucho y se lo comió, y pásmense ustedes, le han hecho tanto daño que creí que se moría, ya se ve, todo lo que Pepa toque ha de estar poseído de los malos. De buena me he librado... ¡digo, si llego a comer yo...! pues eso ha sido un aviso de Dios... la lechuga, ahí la tengo enterita, y ahora mismo la voy a tirar a la calle.

Dona Rafaela se levantó de la silla en que estaba sentada, fue a la cocina y al poco rato volvió con la lechuga y los restos del cardo envueltos en papel.

-Vean ustedes -dijo a sus amigas-, ni tentarlo quiero.

-Hija, -dijo Rosa mirando con horror las hortalizas-, de buena ha escapado usted.

-Y tanto -añadió Damiana.

Dona Rafaela abrió la ventana y lo arrojó todo a la calle.

Después de esta operación, Rosa dijo:

-Pero lo que me maravilla es que Julián, el hijo de Pepa, sea ahora, al decir de su madre, tan bueno.

-Tan bueno será el hijo como la madre -dijo Damiana- y, con respecto a no salir a vender los domingos, es una señal manifiesta de que les dan algún dinero.

-Sí, señoras -repuso doña Rafaela-, sí que les dan; a cada uno que se hace protestante diez reales diarios.

-Pues es necesario tomar una determinación -dijo la señora Damiana.

-Sí, -contestó doña Rafaela-, vamos a hacer lo siguiente:

-Yo me voy esta tarde a las vísperas; veré al padre Ambrosio y le contaré lo ocurrido; entre tanto, ustedes ven a los demás vecinos y les dicen que Pepa y su hijo se han hecho protestantes, para que nadie les hable siquiera. Es de toda precisión que en sus casas quemen ustedes romero, para evitar que el espíritu maligno penetre en ellas, y después de esto, ya veremos lo que se hace.

Doña Rafaela se quedó, después de tomadas estas determinaciones, tan satisfecha de sí misma como un diplomático al resolver la más grande cuestión del Estado. Rosa y Damiana se levantaron y se despidieron de doña Rafaela, yéndose a divulgar por la vecindad que, en la casa se albergaban enemigos de la religión.

¡Pobre Pepa; y cuán ajena estaba ella de lo que se tramaba en su contra!

Doña Rafaela arregló su tocado, acarició a su gato enfermo, y al poco rato se marchó con dirección a la iglesia. Una vez en ella, pasó a la sacristía y preguntó por el padre Ambrosio; salió éste y la hizo pasar adelante. Doña Rafaela besó la mano del sacerdote, y después de saludarle, le dijo con semblante risueño.

-¿A que no adivina usted a lo que vengo?

-Sólo Dios puede leer el pensamiento -contestó el padre Ambrosio-, de modo que si no me dice a qué viene, yo no sabré nada.

-Pues prepárese usted a recibir una mala noticia.

-Pues hija, lo siento porque tengo que predicar y... No hay más remedio que decírselo a usted, va en ello la salvación de una alma.

-Vamos, ¿qué es?

-Que Pepa, la verdulera, se ha hecho protestante.

-¡Cómo! ¡Imposible!

-Como usted lo oye. Ya se ve, cobra diez reales ella y diez su hijo.

Aquí ésta mujer mentía descaradamente: ella suponía que lo que en un principio fue una suposición, ahora se convierte en realidad.

-¿Pero está segura de ello?, -le preguntó el padre Ambrosio-.

-Segurísima; es tan cierto como el sacrificio de la misa.

-Me extrañó que la señora Pepa hubiese faltado este mes a confesar, pero creí que estaría enferma.

-Pues ya lo sabe usted, lo que es la vecindad está escandalizada.

-Yo iré a visitarla mañana y la haré volver al buen camino. Pero, ¿usted dice que cobra diez reales?

-Sí, señor.

-Esta tarde en mi sermón lo diré, para que los católicos vean las hazañas de los señores protestantes; no es muy a propósito a mi texto, pero yo lo haré.

En este momento, un acólito entró a prevenirle la hora del sermón, y el padre Ambrosio salió para ocupar el púlpito con las disposiciones que hemos visto y bien pronto la calumnia de doña Rafaela brotó de los labios del predicador como una realidad, indignando a los oyentes que veían en esto una compra de almas.

Al concluir la fiesta, doña Rafaela salía de la iglesia acompañada de otras mujeres que decían:

-¡Qué pico de oro el de D. Ambrosio! ¡Qué verdades ha dicho en contra de los protestantes; buenos los ha puesto! ¡Ya debe estar bien enterado de sus añagazas.

***

CAPÍTULO 12

Al día siguiente de aquel en que predicara el padre Ambrosio, y a eso de las cuatro de la tarde, llegó éste a casa de Pepa.

En el portal se encontró con Rosa; cambiaron algunas palabras sobre el asunto de Pepa y ambos subieron la escalera, el uno con dirección al cuarto de ésta y la otra con dirección a la habitación de doña Rafaela, para comunicarle la noticia de que el padre Ambrosio se hallaba en la casa.

Sigamos al cura, que llama en este momento al cuarto de la vendedora.

-Adelante -dijo una voz desde el interior.

El padre Ambrosio levantó el picaporte y dijo al entrar, Deo Gratias.

-A Dios sean dadas -contestó Pepa, levantándose precipitadamente de la silla en que estaba sentada y ofreciendo una al sacerdote, quedándose no poco sorprendida al verle.

El padre Ambrosio se sentó y cambiados los primeros saludos, dijo a la mujer:

-Yo desearía tener con usted un rato de conversación.

-Puede usted -contestó Pepa-, hablar cuanto guste.

-Bien, acerque una silla, siéntese y hablemos seriamente.

-Pepa obedeció a su antiguo confesor, acercó una silla a la que estaba él sentado y se sentó ella también.

Al cabo de unos instantes de silencio, durante los cuales el padre Ambrosio parecía meditar, dijo:

-Me ha extrañado que este mes no haya ido a confesar, ni la he visto tampoco en la iglesia, ¿podría saber en qué ha consistido este abandono? Yo pensé que estuviera enferma, y esta ha sido la causa de haber venido a visitarla.

Pepa se hallaba algo inmutada y tardó un rato en contestar; por fin dijo:

¿Y no ha sido otra la causa que la de creerme enferma, la que le ha hecho venir a verme?

-Eso no es contestar a mi pregunta, -replicó el padre Ambrosio, y añadió-, lo que yo pregunto es por qué no ha ido este mes a confesar.

-No he ido... por... no poder... y... -contestó Pepa balbuciente.

-Pepa, -la interrumpió el padre-, hay cosas que perjudican el cuerpo y el alma, usted no ha ido a confesar porque ya no es cristiana.

Pepa, al oír de los labios del padre Ambrosio aquella aserción tan atrevida, recobró la serenidad y le contestó:

-¿Que no soy cristiana? Pues jamás en mi vida he gozado de más tranquilidad de espíritu que hoy.

-Esa tranquilidad que siente -replicó el sacerdote-, es la conciencia que está durmiendo, y a eso vengo yo, a despertarla.

-Pero, ¿cómo sabe usted eso?

-Porque no la veo cumplir con sus deberes religiosos y porque tiene escandalizada a toda la vecindad.

-¿Y qué hago yo para escandalizar a nadie? Además, mis deberes religiosos los llevo hoy mejor que antes.

- ¿Cómo? El domingo pasado no fue a misa.

-Cierto, pero fui a oír la Palabra de Dios.

-Sí, la palabra del... Dios me contenga. ¿Cree usted que yo ignoro que ha abjurado de

la religión de sus padres?

-Yo no sé si la religión de mis padres sería la que hoy tengo, si la hubieran conocido.

-¿Conque, es decir, que ha cambiado? ¿Y cuánto va ganando en el cambio?

-Mucho; porque antes estaba lejos de mi Salvador, y ahora le tengo cerca.

-Verdaderamente 20 reales diarios es la salvación de una casa, aunque sean la compra y la salvación de dos almas.

Tales palabras irritaron a Pepa, pero se contuvo y contestó con dignidad y respeto:

-Padre Ambrosio, yo no vendo mi cuerpo ni mi alma a nadie. Creo que viene usted mal informado, y si es así, antes de condenarme, escúcheme usted.

El padre Ambrosio conoció que había ido un poco lejos y dulcificando algo su voz, dijo a Pepa:

-Bien, me alegro saber que no son intereses mezquinos los que han alterado sus creencias religiosas.

Pepa calló y el padre Arnbrosio continuó.

-Pero, dígame Pepa, ¿qué le ha hecho a usted nuestra Santa Madre Iglesia para que de ella se separe?

-Yo no me he separado de la Iglesia, al contrario, ahora creo que estoy más en ella.

-No sé cómo dice eso, ¿ama usted a Dios y a la bendita Virgen como yo la he enseñado a amarlos?

-Amo a Dios, hoy, sobre todas las cosas, a su Hijo Jesucristo como a mi único Salvador, y a la bienaventurada Virgen María, más que la amaba ayer.

-¡Mucho me alegro! pero si es así, ¿cómo no pone luz a la Virgen que tiene en el portal?

-Nadie puede decir que yo haya dejado de poner, cuando me ha tocado, luz a la Virgen, pero ya que lo han dicho, no pondré más luces en el portal; así como así tenía esa intención.

-¡Atrevida...! ¿Y dice que ama a la Virgen más que la amaba, y la quiere tener a oscuras?

-Padre Ambrosio, la Virgen goza de la claridad de Dios y por eso no le hacen falta luces.

-¿Y dónde ha aprendido esa teología? -preguntó el padre Ambrosio con ironía

-Yo no sé -contestó Pepa-, lo que quiere decir eso de teología; pero si quiere usted decir con esa palabra que dónde he aprendido que la Virgen no necesita de luces, le diré que he leído el Nuevo Testamento, y no hallo una palabra que a ello se refiera.

-¿Cómo, ha leído algunos de esos libros herejes que andan por ahí?

-No señor, yo no leo herejías, lo que yo leo y leeré es la Biblia.

El padre Anbrosio se quedó estupefacto al oír expresarse de este modo a aquella mujer que, poco tiempo atrás, corría a arrodillarse a sus pies y le hacía partícipe de sus más recónditos pensamientos; más, vuelto algún tanto de su sorpresa, preguntó:

-¿Podría yo ver esa Biblia?

-Con mucho gusto, -dijo Pepa-, y levantándose de la silla, salió de la sala, volviéndose a pocos instantes con el libro, que puso en manos del sacerdote.

Este la tomó y hojeó algo, fijándose en la portada y cerrándola de golpe, exclamó:

-¡Está usted perdida! ¿Quién le ha dado permiso para leer esto? ¿No sabe que está prohibido? Además esa Biblia es falsa.

-No lo crea usted, padre Ambrosio -replicó Pepa-; en este libro he aprendido lo que usted jamás me ha enseñado: este libro me hizo conocer a Jesucristo.

-Este libro me ha dado la tranquilidad que buscaba mi alma este libro ha hecho bueno a mi hijo, que antes era malo. ¿Cómo si este libro es tan malo ha hecho tanto bueno?

-Este libro -contestó el padre Ambrosio-, tiene en sus líneas un veneno que las personas ignorantes como usted no pueden entrever, y por eso lo que cree que es bueno, es malo, y muy malo. Si dice que antes no tenía tranquilidad de espíritu, ¿por qué no consultó conmigo?

-Padre, ya lo hice varias veces, y usted siempre me decía: "Pida a la Virgen".

-¿Y lo hizo? -preguntó el padre Ambrosio con afán.

-Sí, señor -contestó Pepa- y la Virgen no me ha concedido nada.

-Porque no pidió con fe.

-Sí, señor, le pedía con toda mi alma.

-Pero, ¿cómo ha entrado usted en deseos de poseer ese libro, y quién se lo ha dado?

-¿Quiere usted que le diga la verdad?

-Sí.

-Pues he oído algunas predicaciones en una Iglesia Evangélica, y queriendo saber si era la verdad lo que allí decían compré la Biblia.

El padre Ambrosio se estremeció de indignación y recalcando bien las palabras dijo:

-¿Con que ha estado usted con los protestantes? ¡Qué cosas habrá oído! Habrá oído maldecir la religión de sus padres y hablar mal de nosotros.

-Está usted muy equivocado -contestó la mujer- nada de lo que usted dice he oído.

-Aunque así sea, ¿sabe quién fundó esa religión?

-Jesucristo.

-¡Pobrecilla! Me da lástima ver su equivocación. Pues fue un fraile muy malo, que por torpes deseos del mundo quiso casarse con una monja, y porque el Santo Padre no se lo permitió, apostató de su religión y se escapó con la susodicha monja. ¿Qué dice usted a eso?

-Que no lo creo.

-¡Yo no miento! -gritó el padre Ambrosio.

-No digo -contestó Pepa-, que usted mienta, sino que está usted mal informado.

-¿Querrá usted saber más que yo?

Pepa nada contestó. Hubo unos momentos de silencio durante los cuales el padre Ambrosio, con muestras de agitación se limpiaba el sudor.

-Después le dijo: No me extraña que no ponga luces a la Virgen; le habrán enseñado a aborrecerla.

-Me han enseñado -le interrumpió Pepa algo irritada-, a amarla como debo hacerlo y me han enseñado que había un libro escrito por Dios para nosotros, cosa que usted no me enseño nunca.

-Porque no le importaba.

-¿Que no me importaba conocer a Jesucristo? ¿Cómo puede usted decir eso?

-Pepa, terminemos esta cuestión, usted va a volver al seno de la Iglesia y a quemar ese libro olvidándose de cuanto ha oído con los protestantes.

-Ha pedido usted más de lo que yo haré. No puedo hacer nada, y menos que todo, quemar ese libro.

Pues mire usted, Pepa, que me veré obligado a...
-¿A qué?
-A maldecirla...

***

CAPÍTULO 13

En este momento la puerta del cuarto se abrió y una voz robusta dijo:
-¿Quien maldice en esta casa?
Era Julián que venia del trabajo y había oído las últimas palabras del sacerdote.

La repentina aparición del joven dentro del cuarto produjo alguna impresión en Pepa, y en el sacerdote. Ambos quedaron inmóviles; Julián miró con bastante atención al padre Ambrosio, después se fijó en el algún tanto demudado rostro de su madre, la casualidad hizo que dirigiera su vista sobre la mesa y al ver la Biblia se figuró lo que allí había pasado. Por un momento pensó decir al padre Ambrosio que se fuese y no volviera, más como iluminado por una nueva idea varió de pensamiento y saludó al sacerdote y a su madre con la mayor calma, rogándoles que tomaran otra vez asiento.

El padre Ambrosio irritado por la pertinacia de Pepa, pensó a su vez marcharse; mas conociendo que era para él un deshonor no poder convencer a una pobre mujer, y creyendo que el joven sería más accesible, varió de opinión y se sentó.

Antes de oír la conversación que se inició, es muy digno que echemos una ojeada por el exterior de la habitación.

Sabemos que Damiana corrió a decir a doña Rafaela que el Padre Ambrosio se encontraba en la casa; tras de aquella señora cundió la noticia por la vecindad en tales términos, que cuando entró Julián, observó que en los corredores se le señalaba y unas con otras cuchicheaban las mujeres.

La agitación general subió de punto cuando el joven penetró en la habitación; los deseos de saber lo que iba a pasar dentro del cuarto se aumentaron y todo era cavilaciones para encontrar medios de enterarse de la conversación. Ya habían probado a entrar en uno de los cuartos contiguos al de Pepa y escuchar, arrimadas las orejas a la pared, más, a pesar de lo sencillo del tabique, no llegaba hasta ellas sino un murmullo que servia para aumentar más y más sus deseos de saber. Lo más sencillo era acercarse de puntillas hasta la puerta del cuarto de Pepa para escuchar mejor y no faltó mujer que propuso esta medida; pero, ¿y si salían de repente? ¿Cómo justificar su curiosidad delante de un sacerdote? De esto estaban tratando, cuando a doña Rafaela se le ocurrió decir:

-¿Saben ustedes que no estoy tranquila desde que vino el chico de Pepa? Es muy probable que le den un golpe a don Ambrosio.

-Justito -repuso Damiana y añadió-, y por eso debemos subir y escuchar por si el padre Ambrosio necesita auxilio.

-Bien dicho, exclamaron algunas que ya veían encontrada la manera de poder satisfacer su curiosidad.

-Y que suba con nosotras -añadió una vecina -, el tío Quico, el zapatero, por si se necesita socorrer al sacerdote.

-Con mucho gusto, -respondió el zapatero- pero aguardarse que tome una cuchilla por si acaso... ¡qué ganas tengo de comerme un...!

-Señoras -interrumpió el oráculo de la vecindad o sea doña Rafaela-, no meter mucho ruido, vamos a acercarnos poco a poco, con mucho silencio, al cuarto de Pepa; si por casualidad saliera de repente, para que no nos digan nada, yo hablaré al padre Ambrosio.

Se aceptó esta proposición y todas aquellas mujeres, más algunos hombres, se apiñaban delante de la puerta de la habitación de Pepa.

Penetremos nosotros dentro y veamos lo que sucede.

****

CAPÍTULO 14

Hablaba con su madre decía el sacerdote, de la extrañeza que me ha causado saber que ha variado de religión, cosa que nunca sospeché.

-Sí señor -contestó Julián- como usted dice, hemos variado de religión.

-¿Y qué bien le ha producido esto? ¿No ven que va a caer sobre ustedes el oprobio de todos los conocidos y amigos?

-Ciertamente vemos todo eso, pero también vemos y oímos a nuestro Salvador que nos dice: *"Porque no sois del mundo, por eso os aborrece el mundo"* y con respecto a bienes, hemos hallado el reino de Dios y su justicia, y las demás cosas nos serán añadidas.

-¿Dónde ha aprendido esas doctrinas?

-En los Evangelios se hallan escritas.

-Sí, pero usted lee un Evangelio adulterado porque no tiene notas y...

-Dispénseme usted, Don Ambrosio, ¿las Escrituras las dio Dios con comentarios y notas?

-No, pero el Concilio en sus sabias disposiciones, acordó anotar los libros sagrados.

-Basta -dijo Julián-, si el Concilio ha acordado anotar o interpretar la Palabra de Dios, el que lea las anotaciones del Concilio es quien lee la Biblia adulterada.

-¿Querrá usted, pobre vidriero, -preguntó con desprecio el padre Ambrosio- saber más que los padres del Concilio?

-¿Querrán -dijo Julián en el mismo tono- saber más los padres del Concilio que el mismo Dios?

-¿Por qué dice eso? -volvió a preguntar el sacerdote.

-Porque si Dios -contestó Julián-, hubiera previsto la necesidad de comentar su Libro, lo habría hecho El mismo, o lo habría dejado consignado; y en vez de esto ha dicho todo lo contrario, como usted puede verlo, leyendo lo que está escrito en el libro de los Proverbios, Cap. 30, vers. 5 y 6: *"Toda palabra de Dios es limpia, es escudo a los que en él esperan, no añadas a sus palabras porque no te reprenda y seas hallado mentiroso".* Y en el Deuteronomio 4:2: *"No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella"*. Creo que en estos textos se prohíbe terminantemente la adulteración de la Palabra de Dios.

-Veo que si siguen así los tiempos -dijo con ironía el padre Ambrosio-, hasta los niños de la escuela van a querer sobreponerse al clero. ¿Este es el pago que recibimos después de haber instruido a ustedes?

-¿Y qué instrucción nos dan ustedes?

-La que les conviene para no condenarse.

-Creo lo contrario, usted no me ha enseñado más que historias de santos y santas, a rezar mucho a la Virgen y a las ánimas...

-¡Ya dimos con la dificultad! -exclamó el padre Ambrosio- sin poderse contener, ahí tenemos la doctrina protestante, ¡aborrecer el culto a Maria Santísima!

-Padre Ambrosio -dijo Julián-, parece mentira que un sacerdote se ponga como usted se pone: ¿cree usted convertir las almas mintiendo?

El padre Ambrosio estaba hecho un azogado, la cólera le ahogaba, y con entrecortadas frases exclamó.

-¡Yo no miento: los protestantes aborrecen a María Santísima!

-Los protestantes honramos a María más que ustedes, lo que no hacemos es ser idólatras, ni de María ni de ninguna otra criatura, por elevada que sea.

Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales el padre Ambrosio pensó nuevamente retirarse; pero un pequeño murmullo que oyó a la parte de afuera de la habitación, le hizo comprender que había gente escuchando, y tuvo miedo de salir siendo derrotado.

La pobre Pepa estaba sin proferir palabra, admirada del saber de su hijo y éste, que también oyó el murmullo producido en el corredor, vio que aquella era una buena ocasión para declarar el Evangelio; así es que elevó en silencio su corazón a Dios pidiéndole auxilio, y después dijo:

-Yo me atrevo a probar a usted, padre Ambrosio, que el culto que dan los católicos romanos a la Virgen María, es contrario a la voluntad de Dios y a más, una perfecta idolatría.

-Y yo contestó el sacerdote, voy a convencerle de lo contrario y desafío a usted a que me presente una prueba de que en nuestro culto a María menoscabamos el honor de Dios o el de Jesucristo.

-¿Cree usted, padre Ambrosio, que quitar un atributo a Jesús y dárselo a otra cualquiera criatura es idolatría?

-Si, señor.

Julián sin replicar se levantó, tomó la Biblia y leyó un texto que dejó estupefacto al padre Ambrosio.

"Porque hay un Dios, asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1Tim. 2:5).

"Ahora bien -añadió Julián-, en la Salve que los católicos entonan a la Virgen, lo mismo que en el Ave María, dicen las palabras "ruega por nos", entendiéndose por esto que, María, puede interceder por los mortales, cuando la Biblia dice y enseña que no hay más que un solo Mediador y que éste es Jesucristo, por lo tanto, quitarle ese atributo que a El sólo pertenece y dárselo a cualquiera criatura, aunque ésta sea la elegida del Señor, es idolatría pura.

Este texto y estas palabras de Julián dejaron al padre Ambrosio sin saber qué decir.

Un silencio profundo reinó en la habitación. El sacerdote estaba violento. Julián rogaba por él y pedía fuerzas a Dios para sí. Pepa estaba en un estado de embobamiento a causa de la admiración; y, de la parte de afuera del cuarto, se oía el rumor de algunas personas que discutían entre sí, pero con la voz a duras penas contenida.

La situación era por demás tirante, Julián estaba decidido a no romper el silencio, y al padre Ambrosio no le permitía hablar palabra la desazón de que se hallaba poseído. Por fin, pronunció algunas entrecortadas frases. El rumor del corredor cesó, y Julián rogó al sacerdote que hablara más claro.

-Digo -contestó el padre Ambrosio dando rienda suelta a su cólera-, que es inútil discutir con usted porque saca textos de un libro hereje, embustero y plagado de blasfemias.

-Padre Ambrosio -dijo Julián con entonación solemne-, ¡que Dios le perdone las palabras que acaba de pronunciar! Yo le declaro que este libro es la Palabra de Dios, y que hablar contra ella en los términos que usted lo hace es insultar al mismo Dios, pecado que ciertamente es bien grave.

-Y cómo se atreve usted, miserable, a reargüirme de pecado a mí, que le he hecho cristiano en la pila del bautismo, y que puedo abrirle las puertas del cielo por medio de mi absolución sacerdotal y cerrárselas, como ya las tiene, en virtud de una excomunión?

Julián ya no pudo más; poniéndose de pie y lleno de indignación, dijo al sacerdote, recalcando bien las palabras:

-¿Qué me puede cerrar las puertas del cielo?, ¿que me puede usted abrir las puertas del cielo? ¿Quién es usted para eso, padre Ambrosio? El único que puede abrir y cerrar las puertas del cielo a mí y a todo el mundo, es Jesucristo, el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y *ninguno* cierra y cierra y *ninguno* abre". (Apoc. 2:7).

-Nada, nada, no hablo más con usted -dijo el sacerdote.

-¿Qué no? Pues es que tiene usted obligación de hablar conmigo para disuadirme de mi error, Si es que estoy en el. ¿Qué se dirá de un sacerdote que rehúsa discutir con un ignorante vidriero, por no tener argumentos para ello?

-Insisto en no hablar; si tuviera aquí mi Biblia hablaría.

-Pues si no es más que esa dificultad, está vencida con traerla.

-No hay quien vaya por ella.

****

CAPÍTULO 15

En ese momento, la voz del sacerdote fue interrumpida por un fuerte estallido que pegó la puerta del cuarto al abrirse de par en par y por la caída de algunas personas en el umbral, causando no poco susto en ambos interlocutores y en Pepa.

Este suceso necesita una explicación.

Las personas que conozcan casas de vecindad como en la que sucede la escena que vamos narrando, sabrán que hay muchos cuartos en un solo corredor, que el corredor es por lo regular una especie de galería estrecha; hasta el punto de no poder ir más de dos personas a la par. Los cuartos son en extremo reducidos; los tabiques muy sencillos, y las puertas y cercos son endebles o como los de la casa de Pepa, viejos.

Apiñadas a la puerta del cuarto de Pepa había unas 14 ó 16 personas, que se estrechaban y oprimían de tal modo que, doña Rafaela, que estaba apoyada en la misma puerta y que daba de vez en cuando la voz tan común de "señores no empujar", fue la primera que cayó al suelo, al saltar el pasador del picaporte por no resistir aquél empuje, y

fue lo que produjo el estrépito.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, y hasta de hilaridad, en unos y otros, Julián que comprendió muy pronto la causa de aquel incidente, dijo a sus vecinos.

Señores, podían ustedes, desde luego, haber entrado a oír, porque lo que aquí se habla, puede y debe oírlo todo el mundo. Espero que todos ustedes se quedarán y juzgarán con arreglo a sus conciencias la cuestión que estamos tratando; pasen ustedes, que cada cual se acomode como mejor pueda y añadió dirigiéndose al padre Ambrosio, creo que ya tiene usted gente que vaya por su Biblia.

El sacerdote quedó algo cortado, los vecinos no se hicieron del rogar y cada uno procuró donde sentarse, siendo doña Rafaela la primera que ocupó una silla al lado del padre Ambrosio, mientras otras personas se sentaban en el suelo y otras se recostaban en las paredes, por no haber suficiente número de sillas.

-¿Continuamos la cuestión? -preguntó Julián.

-No contestó el sacerdote, mientras no tenga mi Biblia no hablaré una palabra.

-Pero puede usted mandar por ella. El padre Ambrosio no sabía qué hacer; se veía delante de cierto número de personas, cuyos ojos estaban fijos en él como esperando alguna contestación. Por fin dijo:

-¿Y a qué incomodar a nadie, si no nos hemos de convencer ni el uno ni el otro?

-¿Tan poca confianza tiene usted en las razones que me pueda alegar?, -preguntó Julián y añadió nada-, si no hay quien vaya por su Biblia mi madre irá.

-De ningún modo -dijo doña Rafaela terciando en el asunto-, que aquí estoy yo para servir a don Ambrosio con buena voluntad y honrándome en ello.

Viendo el padre Ambrosio que no había medio de terminar aquel asunto, se decidió por fin y dijo dirigiéndose a doña Rafaela.

-Pues, ya que se presta a ello, hágame el favor de acercarse a mi casa y decir a doña Sinforosa, mi ama de llaves, que dé a usted los dos libro que están en el tercer estante, (empezando a contar por arriba), del armario que está detrás de mi mesa de escritorio. No se pueden equivocar con otros, que tienen las cubiertas encarnadas, en fin, lean la portada y verán que dice: *La Sagrada Biblia.*

Doña Rafaela, tan pronto como oyó el recado, salió tan de prisa como lo permitía su obesidad, con dirección a la casa del sacerdote.

Mientras doña Rafaela fue a buscar la Biblia del padre Ambrosio, se habló muy poco en casa de Pepa. Todos esperaban, poseídos de la mayor curiosidad, la vuelta de la amiga del sacerdote. Entre los circunstantes que habían aumentado en número se hallaban dos personas muy conocidas de nosotros: eran Rosa y su hijo.

De repente se produjo algún movimiento entre las gentes del corredor, éste fue producido por la presencia de doña Rafaela y doña Sinforosa, el ama de llaves del padre Ambrosio, que venían jadeantes y cargadas cada una con un voluminoso libro

-Buenas tardes -dijo doña Sinforosa al entrar en la habitación.

-¡Ay! qué escalera, y ¡cuánto cansa! ¡Ave María Purísima! -exclamó al mismo tiempo doña Rafaela.

-¡Pero padre! ¿Qué sucede que está tanto tiempo fuera de casa? -preguntó el ama de don Ambrosio-. En vano le he esperado para tomar el chocolate, y me tenía usted con cuidado, tanto que, cuando llegó doña Rafaela, ya había encendido las velas a San Antonio.

-Pues a Dios gracias -contestó el sacerdote-, nada me ha sucedido y puede volverse a

casa.

-De ningún modo me marcharé a casa hasta que usted vaya por delante, pues no faltaba más... después de lo que me ha dicho doña Rafaela y -añadió imperceptiblemente-, entre buena gente está usted.

Por bajo que la mujer quiso pronunciar estas palabras, fueron oídas y causaron muy mal efecto entre algunos que así lo expresaron por medio de ciertas frases mal comprendidas.

Pepa se levantó de la silla en que estaba sentada y cediéndosela al ama de llaves padre Ambrosio se sentó en el suelo y Julián, viendo que el sacerdote no rompía el silencio y que el tiempo pasaba, se resolvió por fin y le dijo:

-Padre Ambrosio, ya tiene usted su Biblia; pero antes de comenzar la cuestión comprobemos los textos que ya he citado. El primero que leí en apoyo de que el único Mediador entre Dios y los hombres era Jesús, lo saqué de la primera Epístola del Apóstol Pablo a Timoteo, Cap. 2, vers. 5 y dice, *"porque hay un Dios, asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre"*. Busque usted ese texto en la Biblia.

El padre Ambrosio abrió la Biblia y después de hojear algún tiempo, se quedó parado como si leyera.

-¿Es igual? -preguntó Julián.

-Con ligeras variaciones sí, pues aquí dice: "Porque uno es Dios y uno el Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre". Más también hay una nota en la que aclara el versículo. Veamos, dice así:

"El rogar, el pedir, el padecer, corresponde al hombre y son oficios propios de nuestro Mediador; más el comunicar a estos ruegos y sufrimientos una virtud capaz de salvar a los hombres, haciendo divinas y de méritos todas las acciones, era propio de la naturaleza divina, que había unido a sí a la humana. Y por eso Jesucristo, Dios-Hombre es Medianero, uniendo en su persona los dos extremos, que son las dos naturalezas y reuniendo en sí a entrambos, es decir, el Dios y el hombre. Y no sólo es de intercesión, sino también de redención".

-¿Ve cómo con las notas ya es otra cosa? -dijo el padre Ambrosio.

(Nota sacada de la Biblia Vulgata Latina, traducción del padre Scio de San Miguel, Tomo 2 del Nuevo Testamento, pág. 264, edición de 1846).

-Sí -contestó Julián, ya es otra cosa, pero, ¿qué cosa es? Hombre... que dice... que...

-Padre Ambrosio, sea usted enemigo leal y confiese que está en un error. Esta cita lo que hace es dar más fuerza a mi argumento, pues dice que era imposible a la naturaleza humana ser intercesora ni redentora, y que ha sido preciso hallar uno que reúne en sí estas dos naturalezas divina y humana. Este, pues ha sido sólo Jesucristo. ¿Dónde se dice, ni en el versículo ni en la nota, (y hablo de la nota, porque usted le concede una autoridad que yo niego), dónde se dice que debemos acudir al Padre por medio de la Virgen, de los ángeles o de los santos, los cuales no reúnen en sí estas dos naturalezas?

El padre Ambrosio no sabía qué contestar, estaba anonadado, no tan sólo por las palabras de Julián, sino porque había podido observar algunas muestras de aprobación de parte de algunos oyentes en favor de éste. Doña Rafaela, que no había cesado de mirar a Julián, sonriéndose con desprecio mientras hablaba, miraba ahora a don Ambrosio, esperando verle anonadar a su contrario.

Por fin, el sacerdote dijo: Hombre créame, si aquí no lo dice, lo dirá en otra parte.

Mire usted, San Buenaventura cuenta...

-Padre Ambrosio -interrumpió Julián algo irritado-, déjese usted de San Buenaventura, estamos hablando de la Palabra de Dios, que vale más que la de todos los santos juntos.

-¡Ave, María Purísima¡ -exclamó en voz baja el ama de llaves del padre Ambrosio y éste dijo:

-Eso es, cuando yo voy a sacar un texto, usted le arrebata; nada, eso no está bien, pues hijo así no se puede hablar, cambiemos de asunto.

-Bien, si usted se declara vencido en esto -dijo Julián cambiemos de asunto. El segundo texto que yo leí fue sacado del Apocalipsis 3:7, y dice: *"Y escribe al ángel de la iglesia que esta en Filadelfia: Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra y cierra y ninguno abre".*

El padre Ambrosio buscó y leyó y después dijo:

-Si este versículo es igual, pero eso no importa, porque tenemos una nota que estoy seguro, muy seguro que dice algo en mi favor; voy a leerla: "El soberano poder de la Iglesia es el reino de este nuevo David: *ninguno puede excluir a los que El introduce en ella ni introducir a los que el excluye: ninguno puede entrar sino aquel a quien abre la puerta por su gracia*. Por llave de la casa de David entienden otros con San Anselmo, la interpretación de las profecías que abrió Cristo a su Iglesia para la común utilidad de los fieles.

El padre Ambrosio, conforme había avanzado en la lectura del comentario de su Biblia había bajado progresivamente la voz y al terminar apenas podía oírsele.

-Vamos, padre Ambrosio, -dijo Julián-. ¿No le parece a usted que mi Biblia no es tan hereje como creía? El comentario del padre Scio está en todo conforme con las doctrinas evangélicas; y si esto es así, ¿por qué no piensan ustedes como nosotros? Después de leído ese versículo con su comentario y todo, ¿a donde van a parar la excomuniones, las indulgencias y absoluciones? ¿Si sólo la gracia de Jesús basta, a que añadir más gracia? Si Jesús abre las puertas del cielo, ¿podrá cerrarlas un hombre, aunque este sea un Papa? y si por el contrario Jesús las cierra, ¿podrán abrirlas todas las bulas expedidas y por expedir? ¿Quién hizo la redención del hombre, Jesús o los doctores del Sacro Colegio?

Hubo en las gentes algunos momentos de sensación, y de aquí o allí salían de vez en cuando las palabras de "esa es la verdad", "tiene razón el chico".

El padre Ambrosio estaba como un potro, no sabía qué contestar, porque acostumbrado como la generalidad de los sacerdotes, a que nadie le contradijera, jamás había estudiado estas cuestiones, sin ocuparse de leer más Biblia que los trozos que hay en su misal y su breviario.

Por fin, y como no había otro remedio, acudió a la última trinchera y dijo a Julián.

-Como usted no ha estudiado teología, no entiende el doble sentido de esas palabras, por tanto, usted no es juez ni puede serlo en materias de religión.

-¿Dónde está el doble sentido?, ¿en el comentario o en el versículo? -preguntó Julián.

Esta pregunta fue hecha tan espontánea y repentinamente, que el padre Ambrosio, sin pararse a pensar, contestó:

-Claro, que en el comentario.

-Me alegro saberlo: vean ustedes, porque yo dije que quería la Palabra de Dios sin trabas y tal cual es.

-¡Más le valiera -dijo el padre Ambrosio a Julián-, haberse contentado con saber lo

que hemos tenido a bien que sepa, y salvarse con ello, que condenarse con una sabiduría ficticia que de todo duda!

-¡tanto cacaraquear la enseñanza! ¡-dijo Julián con impaciencia! pero, ¿qué nos han enseñado ustedes en cuestión impaciencia? pero, ¿qué nos han enseñado ustedes en cuestión religiosa!?

-Lo que necesitaba usted.

-Pero, ¡si no enseñan ustedes bien ni los mandamientos de la Ley de Dios! Y para que vean ustedes añadió, dirigiéndose a los vecinos, que esto es verdad, que se acerque un niño y, siempre que diga los mandamientos de la Ley de Dios como están escritos en su Palabra, me dejo cortar las orejas.

-Pues mire usted -dijo una de las vecinas-, mi chico los sabe, y muy bien.

-Se equivoca usted, -le contestó Julián-, y para que vean ustedes que esto es verdad, supliquen ustedes al padre Ambrosio que abra su Biblia y que se lean los mandamientos.

La vecina que antes habló, muy convencida de que su hijo sabía los diez mandamientos, no pudo contenerse; salió al corredor y asomándose al antepecho, gritó.

Momentos después un niño, como de unos nueve años estaba en medio de la sala, de pie ante el sacerdote y Julián, oyendo a su madre que muy ufana decía, dándole palmaditas en la espalda:

-Veamos cómo dice los mandamientos de la Ley de Dios, claro y bien.

El niño se puso las manos atrás, como si estuviera delante del maestro de escuela y, con ese sonsonete que ellos acostumbran a producir cuando recitan, empezó:

-Los mandamientos de la Ley de Dios son diez: El primero; Amar a Dios sobre todas las cosas; el segundo, no jurar su santo nombre en vano; el tercero, santificar las fiestas; el cuarto, honrar padre y madre; el quinto, no matar; el sexto, no fornicar; el séptimo, no hurtar; el octavo, no levantar falso testimonio ni mentir; el noveno, no desear la mujer de tu prójimo; el décimo, no codiciar los bienes ajenos. Estos diez mandamientos se encierran en dos, en servir y amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Amén.

-¡Bien hermoso! -exclamó la madre-, orgullosa al ver la soltura con que su chico dijo los diez mandamientos: ven da un beso a tu madre; así. Ahora vete a jugar al patio.

-No madre, yo me quedo, -contestó el chico.

-Pues siéntate y calla.

-Señores -dijo Julián-, ya han visto ustedes con qué soltura este niño ha dicho unos mandamientos que no son, sino sombra de los que el Señor dio, pudiéndose llamar a estos mejor que Mandamientos de Dios, Mandamientos de Roma.

-No dice usted verdad, -interrumpió el padre Ambrosio la...

-Padre Ambrosio, no sea usted impetuoso; yo hablo verdad cuando digo que los mandamientos que el niño ha recitado, aprendidos en el Catecismo del Padre Ripalda, están mutilados; y si no compruébese con la Biblia de usted.

-Sí señor, se comprobarán -contestó el padre Ambrosio tomando la Biblia y abriéndola.

-Julián esperó, viendo al padre Ambrosio pasar hojas a uno y otro lado, tan pronto en los Salmos como en las profecías.

-Padre Ambrosio -dijo por fin Julián-, ¿no sabe usted dónde se encuentran los Mandamientos?

-Sí señor, pero no tengo mucha costumbre de manejar la Biblia.

-Pues, ¿no es una vergüenza que haya sacerdotes que no lean la voluntad de Dios en su Libro y vayan a buscarla en vidas de santos, la mayor parte imaginarios? Los mandamientos se encuentran en el libro del Éxodo, Cap. 20: y este libro es el segundo de los escritos por Moisés.

-El padre Ambrosio encontró, por fin, el libro, y Julián abrió también su Biblia al par que decía al niño:

-Haz el favor de decirnos el primer mandamiento.

-El primero dijo Manolillo, Amar a Dios sobre todas las cosas.

-Mi Biblia dice: "Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí".

-¿Dice lo mismo la de usted, padre Ambrosio?

-Sí señor, pues, tan sólo en lugar de decir Jehová, dice Señor; pero equivale a lo mismo y en lugar de casa de siervos, casa de la servidumbre; eso es cuestión del traductor.

-Bien -repuso Julián-, estamos conformes; pero, ¿es igual este mandamiento al que ha dicho el niño?

-La simplificación que de este mandamiento ha hecho la Iglesia, es muy sabia, pues de esta manera la aprende más fácilmente el niño.

-¿Pero, es posible que los doctores de la Iglesia de Roma se crean más sabios que Dios mismo, como lo demuestran corrigiendo lo que El ha hecho? De esta alteración resulta una cosa, y es que este mandamiento tal como Dios lo ha dado, manda amarle a El y prohíbe rendir culto, no tan sólo a otras divinidades, sino a ninguna criatura, como podemos verlo pasando el segundo mandamiento; y como lo enseña su Iglesia desaparece por completo cuanto se refiere al culto.

El padre Ambrosio no podía hablar, se veía atacado por una lógica vulgar, pero directa; si la cuestión se hubiera iniciado entre otro que poseyera tanta teología como él, ambos se habrían perdido en sofismas teológicos que hubieran acabado por no enseñar nada a la gente que los escuchaba y habrían concluido ambos contrincantes por no quedar en nada, mientras que aquí se necesitaba llegar a una solución clara y comprensible.

No es esto decir que estamos en contra de los estudios teológicos; pero nos parece que lo esencial de las Sagradas Escrituras, puede ser comprendido por los más sencillos sin estudiar ningún curso científico.

Por fin, después de algún silencio, dijo el sacerdote:

-Lo que deseo es que terminemos pronto esta cuestión.

-Bueno -contestó Julián-, pero no la terminaremos sin llegar a una conclusión, porque usted siempre saca cosas nuevas y de otra índole. Vamos, Manolito, -añadió dirigiéndose al niño-, hazme el favor de decir el segundo mandamiento.

El segundo -exclamó el niño-, no jurar su santo nombre en vano.

-No, Manolito, no es eso; te saltas un mandamiento.

-No, señor.

-Sí, uno que habla del culto.

-Anda, anda, pues, en la Escuela Pía los damos, como yo los he dicho.

-Pues hijo -repuso Julián intencionalmente-, te engañan; padre Ambrosio, ¿lee usted o leo yo el segundo mandamiento?

-Ni usted, ni yo, -contestó el sacerdote-, porque ya no tengo paciencia para oír más

impiedades.

-¿Impiedades...? Yo veo que en mi Biblia el segundo mandamiento dice: "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás; porque yo soy Jehová, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos a los que me aborrecen; y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos". Tal es, -añadió Julián-, el segundo mandamiento como está escrito en el libro de Éxodo 20:4, 5 y 6. ¿Dice lo mismo su Biblia de usted?

-Sí, aunque con ligeras variantes.

-¿Pero existe ese mandamiento, con sus amenazas y promesas?

-Sí.

-¿Y por qué no hacérsele dar a los niños?

-Porque no es más que una repetición del primero.

-Entonces, según la opinión de usted, Dios aquí introdujo una porción de palabras vanas.

-No señor, sino que como las inteligencias de los tiempos mosaicos eran menos claras, se necesitaba más número de palabras y de explicaciones, para que las gentes comprendieran un concepto. Por eso la Iglesia nos da la segunda parte del primer mandamiento.

-Por lo que la Iglesia no da el segundo mandamiento, -dijo Julián alzando la voz-, es porque con él caen derribadas de un solo golpe todas las imágenes de santos y santas, incluso las de la Virgen de la Leche y Buen Parto, de la O y hasta la de las once mil vírgenes, si las hubiera. Es porque este mandamiento condena la idolatría, tanto de la iglesia gentílica, como de la romana, por ser idolatría.

-No sé -dijo el padre Ambrosio-, cómo le he tenido paciencia para oírle ¡Compararnos a los paganos! sean ustedes, -añadió dirigiéndose a los circunstantes-, lo que es leer ese libro que carece de las notas aprobadas por la iglesia. Julián -continuó el padre Ambrosio- , que en medio de todo es un chico de buena fe, tiene su caza levantada por la lectura de ese libro, como don Quijote la tuvo después de leer sus libros caballerescos; pues señor, añadió soltando la carcajada, gracias Julianillo, somos tontos e idólatras: Vamos, oiga lo que dice la nota del P. Scio y vea si somos paganos; más no se asuste si se oye llamar en ella hereje; dice así. No harás escultura ni figura alguna para adorarlas ni darles el culto digno que a mí solo se debe. En donde se ve que Dios solamente prohíbe aquí las estatuas y figuras con esta relación y por consiguiente, que los cristianos no son idólatras, como pretenden los herejes, en la adoración y culto que dan a la cruz y a las imágenes del Señor y de la Virgen, a las de los Santos y a sus reliquias. Por cuanto no creemos que en dichas imágenes haya alguna divinidad o virtud que debe reverenciarse, sino que todo el honor que les hacemos, se refiere a los originales que representan y en los santos a Dios que es el autor de toda santificación. Concil. Trid. Ses. XXV Decret, de invocat, etc. Y si no fue idolátrico el obsequio que se hizo a la sombra de Pedro y de Pablo, ¿cómo se puede decir que lo es el que se hace ahora a aquellos mismos que destruyeron la idolatría? El mismo Dios que da aquí este mandamiento, ordenó a Moisés, pocos días después, que hiciera la figura de dos querubines, que cubriesen el arca con sus alas. De donde se infiere que si toda figura de cualquiera manera que sea honrada era un objeto de idolatría, se debería condenar como sacrílegas estas dos figuras. ¿Qué dice a esto? pregunto el padre Ambrosio acabando de

leer.

-¿De qué? -preguntó Julián- . ¿Del mandamiento o del comentario?

-Por supuesto, de lo que pueda decir algo.

-Pues digo -repuso Julián del mandamiento, que insisto en que debiera enseñarse a los niños por ser una parte de la ley de Dios, y que no hacerlo así, es contrariar su voluntad, pues El mismo ha mandado que se haga. Ahora de la nota, que por ser cosa de hombres podían suprimirla; porque después de todo se necesita ser muy miope para no ver que está traída por los cabellos...

-Ja... ja... ja, esto es bueno -exclamó el padre Ambrosio- ¿Quién había de decir que el Julián de hace muy poco tiempo, aquel Julián que comía almendras y dulces en las celdas de los Padres Escolapios y que tanta afición tenía a ayudar a misa, había de elevarse hasta el punto de refutar nada menos que a un P. Scio de San Miguel?

-Si me atrevo a tanto -contestó Julián-, es porque he estudiado los sagrados libros orando mucho al Señor y éste me ha revelado todo lo que sé. Ahora voy a probar a usted que esa cita está mal traída.

-Luego entonces interrumpió un hombre, si este es el segundo mandamiento, ¿hay once?

-Según Julián -contestó el padre Ambrosio-, sí señor.

-No señor -replicó vivamente Julián-, no hay once mandamientos, sino que suprimen este mandamiento y hacen del último dos. Y usted, padre Ambrosio, -añadió dirigiéndose al sacerdote-, sabe esto muy bien. Ahora vamos a la nota. El mandamiento de Dios es terminante: "No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que está arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas, debajo de la tierra". El P. Scio dice que Dios prohíbe el uso de las figuras con relación al culto: y claro es esto, pues, nada de particular tendría que cada cristiano tuviera un busto de San Pedro o de cualquier otro santo como recuerdo o señal de respeto, y en el mismo grado que yo tengo un retrato de mi padre, Dios no se opondría a esto; pero cuando es una estatua hecha a capricho del artista, sin tener el menor conocimiento ni idea del original, y sobre todo, cuando a estas imágenes se les encienden luces, se les cantan letanías, se les ofrece incienso y oraciones, tantas o más que al mismo Dios, ¿no es esto caer en idolatría?

-Julián...

-Déjeme usted, padre Ambrosio, que aún no he concluido. Yo he visto en la misma iglesia de la Escuela Pía, una estatua llamada San Antonio, en el lugar de preferencia de la iglesia, en el retablo sobre el altar mayor, y no tan sólo el santo, sino su correspondiente atributo, el cerdo, de modo que las velas, aunque otra sea la intención, ¡lo mismo alumbran al animal que al santo! ¡Cuando el sacerdote agita el incensario, la nube de humo que sube, lo mismo cubre a la bestia que al santo! Esto es no solamente idolátrico, sino altamente ridículo...

-Yo no puedo...

-Paciencia, padre Ambrosio, ya voy a terminar. Veamos: entre tanto, a la entrada de la iglesia hay una capillita, una especie de nicho, en que a duras penas pueden estar tres personas, lugar oscuro, alumbrado por dos cabos de vela metidos en tubos de metal, y ¿qué hay en aquel lugar tan inferior? ¡Una cruz y pendiente de ella una imagen que representa al EI Hijo del Hombre verificando la redención de la humanidad! ¡Y cuando San Antonio y su atributo, por su posición, tienen que ser el objeto de las miradas de los fieles, Jesús, el Hijo

de Dios, el Salvador de los hombres, está relegado a un rincón oscuro y su ungida cabeza se halla, quizá, cubierta de polvo y telas de araña! Véase las contradicciones en que ustedes caen al apartarse de la sencilla ley de Dios.

-¡Señores, yo...!

-Silencio, padre Ambrosio -exclamó Julián con entonación solemne-, todavía queda más; por la posición que tiene la escultura de la cruz, los fieles que oyen su misa en el altar mayor, tienen que estar vueltos de espaldas al Cristo, al pie del cual hay un cepillo destinado a echar limosnas; de modo es que, a los ojos de un indiferente parecía que la figura de la cruz era la encargada de cobrar la entrada a las personas que quisieran admirar la escultura del retablo. ¿Saben ustedes lo que nos dice Dios de las enseñanzas de estos sacerdotes? Pues, óiganlo, en su Palabra: "Porque las enseñanzas de los pueblos son vanidad; porque leño del monte cortaron, Para obra de manos de artífice con azuela. Con plata y oro lo engalanan, con clavos y martillo lo afirman, para que no salga. Como una palma lo igualan y no hablan: *son llevados porque no pueden andar.* No tengáis temor de ellos porque no pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder". ¿Enseñan esto a los niños?

-Señores -dijo el padre Ambrosio convulso de ira-, terminemos esta cuestión, pues nada se sacará en limpio.

-Sí, padre -interrumpió el ama-, vamonos a casa que no está usted para tomar desazones.

-Señora -contestó Julián-, tenga usted la bondad de callar y no meterse en estas cuestiones. Vea usted a mi madre que siendo la dueña de esta habitación no ha desplegado los labios. Con respecto a la orden de construir los querubines, en ninguna manera fueron hechos para adorarlos. La sombra de San Pedro y San Pablo jamás fue adorada, y ejemplo tenemos en Pedro que rechazó la reverencia que el Centurión quiso darle, diciéndole: "Levántate, yo mismo soy hombre" y a Pablo lo encontramos también cuando en Listra, trajeron toros y guirnaldas para ofrecerle a él y a Bernabé sacrificios. ¡Con cuánta energía no exclama el apóstol, "rotas sus ropas lanzándose sobre el gentío, dando voces y diciendo: "Varones hermanos, ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo, que hizo los cielos y la tierra, la mar y todo lo que está en ellos". ¿No cree usted, padre Ambrosio, que si estas estatuas tuvieran algún poder, lo emplearían en derribar las luces que arden delante de ellas, y en decir a las gentes, levantaos, que nosotros también hemos sido hombres: "adorad a Dios, y hacedlo en espíritu y en verdad?" (Juan 4:24). ¿No a Dios, y hacedlo en espíritu y en verdad?" (Juan 4:24). ¿No creen ustedes esto?

-Lo que creo -dijo el padre Ambrosio-, que no sé cómo Dios tiene paciencia para oírle, hace tanto tiempo, vomitar impiedades por su boca.

-Pues con permiso de los presentes y de usted, señor cura, -dijo un vecino-, yo, a mi corto entender, digo que me parece muy bueno lo que dice Julián y no lo tengo por mentira; porque, vamos, dice las cosas que son la verdad.

-Ya sabe el padre Ambrosio -repuso Julián-, que no digo impiedades sino la verdad, y hablo así porque ya es hora de que las madres arranquen a sus hijos de una enseñanza que puede hundir su alma en la perdición eterna.

-Lo que es yo -dijo el anterior vecino-, aseguro a usted que en vista de lo que he oído, estoy resuelto a que mis hijos no vayan a ninguna escuela de sacerdotes, porque ni aún los

mandamientos de la Ley de Dios enseñan...

-Y no tan sólo eso -dijo una mujer-, sino que es cosa muy seria y para pensarla eso del otro mundo; porque si yo no sé y por ignorancia me condeno, ¿sobre quién va mi condenación?

-Señores -dijo el padre Ambrosio-, no se cuiden ustedes de eso; hagan lo que sus sacerdotes les mandan.

-¿Cómo? -replicó Domiana ¿no debemos cuidarnos de la salvación de nuestros hijos?

-Vuestros hijos están salvos con ponerlos en nuestras manos -contestó el padre Ambrosio-.

-Señores -interrumpió una vecina- yo no me calentaré la cabeza por eso. Seguiré viviendo como me enseñaron mis padres.

-Pero eso -dijo Pepa-, era muy bueno para antes de oír el Evangelio, más después, o hay que tomar la salvación por Jesús o fiarla en otras cosas por las que de seguro se pierde.

-Pero, ¿están en el infierno nuestros padres? preguntó la mujer anterior.

-Ha de ser -contestó Pepa-, porque ellos no sabían más que lo que les decían, pero nosotros que hemos visto la verdad...

-¡Qué verdad! -exclamó el padre Ambrosio y añadió-, el error en que está usted metida...

-Padre -dijo Damiana- me permite usted que le haga una pregunta?

-Si, señora.

-Si lo que dice ese libro está escrito por Dios, ¿por qué no lo enseña usted?

-Se enseña -contestó secamente el sacerdote-.

-Pues yo he visto lo contrario, y francamente y expresado en castellano claro, después de lo que he oído y sobre todo, eso de los mandamientos, empiezo a perder la confianza en ustedes y a temer que lo que hacen es engañar. Eso de variar los mandamientos de Dios es cosa muy seria. ¿Si ustedes han variado uno por qué no otro? ¡Y yo que tenía tanta confianza en ustedes!

-Detenga esa lengua. . .

-Pues yo -dijo la madre de Manolillo- tengo así... una cosa como... porque la verdad es que yo me he de enterar a fondo de esa cuestión, pues es un dolor no saber la verdad y como madre tengo el deber de saber si la enseñan a mis hijos.

-Señoras -dijo Pepa-, si yo tuviera hijos pequeños, el libro que pondría en sus manos sería la Biblia; ella ha cambiado a mi hijo de malo en bueno, ella me ha enseñado el camino de la salvación, cosa que ni el padre Ambrosio me enseñó, a pesar de haberle preguntado repetidas veces, ni la Virgen me hizo conocer, a pesar de gastarme muy buenos cuartos en mandar decirla misas, y si no, aquí está el padre Ambrosio que no me dejará mentir.

-Pues yo aseguro una cosa -repuso Damiana-, y es que desde mañana no irá mi chico más a la Escuela Pía.

-Lo que yo siento -dijo Pepa- son los palos que he dado a mi hijo cuando el padre Ambrosio me hacía creer que el chico estaba condenado por ser miliciano nacional

-Pues hija, contestó Damiana , yo no se los hubiera dado, porque un sacerdote no debe mezclarse en política. Vaya, vaya dijo doña Rafaela levantándose, yo me marcho, porque en esta casa está el infierno.

-Señores -exclamó Julián-, suplico a ustedes que haya orden, terminemos este asunto con calma.

-No; lo doy por terminado -dijo el padre Ambrosio.

-Dígame usted Julián -preguntó el vecino que antes hablara-. ¿Dónde podré encontrar un libro como el de usted?

-Yo le llevaré a usted donde los venden -contestó Julián.

-Señores, -exclamó el padre Ambrosio-, no lean ustedes esos libros como el de Julián, pues van a ser condenados.

-Padre Ambrosio -dijo Pepa-, ese libro ha convertido y cambiado a mi hijo de malo en bueno.

-Pues yo -dijo Rosa desde el pasillo-, haré a mi Paco que lea ese libro.

-¡Uf!, ¡qué peste! -exclamó el sacerdote, añadiendo-, pues yo en nombre de la Iglesia, maldigo a todos los que lean o piensen leer ese libro; y les advierto que la maldición de Dios caerá sobre los tales, puesto que hay una excomunión sobre ellos.

-Pues yo sé dijo otro hombre, que hay una bula para leer libros prohibidos.

Sí, señor -contestó el padre Ambrosio- , pero cuesta 120 reales.

Es decir -preguntó Julián-, que por 120 reales se puede leer un libro prohibido, sin peligro de condenarse.

-Pues mi alma vale más de 120 reales, puesto que para redimirla del pecado, ha sido necesario que los cielos se abrieran y desde ellos viniera su redención.

-Y a más hay otra cosa -dijo el vecino- para todo hay bulas, de suerte que el que tenga mucho dinero, goza aquí y goza allí.

-No, amigos míos -replicó Julián-, Dios es el mismo, y no reconoce bulas ni maldiciones de hombre.

-Vamos, Julián -dijo el sacerdote-, veo que está usted muy obcecado, pero estoy muy dispuesto a absolverle lo mismo que a la señora Pepa con tal que vuelvan al seno de la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

-Pues yo por mi parte -dijo Julián-, me hallo muy bien en la Iglesia de Cristo, y no pienso ya volver.

-Yo -contestó Pepa-, digo lo que mi hijo, he encontrado la paz de mi alma y no me vuelvo.

-¿De modo? -preguntó el padre Ambrosio a Pepa-, ¿que no pondrá más luz a la Virgen?

-Ya dije a usted hace algunas horas que la Virgen goza de la claridad de Dios en el cielo y que son inútiles las luces que yo le ponga.

-No se apure usted, padre -dijo doña Rafaela-, que no faltará quien ponga luz ante la imagen de la Virgen.

-Pues señores, he hecho cuanto estaba de mi parte, -dijo el padre Ambrosio-, levantándose ustedes lo han visto, son pertinaces; que su mal ejemplo no perjudique a ustedes... nada de tratarse con ellos, nada de leer sus libros, pues están condenados.

-Padre Ambrosio -dijo Julián con exaltación-, poniéndose de pie, acción que fue imitada de todos-, usted no puede ser ministro de Jesús: en los labios del Salvador siempre abundó la bendición y en los de usted no hay otra cosa que maldiciones y amenazas.

-Sí, Julián -dijo el sacerdote con el semblante contraído por la ira, yo te excomulgo a ti y a tu madre.

-Padre Ambrosio -dijo Pepa-, no me extraña que usted me maldiga porque siempre le he oído eso: lo que me extrañaría sería verle a usted bendecir, una sola vez. Y como en mi

casa no quiero que se maldiga, le ruego que se modere o se marche para no volver más. Tanto mi hijo como yo sentimos en nosotros la bendición de Dios y, por tanto, nada adelanta usted con sus maldiciones, pues mañana, si Dios quiere, ingresaremos como miembros de una iglesia evangélica: y para que vean ustedes que mi determinación es firme, cuando nos lo permita el Señor, tomaremos la comunión en esa iglesia, y espero no tardará mucho tiempo.

-Las palabras de Pepa dejaron asombrados a cuantos las escucharon, por su decisión; pero a quien más efecto le causaron fue al padre Ambrosio, el cual, encendido por la ira, tomó su sombrero de teja y exclamó:

-Sí sí; ¡maldita esta casa y cuántos estén en ella después de mi salida!

Y echándose con aire indignado los manteos, salió seguido de su ama, doña Rafaela y algunas mujeres.

***

CAPÍTULO 16

No todos los vecinos se fueron; algunos quedaron en el cuarto de Pepa, entre los cuales podemos contar a Rosa y su hijo, a Damiana y su marido.

-Mucho me alegro -dijo el marido de Damiana-, haber oído a ustedes; pero dime, Julián, ¡dónde has aprendido lo que sabes?

-No puedo decirlo -contestó Julián- lo único que puedo decir es, que he pedido mucho a Dios, y Dios me ha concedido más; esto con respecto a su Palabra; ahora para otras cuestiones, he oído explicar mucho y he leído algo.

-Pues hija -dijo Damiana-, prepárense ustedes para sufrir, porque ahora todos van a ir contra ustedes.

-No tenemos cuidado -contestó Julián- si Dios es con nosotros, ¿quién será contra nosotros?

-No -replicó el marido de Damiana-, yo creo que lo que aquí se ha hablado debe haber abierto muchos ojos. Conque Julián y señora Pepa, que ustedes descansen... mañana iremos a comprar una Biblia.

-Oiga usted, Pepa -dijo Damiana- cuando vaya a los protestantes, avíseme usted que quiero yo ir.

-Y yo -interrumpió Rosa.

-Bueno -contestó Julián-, pues mañana por la noche iremos todos, ¡quiera Dios que no hayamos hablado en balde esta tarde!

-Vaya pues, hasta mañana, si Dios quiere -dijeron Damiana y su marido saliendo de la habitación con las demás personas.

Sólo quedaron en casa de Pepa, ésta, su hijo, Rosa y Paco.

-Que ustedes descansen -dijeron Pepa y su hijo.

-Oiga usted, Pepa -dijo Rosa-, yo me he quedado para decir a ustedes que siento no sé qué cosa en mí. Deseo ir a oír lo que ustedes han oído; y tú Paco, de aquí en adelante no te juntarás con otro que con Julián.

-Bueno, madre -contestó Paco-, quiero ser hombre de bien. Desde mañana estaré con Julián, siempre que pueda y también seré trabajador.

-Me alegro -dijo Julián-, de que hayas tomado esa resolución, y que seas otro hombre.

-Y yo, -añadió Pepa-, me alegro de que también Rosa desee meditar sobre su salvación. Mañana vendrá usted conmigo a la capilla y también hablaremos. Ahora piense usted que Jesús es el único Salvador y Abogado y que todo lo que pidamos a Dios en su nombre, nos lo dará.

-Sí -repuso Julián-, crean ustedes en el Señor Jesucristo y serán salvos ustedes y su casa.

-Ea, hasta mañana -dijeron madre e hijo.

-Que el Señor les acompañe contestaron Pepa y Julián.

-Madre -dijo Julián cuando quedaron solos-, hagamos oración y pidamos a Dios que bendiga lo que aquí hemos hablado.

-Ambos se postraron en oración, alabando a Dios por sus bondades y suplicándole que bendijera en sus vecinos lo que en aquella tarde se había hablado. Después de levantarse se despidió Julián de su madre, retirándose a su habitación, mientras ésta se dedicaba a sus quehaceres.

****

CAPÍTULO 17

Ha pasado un mes desde la discusión del padre Ambrosio con Julián, y todo está como lo encontramos al principio de nuestra historia.

El Verdadero Retrato sigue ocupando su puesto en el portal; la lamparilla arde, ¿quién suministra el aceite? Todo lo que podemos decir es, que no son Pepa ni Rosa. En los libros de la prevención no se halla el nombre de Paco, y para concluir, muchos aprendieron perfectamente el dicho de San Pablo: *"Examinadlo todo y retened lo bueno"*, el mandamiento de Jesús. *"Escudriñad las Escrituras"*, y las consecuencias de creer en Jesucristo conforme a lo que está escrito, *"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa"* no fiando su salvación ni en santos ni aún en la Virgen. *"Porque hay un Dios; asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; y en ninguno otro hay salvación; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos"*. (1Tim. 2:5; Hechos 4:12).

Volveremos a encontrar a Julián y a su madre en la segunda parte, que titularemos:

JULIÁN
Y
LA BIBLIA

A la caída de una tarde de primavera, entramos en el patio de una casa situada en la calle de Embajadores, de Madrid, donde nos llaman la atención dos ventanas, que, a juzgar por el ruido que por ellas sale, la una pertenece al taller de un carpintero, y la otra al obrador de un hojalatero.

Al pie de esta última ventana, una mujer, anciana ya, a juzgar por sus blancos cabellos, está sentada leyendo con avidez en un libro, que sustenta sobre sus rodillas. No podemos, por la posición que ocupa, ver su rostro, pero nos llama la atención su inmovilidad y su afán de aprovechar los últimos destellos del día: de tal manera debe interesarle la lectura.

No sabemos que extraña simpatía nos arrastra hacia aquella anciana. De repente entra en el patio un muchacho y dice:

—Señora Pepa, el maestro la llama a usted.

Entonces la anciana levantó la cabeza; pero la sorpresa no nos dejó oír la contestación. Aquel nombre, aquellas facciones y aquella voz nos traen a la memoria una persona a quien apreciamos, y unos acontecimientos que de seguro no se han borrado de nuestra memoria.

La anciana cruzó el patio y desapareció.

—¿Quién es esa señora? —preguntamos al joven, que en ese momento recoge la silla.

—La madre del maestro— nos contesta; y desaparece por una puerta que hay en el portal, y que da paso a la trastienda del obrador de vidriero.

Entonces salimos a la calle, pasamos a la otra acera, y mirando la muestra de una tienda que hay al lado del portal, nuestra vista se fija en un letrero que dice:

JULIAN
Vidriero, Plomero y Hojalatero

Este nombre también nos recuerda una persona y un suceso, y nuestra sorpresa sube de punto cuando la puerta de la tienda se abre y aparece en ella un joven, a quien tiempo ha conocíamos, cuando era casi un niño, disputando con cierto sacerdote.

Efectivamente, este hombre es Julián; y la señora que leía en el patio, Pepa la vendedora.

Pero qué cambio! Quién había de reconocer en este joven al hijo de Pepa? A poco de la época en que le conocimos, el Señor le proporcionó trabajo en casa de un buen maestro, donde al cabo de un año se captó sus simpatías.

Era el maestro de Julián, de edad avanzada, viudo y padre de una joven de diecinueve años, que le cuidaba con todo el cariño de una buena hija, la cual se llamaba Dolores.

Al cabo de un año que estuvo Julián al frente de la casa, progresó esta de tal manera,

que el maestro no dejaba de alabar en todas partes a su oficial. A los dos años se vio al anciano atacado de una pulmonía, y sintiendo que sus últimos momentos se acercaban, llamó a Julián y le dijo:

—Julián, tú te has portado en mi casa como un hombre de bien... mis últimos momentos se acercan, y deseo, ya que otra cosa no sea, que me des palabra de seguir siendo en mi casa lo que hasta aquí... Piensa que esta casa es el sostén de una huérfana, y que, si tú le abandonas, no sé qué será de ella... yo bien hubiera querido... pero...

Y el anciano se detuvo, como si temiera decir algo atrevido.

—Maestro —contestó Julián sollozando—, Dios no querrá que usted muera; pero si esta es su voluntad, cúmplase... yo le prometo que seguiré mirando por la casa más que hasta aquí... y que Dolores será para mí una hermana... ya que otra cosa no...

Y se detuvo a su vez.

—Julián—le dijo su maestro—, habla claro; un anciano, que se halla a las puertas del sepulcro, te lo pide.

—Pues bien —contestó Julián—, ya hace tiempo que yo me he fijado en las virtudes y prendas que adornan a su hija; pero el temor de que se me atribuyeran mira interesadas, por la diferencia de posiciones, me ha hecho cerrar mis labios y no decir palabra.

—¡Gracias te doy, oh, Dios mío! —exclamó el anciano con gratitud—, porque has colmado mis deseos.

Y haciendo llamar a Dolores, después de consultada su voluntad y de recibir la aprobación de la señora Pepa, ambos jóvenes se enlazaron ante el Juez municipal; poco después falleció el maestro de Julián.

La bendición de Dios se colmó, hasta el punto de concederles como fruto de su matrimonio un niño, al cual acordaron ponerle por nombre Pablo.

Tal es el estado actual de Julián y su familia.

Ya que es nuestro amigo, entremos en la tienda. Nada de particular hay en ella que nos llame la atención, excepto un cartel, enclavado en uno de los costados de la pared, que dice así:

"Acordarte has del día del Reposo, para santificarlo: Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será Reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto, Jehová bendijo el día del Reposo y lo santificó".

Vamos a conocer ahora a uno de los vecinos de Julián, o sea al dueño de la carpintería. Es el señor Juan, hombre de sesenta y cinco a setenta y ocho años; a pesar de esta edad, se conserva fuerte, y si no fuera por algunos dolores que le han quedado de dormir al raso en tiempo de la guerra de los siete años, estaría hecho un muchacho. Su carácter es bueno, liberal a toda prueba, y sargento de la Milicia Nacional.

Se compone su familia de la señora Blasa su esposa, y una joven de dieciocho a veinte años, llamada Antonia, fresca como las flores de mayo, la cual es su delicia.

El señor Juan está despidiendo a sus oficiales y aprendices, diciéndoles: Volved pronto, a eso de las diez; ya lo sabéis, mañana es San Antonio y no se trabaja.

—Pero, maestro —le interrumpió uno— las traviesas hay que entregarlas el lunes.

—Bueno, trabajaremos el domingo hasta las tres de la tarde. El día de San Antonio

no se da un golpe en mi casa: es el santo de mi hija, y por eso lo quiero. Nada: esta noche avisáis en vuestras casas, y a las diez os espero aquí para el baile; no olvidéis las guitarras: hasta yo voy a bailar... y San Antonio va a presidir la función; le ha puesto mi hija el dosel de terciopelo, que me costó doscientos reales, y se le encenderán lo menos cuarenta luces. Entrad a ver el altar...

Todos quedaron admirados del buen gusto, saboreando lo que se iban a divertir, y salieron alegres, frotándose las manos.

Cuando quedó solo el maestro, vio a Julián que jugaba con su niño, y dirigiéndose a él, le dijo:

—Buenas noches, vecino.

—Buenas noches las tenga usted, señor Juan —contestó Julián.

***

II

—Parece que el mozo va saliendo adelante.

—Así es, señor Juan —contestó Julián.

Ambos vecinos guardaron unos momentos de silencio, al cabo de los cuales Julián dijo:

—¿Por qué no se sienta usted, señor Juan?

—Con mucho gusto —contestó éste, sentándose en un taburete al lado de Julián, y añadiendo—: ¿cómo vamos de trabajo?

—Con más del que se puede hacer; ahora me he quedado con una contrata de tarteras para un regimiento de artillería y, trabajamos sin cesar, gracias a Dios.

—Pues yo también estoy abrumado de trabajo: sin contar la obra de casa, tengo ocho obras de fuera.

—Yo —insistió Julián—voy a empezar a velar desde mañana mismo.

—¿Cómo? —preguntó el carpintero—; ¿mañana, día de San Antonio, va usted a trabajar?

—¿Y por qué no? Mañana, en mi concepto, es un día como los demás.

—Cierto —replicó el señor Juan—. Mire usted; yo no soy aficionado a los santos; pero lo que hace al día de San Antonio, no permito que en mi casa se dé un golpe: es santo a quien quiero, porque es el abogado de mi hija. Verdaderamente, yo debía de trabajar mañana, pues el lunes tengo que entregar unas traviesas; pero, día por día, prefiero trabajar el domingo.

—Ahí verá usted lo que yo no haré en manera alguna, trabajar el domingo, porque Dios lo mandó así, y es preciso obedecerle.

En esta conversación estaban, cuando salieron a la puerta de sus tiendas respectivas Dolores, Blasa y Antonia, saludándose todas a una.

Dolores tomó el niño de brazos de su esposo, y se dirigió a la carpintería, desde cuya puerta la señora Blasa le hacía señas para que se acercara.

Dejemos a los hombres seguir su conversación, y escuchemos la de las mujeres.

—¿Qué me quiere usted, señora Blasa? —dijo Dolores al llegar.

—Mujer, que deseamos ver a tu hijo.

—Pues está hecho un cebón —dijo con orgullo Dolores, presentando su niño.

—Verdaderamente que está hecho una alhaja —insistió Blasa, tomando el niño en sus brazos; y añadió—: si su abuelo levantara la cabeza y le viera...

—Por fin —interrumpió la madre de Antonio— tú has tenido suerte, porque has perdido un padre muy bueno, pero has dado con un marido tan bueno como aquél.

—Eso sí, señora; no tengo motivos más que para alabar a Julián.

—Debe querer mucho al niño, verdad?— preguntó Antonia.

—¡Oh! ciega por él —contestó Dolores.

—Es natural—añadió la señora Blasa—: como es el primero y está tan hermoso... San Antonio le bendiga.

—Señora Blasa —contestó Dolores cogiendo su niño—, con que Dios le bendiga es bastante.

—Hija, y los santos también; ¿por qué no?

—Es que —dijo la hija del carpintero— Dolores tiene presente el refrán que dice: "Lo que Dios no quiere, santos no pueden", ¿verdad?

—Pues mira —dijo Blasa—, yo tengo mucha fe en San Antonio, porque es un santo muy poderoso: ya ves, le llaman "Abogado de imposibles". Sin ir más lejos, el otro día perdí un billete del Banco que valía 500 reales; sin vacilar, encendí una vela a San Antonio, que tengo en la sala —dicho sea de paso, hoy lo tengo hermosísimo, le recé un padrenuestro, y en seguida, revolviendo bien la cómoda, en el tercer cajón, sitio donde yo no acostumbro a guardar el dinero, encontré los 500 reales; desde entonces no le ha de faltar al santo, diariamente, una lamparilla encendida; conque ya ves.

—Pues yo en eso no veo otra cosa sino que con el tiempo perderá en realidad los 25 duros, gastándolos en aceite al Santo. Por lo demás, si en lugar de haber malgastado el tiempo en rezar y encender luces al santo, hubiera usted buscado bien en la cómoda, habría hallado su dinero, pues no estaba perdido; si en vez de haberlo metido en la cómoda le hubiera usted dejado caer en la calle, vería como San Antonio no se lo traía a su casa.

—¡Hija, eres muy descreída!

—De ningún modo señora Blasa; yo creo...

—¿A quién crees?

—¿Yo? A Jesucristo.

—Pero, no es eso; lo que yo pregunto es esto: ¿a qué Cristo tienes tu devoción: al del pardo, al de la Fe, al del Perdón, o, en fin, a tantos otros como hay?

—A ninguno de esos, porque no conozco más que al Cristo, el Hijo de Dios, que está en los cielos.

Su conversación fue interrumpida, porque les llamó la atención un tropel de gente que subía por la calle. En medio de la muchedumbre, venían diez o doce mozos con guitarras y bandurrias, y adelante de ellos una fila de mujeres, jóvenes también, y vestidas a la usanza del pueblo o de "aparejo redondo", como ellos dicen, pero con lujo.

Al llegar a la puerta de la carpintería cesaron de tocar, se pararon formando corro, y el que hacía de director dijo:

—"La seguidilla"

Las guitarras hicieron la entrada y, una mujer cantó:

"La primera verbena

que Dios envía
es la de San Antonio
de la florida.
Y esto es tan cierto
como los sacristanes
tocan a muerto”.

—Señores, adentro todo el mundo —dijo el señor Juan—; ¿pero dónde están las mujeres? Blasa... Antonia...

—¡Ay madre! —exclamó Antonia—, van a entrar y no quisiera que me vieran hasta que estuviera aviada.

—¿Si? —contestó su madre—; pues verás como todo se arregla.

La señora Blasa se dirigió a la puerta y, bien a tiempo, pues ya iban los huéspedes, a cuya cabeza venía su marido, a penetrar en la sala.

—¡Alto! —exclamó—; no se permite la entrada hasta que el Santo, presidente de la fiesta, esté concluido de arreglar.

—Bien dicho —exclamaron a una los concurrentes.

La madre de Antonia volvió a entrar, cerrando la puerta tras sí, y momentos después, cuando ya estaba vestida y engalanada su hija, salió de nuevo para decir:

—Adelante todos.

Hombres y mujeres penetraron en la sala; y después de cambiados los primeros saludos, cada uno se acomodó como quiso, y algunas mujeres se postraron delante del altar para decir una oración al Santo.

—Señores —exclamó el señor Juan— mientras se avía la cena, entretenerse como puedan. Bailad unas seguidillas.

—Pues vengan —repuso el “Chato”—, que yo voy a cantar la primera copla en honor a San Antonio.

Las guitarras tocaron, y el “Chato” cantó:

“San Antonio bendito,
santo glorioso,
que a un niño pequeñito,
sacó de un pozo,
y al estribillo,
que este santo en los brazos
sostiene un niño”.

—¡ Bravo! ¡Bravo!... ¡Venga otra! —exclamaron algunos. Las guitarras siguieron tocando, y otro joven cantó:

“San Antonio de Padua
cura a los ciegos,
a los que están baldados
los pone buenos.

Y a los demonios
los ata por los cuernos
como a los toros".

—¡Bueno, muy bueno!, pero para poder seguir, que venga el vino tinto —exclamó el que cantó.

—¡Bien, bien, retebién! —gritó entusiasmado el señor Juan—; tiene razón; Pepillo, vino tinto; sin vino no se puede tocar, ni cantar, ni bailar. El vino es precioso para todo; tanto, que sin él no se puede decir misa; bien dijo el que dijo: "donde no hay vino no hay talento". Blasa —añadió dirigiéndose a su mujer—, llena una jarra de "horchata de uva", y tráela para acá.

Dejémoslos ahora que se diviertan y festejen a San Antonio a su manera. Visitemos entre tanto a nuestro amigo Julián y su familia.

Nuestro amigo, acompañado de su madre, se halla sentado a la mesa y dispuesto para cenar. El pequeño Pablo duerme en su cuna y, Dolores que sale en este momento de la cocina, coloca la cena sobre la mesa.

Hasta la sala en que ellos se encuentran llega el ruido producido en casa del señor Juan.

—Demos gracias al Señor —dijo Julián después que Dolores se hubo sentado.

Todos inclinaron sus frentes y Julián elevó una oración a Dios en las siguientes palabras:

—¡Oh nuestro Dios! Recibe gracias por el bien que nos haces, al darnos salud, trabajo y comida; bendice a mi familia y a mi hijo Pablo, bendice el taller, y perdona a esos ciegos de ahí al lado que te están ofendiendo; acuérdate de los pobres y de los enfermos; y todo por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. Amén".

—Veamos ahora—dijo Julián dirigiéndose a su madre—; cuéntenos lo que ha leído usted hoy en su Biblia.

—He llegado hoy al versículo 25 del capítulo 11 del Evangelio según San Mateo, donde Jesús dice: *"Te alabo, Padre y Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños".* Medité sobre esto, y ¡qué verdad es que Dios nos ha revelado cosas tan grandes que las podemos sentir pero no expresar!

—¡Oh, sí! —exclamó Julián—; Dios nos enseña diariamente cosas muy buenas, ¿no es verdad, Dolores?

—Cierto —contestó ésta—: a mí me ha enseñado por su misericordia muchas cosas; la principal ha sido mostrarme que sin Jesucristo yo sería una pecadora perdida, y que, gracias a El, ahora soy salva; antes, yo andaba haciendo obras que creía meritorias, como dar dinero para sufragios, ayunar, oír misa y demás.

—¡Pues y yo, —exclamó la anciana—, que me fiaba de los consejos de los confesores, y mandaba decir misas, poner luces, compraba la "Bula de carne, la de Difuntos", y otras mil cosas; ¿Y las indulgencias? Si alguna eficacia tuvieron, he ganado yo más indulgencias que días se puede alargar mi generación. Cuando pienso lo equivocada que he vivido, ¡me estremezco de terror!

—Pues yo —dijo Dolores— me acuerdo que todos los días al ir a comprar, echaba dinero en el cepillo de las ánimas.

—¡Terrible cuenta —dijo Julián—, van a tener que dar delante de Dios los que tienen la culpa de mantener en tanto error a las gentes sencillas!

—¡Y cuánta gente hay engañada! —exclamó Pepa.

—Yo —interrumpió Dolores— tengo temor por cuantas personas trato, pero quien desearía que conociese la verdad es Antonia. Tanto ella como su familia son muy buenas; desde que éramos niñas la quiero como a una hermana.

—Ya, ya —dijo Pepa—; mira como van a pasar la noche: cantando y bailando delante del altar. El error de los romanos va tan lejos, que les hace colocar bajo un mismo techo a Dios y al diablo. Bailando adoran y adorando bailan.

—Y lo peor es —añadió Julián— que no tienen traza de enmendarse.

La inobservancia del domingo es cosa muy mala, y veo con pena que nuestro vecino prefiere trabajar el día del domingo, con tal de divertirse mañana, día de San Antonio: es decir, profana el día del Señor por guardar el de un Santo imaginario.

La regeneración de las clases trabajadoras debe empezar por la observancia del domingo; para ellas el día del reposo es una necesidad para reponer las fuerzas físicas que se han consumido en los otros seis días. Yo he observado por mí mismo que los obreros que trabajan los seis días y no descansan el séptimo, se gastan más pronto y gozan de menos salud que los que guardan el día del Señor. Y todo esto sin hablar de lo concerniente a la salud del alma.

Aquí llegaban de su conversación, y ya habían concluido de cenar, cuando llamaron a la puerta que daba al portal. Julián la abrió, y Antonia, acompañada de otra joven, se presentó en la sala, donde aún estaban sentadas a la mesa la señora Pepa y Dolores.

—Buenas noches tengan ustedes —dijeron ambas al entrar y la hija del carpintero añadió:

—Vengo de parte de mi padre a decir que tendría mucho gusto en que vinieran a acompañarnos a cenar.

Julián y su mujer acompañaron a la hija del carpintero y a su amiga a casa de aquélla.

—Maestro, maestro—exclamó el carpintero al ver entrar a Julián—, venga usted acá a mi lado y tome algo.

—Mil gracias, señor Juan —contestó Julián—, pero permítame usted que no tome nada: su hija puede decir que nos ha Visto sentados a la mesa.

—Bien, no me importa— dijo el carpintero—; hoy hay en mi casa carta ancha para que cada cual haga lo que quiera en honor de San Antonio, menos dejar de beber o incomodarse: estas dos cosas están absolutamente prohibidas.

La cena continuó sin ningún incidente, hasta que, a los postres, el señor Juan dijo:

—Ahora los brindis; que cada cual brinde por quienquiera.

Julián permanecía sentado en su silla considerando el triste estado de aquellas gentes. Dolores hablaba con Antonia y otras jóvenes de su sexo.

—Brindo —exclamó el señor Juan—, por San Antonio, que es el santo de mi hija; por mi hija, por la libertad y porque rabien los enemigos del orden.

Al brindis del dueño de la casa hicieron el debido honor los convidados, bebiéndose cada cual su vaso. A éste, se sucedieron otros brindis.

Un joven de los concurrentes, oficial de buñolero, observó que Julián no tomaba parte en los brindis, y llamando la atención general dijo:

—Oiga joven ¿por qué no bebe usted? ¿No le gusta el vino?

—No bebo —contestó Julián—porque acabo de cenar en mi casa, y yo no acostumbro a beber más que en las comidas.

—Hombre —dijo el buñolero con aire impertinente—, eso es muy saludable, pero yo creo que el vino siempre es bueno. ¿No se acuerda usted de aquel cantar que dice:

"Del cielo dicen que vino
la semilla de la cepa;
pues siendo el vino divino,
bebamos mientras nos quepa?"

—Cada uno tiene sus ideas y yo tengo las mías.

—Pues mire usted, lo que a mí me parece es que usted tiene cara de fraile, y que sino brinda no es hombre.

—¡Ay! exclamó Julián con mucha calma—, por lo que yo brindaría sería porque Dios diera a usted más razón y menos lengua.

Una carcajada general resonó en la habitación al oír las palabras de Julián. Este, conociendo por el estado de los convidados que aquel no era lugar a propósito ni para él ni para su esposa, abandonó la casa del carpintero, despidiéndose cortésmente de todos.

El baile y la broma se prolongaron hasta la una de la madrugada, en cuya hora no había cabeza despejada. El señor Juan, con lengua torpe, dijo:

—Señores... mañana... digo... mañana... será de día. Propongo... que vayamos al "vivero"... de campo... Como hay que madrugar... hay que dormir... conque... cada mochuelo a su olivo... He dicho.

—¡Bien, bien! exclamaron todos con alegría.

—¡Orden compañeros! —gritó con voz tomada el buñolero—; antes de separarnos, venga un trago y, bailemos el "galope infernal".

—Sí, sí —dijeron algunos—, no más baile basto; venga por fin el "galope infernal".

Los vasos se llenaron y vaciaron, y las guitarras tocaron a compás muy vivo un "vals". Algunas parejas se pusieron a bailar. ¿Hemos dicho bailar? Mejor que baile parecía una danza de furias; aquella masa de gente se empujaba y pisaba, yendo de aquí para allá.

Al fin sucedió lo que era de esperar. El buñolero y su pareja cayeron al suelo, y tras éstos cuantos bailaban.

¡Qué cuadro! Hombres y mujeres, en revuelta confusión, rodando por el suelo; el polvo de los ladrillos ahogaba; las voces, de entre las cuales salían algunos ayees, ensordecían, y todo esto delante del Santo de su devoción.

Por fin, fueron levantándose todos los bailadores, menos una joven que quedó tendida en el suelo, efecto del golpe que había recibido. Aquí fueron los lamentos, los ayes y el correr: los unos rezaban al Santo; los otros hacían aire a la joven privada, y finalmente, Antonia corrió a su alcoba y sacó de su tocador un pomito de esencia que, aplicado a la nariz de la enferma, la hizo volver en sí.

Por fin, después del susto consiguiente, los convidados salieron a la calle, y la familia del señor Juan se quedó sola. Antonia entró en su cuarto llorando, porque en la caída del baile había roto uno de sus pendientes, y tres diamantes en él engastados se habían perdido.

¿Qué dirán sus padres? ¿Encontrará San Antonio las alhajas?

***

III

Amaneció el 13 de junio del año 18... puro y sereno. Dos establecimientos de los muchos que hay en la calle de Embajadores, permanecían cerrados a las cinco y media de la mañana, y dos grupos, bien distintos el uno del otro, se hallaban golpeando a cada una de sus respectivas puertas.

Estos dos establecimientos son: la carpintería del señor Juan y la hojalatería de nuestro amigo Julián. A la puerta de éste hay cuatro hombres y dos muchachos vestidos de blusa y pantalón azul, con un taleguito en la mano, que sin duda contiene el almuerzo, dispuestos para entregarse al trabajo, a pesar de ser el día de San Antonio.

La puerta del obrador de Julián se abrió, y los que esperaban entraron.

El grupo que aguardaba a que el señor Juan o alguno de su casa dieran señales de vida, se componía de jóvenes de uno y otro sexo, muy armados algunos de guitarras y bandurrias y vestidos con traje de fiesta.

Después de unos momentos de espera, también fue abierta la puerta de la carpintería, y el dueño apareció en su dintel diciendo:

—Buenos días, señores.

—Buenos días, señor Juan.

—¿Ha venido el "ómnibus?"

—Sí, ya está en la puerta.

—Pues que pase un mozo por la canasta.

El señor Juan transmitió la orden, y uno de los mozos del coche entró y salió con una canasta a la cabeza, en la que iban las viandas, y encima un "hermoso" pellejo de vino todo lo cual fue saludado por los concurrentes, cuando le vieron, con gritos de entusiasmo, entre los cuales se distinguió la voz del buñolero, que dijo:

—¡Viva San Antonio y las Antonias y todos los que estamos aquí reunidos! Sobre todo, ¡viva el pellejo! Señores, voy a coger una chispa como para mí solo.

—¡Y yo! ¡y yo! —exclamaron varios.

La conversación se cortó, porque el señor Juan apareció en la tienda, y detrás de él su mujer e hija; al ver a esta última, un ¡viva la hija del maestro! resonó en el taller.

Cuando estaban subiendo al carruaje, llegó un albañil a la puerta de la carpintería, y dirigiéndose al señor Juan le dijo:

—¿Se va usted de campo, maestro? —Sí, ¿qué quieres?

—Vengo de parte del señor arquitecto, para ver cuántos marcos de balcones me puedo llevar.

—Di al arquitecto que ninguno: que hoy es San Antonio y no trabajo.

—Pero, mire usted, maestro, que una cuadrilla no puede trabajar si no va eso a la obra.

—Pues que se vayan de campo como yo.

El hombre se retiró. Mientras tanto, Blasa y Antonia hablaban con Julián y Dolores a la puerta de su tienda. Les habían instado a que fueran con ellos, pero en vano.

—Vaya —dijo la señora Blasa—, pues no dejen de echar una mirada por mi cuarto.

—Descuide usted—dijo Julián—, que ya cuidaremos de su casa.

La señora Blasa se despidió, y su hija se acercó a Dolores y le dijo al oído:

—¡Ay, Dolores, mal día de San Antonio vamos a tener! La verbena fue mala y el día no será mejor. Ya te contaré.

¿Cómo pasaron el día los personajes de esta historia? Lo diremos en tan pocas palabras como nos sea posible.

Julián pasó el día trabajando y tanto él como su familia y oficiales, gozaron de perfecta tranquilidad.

Con respecto al señor Juan, vamos a encontrarle con su familia y amigos al vivero, a eso de las cinco de la tarde.

Todos los circunstantes se hallan con ese desorden natural que reina en los días de campo a la hora de comer.

—Vamos —dice en este momento el señor Juan—, trinchemos estas aves, como dicen los ricos.

—¿Quién habla de ricos en la reunión? —preguntó uno.

—¡Que rabien los ricos! —exclamó el buñolero— ¡y que vivan los pobres!

—¡Viva la libertad!—gritó el señor Juan.

—¡Vivaaa! ! !

—Oye, Chato—preguntó el buñolero a otro—: ¿para qué quieres tú la libertad?

—Hombre... yo... para... si... porque mi abuelo fue muy liberal... y odiaba a los curas y a la religión y a los ricos.

—Que no se hable de política—dijo una mujer.

—Sí, sí, fuera la política; hablemos de religión: eso es lo que está de moda desde que vinieron los protestantes. Sigamos la moda, y hablemos de religión como el fraile de anoche.

—Pues hablemos de religión —dijo uno de los circunstantes; y dirigiéndose al buñolero, le dijo—: ¿Qué eres tú, católico apostólico romano, o judío?

—Hombre —contestó el aludido—, yo soy español.

Una carcajada general resonó al oír la contestación del buñolero.

—¿De qué se ríen ustedes? —preguntó—; yo he nacido en Madrid, y por tanto soy español.

—Eso nada tiene qué ver; ¿eres tú cristiano?

—Si.

—¿Católico apostólico romano?

—Sí.

—Pues entonces crees en el Papa.

—Yo no creo en el Papa.

—¿Y en los curas?

—Tampoco. —¿Y en la Virgen?

—Sí.

—Pues entonces no eres católico apostólico romano; porque no crees en el Papa.

—¿Y qué falta me hace el Papa? ¡Me da algo?

—Pues yo —interrumpió uno de la reunión— soy cristiano católico apostólico romano, y no creo en el Papa.

—Pues vea usted que es infalible.

—Sí, y precisamente ahora que es infalible ha perdido su poder temporal y se levantan contra él los mismos católicos. Hace poco leí en mi periódico que el padre Jacinto, ese cura o fraile francés que tanto ruido ha dado, se va a casar, y lo mismo hace un gran sabio alemán que se llama... no puedo recordar su nombre; lo cierto es que ellos dicen que los curas deben ser casados.

—Eso sí que es una verdad—dijo otro—; los curas debían ser casados: así no se verían ciertos escándalos.

—Pero es que el Papa —prosiguió el anterior— es muy probable que tenga que salir de Roma con toda su in...fa...li... bi... li... dad; ¡no se puede decir esto muy bien!

—En vista de tanta farsa —exclamó el señor Juan—, yo no soy nada; lo que me enseñaron mis padres, eso enseño a mi hija; mas yo... creo que hay un Ser Supremo, pero que no se mete en nada; hago el bien que puedo, respeto a los santos, no me meto con nadie; y con esto estoy seguro de ganar el cielo, si lo hay.

—Esa, esa "es la fija" —exclamaron algunos—, eso es ser cristiano.

Así continuó la conversación, exponiendo cada cual sus ideas religiosas, tan distantes del dictado que ellos querían apropiarse.

Según ellos, hacer el bien que se puede, creer en un Ser, que es más bien un no ser, puesto que en nada se mete, y respetar a los santos, es lo que hace falta para ser cristiano y salvarse.

¡Qué ceguedad! ¿Y quién tiene la culpa de tanto error? No vacilemos en declararlo: la culpa la tiene en su mayor parte un clero tan ignorante o fanático, pero, sobre todo, tan egoísta, que no alza su voz más que cuando es atacado en lo que toca a sus intereses materiales.

Millares de millares hay como el señor Juan, buenos padres de familia, hombres honrados según el mundo; pero en cuestiones religiosas, ya lo hemos visto, con hacer el bien que pueden se dan por satisfechos. ¡Error! ¡Lamentable error! Los que tal creen, escuchen lo que dijo Jesús al doctor de la ley:

"Maestro —dijo un doctor de la ley a Jesús—, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna? (Y él Jesús) le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Y respondiendo el doctor, dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y a tu prójimo como a ti mismo. —Bien has dicho (contesta Jesús). Haz esto vivirás".

"Haz esto y vivirás": no basta saber lo que hay que hacer, ni hacer una parte; es preciso hacerlo todo para salvarse. Pero ahora viene esta cuestión: ¿Puede el hombre hacerlo? No. Para él, cumplir la ley, ganar la salvación de su alma es imposible; pero tenemos un Substituto que lo ha hecho todo, nos ha sido dado Uno que no ha dejado nada por hacer. Este Uno es Jesucristo, y sólo por El tenemos redención, justificación y santificación. Sí, por la fe en Jesús tenemos asegurada la salvación de nuestra alma. Sin la fe en Jesús, nada tenemos.

Pero, volvamos a la reunión.

Ya es casi de noche, y los amigos del señor Juan, éste y su familia se disponen para volver a su casa.

Al montar en el ómnibus, el buñolero se empeñó en ir en el "imperial" y cuanto hicieron por disuadirle de su idea fue en vano.

Después de muchos trabajos, consiguió, ayudado por otros, subir a su sitio. El coche arrancó, e iban todos cantando y muy divertidos.

El buñolero se acabó de trastornar con el traqueteo del coche, y empezó a gritar:

—¡Arrea, arrea...!! ¡eh, eh, eh... capitana, capitana!!!

Se torció a un lado, y sin que pudieran evitarlo los que iban cerca de él, cayó desde lo alto del coche al suelo. El conductor hizo un supremo esfuerzo para detener el ganado, pero en vano; no le pudo hacer parar sino después de dar algunos pasos. Todo el mundo, dando gritos de horror, saltó desde el carruaje al suelo, acercándose al buñolero, que yacía tendido en el suelo, bañado en sangre, siendo necesario trasladarle a la Casa de Socorro más próxima.

Persona hubo que, a pesar de la mucha devoción que tenía a San Antonio, no pudo menos de exclamar: —Aunque ni San Antonio hubiera venido al mando, ni hubiera amanecido su día, nada se habría perdido Mientras otra añadió—: Mejor nos hubiera sido pasar el día como Julián, trabajando en el taller, ganando para nosotros y para nuestras familias.

****

IV

Han pasado quince días desde el día de San Antonio hasta hoy. En casa del señor Juan debe suceder alguna cosa notable. Reina una agitación que no es ordinaria: las mujeres andan azoradas de uno a otro lado, y más de una cara se halla humedecida por el llanto. ¿Qué sucede?

Consecuencias de una verbena y del día de un santo.

Sea por la pérdida de los diamantes, o bien por el susto que recibió con la caída del buñolero, Antonia volvió enferma a su casa.

Al siguiente día, se desarrolló en ella una fiebre tan intensa, que el médico de cabecera la declaró grave y en estado "de disponerse", añadiendo que no había tiempo que perder, pues la veía amenazada de una congestión cerebral, en cuyo caso ya sería tarde.

La persona que recibió este recado fue Dolores. La madre de Antonia estaba fuera de sí; el padre lloraba como un niño, y, para terminar, a cualquiera hubiera causado lástima aquella familia, tan triste ahora como alegre hace muy pocos días.

Dolores transmitió la noticia a una tía de Antonia, la cual dijo que ella no la comunicaba a sus padres.

Por fin, después de mucho cavilar, decidieron decírselo a un sacerdote que vivía en la misma casa. Llamábase D. Francisco, era bastante joven, algo instruido, y a pesar de ser fanático por sus creencias, gozaba de bastantes simpatías entre sus feligreses.

—Bien —contestó a las dos mujeres que subieron a hablarle del asunto—, bien; yo bajaré y consultaré con el señor Juan, pero en otra casa.

Las mujeres se despidieron de D. Francisco, y diez minutos después un aprendiz de Julián entró en la carpintería, diciendo:

—Señor Juan, mi maestro dice que vaya usted, que tiene que hablarle.

El carpintero siguió al muchacho, y bien pronto estuvo delante de Julián, que le dijo:

—Buenas tardes, señor Juan; ¿cómo sigue Antonia?

—Mal, muy mal. ¡Hija de mi alma!

—Señor Juan—dijo Julián con acento conmovido—, no hay que apurarse de ese modo. Mientras un enfermo respira, hay vida en él. Pase usted conmigo a la sala, que tenemos que hablar.

Julián echó a andar, y el carpintero le siguió.

Cuando estuvieron sentados en la sala, aquel dejó que su amigo se serenara un poco, y llamó a su madre para que trajera un vaso de agua.

—Vamos, señor Juan —dijo la señora Pepa presentándole el agua—, no se abandone usted al dolor de ese modo, tenga usted confianza en Dios.

—Dios, Dios —exclamó el carpintero—. Dios no oye, Dios está...

Iba Pepa a contestar, pero un gesto de Julián la indicó que se saliera, y así lo hizo, diciendo:

—Jesús está en todas partes.

—Señor Juan —dijo Julián cuando su madre salió—, hay sucesos en la vida en los cuales se prueban las almas de los hombres. Cuando un padre sufre lo que usted, y cree y confía en Dios, no se desespera como usted lo hace...

—No sé, Julián, qué cosas tienen sus palabras, que me consuelan; pero no, no, mi hija no debe morir tan joven... se la disputaré al mismo Dios.

—¿Quiere usted disputársela a Dios? —Sí. Cómo, no sé.

—Por la oración.

—Yo no sé rezar, ni quiero: lo que quiero es mi hija.

—Tampoco yo quiero que usted rece; lo que yo quiero es que usted se vuelva al Señor con humildad, diciendo: "Señor, no te dejaré si no me bendices; te ofrezco mi hija, haz de ella lo que más te plazca; sólo te ruego que me la dejes, o me des fuerzas para sobrellevar este golpe; si dispones llevártela, ten piedad de mí, en el nombre de Jesús".

Yo no sé hacer eso, yo no sé orar.

—¿No? Pues entonces diga usted al Señor: *"Señor, enséñame a orar". Jesús ha dicho: "Todo lo que pidiereis en oración creyendo lo recibiréis".*

En esto estaban, cuando llamaron suavemente a la puerta de la sala. Julián abrió y D. Francisco entró en ella, saludándose mutuamente.

—Pues, señores, dejo a ustedes solos —dijo Julián.

—No, no, de ningún modo; usted debe quedarse —contestó el sacerdote, y añadió— Veamos, ¿sabe ya el suceso el señor Juan?

—No contestó Julián—; yo le consolaba ahora en vista de su desgracia, exhortándole a que ponga su confianza en el buen Dios.

Todos tomaron otra vez asiento, y D. Francisco dijo: —Sí, es cierto que Dios es bueno, pero quiere que de nuestra parte hagamos lo que nosotros debemos hacer para que venga a nosotros.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?—preguntó Julián.

—¡Oh! —exclamó el sacerdote—; ¡la penitencia! ¡Ese precioso sacramento que nos ha dado la misericordia de un Dios Salvador! Sacramento que, acompañado de la poderosa intercesión de la bendita Virgen y de toda esa gloriosa falange de ángeles, arcángeles,

querubines y santos, nos abre infaliblemente las puertas del cielo; por supuesto, contando con la absolución sacerdotal, que viene después de la confesión! Sí, amigo mío; si algo teme usted por su hija, debe, revistiéndose de valor, decirla... mandarle que se confiese.

El señor Juan iba a hablar, pero D. Francisco le atajó diciendo: Ya sé lo que usted me va a decir: dirá usted lo que todos, es decir, que este es un golpe fatal para cualquier enfermo. ¿Por qué? Cuando el sacerdote, vestido con sus ropas talares y con la autoridad que Dios y la Santa Iglesia le han dado, se acerca a la cabecera del enfermo para advertirle que se halla a las puertas de la eternidad, y el peligro que corre de condenarse para siempre en el infierno, obra de tal modo su presencia y palabras en el ánimo del doliente, que le dan nuevas fuerzas; y al confesarse para poder recibir a Jesús sacramentado, se verifica un cambio tal, que sólo puede explicarse y atribuirse a la tranquilidad que presta la absolución sacerdotal de todos los pecados, dada aquí en la tierra y ratificada en el cielo. Entonces puede el moribundo entregarse con entera confianza a la protección de la Madre de los pecadores. y muere en estado de gracia y con una paz completa.

—Yo pregunto una cosa —dijo Julián—: ¿el sacerdote no habla nada de Jesús a los enfermos?

—Sí; pero como el carácter de María Santísima es más dulce, atrae mejor el arrepentimiento.

—De ninguna manera estoy conforme con eso; porque, después de todo, ¿quién hizo la salvación de los pecadores, María o Jesús?

—Entre los dos fue hecha; porque si Jesús murió, las entrañas de María le guardaron y sus pechos le sustentaron; y más que todo esto, aunque no sea más que por respeto a su madre. Jesús ha de declinar todo el poder en ella. Sin María no puede haber Jesús.

—Pero esas doctrinas son heréticas; ¿dónde encuentra usted una sola palabra de eso en la Biblia?

—Pues si no lo dice la Biblia, lo dicen la Iglesia y los padres.

—La Palabra de Dios es más autorizada que la de ningún padre, pues el mayor de ellos es falible.

—¿Pero de qué se trata, señores? —preguntó el señor Juan.

—Simplemente—contestó el sacerdote—de decir a usted que su hija está en peligro, y es preciso confesarla.

—¡Hija de mi alma! —exclamó fuera de sí el carpintero—. ¡Pobre hija mía! ¿Con que se muere...? Hubo un momento de silencio, durante el cual ambos miraron con profunda simpatía al afligido padre.

***

V

Al otro día de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, estaba todo preparado para dar el “Viático” a Antonia.

La opinión de D. Francisco prevaleció, y él mismo confesó a la hija del carpintero. Al anochecer, ya estaban todos los amigos del señor Juan, y bastantes vecinos, esperando que fuese la hora de ir a la iglesia.

Entre los vecinos uno faltaba, y este uno era Julián.

Mientras los hombres iban a la iglesia, dos vecinas sostenían este diálogo en el portal.

—Es extraño que la mujer del vidriero no esté en casa de Antonia, pues rara vez ha faltado a ella.

—Oiga usted, señora Colasa: según he oído decir, no viene porque son protestantes, y como van a...

—¡Protestantes! ¡Usted está loca, señora Juana! Si he conocido yo a la Dolores desde pequeñita, y está bautizada en San Cayetano.

—Pues, hija, lo que yo digo a usted es que el señor Julián es protestante.

—¡Ca! Está usted equivocada. Los protestantes no son españoles ni están bautizados.

—¿Pues qué son?

Unos extranjeros que han venido de allá, de la Morería, mandados para conquistar la España.

—Pues a mí me han dicho en confianza que el maestro vidriero es protestante.

—No, ese está bautizado y es español; y luego entró en su casa D. Francisco: ya usted ve, si fuera protestante no hubiera entrado en su casa el señor cura.

—Precisamente por eso lo sé yo. Es el caso que el Sr. Julián aconsejaba al padre de Antonia que no dejara confesar a su hija, y D. Francisco entró para sacar de allí al señor Juan; además, ¿quién sabe dónde está bautizado su hijo?

—¡Es verdad! Eso es un misterio. —Misterio no: hay quien dice... En esto sonó el tilin... tin... tin... tilín... de las campanillas, anunciando la proximidad del Viático, y un movimiento general se operó en la casa.

Las vecinas de los cuartos altos bajaron al portal, con luces unas, y otras con lumbre en los recogedores, en los que quemaban espliego e incienso. El sonido de la campanilla se oyó cada vez más claro, y los que venían delante alumbrando con hachas encendidas entraron en el portal. Todo el mundo se puso de rodillas. El sacerdote pasó por medio, murmurando palabras que no se entendían, y entró por la puerta cuya entrada daba a la trastienda de la carpintería. La puerta de Julián, de que ya hicimos mención, situada enfrente a la del señor Juan, permaneció cerrada, causando este hecho una sorpresa general.

Mientras el sacerdote estaba dentro de la casa de Antonia, algunos de los que habían venido alumbrando se quedaron en el portal, porque no cabían dentro de la habitación, para no perder el tiempo se pusieron a fumar y a hablar muy tranquilos.

—Oiga usted, vecina—dijo un hombre a una mujer de la casa, que estaba con un velón en la mano—: ¿a quién pertenece esta puerta, que no han sacado una triste vela cuando ha pasado Dios?

—Esa puerta —contestó la mujer —pertenece al vidriero, no son muy amigos de estas cosas ni él ni su familia; son...

—¿Protestantes ?

—Si, eso.

—¡Mala bomba! Oye tú —añadió dirigiéndose a otro—, en esta casa vive un protestante: deberíamos llamar y obligarlos por fuerza a que sacaran una luz.

—No, dejaos de tonterías: cada uno es libre de pensar como quiera —contestó el aludido.

—Bueno, bueno—dijo un anciano; por esa tolerancia de la juventud en admitir extranjeros, está España así.

—No—contestó una vecina; mañana mismo le decimos a D. Francisco que nos limpie de aves de mal agüero la casa, diciéndoselo al casero.

Los que estaban dentro de la habitación principiaron a salir, y la conversación se suspendió; volvió a sonar la campanilla, y el "Dios inventado por Roma" salió de la casa, alejándose en las manos de su sacerdote.

Veamos entretanto lo que estaba haciendo aquella familia que ni "una mala vela" sacó al portal, y cuya puerta permaneció cerrada.

Dolores, Pepa y Julián estaban sentados en la sala, y este último, tenia en sus manos un libro abierto.

—¡Cuanto pesar —dice Julián— me causa lo que está pasando en casa del señor Juan! ¡Qué contrario es lo que están haciendo con Antonia a lo que está mandado en la Palabra del Señor! Leámosla y veremos lo que debe hacerse con los enfermos. Epístola de Santiago, capítulo 5, versículos 14 y 15: *¿Esta alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará, y si estuviere en pecados, le serán perdonados."* Estas son las instrucciones que tenemos en la Palabra de Dios; por tanto, no debemos separarnos de ellas. "Hagamos la oración de fe que salvará al enfermo", por nuestra vecina, a quien queremos tanto; no que nuestra oración la salve, sino que es el medio mandado por Dios, y por el cual hace gracias y concede dones. Pero es preciso hacerla con fe. Madre, Dolores, ¿se sienten ustedes con verdadera fe para orar por Antonia, creyendo firmemente que el Señor la levantará?

—Si —contestaron con resolución ambas mujeres

—Pues, oremos al Señor. Todos se pusieron de rodillas, y después de unos momentos de recogimiento, la voz de Julián, pausada y solemne, se alzo diciendo:

—¡Señor y Padre nuestro! Nos ponemos delante de ti en el nombre de Jesucristo, para suplicarte que nos concedas una bendición especial. Señor, leemos en tu Palabra que nos mandas orar por los enfermos, prometiéndonos que "la oración de fe salvará al enfermo, tú lo levantarás." Danos la fe necesaria para rogarte por Antonia, nuestra vecina. Tú, ¡oh Dios! sabes todas las cosas y conoces todos los corazones. Ya sabes la situación en que se encuentra nuestra amiga y el estado de su corazón. ¡Ah, Señor! No permitas que, engañada por las vanas prácticas que le han enseñado, su conciencia esté adormecida, porque, ¿cuál será su despertar? ¡Oh, buen Dios! Aquí te hemos presentado la promesa; ahora, Señor, ve lo que te pedimos; que levantes a Antonia de su cama, y que la conviertas a Ti, sanando de este modo su cuerpo y su alma. Señor, concédenos esto, haznos ver tu mano, da consuelo a sus padres y devuélveles a su hija; mas si dispones llevártela, salva su alma. Óyenos, Señor; te lo pedimos en el nombre, por el amor y los méritos de Jesucristo tu Hijo. Amén.

—Amén—repitieron las dos mujeres.

Cuando se levantaron, Julián dijo: —Ahora aguardemos la respuesta del Señor.

—Mira, Julián —dijo Dolores—, voy a pasar un momento a ver cómo se encuentra Antonia; en seguida vuelvo.

—Si te dejan entrar —observó Pepa—, no será malo.

—¿Y por qué no me han de dejar entrar?

—Porque como ninguno hemos salido cuando ha venido el Viático...

—Pues oye —interrumpió Julián—: si te dicen algo vente en seguida.

Dolores salió y a los pocos momentos estaba en la sala del carpintero. ¡Extraño contraste se presentó a su vista! El altar de San Antonio estaba iluminado como la noche de la verbena, y adornado de flores. Pero a las carcajadas y al ruido de las guitarras había sucedido el llanto; a las fuertes pisadas del baile, el andar de puntillas; a la atmósfera cargada de humo de los cigarros, la no menos pesada del humo del incienso y del espliego. Delante del Santo fue la orgía; delante del Santo es el lloro. La figura no se conmovió ante las palabras groseras de entonces; impasible permanece ante las muestras de dolor de ahora. Entonces se le ofrecieron canciones, ahora oraciones; pero él permanece sordo, mudo, y ciego a unas y otras. Los males empezaron en el día del Santo, o mejor en la víspera: cuándo y cómo concluirán?

Estas ideas cruzaron por la mente de Dolores, que pudo observar también cómo, al entrar ella, pararon la conversación, y la miraron con cierta reserva, algunas mujeres que había en la sala.

—Buenas noches —dijo. —Buenas noches—le contestaron.

—¿Se puede pasar a ver a Antonia? —Pase usted. Dolores entró en la alcoba, y acercóse con mucho silencio a la cabecera de la enferma, inclinándose para verla. Antonia abrió sus ojos, e inmediatamente que reconoció a Dolores, le dijo con voz débil:

—¿Eres tú, Dolores?

—Sí, yo soy —contestó ésta, y añadió—: ¿cómo te encuentras?

—Mal, muy mal; estoy loca de la cabeza. —Pues no hables.

—No, no hablaré; el olor de la cera y del espliego que han quemado me tiene trastornada... ¿cómo no has venido antes?

—Ya sabes, Antonia, que aunque no esté a tu lado, me acuerdo y ruego por ti a Dios. Vaya, voy a dejarte descansar. Piensa en Dios, y acuérdate de que sólo Jesucristo puede salvarnos.

—Ya he comulgado.

—Bueno, pero no fíes tu salvación más que en Jesucristo. Por El serás salva. — Así lo haré... No te vayas, siéntate aquí. Dolores calló y se sentó, orando en silencio por su amiga. Al cabo de un rato salió a la sala, y dirigiéndose a las mujeres, les dio:

—¿Y los padres de Antonia? —No están—contestó una, secamente.

Dolores notó la sequedad, pero sin embargo, continuó:

—Me parece que debían ustedes apagar algunas luces del altar: Antonia se queja del tufo.

—Sabemos —contestó la tía de Antonia— lo que tenemos qué hacer. Y a propósito: usted dispense si le ruego que se ahorre el trabajo de venir por aquí hasta que Antonia esté fuera de peligro. Su confesor ha prohibido que hable con cierta clase de gente... y...

—Sí—interrumpió Dolores, y entre esa clase de gente están Julián, su madre y su mujer, ¿verdad?... Pues bien, me retiro; pero, gracias a Dios, en mi casa pediré por mi amiga, y sé que Dios me oirá.

—Le hemos dicho que puede retirarse—exclamaron todas.

—Sí, me retiro —dijo Dolores con las lágrimas en los ojos—; me retiro, y que Dios las perdone el mal que me hacen.

Las mujeres continuaron por un momento hablando, y Dolores salió llorando, con

dirección a su casa. Al verla entrar de aquel modo la señora Pepa y Julián, se levantaron azorados, preguntándola:

—¿ Ha muerto ? —No—contestó Dolores. —¿Pues qué pasa? —

—¡Ay!... que nos echan de aquella casa por orden del confesor.

—¡Y eso te aflige! —exclamó Julián.

—¡Sí, porque amo a Antonia, y nos desprecian sin saber por qué!

—¿Sin saber por qué? —dijo la señora Pepa—; sí que saben por qué: nosotros somos cristianos y ellos no; he ahí la causa.

—Pero podíamos haber hecho tanto bien a Antonia... que...

—El mismo le podemos hacer ahora —dijo Julián, y añadió—; oremos sin cesar por Antonia, y Dios nos oirá. Por lo demás, preparémonos para sufrir toda clase de desprecios e insultos, pero pensemos lo que dijo el Señor Jesús: *"Os echarán de las sinagogas: y aún viene la hora, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio a Dios"*. Confianza, pues, y roguemos al Señor por nuestros enemigos.

***

VI

Al declinar el día siguiente al de haber venido el "Viático", Antonia se sintió un poco mejor; su cabeza estaba algo más despejada. En un momento que tuvo de descanso preguntó por Dolores.

—No está —le contestaron.

—Pues que la llamen —insistió Antonia.

La mujer que la cuidaba salió de la alcoba para poner en conocimiento de los padres el deseo de Antonia. La madre enjugó el llanto, procuró parecer serena y entró en el cuarto de su hija, preguntándole con voz cariñosa:

—¿Qué quieres, hija mía?

—Ver a Dolores.

—¿Para qué? El confesor ha dicho que no hables con ella.

—Pues no importa, yo quiero hablar... El confesor me ha asustado mucho, me ha impuesto una penitencia que... en fin, quiero ver a Dolores.

—Hija mía, tranquilízate, no pienses en nada, ni te acuerdes de nadie.

Madre —dijo Antonia con agitación—, he dicho que quiero ver a Dolores, y la veré. Ella me entiende y me dice unas cosas que no me sabe decir nadie... quiero ver a Dolores... y si fuera posible...

El señor Juan, deseoso de oír lo que hablaba su hija, se había acercado de puntillas a la alcoba, escuchó la petición de su hija, y resueltamente entró y le dijo:

—¿Para qué quieres ver a Dolores?

—Para hablar con ella —contestó Antonia.

—Pues espera, que voy a llamarla.

—Gracias, padre, gracias...

El señor Juan salió de la alcoba y su mujer detrás de él, diciéndole:

—Aguarda, hombre, aguarda.

—Qué hay?—preguntó el señor Juan con sequedad.

—¿Pero vas a llamar a esa mujer? —Sí, y a su marido. —¡ Hombre, tú estás...;

—Como tú quieras que esté, pero ahora los llamo. Lo pide mi hija, y basta.

—Don Francisco ha dicho que no, y... no.

—Y mi hija dice que sí, y... sí.

Y el señor Juan, sin hacer caso de las exclamaciones de su mujer ni de la tía de Antonia, salió con dirección a la hojalatería, rogó a Julián, Dolores y a la señora Pepa que pasaran, y prometieron hacerlo tan pronto como cerraran la tienda.

Dolores, acompañada del carpintero, entró en la casa de su amiga.

—Antonia —dijo Dolores con voz apenas perceptible.

—¡Ah!, ¿eres tú? —contestó la hija del carpintero reanimándose.

—¿Cómo te encuentras? —Mal Dolores, muy mal; pero no sé qué voz secreta me dice que no voy a morir.

—Confía, confía en Dios, y está tranquila esperando su voluntad... mira, no hables más, ¿quieres?

—Bien, pero deseo hablarte. —¿Y la cabeza? —La cabeza no me duele tanto. ¡Oh! si hubiera seguido con los dolores de ayer, me hubiera muerto... ¿No podrían dejarnos ustedes solas? —dijo mirando a las dos mujeres, que eran unas vecinas.

—Su madre de usted —contestó una— ha dicho que no perdamos a usted de vista.

—Pues sálganse, y miren desde la sala.

—Mira —dijo Antonia cuando se vio sola con Dolores— tú eres la persona en quien más confianza tengo, y por si muero deseo encargarte algunas cosas, y que tú me digas otras.

—Antonia, querida Antonia —interrumpió Dolores—, no te alteres, habla con calma; ¿no decías poco ha que no creías morir?

—No me altero, Dolores, tampoco pienso morir; pero ¿y si muero?...

Después de una breve pausa añadió:

—Ya sabes que el día de campo, al marchar, te dije: "mal día voy a tener". ¿Te acuerdas?

—Pues mira cómo acerté. Por más que pedí con todo mi corazón al Santo, nada, no fui oída de él.

—Mira, Antonia, cree lo que te voy a decir: en lugar de pedir a San Antonio, pide a Dios en el nombre de Jesús. El te ha redimido con su sangre; El te llama; ¿a qué dejar a Dios por el hombre? ¿Lo cierto por lo dudoso?

—Sí, sí tienes razón... Mira, ayer cuando me dieron "Su Majestad", me pareció que estaba tranquila, pero hoy que mi cabeza está algo despejada, las dudas asaltan mi alma; porque la verdad es que cuando confesé, a más de mi cabeza, trastornada ya, D. Francisco, el cura del principal, me habló de muerte, de infierno, no sé de cuántas cosas, y luego principió a confesarme, cosa que no podía hacer bien por mi estado.

—Antonia, sólo Dios puede perdonar los pecados, por tanto, sólo a El debes confesarte; dile, pues: Padre, he pecado contra Ti, mas por el amor de Jesús perdóname todos mis pecados".

Y di, Dolores, ¿perdona Dios tan fácilmente? ¿No habrá nada que purgar?

—No, nada hay que purgar, porque Cristo lo ha purgado todo. —¡Ay, Dolores, si pudiera creerlo, cuánto bien me haría.

—Si quieres, esta noche vendrá Julián, y te hablará de esto.

—Sí que quiero, que venga. Un encargo tengo que hacerte. Abre el cajón de aquel tocador, y ve si hay una cajita. Dentro de ella hay unos pendientes; a uno le falta un colgante, entérate de cuánto costará hacer otro igual, y dímelo.

Dolores obedeció, haciendo lo que Antonia le mandara. Ambas amigas poco después se despidieron, y Dolores salió con dirección a su casa.

Veamos entre tanto al señor Juan, a su mujer y a la tía de Antonia, hermana del señor Juan, que están en el taller.

—He dicho —decía la señora Blasa— que no quiero que esa mujer esté ahí, y no estará.

—Y Antonia —responde el carpintero— ha dicho que quiere que esté, y estará.

—Pero, ¿tú quieres perder el alma de la niña? —preguntó su hermana.

—Lo que vosotras dos queréis es que yo pierda la paciencia, y entonces...

—Esa mujer me huele a azufre, Juan.

Y dime, querida Blasa, ¿no te olía a azufre cuando le decías que cuidara de nuestra casa?

—Yo no sabía lo que eran.

—Sí que lo sabías, porque la noche que bautizaron a su hijo fuiste a los protestantes a verle bautizar. Yo no sabía que eran tan malos.

—Pero, ¿qué te han hecho?

—A mí nada, pero D. Francisco sabe mucho y dice lo que dice. Estoy segura que ahora mismo Dolores está diciendo a nuestra hija que no crea en Dios ni en los santos, para que muera condenada.

—Eso —observó la tía— si no la mata.

—Cuando digo que...

—Esta noche—interrumpió Blasa— llamo a D. Francisco para que confiese otra vez a Antonia.

Y yo, si vuelvo a ver al cura dentro de mi casa, vosotras y él salís corriendo. Mira, Blasa, que estoy medio loco, que jamás te he faltado, pero que yo sé que Dolores nada malo dice a nuestra hija, y que no quiero al cura en mi casa. Si antes fui débil, ahora no lo soy.

—Te digo que entrará D. Francisco... y entrará.

—Y yo te digo que no... y no entrará.

La disputa se cortó, marchándose el señor Juan a un recado. La señora Blasa pasó a ver al cura, y le dijo:

—¡Ay, padre de mi alma! Mi hija ha querido ver a la mujer del vidriero, y mi marido la ha llamado.

—Pues es necesario impedir que la hable.

—¡Oh, señor! Ya han estado hablando, un buen rato hace!

—Pero, ¿en qué piensa su marido de usted? —Mi marido dice que la Dolores, nada malo dice a Antonia.

—¡Cómo se entiende! ¿Nada malo? Juzgue usted misma. Lo primero que sin duda le habrá dicho es que no haga caso de cuanto yo le he dicho; qué bueno será que se encomiende a Dios (y esto para engañarla, porque tal es el sistema protestante), pero que no cumpla la penitencia, porque es una tontería que da mucha molestia; también le habrá dicho que puede muy bien ser salva sin encomendarse a ningún santo, y que no crea nada del

poder de María Santísima. ¡Oh! contra esta bendita señora sí que habrá dicho grandes cosas: por ejemplo, que no ha existido jamás, que no fue pura, y...

—¡Qué horror, qué horror! —Exclamó Blasa verdaderamente espantada; y añadió:

—¿Y no podría usted bajar ahora que no está mi marido? —Si, señora.

—Pues corramos a salvar a mi hija. El sacerdote se puso su manteo y salió en compañía de la señora Blasa para visitar a Antonia.

En el taller está ya el señor Juan, que, presentando una silla al cura, le dijo: —¿No podría decirme usted a qué debo el honor de su visita?

—Sí, señor—respondió D. Francisco—; su mujer de usted me ha dicho cosas muy graves.

—Mi mujer habla más de lo que debe...

—No se irrite usted, señor Juan —dijo el sacerdote; y añadió—: no trate usted así a su pobre mujer.

—Jamás—contestó el señor Juan— he tratado mal ni a mi mujer ni a nadie; pero ahora se han empeñado en oponerse a lo que mando, y esto no lo puedo soportar.

—¿Pero en qué se oponen a su voluntad?

—En que no quiero que se moleste a mi hija.

—El que peor quiere a Antonia es usted.

—¿Yo?

—Sí, señor, usted, que labra su eterna condenación en un infierno donde será atormentada para siempre; porque estando a la hora de su muerte, usted, su padre, la rodea de personas que...

—¡Son tan dignas como usted y yo! —exclamó el carpintero con ímpetu; y añadió—Qué mal le han hecho Dolores y su marido para que hable así de ellos.

—Son unos herejes—contestó el sacerdote— que han renegado de su fe cristiana.

—D. Francisco, si no fuera mirando a ese traje que le cubre, que... en fin, le diría claramente que lo que usted dice no es verdad.

—¡Cómo que yo miento! —exclamó el cura alzando su voz.

—Oiga usted, D. Francisco, en mi casa nadie alza la voz.

—Yo soy un ministro de Dios, y tengo potestad para alzar mi voz sagrada, siempre, donde y como sea menester.

—Por favor, Juan, vente a razones —dijo la señora Blasa con acento suplicante.

—¡Calla! —contestó su marido; y luego, dirigiéndose al cura, le dijo—: Para que vea usted cómo yo respeto esos derechos, le ruego que lisa y llanamente me diga qué quiere, o se marcha de mi casa.

—Bien—contestó el cura—; vengo a confesar a su hija, pues de lo contrario muere condenada por haber hablado con esa mujer que está excomulgada.

—Y yo le digo a usted que no confiesa a mi hija, y que, por lo contrario, el señor Julián y su esposa estarán continuamente en mi casa y a la cabecera de mi hija.

—Pues yo no respondo de su alma, ni ningún santo estará a su cabecera cuando expire; y es más, le prometo a usted no decir misa por su alma, porque será inútil.

—Tan inútil será entonces como lo es ahora. No he ido más que una vez a los protestantes y he sacado más fruto que en todas las misas que he oído. Allí se lee y se predica puro el Evangelio. Allí el ministro ha rogado a Dios por el país, por el gobierno, por los enfermos, por los pobres, por los afligidos. Allí la gente toma parte en el culto cantando

himnos. Allí hablan español, de modo que usted y todos pueden entender lo que se dice, Usted qué lengua habla en su misa? Bien puede ser mora, o griego, o latín; todo lo que sé es que no le entiendo palabra.

—Ni falta le hace entender, más le valiera creer.

—¿Pero creer qué?

—En la eficacia de la misa. —¿Pues qué eficacia tiene la misa?

—¡Mucha!

—Pues yo le doy a usted mil reales porque diga una para que mi hija se ponga buena.

—La misa no cura más que las enfermedades del alma.

—Pues entonces a mi mujer la han engañado, porque yo sé que ha mandado decir misas por la salud de mi hija.

—¡Parece mentira que un hombre, que tiene en su casa un altar dedicado a San Antonio, hable así!

—Lo que voy hacer con San Antonio usted lo vera más tarde; ¿cómo me ha de oír si no es más que un leño? Para que usted lo sepa, yo he visto a ese Santo cuando tenía corteza. Del mismo trozo de madera hicieron el Santo y un caballo.

—No puedo escucharlo más. —Pues lo que digo es verdad: el tallista es muy amigo mío.

—Por último, ¿permite usted que confiese a su hija?

—No señor.

—¿Y que le hable?

—Tampoco.

—¿Le hablará el vidriero?

—Sí, señor, y a mí me enseñará a vivir: su casa es más bendita que la mía.

—No le durará mucho esa bendición, yo se lo prometo, ni parará mucho en la casa.

—Puede usted hacer lo que guste.

***

VII

Retrocedamos un poco, y volvamos a encontrar a Dolores en el momento de entrar en su casa, después de la visita que hizo a su amiga Antonia.

Julián y su madre, tan pronto como la vieron, la preguntaron cómo seguía la hija del carpintero, y al saber su mejoría, Julián exclamó:

“La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”.

—¡Dios es fiel!—añadió la señora Pepa.

Dolores contó a su marido la conversación tenida con Antonia, y el encargo que ésta le hizo respecto de los pendientes y su esposo la aconsejó hacerlo lo más pronto posible.

A la hora de costumbre Julián cerró su tienda, y buscando su Biblia, salió acompañado de su madre y Dolores, con dirección a la casa del carpintero. Llamaron suavemente a la puerta, y el mismo señor Juan les abrió.

—Pasen ustedes al taller —les dijo en voz muy baja—: Antonia se ha dormido, y el

médico, bastante sorprendido, ha dicho que ésta es una buena señal.

Pasaron al taller, donde encontraron a la señora Blasa, la tía de Antonia y tres mujeres más.

—Buenas noches —dijeron al entrar.

—Buenas noches —contestaron con alguna frialdad las personas que estaban en la casa.

—¿Con que Antonia duerme? ¡Oh! Esta es una buena señal.

Y dígame usted señora Blasa: si su hija de usted se pusiera buena, a quién atribuiría esta gracia?

—Yo, a San Antonio bendito, que jamás me negó lo que pedí.

—Dispénsame, querida Blasa —interrumpió el señor Juan—; me parece que el tal San Antonio no te oyó mucho en la ocasión presente. Yo ya creí antes, y ahora creo con más firmeza, que San Antonio ni te ha oído, ni te oye, ni te oirá jamás, aunque le llames con una bocina.

—De seguro que teniendo un marido tan poco devoto como tú, aunque clame a todos los santos de la corte celestial, ninguno me oirá.

—¡Con que soy un impío! ¿Y cómo sabes esto? Lo que me pesa en el alma no es el haberme opuesto a que Antonia se confesase, sino el haber sido tan débil que haya permitido que D. Francisco la haya confesado. ¿Lo habéis entendido? Por lo demás, ahora me creo menos impío que antes, porque en lugar de no pensar nada en Dios, pienso algo.

—Señores —interrumpió Julián—, si ustedes me permiten, hablaré algunas palabras, las cuales, con la ayuda de Dios, nos serán muy útiles para aclarar esta cuestión.

—Señor Julián—dijo Blasa—, todos sabemos las doctrinas que usted cree; yo sé lo que creo y nada me hará mella.

—Muy bien, señora Blasa —contestó Julián; pero permítame usted una pregunta: ¿Usted qué cree?

—Yo creo lo que dice la Iglesia. —Y, ¿qué dice la Iglesia?

—Toma, la Iglesia dice... dice... dice lo que dice; yo bien sé lo que dice.

—Mujer, te portas —interrumpió el carpintero—; nos has dejado enterados con tus razones.

—Dígame usted, señora Blasa —exclamó Julián—, ¿qué ha adelantado Antonia con la confesión que ha hecho a D. Francisco?

—Mucho —contestó la mujer del carpintero—, pues si hubiera muerto entonces de seguro se salvaba.

—No es cierto eso, porque la confesión no salva a nadie; pero a pesar de todo, ¿me quiere usted decir cuántas cosas son necesarias para hacer una buena confesión?

—Sí, señor, son cinco: examen de conciencia, dolor de corazón... (Catecismo del Padre Ripalda).

—Oye—interrumpió su marido—, he aquí lo que no tenía nuestra hija; lo que ella tenía era un fuerte dolor de cabeza.

—Calla, y no digas tonterías...; dolor de corazón, propósito de enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia.

—Bueno; y ¿usted cree que su hija la otra tarde, atormentada por su mal, estaba en disposición de tener presentes estos requisitos, sin los cuales, según la Iglesia Romana, no se puede hacer una confesión capaz para obtener el perdón de sus pecados? Veamos;

Antonia, amagada de un ataque cerebral, y, como es consiguiente, sufriendo de la cabeza lo que no es decible, a las dos de la tarde, por ejemplo, se le dice con muchos rodeos que es preciso que se confiese, que haga examen de conciencia; nada menos que pasar revista a todo lo que ha dicho y hecho desde que confesó la última vez, y si no puede todo, a lo menos ha de hacer lo que pueda por recordarlo. A las cuatro viene el confesor, y la joven, que no puede ni aún abrir sus ojos y que el menor ruido la molesta, tiene que oír y responder a las preguntas que aquél le dirige; esto si puede hablar, que si no, el sacerdote toma su mano y empieza a confesarla por los dedos. Después de esto, que no es poco, viene la penitencia, que por lo general se compone de rezar tantas o cuantas salves, credos u otras oraciones; vamos a suponer en el paciente dolor de corazón y mucho propósito de enmienda; pero ¿tendrá fuerza para cumplir la penitencia y hacer el examen de conciencia? Mas no es esto lo mejor, sino que a las seis viene lo que llaman Su Majestad, y sabido es que todo enfermo sufre sus recaídas al entrar la noche; pues en este período álgido le dan la Eucaristía, y están tan convencidos de que le es difícil al enfermo el tomarla, que todo paciente, después de recibida la "forma", es preguntado por el sacristán: "¿Ha pasado su Divina Majestad?" En conciencia, señora Blasa, ¿son éstas buenas disposiciones para salvarse?

La madre de Antonia calló, y algunas mujeres, con ellas el señor Julián, dijeron casi maquinalmente:

—Tiene razón.

Julián conoció que la situación era suya, y llevado de un celo vivísimo por declarar la verdad, prosiguió de esta manera: —Si se habla de algo a un enfermo, háblesele de Jesús, léasele la palabra de Dios, en la que se encuentran frases tan consoladoras como: *"La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado". "Al que ande en valle de sombra de muerte, no temerá mal alguno".* Teniendo el dicho de Jesús*: "De cierto os digo, que el que cree en mi tiene la vida eterna". "Yo* (dice Jesús) *soy la resurrección y la vida; el que cree en mi, aunque esté muerto, vivirá".* Estas palabras conmoverán al enfermo y le harán exclamar:

—¿ Y quién eres tú — Y entonces el Hijo de Dios contesta al paciente: *"Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor su vida da por las ovejas". "Yo soy Jesús"*, y *"al que a mi viene no le echo fuera".*

El silencio más profundo reinó cuando Julián acabó de hablar. Por fin, una de las mujeres dijo:

—¿Sabe usted que todo eso que ha dicho me gusta mucho, y que jamás oí hablar así?

—Cierto que al parecer tiene visos de verdad—añadió la hermana del carpintero.

—Señora exclamó Julián— las palabras del Evangelio son verdaderas; pero, volviendo a la enferma, repito: ¡creen ustedes que esa confesión la salva?

—Si no la salva—contestó la señora Blasa—, hemos hecho lo que hemos podido para que así sea.

—Pero, amiga, es un lamentable error creer que la confesión a oído de un sacerdote, puede abrir las puertas del cielo. En la Sagrada Biblia no hay una palabra de confesión secreta practicada por los apóstoles. Mas a pesar de todo, ¡ha quedado su hija más tranquila después de haberse confesado?

—No señor—se apresuró a decir el señor Juan.

—¿Ha deseado ver otra vez a su confesor?

—No señor; se opone tenazmente a ello —volvió a contestar el carpintero. — — Se opone a ello—dijo Blasa— porque no falta quien vierta en sus oídos ideas corrompidas.

—Señora Blasa —exclamó Julián—; si dice usted eso por mi esposa, yo le aseguro que Dolores nada ha dicho a su amiga que perjudicarla pueda. Estoy seguro que no le ha hablado sino de Jesús, como su Salvador.

—Pues yo no sé más, sino que mi hija no quiere ver a D. Francisco, y esto es por algo...

En este momento la mujer que cuidaba de Antonia entró en el taller para decir que Antonia, se había despertado y llamaba. La conversación se suspendió. Todos pasaron a la sala, pero tan sólo Blasa entró en la alcoba. Blasa se acercó al lecho de su hija y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras, hija mía? —Bastante mejor —contestó la enferma; y añadió—; ¿no ha venido Dolores?

—Sí, ahí está. —Pues que pase.

La mujer del carpintero salió de la alcoba y poco después todos entraron en ella. Cambiadas algunas palabras referentes al estado de Antonia, Julián la dijo:

—Antonia, me han dicho que deseaba usted verme; ¿en qué le puedo ser útil? — ¡Ah, Julián! Deseaba ver a usted con grande afán, y ahora este afán se ha aumentado.

La enferma se detuvo. Después, clavando su mirada en el vidriero, y tomando su semblante una expresión indescriptibles preguntó:

—¿Cuál es el camino que conduce al cielo?

Julián vaciló un momento, conmovido por la ansiedad de aquella pregunta, y por fin dijo:

—Voy a decírselo, amiga: Jesús le responde: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mi"*. Jesús, pues, es el camino que conduce al cielo.

—Bien... pero, ¿qué tengo qué hacer para seguir ese camino y entrar al cielo? — El mismo Jesús dice: "No temas; cree solamente y serás salva".

—Pero creer, ¿en qué o en quién? —*"Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salva". "Cree en el Señor Jesús y serás salvo".* Esto es lo que dice la Palabra.

Hubo una corta pausa. Julián observaba el efecto que aquellos textos hacían en la enferma. Por fin, Antonia, dijo:

—Pero no tengo que hacer nada para salvarme?

—La Palabra del Señor ha dicho a usted: "Cree solamente y serás salva"; y añade: *"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios, por medio de nuestro Señor, Jesucristo".*

—Pero, Julián, esto parece imposible, porque yo soy muy pecadora.

—¿Sí? Pues precisamente por eso, usted puede apropiarse las palabras de Jesús, que dicen: *"No he venido a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento".* Puede usted ve, amiga, que Dios perdona gratuitamente; mas por si alguna duda queda, oiga usted, que va a hablar el mismo Jesús*: "El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido"*. Y, *"al que a mi viene no le echo fuera"*.

—¡Ay, Julián! ¡Qué dulce consuelo para mi alma! Pero me parece imposible que Dios nos ame de ese modo.

—Oiga usted lo que dice su Palabra: *"De tal manera amó Dios al mundo, que ha*

dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna".

—¡Oh! ¡Qué bueno es Dios! ¿Pero cómo ninguno de mis confesores me dijo nada de esto, sino que, al contrario, aún D. Francisco, a pesar de lo débil que estaba, me abrumó con una penitencia que...

—Los confesores saben el por qué lo callan, y usted lo sabrá también algún día. Ahora lo importante es que usted crea en el buen Jesús, y que le acepte por su Salvador.

Hubo otra pausa; nadie se atrevía a romper el silencio. Por fin, el señor Juan dijo:

—Sobre que me gusta mucho todo eso que dice y lee Julián, me da coraje que los curas no nos enseñen cosas tan buenas.

—Padre —dijo Antonia—, deseo poseer un libro como el de Julián.

—Sí, hijita, mañana mismo, si Julián me dice dónde podré encontrarlo, tendrás uno.

—¿Y qué le parece a usted todo esto? —preguntó la señora Pepa a Blasa.

—Oh! me parece que es muy bueno —contestó Blasa—, pero a mí no hay quien me saque de mis trece.

—Señores interrumpió Julián—, creo que molestamos a la enferma, y por lo tanto debemos retirarnos.

—No —replicó vivamente Antonia—, a mí no me molesta usted; todo lo contrario, no sabe el bien que ha causado en mi alma, y la paz que siento; pero ¿de qué modo pediré perdón al Señor para obtenerlo? ¡Soy una pobre pecadora que me encuentro a las puertas de la muerte!

—Puesto que usted desea hablar, hablemos. Un padre rico tenía dos hijos. Cierto día uno de estos dos hijos, el menor, se presentó a su padre pidiéndole lo que a su muerte debía pertenecerle: recibidos los bienes, "no muchos días después", se marchó lejos de la casa paterna y de aquella provincia. Un pecado nunca va solo: siempre atrae otros tras sí. El joven, al verse en perfecta libertad y rico, gastó lo que su padre había ganado. ¿Pero en cosas santas? ¿En limosnas? No, *"desperdició su hacienda viviendo perdidamente"*. Bien pronto, el joven se vio reducido a la pobreza. ¿Qué hacer? Dios envió hambre sobre aquella tierra, y el joven, sólo y pobre, tuvo que sufrir aquella plaga hasta el punto de desear las algarrobas que los puercos, confiados a su cuidado, comían. En este estado, un recuerdo vino a su imaginación: "su casa, su padre". *"¡Oh!, se dijo, ¡cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!"* De esta reflexión nació otra en su alma ¡Cuánto he pecado! Y tras este sentimiento, vino el dolor de su pecado. Qué hacer? Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: *"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de que me llames tu hijo: "hazme como a uno de tus jornaleros".* ¿Le concedió el padre eso que le pidió? No, "y mil veces no". El padre ve allá lejos venir un hombre; viene haraposo, cubierto de polvo; algunos del pueblo pasan a su lado, le miran, pero no le conocen. ¡Ah! Los ojos de un padre ven a una distancia muy larga. El anciano reconoce en aquel que parecía un mendigo a su hijo, y corre para encontrarle. Le sale a su encuentro, le abraza, y cuando oye la confesión y reconoce el arrepentimiento de su hijo, no dice: "Traedle un azadón o una pala" sino: *"Sacad el principal vestido, y vestidle, y poned un anillo en su mano, y zapatos en sus pies; y traed el becerro grueso y matadlo, y comamos y hagamos fiesta".*

—Ahora, amigos míos —continuó Julián—apliquémonos esta parábola a nosotros. Todos hemos pecado. Cada uno de nosotros es un hijo pródigo; nuestro padre es Dios, ¿y

no nos perdonará Dios? Sí, ciertamente, porque si *"la paga del pecado es muerte, la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús".* (Romanos 6:23). De este modo tienen explicación las palabras de Jesús: *"Así os digo, que habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento".* (Luc. 15:7). ¿No cree usted, amiga Antonia, que Dios quiere y puede perdonar a usted de esta manera?

—¡Oh!, difícil me es explicar lo que siento; sólo puedo decir que creo de todo corazón que Jesús es mi Salvador, y que soy salva.

—¡Que el Señor bendiga su fe!

Todos se levantaron para despedirse; Julián y su familia se dirigieron a su casa.

El señor Juan y las mujeres quedaron hablando en favor de Julián. Blasa sólo repetía:

—No, no, a mí no hay quien me saque de mis trece. Parece verdad, pero...

Poco tiempo después todo el mundo, menos la tía de Antonia, que se quedaba esta noche para cuidarla, se retiraron a descansar.

***

VIII

Han pasado quince o veinte días desde que Julián anunciara el Evangelio en casa del señor Juan. Antonia, libre de su enfermedad, había entrado en la convalecencia, y, aunque muy débil todavía, solía salirse al patio, donde pasaba el rato acompañada de Dolores, sentadas ambas leyendo o conversando.

Una de tantas tardes en que hacían esta operación, después de haber leído y meditado un pasaje del Evangelio, Dolores dijo a su amiga:

—Antonia, mañana es el día en que debo ir por los pendientes a casa del platero.

—¡Mañana!... ¡He aquí la primera parte de San Antonio!... No sé cómo me voy a arreglar para decírselo a mi padre.

—Oye, Antonia; Julián no tendría inconveniente en permitirme tomar los 600 reales que cuesta la compostura: a Dios gracias, hoy los tenemos; pero pondrá algún reparo porque creerá que tratamos de engañar a tus padres.

—Sí, Dolores, sí; lo mejor es que nosotras mismas lo digamos a mi padre.

—¿Y por qué no a tu madre? ¿No crees que sería mejor?

—No, Dolores; por desgracia, mi pobre madre, imbuida por los consejos de algunos, está muy resentida conmigo; el otro día la vi ponerse delante de San Antonio, y la oí pedir al Santo mi muerte, derramando abundantes lágrimas de sus ojos.

—¡Tu muerte!....

—Sí. Mi madre cree que estoy condenada, y, a lo que pude comprender, esta creencia dimana de los dichos de algún cura, porque ella decía al Santo, entre otras cosas: "San Antonio, te ruego que vuelvas al buen camino a mi hija; te prometo mandar decirte una misa todos los primeros sábados de cada mes, y esto mientras yo viva, si haces que mi hija vuelva a la Iglesia Católica Romana. Pero si esto no puede ser, dale un momento de arrepentimiento y después manda un rayo de tu divino poder y llévatela".

Ambas amigas guardaron silencio, profundamente impresionadas al considerar la

oración de Blasa. Después de unos momentos, Antonia dijo—: Ahora llama a mi padre: le hablaremos de los pendientes.

Iba Dolores a llamar al señor Juan, a tiempo que éste apareció en el umbral del patio.

El carpintero había cambiado completamente. Desde que su hija se puso buena, recobró su genio alegre; y con respecto a sus ideas, debemos decir que también había experimentado algún cambio, como ya tendremos ocasión de ver.

—Pasaba —dijo sonriendo— de la sala al taller, os vi juntitas y me dije: Vamos a ver de qué tratan las dos muchachas.

Antonia hizo seña a su amiga de que abordara ella la cuestión. Dolores lo comprendió, y dijo al carpintero riéndose:

—¿ De verdad quiere usted saber lo que estábamos hablando ?

—Sí señora.

—Pero, ¿y si le costara a usted cara su curiosidad?

—¡Ah! ¿Van ustedes a poner precio a un secreto?

—Sí, señor. No le vendemos a menos de treinta duros.

—Vaya, pues los doy sin regatear.

—Y nosotras—dijo Antonia—contamos con su palabra de usted.

Dolores, dejando su aire jocoso y tomando otro más serio, dijo:

—Señor Juan, usted debe estar muy agradecido al Señor, que le ha dado a su hija. También creerá usted que ya, al terminar la enfermedad de Antonia, han terminado las consecuencias de aquel día y de aquella verbena; pero en realidad no han terminado.

—¿Pero a qué viene ese discurso? —preguntó el señor Juan; y añadió—: al grano, al grano.

—¿Al grano? Pues el grano es éste. La noche de la verbena, en la última pieza que bailaron, cayeron por el suelo las parejas: en aquella caída, Antonia perdió un colgante de diamantes, cuya compostura cuesta precisamente los treinta duros que valía nuestro secreto.

Dolores calló. El señor Juan se quedó pensativo, y después preguntó:

—¿Dónde está el pendiente? —En casa del platero —contestó Dolores.

—¿Pero lo sabe tu madre? —No, padre mío, yo di a guardar el pendiente a Dolores, para que lo entregase a ustedes si me moría; y si salía bien de la enfermedad, pensaba componerlo, sin decir nada, y por medio de mi trabajo, pagar la cantidad; pero Dolores me ha aconsejado que se lo diera a usted.

—Muy bien aconsejado; voy a darte el dinero, pero yo diré a tu madre lo que viene al caso. O coge al Santo y le metes donde yo no lo vea, o le hago pedazos para calentar la cola. No quiero más engaño en mi casa. ¡Vaya con el Santo, y cuántos disgustos nos lleva costados! Nada, nada; fuera ídolos de mi casa. No permito más que la Biblia: con esto me basta.

El carpintero y su hija se metieron en su casa, y a los pocos momentos salió de nuevo ésta al umbral de su puerta y puso en manos de Dolores el dinero. Ambas amigas se separaron sin observar a una persona que las miraba y escuchaba, y que exclamó cuando ellas desaparecieron:

—¡Qué descubrimiento! ¡Corro a ver a D. Francisco para decirle lo que he visto y he oído. Sus palabras eran muy misteriosas. No, no se me olvida, y luego... Le dio mucho dinero, mucho, mucho.

La que así hablaba subió las escaleras con la agilidad que la permitían sus largos años.

Como hemos de encontrar este personaje, vamos a describirle a grandes rasgos.

Era la comadre Claudia una mujer que frisaba en los setenta años de edad. El apodo con que vulgarmente se le conocía en el barrio era con el de la "tía Enredos" y verdaderamente que así era. Se alimentaba de hablar a los unos de los otros, y de no pocas disensiones ella era la culpable. Manteníase esta mujer de las limosnas que le daban. No imploraba la caridad pública, pero sabía perfectamente gobernarse para obtener donativos de la Sociedad de San Vicente y otras; además, nunca faltaba a las funciones de la iglesia, y allí se colocaba al lado de la pila de agua bendita, y ofrecía de ésta a las aristocráticas damas que entraban, recibiendo en cambio, como limosna, una o varias monedas. Además, hacía cuantos recados le mandaban, llevando siempre su rosario en la mano. Murmuradora eterna, nada se sabía de su vida sino lo que ella decía, a saber: que era de muy buena familia, y que jamás quiso casarse, a pesar de haber tenido buenas ocasiones. De este ser tan repugnante se valió D. Francisco para espiar los actos de nuestros amigos del patio. La vieja oyó el diálogo, y sin saber de lo que se trataba, corrió a D. Francisco, para decirle lo que mejor le pareció; pero mintiendo de tal modo, que puede decirse que a ella estaba destinada la condenación descrita en el Apocalipsis, capítulo 21:8: *"y... a todos los mentirosos, su parte será en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda."*

Tan pronto como la vieja llegó a casa de D. Francisco, le dijo:

—Señor, he descubierto una cosa soberbia. Esta tarde cuando venía de las "Cuarenta horas", vi en el portal a la hija del carpintero y a la mujer del vidriero. Tan embebidas en su conversación estaban, que no repararon en mí. Yo me acerqué cuanto pude a ellas, y oí que Antonia decía a su amiga: "Toma el dinero y arregla eso pronto. ¡Me da lastima de mis padres! ¡Oh, si mi madre supiera. .. !" Y le puso en la mano una porción de dinero.

El sacerdote se quedó pensativo unos instantes, al cabo de los cuajes dijo:

—¿Y sobre cuánto dinero cree usted que le dio?

—¡Oh padre!—Contestó la vieja—. Lo menos cien duros. —Sí, señor, le dio hasta oro.

—¡Tanto!

—Sí, señor, le dio hasta oro.

El sacerdote despidió a la vieja, encargándole mucho silencio y dándole una peseta. Claudia esperaba más recompensa que ésta, por lo que, en cuanto se vio en la escalera, empezó a murmurar del cura, e hizo propósito firme de contarlo todo al maestro carpintero. Inmediatamente que la vieja salió, D. Francisco mandó llamar a Blasa, y a los pocos momentos ésta ocupaba una silla al lado del sacerdote, que la decía:

—Acaban de decirme que han visto a su hija dando a la mujer del vidriero una regular cantidad de dinero.

—¡Mi hija! ¡Ah, señor! Eso es una calumnia.

—Mucho me alegraré que así sea.

—Sí señor, así es, mi hija no es una ladrona.

—Yo no he dicho tanto. Pero ¿de dónde ha sacado Antonia el dinero que ha dado a Dolores?

—Se lo habría dado a mi hija la mujer del vidriero para que lo guardase.

Esta razón de Blasa pareció desconcertar al cura. Aquello podía ser verdad. Sin

embargo, dijo a la mujer del carpintero:

—Creo que no me han engañado al decirme esto; pero, por si acaso, bueno sería que si usted sabe el dinero que había en su casa lo contara, por ver si falta algo. Yo —añadió— no digo que su hija lo haya robado sino sonsacada por Dolores cuyo marido es un agente protestante.

Blasa se despidió del sacerdote, y salió con dirección a su casa. Cuando llegó a ella, su marido había salido, y su hija estaba en casa de Dolores.

Con alguna agitación abrió un cajón de la cómoda y sacó de él un taleguito, en el que guardaba aquel matrimonio sus intereses. Blasa extendió todo el dinero sobre la cómoda y empezó a contarlo.

Cuando concluyó, una palidez mortal cubrióle su semblante.

—Me habré equivocado —se dijo; y volvió a contar. Por fin, después de contar dos, tres o cuatro veces el dinero, lo guardó de nuevo en el saco y puso éste en el cajón de la cómoda, dejándose caer con abatimiento sobre una silla y exclamando:

—Me parece un sueño... ¡600 reales! No, Antonia no ha sido... ella, tan buena, tan..., pero D. Francisco sabe más que yo... sí, sí, la han engañado. ¡Ah, bribones! En cuanto venga Juan, da parte al inspector, y a la cárcel con ellos... ¡Ah! —exclamó—. ¿Y las alhajas de la noche de la verbena?... ¿Dónde las tendrá? Sí, ya sé, me dijo que en su tocador.

La pobre mujer, aturdida, entró en la alcoba de su hija, abrió el tocador y buscó con afán. Desde luego encontró el collar; pero los pendientes faltaban.

—¡Esto más! —exclamó ¡Oh, San Antonio bendito! ¡Virgen de Atocha! ¿Qué hago ahora?... Voy, voy a tomar consejo de D. Francisco!

Blasa salió por la puerta del portal, sin decir palabra a ninguno en su casa, con dirección a la casa de D. Francisco. Mientras Blasa subió a casa de D. Francisco, Antonia entró en su casa con los pendientes, que ya había traído Dolores de casa del platero.

Su padre venía ya cerca de la casa. Llegaba al portal en el mismo momento en que la comadre Claudia salía de él.

—Vaya con Dios, señor Juan —le dijo la vieja.

—Que a usted la acompañe —contestó el carpintero sin detenerse.

—¡Oiga usted! —le gritó la vieja.

—¿Qué se le ofrece? —Nada, sino decir a usted que siento mucho la desgracia que le sucede.

—¿A mí? —Sí, señor... pero.. ¡ya caigo! como es usted tan bueno, no querrá hacerles daño... Pero lo demás, bien merecido lo tienen.

—Señora Claudia—exclamó el carpintero con impaciencia—, hágame usted el favor de hablar claro, que voy de prisa.

—¿Pero no sabe usted lo que pasa en su casa?

—No, señora; como usted ve, vengo de fuera.

—Pues siento haberle hablado; pero en fin... he oído decir por la vecindad que Dolores ha sonsacado a su hija para que le dé dinero, y esta tarde han visto a Antonia dando dinero a Dolores. Yo que usted echaba a un presidio a Julián, a su madre y a su mujer.

El carpintero miró con desprecio a la vieja y se dirigió a su casa, dejándola plantada en la acera.

Sin más que saludar a sus oficiales, pasó el señor Juan del taller a la sala, donde halló a su hija leyendo.

—Buenas noches, hija —la dijo.

—Buenas noches, padre mío—le contestó Antonia añadiendo—: aquí están los pendientes; ya me los ha traído Dolores.

—A propósito —la interrumpió su padre, cogiendo las alhajas—; ¿sabes que te han visto dar el dinero a Dolores, y se dice por la vecindad, sin duda con la mala intención, que Dolores te sonsaca para que la des dinero?

—¡Santo Dios! —exclamó Antonia—; ¿puede ser cierto eso?

—Sí, ahora me lo acaba de decir la vieja Claudia.

—Ya sabe usted quién es esa mujer.

—Sí, ya lo sé; pero, por si fuera cierto, bueno estar prevenidos. ¿Y tú madre? —No sé; cuando vine no estaba.

—Me parece que en todo este negocio anda la mano del cura nuestro vecino. Tu madre no está en casa, pero sus ropas Si.

—Quizás estará hablando con alguna vecina.

—O en casa del cura... Aguarda; voy a subir al cuarto principal, y si está allí...

—Padre, no se deje usted llevar de su genio.

—No haré más que decir a tu madre que baje.

Antonia se quedó orando en silencio porque Dios tuviera misericordia de su madre, mientras el carpintero subía al cuarto principal para buscar a su mujer. Efectivamente, allí estaba llorando la pobre Blasa escuchando los consejos de D. Francisco.

Tan pronto como el cura supo que el marido de Blasa estaba allí, salió él mismo a recibirle, y a pesar de la resistencia que opuso, le obligó a entrar en su despacho, en el cual estaba su mujer.

El cura cerró la puerta por dentro, y cuando el señor Juan se sentó, le dijo:

—Dios le ha inspirado la idea de venir aquí, probablemente usted ignorará lo que ocurre en su casa.

El carpintero en un momento se formó un plan, y eludiendo la respuesta, dijo:

—He subido a esta su casa para venir por mi mujer, que debía estar en la suya. Blasa no se atrevía a mirar a su marido; el sacerdote dijo:

—Su esposa ha subido a esta su casa a buscar en la verdadera religión el remedio para sus males.

Y, ¿por qué, si algún mal tiene no me ha consultado a mí primero? ¿Con qué derecho viene a depositar los males que le aquejan, en otro hombre que no es su marido?

—Me parece, señor Juan, que usted duda de su esposa y de mí.

—De mi esposa no dudo, pero de usted sí.

—Mejor hubiera querido usted que su esposa hubiera ido a aconsejarse del vidriero, ¡no es verdad?

—Cierto; él es un hombre casado, y, como padre de familia, conoce dónde están las penas de una casa. —¡Buen maula está el tal Julianillo! ¡Valiente bribón!

El señor Juan no pudo resistir más, y levantándose con exaltación y dignidad, le dijo:

—Don Francisco, si no estuviera en su casa, le habría enseñado a detener esa lengua. Dígame, usted que se llama ministro de Jesucristo, ¿en qué página del Evangelio ha aprendido ha insultar así a una persona que no está delante? ¿Dónde están esa caridad y amor que deben revestir al ministro del Señor? Don Francisco, muy poco sé todavía del

Evangelio; pero le digo que usted será un ministro del papa o del arzobispo, pero no es un ministro de Jesús.

—Repito lo de antes, tendré paciencia con usted. ¿Con que por que no soy casado no sirvo para aconsejar a una mujer casada? Entonces no puede haber religión, porque ningún ministro es casado, ni lo ha sido nunca.

—Dispense... Demasiado sabe usted que en la Iglesia primitiva los sacerdotes eran casados, y la otra noche le oí leer a Julián un versículo de la Biblia en que dice que los obispos y los diáconos todos deben ser casados.

El carpintero se volvió a su mujer y la dijo:

—Vaya, vámonos de aquí. —Aguarde un poco, maestro, escuche usted una historia. Hay en Madrid unos artesanos que tienen una hija. Esta hija cae enferma, muy enferma. Unos vecinos, muy amigos del padre entran en la casa y se aprovechan de la confianza que hacen de ellos, para abrir cajones y robar. Sucede que la pobre enferma... pasaremos por alto algunos detalles... la enferma tiene en el cajón de su tocador unas alhajas, que le son robadas por su amiga; y como si esto no fuera bastante, apenas sale de su enfermedad, su amiguita le seduce para que robe a sus padres, y hoy, los vecinos de la casa en que viven han visto a la joven convaleciente entregar a su amiga una buena suma. ¿Conoce usted a los personajes de esta historia?

—Sí, señor.

—¿Seguirá usted creyendo en la sinceridad religiosa de Julián y su familia? — Más que nunca—exclamó con exaltación el carpintero.

Blasa y Don Francisco se miraron sorprendidos.

—Más que nunca —prosiguió el señor Juan—; porque conozco al infame calumniador, que sólo trata de perder a un honrado padre de familia.

—Señor Juan...

—Don Francisco, calma y escúcheme usted como yo le he escuchado. En víspera de la fiesta que tantas desgracias ha traído sobre mi casa, mi esposa adornó a su hija con las alhajas que yo le regalé cuando nos casamos. Bailando, perdió un colgante de sus pendientes; y prescindiendo yo también de algunos detalles, diré que mi pobre hija entregó esos pendientes a Dolores para que los compusiera si salía de la enfermedad, y si moría para que me los entregase. Mi hija pensaba que Dolores le hubiera adelantado el dinero, y haberlos pagado poco a poco; pero su amiga la aconsejó que debiera decírmelo. Así lo han hecho, y esta misma tarde les he entregado seiscientos reales que ha costado la compostura, pues ha habido que hacer un colgante nuevo. Vea usted cómo ha calumniado cruelmente a una familia honrada, tan sólo porque usted u otra persona haya visto a mi hija dar el dinero a su amiga. ¿Sabe usted ahora cuál es su deber? ¿Quiere usted cumplir con el deber que su ministerio le impone?

—Yo lo que creo y sé es que está usted contando una fábula para salvar al vidriero. ¿A que no aparecen los pendientes?

El señor Juan, irritado se levantó de nuevo, y sacando de su bolsillo un estuche, dijo:

—¿Y usted se llama ministro del Señor? No, y mil veces no; usted no lo es.

Abrió la cajita, y los pendientes quedaron a la vista de todos, hiriendo los ojos los rayos que despedían las piedrecitas, heridas por la luz del quinqué. El carpintero se volvió a su mujer y le preguntó:

—¿Son éstos tus pendientes?

—Si—contestó Blasa después de haberlos examinado.

—Entonces, Don Francisco, ¿sabe usted cuál es su deber?

—¿Cuál?

—Como cristiano, como sacerdote, bajar a pedir perdón a Julián, a Dolores y a mi hija, a las cuales ha calumniado tan terriblemente.

—¡Pedir yo perdón! ¡Usted está loco! ¿Quiénes son ellos para perdonarme?

—¿Pide usted perdón a las personas ofendidas?

—No.

—Pues mañana responderá usted ante un juez. El señor Juan recogió las alhajas de la mesa, y volviéndose a su mujer, la dijo:

—Ya ves qué clase de gente es ésta. Ellos exigen a los demás lo que ellos no quieren ni pueden hacer. Espero que escarmientes.

Dicho esto, salió tras de su esposa.

Don Francisco se quedó sin saber qué decir.

***

IX

Una vez llegados a su habitación, el señor Juan, dirigiéndose a su hija, la dijo:

—¿Ves cómo nunca eché cuenta que mejor me saliera? ¿Ves cómo la mano del cura andaba en este negocio?

—¿,Qué ha pasado? —preguntó Antonia a su padre, dejando el libro en que estaba leyendo.

El carpintero contó a su hija lo sucedido, y al terminar, dijo:

—Si tu madre no ha escarmentado con esto, declaro que no tiene pizca de seso. Con respecto al cura, le vamos a sentar la mano ante la autoridad.

—Padre —dijo Antonia—, muy grande es el poder de Dios, y, como El ha dicho, la mentira no puede permanecer. Con respecto a hacer daño a Don Francisco, creo que Julián no lo permitirá, ni debe hacerse, pues Jesús perdonó en la cruz, y además oró por los mismos que le maltrataban, y El ha dicho: *"Bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian".*

Dicho esto, salió el señor Juan.

Blasa permanecía callada, y Antonia apoyó a su padre diciendo.

—Sí, madre; no sea usted tonta, buscando su salvación en un camino que de seguro la llevará a la perdición. ¿Cómo ha podido escuchar con calma la voz que le ha dicho: "Su hija es una ladrona?"

—¡Ay, hija mía! Yo nunca creí eso; pero, ya vez, me faltaba dinero, y los pendientes, y... ya puedes conocer que alguno lo había tomado. Pero tú me perdonarás, ¿no es verdad?

—¡Cómo! —exclamó Antonia—. ¡yo perdonarla! Demos gracias a Dios porque el suceso acaecido redunde en beneficio de su alma.

Pasemos ahora a casa de Julián.

Allí debe suceder algo notable; y para enterarnos de lo que ocurre, escuchemos lo que habla con su vecino el señor Juan.

—Pero, ¿qué hay?— preguntaba el señor Juan a su vecino.

—Que mi madre tiene una pulmonía.

—Pero, ¿qué opina el médico?

—Dice que todavía no puede decir nada; pero me advierte que esté dispuesto a todo.

—No haga usted caso; los médicos siempre dicen eso.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

Después de una corta pausa, el carpintero dijo:

—¿No sabe usted lo que ha sucedido?

—¿De qué?

El señor Juan refirió a Julián lo ocurrido, y lo que se había hablado de él.

Cuando Julián oyó que el vecino trataba de llevar el asunto a los tribunales, contestó:

—De ningún modo, señor Juan: Jesús, mi maestro, jamás hizo tal cosa, sino que, en vez de esto me manda rogar por los que me calumnian y maldicen. Ese señor pondrá en juego cuanto esté de su parte por hacerme mal; pero si Dios es conmigo, ¿quién será contra mí?

—Eso mismo ha dicho Antonia; pero no es para mi carácter: yo a ese cura le sentaba la mano.

—Dígame usted señor Juan: ¿sabe el Padre nuestro?

—Si, señor.

—¿Y acostumbra usted a repetirle?

—Todos los domingos en la iglesia.

—Pues este domingo no lo haga usted, porque al decir: *"Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores",* pida a Dios a quien es usted deudor, que le perdone como usted lo va a ser con don Francisco. Jesús ha dicho: *"Mas si no perdonares a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas".*

—Pues, señor, usted siempre me convence.

—No, amigo mío; la Palabra de Dios es quien convence a usted.

—Ahora le voy a pedir a usted un favor, y es que me deje asistir a su madre en aquello que se ofrezca.

—Gracias, ya cansaremos a ustedes. Todavía no ha llegado el caso de molestar a nadie, sino al Pastor de nuestra iglesia, al que ya han llamado.

—¡Cómo! ¿Tan en peligro se halla su madre? —No, señor; pero no debo aguardar a que se halle en peligro para que le hablen de Jesús su Salvador.

—Vaya, pues hasta luego, y que no sea cosa de cuidado.

El señor Juan salió y Julián cerró la tienda.

Tan pronto como el carpintero dijo en su casa lo que ocurría en casa de su vecino, Antonia, que ya se iba a acostar, se empeñó en pasar a casa de Dolores; y como no hubiese quien pudiera disuadirla de tal empeño, después de cerrar el taller, se dirigieron Antonia y sus padres a visitar a Pepa.

En el momento mismo de ir a entrar, un caballero llegó también a la puerta y llamó.

Julián salió a abrir y, al ver al caballero, se quitó la gorra, que solía tener puesta en

casa, y le saludó respetuosamente, diciéndole:

—Buenas noches, señor Pastor— y luego a sus vecinos; —Buenas noches, señores.

Todos entraron, y una vez en la sala, después de cambiados los primeros saludos, el Pastor, dirigiéndose a Julián, dijo:

—¿Qué ocurre, amigo Julián?

—Que mi madre está atacada de una pulmonía, y desde que ha caído en cama no cesa de llamar a usted.

—¿Y puede verse a la enferma?

—Sí, señor, pase usted. Todos pasaron a la alcoba de Pepa. En la cama estaba la pobre anciana, cubierta con las ropas hasta la cara. El ministro, inclinándose sobre el lecho, dijo a media voz.

—"La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con usted, hermana".

—¡Ah! ¿Es usted, señor Pastor? —exclamó la enferma, procurando incorporare.

—Sí, señora, yo soy, pero estése quietecita. ¿Cómo se halla usted?

—Muy mal y muy bien.

—Veamos; explíquese usted.

—Señor pastor, muy bien, porque creo que muy pronto voy a ver a mi Jesús; y muy mal, porque mi cuerpo sufre muchísimo. Hubo una corta pausa, después de la cual el Pastor dijo: Dígame usted, señora Pepa; si el Señor la llamara así, ¿estaría dispuesta a presentarse delante de El?

—¡Oh! sí, señor. Yo soy una gran pecadora; pero la sangre de Jesús me limpia de todo pecado. Una cosa me aflige, señor: lo injusta y desagradecida que he sido, despreciando el amor y la gracia de Dios.

—Señora, el perdón de Dios es amplio, completo, y Jesús murió hasta por los ingratos. Lo importante ahora es que usted confíe en el que le ha dicho: "No temas, cree solamente y serás salva".

—Así lo hago, señor.

—Pues entonces, esté usted segura de que esto que ahora sufre no es más que la preparación a una cosa mejor.

—Así lo creo; morir es vivir, porque es pasar a una eternidad en que la muerte no reinará más.

—Si usted gusta, le leeré unos versículos de la Palabra de Dios.

—Sí, sí. El Pastor sacó de su bolsillo una Biblia, y hojeándola dijo:

—Leamos el capítulo once del Evangelio según San Juan, desde el versículo 1 al 45.

La atención general estaba puesta en los labios del siervo de Dios.

Las cinco personas que escuchaban no se atrevían a respirar siquiera. En cuanto a la enferma, parecía no sentir la enfermedad. Seguía hasta el movimiento de labios del Pastor.

Era evidente que el Espíritu Santo trabajaba en aquella alma.

Cuando el Pastor concluyó de leer, dijo:

—Amigos míos, y usted, enferma, poco puedo yo decir de esto que hemos leído; sólo deseo que se fijen ustedes, y en especial usted, señora Pepa, en los versículos 4 y 25, donde Jesús dice: *"Esta enfermedad no es para muerte, mas para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". "Dícele Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá".* Después de estas palabras el Señor resucitó a Lázaro, precisamente porque Jesús es la resurrección y la vida. Nosotros estábamos

muertos en nuestros delitos y pecados; pero vino Jesús, que es vida, y de su vida tomamos nosotros por gracia, y cada uno que cree en El es un Lázaro alzado del sepulcro. Por esta misma razón el apóstol Pablo exclama: *"¿Dónde esta, ¡oh! muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?...;* A Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo". —¡Ah! —exclama Pepa—; ¡cuánto bien ha derramado el Señor con estas palabras en mi alma!

—Entonces, demos gracias a Dios. Todos tomaron una reverente actitud, y al cabo de unos segundos se oyó la voz del ministro, que decía:

—¡Buen Padre celestial! Tú das la salud y Tú el dolor. Tú la muerte, pero también después de la muerte una vida que nunca se acabará. Señor, hemos escuchado las palabras consoladoras de tu Hijo Jesús: haz, Señor, que den consuelo a tu sierva que está enferma. Sánala, Señor y bendícela, aumenta su fe en Jesús el amor hacia Ti; y si dispones llevarla a Ti, prepárala. Señor, óyenos, por el amor de Jesucristo. Amén.

—Amén —repitieron todos. La enferma era presa de la fiebre y en aquel momento perdió la cabeza.

Julián, inclinándose sobre su madre, le preguntó muy quedo:

—¿Cómo sigue usted, madre?

—Dentro de poco, no habrá ni dolor, ni aflicción, ni muerte... Todo estará acabando... y yo con Jesús en el cielo y Jesús conmigo...

—No le hablen —dijo el Pastor—; tiene la cabeza perdida.

Reinó un momento de silencio; después se oyó a la enferma, que, con voz débil, decía:

—Veo un lugar magnífico... allí hay un Cordero ¿le veis, le veis...? Ese es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

La enferma, después de una pausa, exclamó;

—Tengo sed. Dolores humedeció un hisopo de hilas en cierto líquido que contenía un vaso, y lo aplicó a los secos labios de su madre, la cual, como sintió el contacto del hisopo, chupó con avidez.

Hubo otra pausa, el delirio aumentaba y volvió a oírse su voz:

—"A Jehová llamé estando en angustia, y él me respondió"..., "Jehová, oye mi oración y venga mi clamor a Ti..." "En el día de mi angustia te llamaré, porque Tú me respondes..." "Porque mi alma está harta de males... y mi vida... cercana al sepulcro..." "hora, pues... ninguna condenación 'hay... para los que están en Cristo Jesús".

¡Dichoso delirio! —exclamó Julián en voz muy baja—: él te hace gozar anticipadamente de la presencia de Jesús, tu bendito Salvador! Dolores y Antonia lloraban en silencio. —

Señor—dijo en voz débil la enferma, dirigiéndose al Pastor—, me siento morir.

—Bienaventurados —dijo el Pastor—los que mueren en el Señor.

—Yo soy una gran pecadora. —Pues precisamente porque usted y todos somos grandes pecadores, es por lo que morimos: *"La paga del pecado es muerte"*. Pero el buen Dios que no se complace en la muerte del pecador, sino en que se arrepienta y viva, he aquí que a raíz del pecado promete un perdón, y dice: *"Si se humillare mi pueblo, sobre los cuales mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos, entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados y sanaré su tierra". "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos;*

y si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana".

Yo he sido muy pecadora —dijo Pepa notablemente conmovida.

—Jesucristo —continuó el Pastor— vino a salvar a los pecadores. El mismo dice: *"No he venido a llamar justos, sino pecadores al arrepentimiento".*

—Voy a leer el capítulo cinco de la epístola del apóstol Pablo a los Romanos. El Pastor lo leyó, y tal impresión produjo, así en los circunstantes como en la enferma, que el silencio más profundo reinaba en la habitación. Evidentemente el Espíritu de Dios trabajaba allí. Los textos que más llamaron la atención de Pepa fueron *"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo: porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros; luego mucho más ahora, justificados con su sangre, por El seremos salvos de la ira. Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su vida".*

—¡Oh! —exclamó la enferma—, confío en Ti, buen Jesús, confío en Ti. Tú me salvas, Tú me has redimido para Dios con tu sangre.

—¿Desea usted que oremos?

—preguntó el Pastor.

—Sí, sí, señor; oremos, oremos.

El ministro se levantó de la silla, imitándole los presentes, con bastante sorpresa de parte de aquellos, que por primera vez presenciaban semejante escena. —¡Oh Señor! —exclamó el Pastor con entonación solemne—. Delante de un espíritu próximo a abandonar la materia, delante de un cuerpo que va a descansar, pero cuya alma va a vivir, no podemos menos de alabarte y bendecirte. Señor, aunque Tú no lo necesitas, vamos a recordarte tus promesas; porque en esto hallamos consuelo. Tú has enviado a Jesucristo al mundo para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. ¡Oh buen Dios, cumple esta promesa en la enferma por quien te rogamos! Tu Hijo Jesús ha dicho: *"Yo soy la resurrección y la vida; el que en mi cree, aunque esté muerto, vivirá"*. Señor, infunde la fe de Jesucristo en la enferma que te presentamos. Tú has prometido arrojar a lo profundo del mar los pecados de los que confían en Jesús; que esto sea así con todos nosotros, en especial con nuestra amiga enferma. Dale fe para el trance en que se encuentra, salud si le conviene, y sobre todo, una abundante efusión de tu Santo Espíritu. ¡Oh Dios! por los méritos de Jesús, haz esto... Amén.

—Amén—repitieron todas las personas allí presentes, verdaderamente conmovidas.

—Señor—exclamó Pepa con voz débil— tengo la seguridad de que Jesús está a la cabecera de mi lecho, con los brazos abiertos, aguardando mi alma.

—Sí, hermana mía —dijo el Pastor—; Jesús está aguardando a usted para conducirla delante de su Padre, a recibir la corona de justicia que El ha adquirido para usted con su sangre. No olvide usted que Jesús ha dicho*: "No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros. Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá".*

Y acabadas estas palabras, se despidió.

—Vaya usted con Dios, señor Pastor —dijo Pepa procurando incorporarse—; que el Señor bendiga a usted y a su congregación; si cuando usted vuelva todo ha concluido... le recomiendo... mis hijos...

Pepa no pudo seguir. Un golpe de tos le quitó el habla; cuando el accidente hubo pasado, el ministro, después de dirigir algunas palabras de consuelo a la familia, salió.

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales Pepa llama.

—¿Qué desea usted, madre? —la preguntó Julián.

—Traedme el niño —contestó la enferma con voz muy débil— quiero darle el último beso.

—Madre, esté usted tranquila, ¿A qué afectarse, si todavía...?

—No, hijo mío, esta lámpara se apaga: no tratéis de darme esperanzas. ¿Para qué quiero vivir, si Jesús me espera...? Dadme mi nieto.

Dolores entró en la alcoba con el niño dormido en sus brazos. Incorporaron a la enferma, y con un ansia indescriptible recibió Pepa a su nieto.

¡Raro contraste! ¡La vida en brazos de la muerte!

—Duerme—dijo Dolores.

—No importa —contestó la enferma; traed... traed una luz, quiero verle mucho, mucho... esta lamparilla no alumbra.

Uno de los presentes entró con un quinqué y le acercó a la cama. La enferma se quedó por un momento contemplando al niño.

—¡Oh! —exclamó—, así debía dormir Jesús cuando niño... Desearía verle despierto, y que me enviara una sonrisa. ¡Es tan dulce la sonrisa de un inocente!

En aquel instante el niño abrió sus ojos, cuyos finísimos párpados había traspasado la fuerte luz del quinqué.

El pequeño Pablo miró a un lado y a otro, y sonrió.

—¡Oh! —exclamó Pepa—. ¡Qué bueno es Dios, que me concede hasta los consuelos más pequeños! En seguida besó a Pablo, diciendo: —Señor: bendice a este niño y prepárale para tu servicio, por amor de Jesús. Volvió a besarle y le entregó a Dolores. Pasaron las horas; a las cuatro de la mañana la fiebre había desaparecido. La enferma, muy despejada, llamó a sus hijos, y ambos entraron en la alcoba. Os llamo —les dijo— porque me voy a mi casa. Julián y Dolores lloraban en silencio.

—¿ Por qué lloráis ? —les preguntó—. Voy a vivir con Jesús y allí os espero. ¿Podréis desearme cosa mejor que ésta?

—Madre— dijo Julián—mi querida madre, nosotros amamos a usted tanto, que sentimos su partida.

—No hay que sentir nada... Escuchad mis últimos consejos.

La enferma tenía entre las suyas las manos de sus dos hijos. Después de una pausa, Pepa habló así:

—Queridos míos, guardad mi memoria... Sed fieles a la fe del buen Jesús, para que veáis venir la muerte con la tranquilidad más completa. Educad a vuestro hijo en el amor de Dios... ¡Ah!... Todo el cariño que a mí me tenéis depositadlo en él. ... Amaos mucho, mucho, mucho. Orad al Señor, y ahora recibid mi bendición. Ambos jóvenes se arrodillaron, y la anciana, incorporándose, aunque con trabajo, al lado en que ellos estaban, extendió sus manos sobre las cabezas de ambos y dijo:

—”Señor, por amor de Jesús te ruego que bendigas a mis hijos. Que el amor de Dios, la gracia de Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo sea con vosotros Amén”.

—La muerte empieza a venir... la siento. Sí, sí, amiga mía, avanza, acércame a tocar a Jesús... Dicen que la muerte es fea... ¡Cuán bella me parece! Todos lloraban. La moribunda prosiguió:

—No lloréis, sino gozaos... Julián, hijo mío, no te aflijas... Escucha... hoy es domingo: en domingo voy al cielo: ¡oh, qué domingo más dichoso voy a pasar al lado de Jesús! ... Cuando estaba buena, me reunía con los hermanos en la iglesia... Hoy me reuniré

con los ángeles y santos, a cuya cabeza estará Jesús... Oíd mi último deseo... Cuando por la mañana venga el Pastor, rodearéis mi frío cuerpo y haréis culto aquí. Ahora dadme un beso. Todos besaron a la enferma. Después, con las manos de sus hijos entre las suyas dijo:

—Ya está aquí: veo a Jesús que extiende hacia mí sus brazos... voy a ti, dulce esposo de mi alma. Adiós, amigos... Adiós, Dolores... Adiós, hijo mío. Jesús... re... ci... be... mi espíritu...

La enferma, que se había incorporado, cayó pesadamente sobre las almohadas. Un grito unánime resonó en la habitación.

—Adiós, madre mía exclamó Julián con frenesí—; *"Jehová dio, Jehová quitó... Sea el nombre de Jehová bendito".*

****

X

Pasados los primeros momentos de confusión y trastorno, que sucede en un caso como el que acabamos de presenciar, Julián con una calma y conformidad admirables, empezó a disponer lo necesario para los últimos cuidados que debía dedicar a la que fuera su madre

A las ocho de la mañana, un grupo de mujeres se encontraba en uno de los corredores, hablando; y antes de entrar en la casa mortuoria, vamos a escuchar su conversación:

—¿Saben ustedes lo que ocurre?— decía una de las mujeres.

—Sí—contestó otra—; que ha muerto la madre del vidriero.

—¡Que ha muerto! —exclamaron varias, mientras otra decía:

—Pues yo no he sentido venir al "Viático".

—Claro está —añadió otra; como que no ha venido el Viático; porque la difunta no ha confesado, ni siquiera recibido la "Santa Unción".

—¡Jesús, María y José! exclamaron todas en coro.

—¿No saben ustedes que es protestante? —dijo la primera que habló.

—¡¡ Ah!!

—Pues sí, los protestantes no comulgan ni confiesan.

—¡Qué atrocidad! ¿Mueren como perros?

—Si, señora.

—¿Sabe usted lo que hacen? —dijo una—; yo lo vi cuando Antonia estuvo mala. Leen un libro que le llaman la... la... la Biblia. Y por cierto que dice cosas muy buenas; habla de Dios y de Jesucristo, y...

—Por muy bueno que eso sea —interrumpió otra—, no confesar ni comulgar es malo, señoras, a lo menos debían hacerlo a la hora de la muerte. Yo, por mi parte, no soy de los que se comen los santos; desde que me casé hace ya veinte años no he vuelto a confesarme; pero a la hora de mi muerte lo haré, deben quedar con cara de condenados esas gentes.

—Sí, sí, se quedan negros y feos.

—¿Pero no sabe usted lo mejor? —añadió otra.

—¿Qué? —preguntaron las demás con interés.

—Que si no comulgan, en cambio no quieren que sus muertos se mueran de hambre.

Una ruidosa carcajada resonó en el corredor.

—Claro está —dijo una—; si están muertos, ¿cómo se han de morir de hambre?

—Pues oiga usted —dijo algo amostazada la anterior—; ellos creen que después de muertos comen, y por eso les ponen en la caja un jamón, una bota de vino y dos libretas. (El pueblo bajo creía esto).

—¡Ah! exclamó una—, eso no es verdad. Cuando el cura protestante vino a auxiliar a la señora Pepa, yo estaba en su casa y le oía hablar unas cosas muy buenas... y... vamos, que nos hizo llorar.

—Eso no quita para que ellos crean que los muertos comen; mire usted, el otro día leyó mi marido un libro titulado "El monstruo de las siete cabezas", donde decía que hay una nación, allá muy lejos, en que creen que los muertos salen a chupar la sangre de los vivos; a estos les llaman. .. vam... vam... vampiros.

—Sí, sí; yo no los he visto, pero sé que los protestantes meten en la caja del muerto lo que he dicho.

—Pero, señora —dijo una—. ¿a qué disputar? bajemos a ver la muerta y saldremos de dudas.

—Sí, sí clamaron todas.

Al punto bajaron la escalera y se dirigieron a la casa de Julián.

Entremos también nosotros.

Cuando uno se acerca al sitio donde hay un cadáver, parece que se respira una atmósfera glacial. Uno queda parado, y al más frívolo, al más indiferente se le oprime el corazón.

Cuando las mujeres entraron en la sala, había en ellas varias personas, entre las que se hallaban Antonia y su familia, Julián y Dolores.

Un profundo silencio reinaba en aquella instancia.

En medio, y sobre una mesa cubierta de bayeta negra, había una caja, y dentro el cadáver de la anciana vestida con un traje negro, que hacía resaltar la blancura de una sábana que había de servir de sudario, y que ahora caía extendida por los costados de la caja.

El cadáver de Pepa tenía en la cabeza una toca planchada y adornada con una bonita puntilla, que le daba un aspecto agradable.

Ninguna huella había aún impreso en ella la muerte: su rostro aparecía blanco como el armiño, surcado de venerables arrugas, con los ojos naturalmente cerrados, los labios ligeramente entreabiertos, como si aún respirase; y a no ser por la falta de movimiento en su pecho, cualquiera hubiese dicho que Pepa estaba durmiendo tranquilamente.

En sus manos, caídas con languidez, tenía una preciosa siempreviva, y en su pecho habían prendido sus hijos un bello pensamiento, como el último y eterno recuerdo que le acompañaría durante toda su vida.

Entretanto, las mujeres que habían ido con propósito de ver el jamón, pan y vino, se esforzaban inútilmente por descubrir aquellos objetos. ¡Todo en vano! Pero si no veían la comida ni la bebida, descubrieron en cambio, otra cosa no menos importante. ¡¡La señora Pepa no tenía luces!!

Así las cosas, un nuevo personaje se presentó en la sala seguido de una mujer, un hombre y un niño; personas que nuestros lectores no habrán olvidado: hablamos de

Damiana, su marido e hijo. Una escena de lágrimas y palabras de consuelo se siguió a la aparición de estos antiguos amigos.

Cuando todos se hubieron serenado, uno de los que entraron, que era el Pastor, se acercó al ataúd, y mirando al cadáver dijo:

—Dichosa tú, que en estos instantes estás gozando de un sin fin de delicias en la presencia del Señor.

—¿No es verdad, señor Pastor —dijo Julián—. Que no ha quedado desfigurada?

—No; aparece mejor que cuando estaba enferma. ¿A qué hora fue el suceso? —A las cinco. —¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—¡Jamás las olvidaré! "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Hubo una pausa; por fin, el Pastor dijo:

—Pues vamos a celebrar un culto, dejando a los que ya duermen en el Señor, para ocuparnos de nosotros, que aun peregrinamos por el mundo. Amigos míos —añadió dirigiéndose a los circunstantes—, vamos a celebrar el día del Señor. Después, sacando de su bolsillo un libro de himnos, con no poca sorpresa de la mayoría, cantaron tres estrofas del himno que dice:

La vida es ficticia,
efímera flor,
el sol, a la tarde,
la agosta el ardor.

Antes que se mustie
la debes llevar,
cual ofrenda grata,
de Dios al altar.

Sí, desde la infancia
hasta la vejez,
se pasan los años
con gran rapidez;

Y llega la muerte,
sin verla venir...
¿Y el alma?... ¡Ah! quién sabe
a dónde ha de ir!

Incierta es la hora
de tu cierto fin;
y ¡ay de aquel que teme
del juicio el clarín!

Reflexiona, hombre,
qué de ti va a ser...
o eterna desdicha,

¡o eterno placer!

Las voces del cántico atrajeron hacia la casa de nuestros amigos a toda la vecindad, de tal modo que se llenaron la sala y el pasillo, y por la puerta y ventana del patio las gentes apiñadas con objeto de ver y oír lo que para ellos era una novedad.

Como hemos de describir el culto que se celebró cuando sacaron el cadáver, pasemos por alto éste, contentándonos con decir que todos los que oyeron fueron conmovidos, y verdaderamente aquella muerte fue para vida de muchos que hasta entonces nada sabían del nombre de Jesús.

Terminado el culto, el ministro salió, los vecinos se fueron retirando haciendo comentarios; pero tal es la ignorancia, que todavía no faltaba alguna mujer que decía:

—No la han puesto ni la comida ni el vino, pero ya lo harán.

***

XI

A la caída de la tarde del domingo que nos ocupa, un gran número de personas entraba y salía de la casa de nuestro amigo Julián.

La mayor parte de los que acudían a ver el cadáver, después de esto, salían al portal o a la calle, y allí formaban corrillos.

Casi todos los allí reunidos eran miembros de la iglesia a que pertenecían Julián y su familia.

El Pastor, al terminar el culto de aquel día en su iglesia, anunció desde el púlpito que una hermana en Cristo había muerto; dio las señas de la casa mortuoria y la hora del entierro, y por eso se hallaban tantos allí reunidos.

La aglomeración de gente llamaba la atención, y atraía infinidad de personas.

Como era muy natural, no abundaba mucho la conformidad de ideas o creencias entre la multitud, y de aquí que se oyesen diálogos más o menos burlescos o serios, pero que demostraban la completa ignorancia acerca de las Escrituras, y el fanatismo por parte de los unos, y el conocimiento más o menos profundo de ellas por parte de los otros.

Oigamos algunos de estos diálogos:

—¡Cuánta gente viene al entierro de la "protestanta"! —decía a otra una mujer de la casa.

—Sí —contestó su amiga—, sí que viene mucha gente. ¿Serán todos amigos de Julián?

—Ca, no; vienen para hacer bulto y para que digan que hay muchos protestantes en Madrid.

—Oigan ustedes —interrumpió otra mujer de las que estaban en el portal, y que oyó las anteriores palabras—, los que aquí estamos no venimos para hacer bulto, ni mucho menos, sino porque nos amamos los unos a los otros, como Cristo nos amó.

Las dos vecinas se quedaron por un momento paradas, y miraron de alto a bajo a la que había interrumpido su conversación.

Por fin, una dijo. —Y dígame usted amiga, ¿en ese entierro dan vela?

—No, señora, porque no la necesitamos. —Como se ha metido usted en nuestra

conversación creí...

—¿ Qué ?

—Que daban vela. —Pues ya lo sabe usted que no.

—Me parece que usted es una de esas "señoras" agentes para convertir muchos al protestantismo; pero le advierto que aquí está usted perdiendo el tiempo, porque a nosotras ni usted ni nadie nos engaña. Vaya, amiga, páselo usted bien, y diviértase en el entierro.

Entretanto, un anciano discutía en la calle con varios jóvenes que le rodeaban.

—Sí, señores —les decía—: entre nosotros, cuando un hermano fallece, le conducimos sobre nuestros mismos hombros, y le enterramos con nuestras propias manos, siempre en el suelo, porque en los cementerios evangélicos no hay tarifas de "panteones", "nichos", 300 reales, "galerías" 100, "sepultura" embaldosada, tanto, "sin embaldosar" 70 reales; de modo que quien entra en un cementerio católico puede muy bien figurarse que está leyendo los precios de las localidades de un teatro, donde el rico se sienta en un palco y el pobre en una entrada general.

—Eso es muy natural—dijo uno.

—No lo veo así; pues, cuando los mismos curas enseñan que una de las obras de misericordia es enterrar al muerto no sé por qué se ha de llevar dinero.

—Oiga usted —interrumpió otro—, también entierran de balde.

—¡Sí! —exclamó el anciano—; bonito entierro, Comparemos: ¿muere cualquiera que deja 2,000 duros? Entonces la Iglesia de todos se convierte en patrimonio de uno. La nave se rodea de bancos, que se visten de luto; si es invierno, se encienden seis braseros que entre todos contienen dos arrobas de carbón, y luces por cientos, y lámparas y músicos, y misas y capas pluviales, e hisopo de plata, y calderilla y ciriales y "piporro y folias" y clero parroquial y... qué sé yo cuántas cosas; el cura canta con fuerza, el sepulturero anda solícito, el monaguillo salta de gusto y el sacristán carga contento con la "manga"... Pero ¿muere un pobre? Pues entonces ya es otra cosa: una mujer miserablemente vestida se presenta en la parroquia, y acercándose tímidamente a la mesa del párroco, le dice sollozando que su padre, marido o hermano ha muerto, el cura toma las señas, y cuando sabe que es pobre y que es necesario enterrarle "de caridad" todavía pregunta si no se dirá ninguna misa, oye que no, y la manda retirarse diciendo que ya irán por el cadáver. A la tarde, "si no hay otra cosa que hacer" dos hombres cargados con unas angarillas de madera, se presentan en la casa mortuoria, y allí con aspereza preguntan por el difunto, y cuando le hallan, sin esperar a que la familia le dé el beso de despedida, le toman de los pies y de la cabeza y le arrojan en la caja; su cráneo da pesadamente contra la madera, pero no importa que la familia lo oiga; tapan la caja, y más que de prisa toman el camino del cementerio. Puede ser que algún pariente o amigo vaya a acompañarle, y al llegar al cementerio desee verle por última vez; pero como no dé para "un trago", no lo logra; porque al patio del "hoyo grande" nadie pasa, a fin de que no vean que las angarillas se vuelcan como pudiera hacerse con una carretilla de tierra, y allí queda el cadáver, por lo común, a medio enterrar. ¿Es esta una obra de misericordia? ¿Dónde está la caridad?

—Que baile el viejo —dijo uno de aquellos jóvenes.

—¡Que baile, que baile! —gritaron otros "buenos" católicos.

Abocados a un lance desagradable estaban católicos y evangélicos, a no oírse las voces de "el Pastor". Efectivamente, en medio del grupo se presentó un caballero vestido de negro, que con dulce voz dijo:

—*"Recibid al flaco en la fe, y no para contiendas de disputas".*

En medio del silencio momentáneo que produjeron las palabras de este personaje, los jóvenes habían desaparecido. Entretanto, el Pastor les dijo cómo le habían informado de lo que ocurría, y les aconsejó prudencia, entrando después en la casa mortuoria, seguido de la gente.

Un silencio profundo, tan sólo interrumpido por los entrecortados sollozos de algunas personas, reinaba en la sala donde estaba el cadáver de Pepa. Por la ventana del patio se asomaba, apiñándose, un crecido número de personas, tanto vecinos de la casa como extraños, y aún es fama que el mismo cura del piso principal, vestido de seglar, atisbaba lo que podía. La trastienda y el portal, todo se hallaba lleno de gente. Después que el ministro hubo hablado algunas palabras, dijo: —Vamos a celebrar un culto al Señor y para esto le pediremos su ayuda. Todos los circunstantes se descubrieron, y a la voz del Pastor, con solemne entonación, se elevó diciendo:

—Sea nuestra ayuda, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Cantaremos el himno siguiente:

1. ¿Por qué ese lamento si marcha el hermano?
¿por qué ante la muerte temblamos de horror,
si es sólo la voz de Jesús que los llama,
y quiere estrecharlos en brazos de amor?

2. ¿No estamos nosotros viajando hacia arriba
también, y siguiendo del tiempo el volar?
¡Oh! no deseemos retraso en las horas
que al dulce amor nuestro nos han de acercar.

3. ¿Temblamos medrosos llevando a la tumba
sus cuerpos que yertos dejamos allí?
Allí el dulce cuerpo de Cristo extendieron,
y eterno perfume dejó tras de sí.

4. De todos sus santos bendijo el sepulcro,
y el lecho de todos su gracia ablandó;
los miembros que mueren, ¿do harán su descanso
sino donde el mismo Jesús descansó?

Terminado el himno, que produjo sentimientos diversos en las gentes el Pastor, abriendo su Biblia dijo

—Escuchad, hermanos y amigos míos, lo que está escrito en la Palabra de Dios, primera Epístola del apóstol Pablo a los Corintios, capítulo 15. Cuando el ministro hubo terminado su lectura, dijo:

—Meditemos el versículo 2 del capítulo que hemos leído. Amados hermanos y amigos: Dios, por un acto de su infinita misericordia, nos ha congregado hoy en derredor de un cadáver, para hacernos pensar en lo que somos, y en cuándo y cómo moriremos. Con respecto al primer punto, o qué es la vida del hombre, las Escrituras nos dicen que es

vanidad, y que sus días pasan como sombra. En el libro del Eclesiastés, capítulo 6, versículo 12, leemos: *"¿Quién sabe cuál? es el bien del hombre en la vida; todos los días de la vida de su vanidad, los cuales él pasa como sombra?"* Ahora, ante éste, que es uno de los muchos testimonios sagrados que existen, el hombre preguntará: ¿He nacido yo tan sólo para sufrir y morir? No, ciertamente; el hombre no fue creado para sufrir y morir, el hombre fue creado para gozar y ser feliz; pero el hombre, por un acto de libre albedrío, atrajo la muerte sobre sí y sobre toda la tierra (Génesis 2:17 a 19).

Pero ¿cuándo moriremos? Está tan inmediato el momento, que puede "esta noche" ser la última de nuestra vida. A las vírgenes de la parábola se les presentó el esposo cuando no lo esperaban, lo cual nos demuestra que no sabemos cuándo será nuestra hora. (Mateo 25:1 a 13). El acento conmovedor del Pastor tenía dominados a sus oyentes, y más de un corazón se hallaba comprimido, y a muchos ojos asomaban las lágrimas.

—No hay remedio —continuó el ministro—; la Biblia dice que *"la paga del pecado es muerte"*... Mas ¿queréis saber cuál es la dádiva de Dios a los pecadores? Pues seguidme y después de dar sepultura al cuerpo de nuestra hermana, os diré allí, en el cementerio, en la mansión de los muertos, las alegres nuevas de salvación que nos son ofrecidas en Cristo Jesús. Ahora, oremos al Señor.

Todos tomaron una reverente actitud, y el Pastor hizo esta oración.

—¡Oh nuestro Dios y nuestro Padre en Jesucristo! Acatamos tus altos juicios, que un día nos dan la vida y otros nos la quitan. Ante este cadáver decimos como Job: Bendito sea tu santo nombre. Ya ves que la prueba por que esta familia pasa es ruda. Señor, por amor de Jesús, te rogamos que no des lugar a la desesperación. Que les hagas comprender la bienaventuranza que está reservada a todos los que mueren en tu nombre, y que han blanqueado y lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero. ¡Oh! Señor, aumenta la fe de los hijos de esta anciana y consuélalos consuela también a todos los que sentimos la pérdida de nuestra amiga; y finalmente, haz que esta muerte sea para vida de muchos y para gloria tuya. Señor, óyenos, porque te lo pedimos en el nombre y por el amor de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, tu único Hijo. Amen.

—Amén—repitieron todos. La comitiva emprendió la marcha con el Pastor y Julián, que se empeñó en acompañar a su madre, dos ancianos de la iglesia, y por último, toda la gente. Los unos por curiosidad, los otros por afecto. Excusado nos parece decir que entre los acompañantes iba el señor Juan.

La gente que veía pasar el cortejo tan numeroso, se detenía, extrañando ver tantas personas para un entierro, y especialmente que en el fuesen mujeres. Unos decían que debía ser el entierro de un "masón", otros que sería algún personaje político.

Llegados al cementerio y al borde de la sepultura, que el guardián del cementerio indicó, pusieron la caja.

Toda la multitud, que aumentaba más a cada momento por el gran número de curiosos, formó corro en derredor. En medio, junto a la caja, estaban el Pastor y Julián. Aquél se descubrió, y todos imitaron esta acción; después exclamó:

—Cantemos el himno que dice así:

1 Yo voy viajando, sí,
al cielo voy;
sea mi canto aquí

al cielo voy.
Tus penas en la cruz
me llevan a la luz
do te veré Jesús.
al cielo voy.

2 Si duelos hay aquí,
al cielo voy,
no se tendrán allí,
al cielo voy.
Contigo. mi Señor,
en gloria y en amor,
no sentiré dolor.
Al cielo voy.

3 Del mundo del dolor,
al cielo voy;
en paz y sin temor
al cielo voy.
¡Qué gozo me dará
ver a Jesús allá!
El mi placer es ya.
Al cielo voy.

Nada más imponente que las voces de un cántico oídas a través de los tapiales de un cementerio. ¡Qué diferencia hay entre un himno cantado en loor al Señor por un centenar de personas en su propio idioma, y la voz bronca y soñolienta del sacerdote que canta un "responso" en latín!

La caja que encerraba el cuerpo de Pepa fue abierta, y los postreros rayos del sol de la tarde vinieron a dar en él. Julián por última vez se inclinó y depositó tres besos en aquel rostro. Entonces algunos amigos le retiraron de aquel lugar.

Cerrada la caja y puesta en la sepultura, el Pastor hizo otra oración pidiendo por la familia de la difunta y por todos los concurrentes.

Poco a poco se fueron retirando, y muchos de los que habían ido por curiosidad o por burla, salieron diciendo lo que dijo la mujer que fue por ver los supuestos manjares en la caja:

—¡No se puede creer nada! Esto es más serio y hay en ello más verdad que en todo lo de nuestra Iglesia. Desde hoy, aunque yo no lo sea, defenderé a los protestantes, y mañana... mañana, ¿quién sabe...?

El entierro de Pepa o mejor dicho, su muerte, fue un acontecimiento para los vecinos de la casa que ya conocemos.

Los más singulares comentarios circulaban, y las conversaciones más vivas tenían lugar en la vecindad. Para poder apreciar la sensación que causó aquel acto, oigamos las voces que circulan por la misma casa.

Estamos en el corredor del piso tercero.

—Oiga usted, señora Paca, ¿estuvo usted ayer en el entierro de la "protestanta"?

—Sí, señora Amalia, estuve, y por cierto que aquello del pan y del vino es una mentira.

—¿ Como?

—Como usted lo oye, y si no, que lo diga la señora Victoria, que fue conmigo.

—Hija —dice Victoria—, lo que sé decir es que aquello es más serio de lo que pensé, que en nada se parece a nuestros entierros, y que hay más caridad.

—Bien puede suceder —repuso Amalia—que los señores curas hablen mal de esa religión porque no les convenga que se establezca.

—Señoras —dice Victoria—, propongo que vayamos a la iglesia protestante para ver qué es eso.

—Sí. Sí, iremos.

—Pero, amigas —dice Paca—, no han observado ustedes qué carácter tan bueno es el de la familia de Julián?

—Sí. Sí, —respondió Victoria—, no niegan un favor a nadie. Miren ustedes, cuando mi marido cayó enfermo, Dolores fue la primera que se presentó a preguntar si se me ofrecía algo, y al marcharse me dejó un duro, el cual he querido devolverla y nunca ha querido tomarlo. Son muy caritativos.

Así siguen hablando, pero las dejaremos para oír a dos amigos nuestros.

—Creo, querida Blasa, que ya te habrás convencido, y que por fin te avendrás a razones. HASTA AQUÍ HE CORREGIDO

—La verdad es, Juan, que voy viendo hechos que me agradan, y que si antes pensaba mal, era porque me habían dicho otras cosas.

—Madre —dijo Antonia—, no sea usted tenaz a las verdades del Evangelio. Usted ha visto cómo ha muerto la madre de Dolores. ¡Qué fe no la ha acompañado hasta su último suspiro! Y, como ve usted, ella no ha confesado ni comulgado, y estaba tan dispuesta a morir como tuvo usted la ocasión de ver.

—Es verdad, es verdad. —Créame usted, madre: venga con nosotros a los cultos, y en ellos oirá usted de Jesús. Crea v vivirá su alma. Jesús es el todo, y sin Jesús no hay nada. Jesús es amor, como su Padre es amor; y si el amor del Padre se demostró de una manera tan grande, en dar a su Hijo para morir por los pecadores, no fue menos el amor de Jesús en darse a sí mismo por nosotros.

—Bueno, bueno; iré a los cultos y veremos, veremos. La verdad es que he visto cosas que me han agradado.

En tales disposiciones se hallaba también esta familia. En casa de Julián reinaba la tranquilidad más completa. El obrador se abrió al otro día a la hora de costumbre, y todo volvió a seguir su curso ordinario. La fe de ambos esposos había resistido aquella prueba. ¿Sostendrán las que les amagan?

****

XII

Al mes de la muerte de Pepa, se hallaba Julián una mañana trabajando en su obrador, cuando una joven se presentó en la tienda y le dijo:

—Señor maestro, mi amo me manda decir a usted que suba a poner unos cristales que se han quebrado.

Julián miró con sorpresa a la muchacha y por fin la contestó:

—Diga usted a su amo que dentro de unos minutos me pondré a sus órdenes.

La muchacha se marchó y nuestro amigo entró en las habitaciones interiores en que estaba su mujer y la dijo:

—¿A que no sabes, Dolores, quién me ha llamado para darme trabajo?

—Si tú no me lo dices...

—Pues acaba de estar en la tienda la criada de don Francisco, el cura, que me llama para que le haga unas composturas. ¿Qué opinas de esto?

Dolores se quedó un tanto pensativa y después dijo:

—Pienso que ese hombre te llama para hacerte daño.

—¿A mí?.

—Sí, a ti, o mejor dicho, a nosotros.

—Confío en Dios, y me basta.

Julián salió y a los pocos momentos estaba delante de su vecino en el gabinete del sacerdote

Después de haberse saludado mutuamente, don Francisco le dijo:

—Usted extrañará que yo le haya llamado, ¿no es verdad?

—A serle a usted franco —contestó el vidriero—, ni me extraña ni me deja de extrañar.

—Pues sí; yo me he convencido de que usted es hombre de bien, un poco alucinado, pero, sin embargo, día vendrá en que vuelva en sí y se arrepienta; en fin, yo rogaré a la Virgen porque esto suceda. Ahora vea usted lo que ha de hacer.

—Si, señor; tomaré la medida y subiré a fijar los cristales. Julián salió; y el cura, paseándose por la sala, decía, hablando consigo mismo:

"Ya está tendida la red y el pez se va envolviendo en sus mallas".

Julián subió en seguida y mientras, preparaba sus cristales.

—Vaya un cigarro, señor Julián—dijo don Francisco.

Nuestro amigo tomó un cigarro que el cura le ofreció y éste principió a fumar, mientras Julián trabajaba.

Al cabo de unos momentos, don Francisco dijo:

—¿Cómo vamos de trabajo?

—Bien, a Dios gracias.

El sacerdote no sabía cómo encauzar la cuestión al punto que deseaba; esto es, el de averiguar quiénes eran los parroquianos de Julián. Así es que, con una sagacidad refinada, le dijo:

Yo no veo un movimiento grande de obras en Madrid. No hay construcciones; la gente que tiene dinero le guarda y esto amenaza ruina.

—Pues ahora se va a principiar un buen número de obras. Yo mismo, según espero, me quedaré con la contrata de todo lo perteneciente a mi arte en un nuevo barrio que se va a edificar.

Los ojos del cura despidieron rayos de alegría, pero disimuló cuanto pudo, y con aire de indiferencia dijo al vidriero:

—¿ Y quién es ese capitalista que va a emprender esas construcciones ?

—El señor Conde de X*** —contestó Julián, mientras ajustaba un cristal sobre el marco de vidriera.

El cura se estremeció de alegría; si Julián le hubiera visto, desde luego habría sospechado algo; pero, afortunadamente para el cura, e infortunadamente para él, estaba de espaldas ocupado en su trabajo, y nada pudo ver.

—Eso es bueno, maestro, eso es bueno —dijo don Francisco—, tener buenos parroquianos; ahora lo preciso es no dejarlos escapar.

—Es casa que paga muy bien a los operarios y artesanos a quienes manda trabaljar.

—Dígame usted: en el caso de que su hijo le viva y pueda, ¿a qué piensa usted dedicarle?

—Todavía es muy niño para hablar de eso; pero sin embargo, aunque jamás torceré las intenciones de mi hijo, se lo he ofrecido al Señor, y me gustaría mucho poder verle hecho un buen ministro de El.

—Pero, hombre, si usted me permite, le diré que no puede haber un fiel ministro del Señor fuera de la Iglesia Romana.

—Perdone usted, don Francisco, pero si un hombre predica el Evangelio de Jesucristo con fidelidad, éste es un fiel ministro del Señor.

—Bien, no nos metamos en discusión; pero únicamente créame, si no varía usted de ideas, la mano de Dios se va a retirar de su lado.

—Creo lo contrario, porque Dios me ama. Después de un rato, la obra estuvo terminada, y Julián se despidió de don Francisco, quien quedó en bajarle a su casa el importe de su trabajo.

Cuando Julián salió, don Francisco exclamó: "Anda, imbécil, te has vendido a ti mismo. Conque quieres que ese niñito crezca, para que mañana sea un culebrón para los católicos, eh? Antes moriréis tú y él de hambre. La guerra está declarada... O te reduzco a la miseria, o reniegas de tu protestantismo. La señora del Conde de X *** confiesa con un amigo mío, y ya puedes, miserable vidriero, contar la parroquia por perdida. Ahora más que nunca, voy a ser su amigo, y veremos".

Entretanto, Julián había llegado al portal, donde se encontró con el señor Juan, y al verle le dijo:

—Hola, señor Juan, ¿cómo vamos?— Yo —contestó el carpintero—bien, a Dios gracias. ¿Pero de dónde viene usted?

—¿A que no lo acierta usted?

—Yo, no.

—Pues vengo del principal, de poner unos cristales.

—¿De casa de don Francisco? —preguntó el señor Juan, sorprendido.

—Sí, señor, de casa de don Francisco. Me mandó llamar, subí y se ha portado conmigo bastante bien.

—¿Pues sabe usted lo que me figuro? Que el cura trama algo contra usted.

—Casi lo mismo me ha dicho Dolores; pero no deja de ser un mal pensamiento, tanto de usted como de ellos. No sea usted mal pensado, señor Juan, pues ya sabe usted que Jesús ha dicho: *"No juzguéis para que no seáis juzgados; porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida oon que medís, os volverán a medir".*

—Verdad, amigo, pero también sabe usted que en el mismo capítulo dice: *"Por su*

fruto, los conoceréis”. Ya voy aprendiendo algo de la Biblia.

—Me alegro, señor Juan, me alegro; vaya, hasta luego.

Ambos vecinos se separaron, metiéndose cada cual en su casa.

Estamos en el interior de la iglesia de San N., en esta Corte. A la derecha de la puerta de la entrada hay un rincón oscuro, y en él un cajón o garita, más o menos artístico, que es lo que la Iglesia de Roma llama “confesionario”.

En su oscuro interior se sienta un persona]e todavía mas oscuro; a la rejilla del confesionario hay una señora elegantemente vestida. No podemos saber si es joven o vieja, porque tiene la cara tapada con los extremos del manto. Acerquémonos con sigilo; y aunque nos tachen de indiscretos o descorteses, escuchemos la confesión de esta señora, por si puede interesarnos en algo.

En este momento habla el cura.

—¿Cuánto tiempo ha pasado V. E. desde que confesó la última vez?

—Quince días, padre —contestó la penitente—; pero no me dé usted tratamiento, padre mío.

—¡Quince días! ¿por qué ha pasado todo ese tiempo sin venir al tribunal de la penitencia?

—Padre, no he podido... porque... hemos “recibido en casa” también hemos tenido que ir a Palacio, y con esto y otras ocupaciones semejantes...

—Esa no es excusa... en fin... ¿se arrepiente de haber dejado transcurrir todo ese tiempo sin venir a lavar su alma?

—Sí, señor —Pasemos a otra cosa: ¿cumplió la última penitencia?

—Sí, padre, y añadí tres misas a la “Blanca” de San Sebastián.

—Bien; la Virgen le premiará esa acción.

—¡Ay padre! ¡Tengo tanto de que acusarme! ¡Soy tan pecadora !

—Animo, hija, ánimo. Deposite todas las penas en el confesor, que siempre se halla dispuesto a perdonar, porque le fue conferido ese poder por Jesucristo, cuando dijo: “Et quodcumque ligaveris super terram, erita ligatum et in coelis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis”.

Ahora empecemos la confesión por los mandamientos.

—Padre, me acuso de que no amo a Dios, porque si le hubiera amado, no le hubiera ofendido.

—Adelante.

—Aunque no tengo mucha costumbre de jurar, me parece que lo habré hecho.

—¿Cuántas veces al mes?

—No me acuerdo, padre.

—¿Cuántas veces al día?

—No sé, padre.

—Por lo menos, ¿cuántas veces por hora?

—Si no sé, padre.

—Es decir que nada sabe... claro, tanto tiempo sin confesar... Adelante, adelante. El tercer mandamiento, santificar las fiestas. (Los mandamientos que enseñan los curas están mutilados).

—Me acuso de que el miércoles pasado, siendo día de misa, no fui a oírla.

—¿A sabiendas?

—Sí, padre.

El cura dio un brinco en el asiento del confesionario, y exclamó, con voz, a duras penas contenida:

—Eso es demasiado, señora condesa. Yo no puedo soportar que V. E. caiga en tales faltas, y si V. E....

—Padre—murmuró con acento tímido la dama—, no me dé usted el tratamiento. Cuando me da usted tratamiento, tiemblo: se me figura que está usted incomodado.

Y lo estoy efectivamente, sí, señora; no oír misa en día de precepto es cosa horrible. Yo no puedo perdonarlo: sí, llore, llore, pero no son lágrimas, sino hechos, los que hacen falta.

—Impóngame usted la penitencia que quiera, estoy dispuesta a cumplirla; por mi parte pagaré dos misas hoy mismo en el altar de las ánimas.

—Bien, bien, es preciso enmendarse, porque el diablo ¡oh! el diablo es muy sagaz, y como sabe que la señora condesa es tan buena, quiere ensañarse en ella, y esas distracciones son obra de Satanás. Vaya, continúe.

—El cuarto, honrar padre y madre; mando decir muchas misas por el alma de mis padres, y así los honro; amo y respeto a los "ministros del altar".

—¿Ha rezado por nuestro Padre espiritual, el Soberano Pontífice?

—Sí, padre; he rogado a Dios que aumente sus días y su "infalibilidad", para bien de la Iglesia.

—Eso es muy loable, hija mía, y la virgen ve con agrado todo lo que se hace; pasemos al quinto mandamiento.

—De eso no me puedo acusar. No es extraño que la condesa de X*** no sintiera remordimiento en su conciencia delante de este mandamiento; pues ella, como la mayor parte de los católicos, ignoraba que no mata a otro el que le da un golpe, sino que es peor el que mata a la honra del individuo: la calumnia es peor que un puñal.

Pero sigamos escuchando la confesión, pues absorbidos por nuestras reflexiones, no hemos oído un mandamiento. El cura dice:

—¿Tiene algo de qué acusarse con respecto del séptimo mandamiento?

—No, padre: a lo menos, que yo recuerde.

—¿Y el octavo?

—Padre, algunas veces he mentido.

—¿Cuántas?

—No recuerdo, padre.

—¿Pero son mentiras graves o leves? —No, señor, no son graves.

—Nada diremos del noveno; pero ¿qué me dice del décimo mandamiento ?

—Padre, que deseo servir y amar a Dios, y amarle sobre todas las cosas.

—¿Desea usted servir y amar a Dios?

—Sí, padre.

—Pues esa es la tarea más difícil y, por lo tanto, la más meritoria en estos días. La herejía lo ha invadido todo; hoy se maldice a Dios, se pone en duda la virtud de la Virgen, y se hacen esfuerzos inauditos para destruir la religión que hemos recibido de nuestros mayores.

La condesa dio un suspiro.

—Sí—continuó el cura —es preciso desagraviar a la tan fuertemente agraviada

Virgen María, y los mayores enemigos que tiene la religión son los protestantes.

—¿Y quiénes son esas gentes?

—Canalla, señora condesa, canalla; enemigos del clero y de la nobleza... Pero muy sagaces: en todas partes se meten, y como es populacho que necesita trabajar para comer, come de los mismos a quienes odia... ¡Oh, aquellas personas que tienen operarios deben ser muy celosas de la gente a quien ocupa.!

—Hoy mismo hablaré al administrador, y si hay alguno... fuera ,fuera.

—Pues a eso iba, señora condesa; usted tiene muy cerca de sus habitaciones un protestante.

—¡Ave María Purísima!

—Sí, señora, uno: el maestro vidriero, a quien el señor conde va a dar trabajo en la barriada que proyecta edificar. De seguro que todo el dinero que coja le empleará contra los curas y en favor de su secta.

—¡El vidriero es protestante!

—Sí, señora, tan protestante como lo fue su madre, la cual ha muerto sin confesar, lo mismo que si fuera un perro.

—Pues en las pocas veces que le he visto, me pareció muy bueno. El otro día le vi hablar con los criados, y me llamó la atención el interés con que le escuchaban.

—¡Ya! Estaría predicando sus perversas doctrinas.

—¿Y qué debo hacer? El cura hizo como que se sorprendía, y exclamó:

—¿Pregunta V. E. lo que debe hacer! ¿Sabe V. E. lo que es esa pregunta? ¿Y V. E. dice que sirve a Dios?

—Padre, padre —interrumpió la condesa deshecha en llanto—, no me abrume usted; perdón, señor, perdón... Aconséjeme usted, padre.

—Es de todo punto preciso que V. E. o el señor conde llamen a ese hombre, y si no deja su error, deben despedirlo y retirarle toda clase de protección.

—Pero, padre, puede decir que no es protestante o que deja de serlo; ¿y entonces?

El cura se quedó pensativo y después contestó:

—En ambos casos usted suspende la despedida hasta que yo le avise; pero si confiesa sus ideas y es pertinaz, afuera inmediatamente.

—Así lo haré, padre; pero ¿me permite usted una pregunta?

—Sí, señora.

—¿Cómo supo usted lo del vidriero?

—Señora, los ministros de la religión velamos por las almas que están a nuestro cuidado; esto es todo, y no puedo decirle más.

¿Tiene usted otra cosa de qué acusarse?

—¡Habrá tantas! Pero no las recuerdo.

—Bueno; yo le perdono lo confesado, y lo olvidado, “subconditione...”.

—¿Cómo?

—A condición de que ha de hacer lo que le he dicho.

—Sí padre, sí.

—Pues oiga la penitencia; ayune siete días, rezando en cada uno, a la hora en que debía de almorzar, un rosario, tres salves y tres credos, y además oiga siete misas, cuatro de ellas pagadas por usted, en desagravio de María Santísima y por las benditas ánimas del purgatorio; esto en justa expiación de haberse quedado sin misa en día de precepto.

—Bien: ¿sabe usted de alguna limosna que yo pueda hacer?

—Las monjas de A. necesitan colocar una campana mayor que la que tienen. — Yo me encargo de eso. Les regalaré una campana, cuyo sonido sea claro y vibrante.

—Bien, hija, bien; eso es muy meritorio, pues la campana es la voz de Dios. (¡Pobres vecinos de los alrededores del convento!)

—Ahora—prosiguió el cura —reciba la absolución.

La dama se separó de la rejilla, mientras el sacerdote pronunciaba algunas palabras en latín. Después dio a besar su mano a la condesa y salió del confesionario, mientras aquella se separó para cumplir su penitencia.

Ahora tres preguntas y tres respuestas: ¿Quién perdió en esta confesión?

Nuestro amigo Julián y los vecinos del convento de A. ¿Quién ganó? Las monjas del encionado convento... y otros.

¿Es esta la confesión que nuestro Señor y los Apóstoles en su nombre ordenaron?

Los lectores responderán.

****

XIII

Julián se hallaba un día con su mujer, la del carpintero y Antonia, haciendo un culto familiar.

El texto que meditaban era el que se hallaba escrito en los Proverbios, que dice: "La maldición de Jehová está en casa del impío, mas El bendecirá la morada de los justos".

Julián decía:

—Dios no puede faltar a sus promesas; por tanto, confiemos en su divina misericordia, que de seguro no puede dejar de socorrernos. Si el Señor nos envía hoy pruebas, aceptarlas como una bendición de El; si nos manda alegrías recibirlas igualmente, porque de El dimanan.

Después que hubieron orado, Julián salió al obrador, y empezó su tarea como los demás oficiales.

Sobre las nueve de la mañana, un personaje se presentó en la tienda de nuestro amigo: éste al verle le saludó afablemente, y después aquél le dijo:

—Maestro, el señor conde me ha mandado llamar a usted.

Julián fue inmediatamente.

En el momento en que Julián fue introducido en el despacho, el conde, arrellanado en una butaca, fumaba tranquilamente, mientras la condesa estaba sentada en otra, ocupada, en hojear un "álbum".

—El maestro vidriero —dijo el administrador, inclinándose ante sus señores.

Julián saludó con un movimiento de cabeza. El conde habló así:

—Siempre he dado a usted el trabajo que se ha ofrecido en casa, pero ahora. ...ahora... en fin, ahora la señora condesa le hablará a usted; yo no puedo ocuparme de nada, tengo mucho en qué pensar, habla tú, condesa.

—¿Es usted el vidriero de la casa?

—Si, señora condesa.

—Pues, amigo, yo no puedo, aunque me pese, menos de decir a usted que nosotros no estamos satisfechos de usted.

—¿Y en qué he podido ofender a los señores condes?— pregunto sorprendido Julián.

—Mire usted... he decidido que todos nuestros artesanos tengan una conducta religiosa sin tacha, que cumplan fielmente con la Iglesia, y, de no ser así, que se retiren de nuestro lado, y queden sin la menor protección por nuestra parte. Ahora bien, ¿acostumbra usted a oír misa?

—Contando con la benevolencia de V. E. me atreveré a decirle que esto parece una confesión, y que yo sólo a Dios confieso mis secretos. Me pregunta V. E. si yo voy a misa, ¿por qué he de ir a misa, si no la entiendo?

—No estoy para discutir; se me ha dicho que usted es protestante, y no quiero que en mis estados haya un protestante.

—Señora, yo soy cristiano.

—Entonces no tengo nada que decir; pero ¿cómo dice usted que no entiende la misa?

—Pues ¿acaso la entiende V. E.?

Yo, Sí.

—Pues, por mi parte, lo primero que ignoro es el lenguaje, e ignorando esto, todo lo demás me parece una mímica. Perdone V. E. que le diga una cosa: San Pablo dice, escribiendo a los Corintios: *"Doy gracias a mi Dios, que hablo lenguas más que todos vosotros; pero en la iglesia más quiero hablar cinco palabras con mi sentido, para que enseñe también a los otros, que diez mil en lengua desconocida".*

Nosotros no debemos meternos en si Pablo dijo o no dijo: los buenos católicos deben guiarse por lo establecido en la Iglesia y el consejo de sus confesores. La misa es el sacrificio de Cristo en la cruz, y tiene aplicación a quien los fieles la dediquen. —Señora condesa en eso V. E. padece una lamentable equivocación. El sacrificio de Cristo no puede reproducirse.

Yo no tengo nada que ver con eso, y me parece que debe usted hablar claro: ¿es usted católico o protestante? ¿Cree usted en la Virgen? ¿Cree usted en el Papa? —Señora, creo en Cristo Jesús, y sólo en El confío; si esto es ser protestante, lo soy en efecto.

—¿Lo oyes, conde?

—Sí —contestó éste, y añadió—: de hoy más, todo ha terminado entre nosotros, señor Julián; váyase usted y no vuelva a pisar esta casa.

—Señor conde, creo que simplemente he cumplido con mi obligación; y si el ser cristiano es impedimento para que yo entre en esta casa, esta casa me sofoca v me ahoga: así es que, tan pronto como concluya la galería que tengo empezada, dejaré de entrar aquí.

—No, no —exclamó la condesa—; usted sale ahora para no entrar jamás.

—Repare V. E., señora, que he invertido una suma, para mí algo fuerte, en material para el salón, y que si ahora no hago la obra lo pierdo todo.

—¿Y a mí qué me importa? Vaya usted a sus amigos los protestantes y que se lo paguen.

—Señora —exclamó Julián indignado—, señora, los protestantes, mis amigos, o mejor, mis amados hermanos, no me deben nada; quienes me han hecho emplear el fruto de

mis ahorros en materiales son los condes de X***, los cuales deben pagarme.

—Pagádselos —dijo el conde—y que se vaya.

—No, —gritó la condesa—; no se le paga; si compró material, ¿por qué lo hizo? Que reniegue de su religión, o que se retire de aquí.

—¡Renegar de Cristo! —exclamó Julián—, no, señora, no; Cristo dio por mí su vida, y yo no le vendo por un puñado de oro. La Escritura anunció que habría un Judas, pero no dos. Quédese V. E. con ese dinero, que yo se lo regalo...

—No sé cómo me detengo —exclamó el conde—, y a no ser por no ensuciar mi mano, habría ya sellado esa boca. Criados. arrojad este hombre a la calle.

—No llame V. E. a sus criados, que yo sé marcharme. Dios perdone a ustedes el daño que me hacen.

Julián se retiró. El palacio de los condes estaba situado en la Castellana, y debajo de un árbol de este paseo se sentó Julián: allí sacó del bolsillo su Biblia, y limpiándose algunas rebeldes lágrimas, leyó estas consoladoras palabras: *"Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como lo fui con Moisés, seré contigo: no te dejaré ni te desampararé"*. (Josué 1:5).

Julián entró en su casa y contó a su esposa lo que le había pasado.

—¿Y qué vas a hacer con ese material perdido? —le preguntó su esposa.

—Buscar —contestó el vidriero—quien lo compre. aunque s a menos precio. — ¡Ay, Julián! No sé qué extraño presentimiento me dice que don Francisco tiene parte en este asunto.

Julián salió del taller y se puso a trabajar. Por la tarde el cura del principal bajó y le dijo:

—Vengo a pagar a usted una deuda. El cura sacó un portamonedas y alargó el dinero a Julián, diciéndole:

—Parece que está usted enfermo: tiene mala cara.

—A Dios gracias, no estoy enfermo, pero he tenido hoy un disgusto algo fuerte.

—Vamos, rencillas conyugales, ¿eh? —No, señor— contestó Julián con sencillez; disgustos con los parroquianos.

El cura comprendió al momento de lo que Julián hablaba; pues su amigo, el confesor de la condesa de X***, ya le había dado cuenta de la despedida del vidriero. Don Francisco conoció que no debía hablar nada, e iba a retirarse, cuando un nuevo personaje entró en el obrador.

—Buenas tardes —dijo éste al entrar. Todos contestaron a este saludo, y Julián añadió:

—¡Cómo! ¿Usted por aquí? —Hombre, vengo —contestó el recién llegado en tono familiar—; vengo a regañar con usted.

—Bueno, eso será si yo quiero.

—Acortando razones: quiero abrir el café el día primero.

—Pues mire, don Mariano, como usted ve, tengo comprado el "zinc" y están trabajando en ello; pero estar concluido para ese día, es imposible.

—¡Pero hombre, con cuatro días!

Usted dispense, son tres.

—¿Cómo? Jueves, viernes, sábado y domingo, son cuatro.

—No señor, usted no debe contar el domingo...

—¿A empezamos con rarezas? Hombre, no sea usted tonto ni fanático. Esas preocupaciones significan un retroceso de ochenta años.

—Será lo que Ud. quiera, pero Dios es más antiguo que usted, por tanto, entre El, que me manda no trabajar, y usted, que me lo manda, debo obedecer a El antes.

—Pero, hombre, ¿no conoce que Dios no puede meterse en esas cosas? ¿Qué le importa a Dios que trabaje o no? No haga daño a nadie, que trabajar no es pecado. — ¿No es verdad, señor cura?

—Dios quiere —dijo el cura—que se santifiquen las fiestas. El domingo y demás días de precepto debe oírse misa... después... si precisa trabajar, con licencia, se puede. Julián, como es protestante.

—¡Que es usted protestante! —exclamó el parroquiano.

—Soy cristiano evangélico —contestó Julián.

—Pero, maestro, usted no se quiere bien. No ve que todos los parroquianos lo vamos a dejar a Ud.? ¡Protestante! eso, eso es lo peor, ¡eso es no ser español!

—Lo que es ser protestante —exclamó Julián algo incómodo— es ser más español que muchos; protestante es ser buen hijo, buen padre, buen esposo, buen amigo, y buen creyente en Jesús. Ustedes los católicos romanos menosprecian los mandamientos de Dios y se someten al capricho de los hombres; llaman tontos y fanáticos a los que guardamos lo que es y creemos la voluntad de Dios, y ustedes, los despreocupados, creen en milagros, en bulas, en reliquias, en infiernos con calderas de pez, en diablos grandes y chicos, en serpientes que se enroscan, en un purgatorio del que Jesús no tuvo la menor noticia, en un "limbo simple", en bulas a gusto del comprador... en todo, menos en Jesús y el Evangelio.

—Julián, Julián —dijo el sacerdote—, no hable de tal modo, porque no hace más que decir blasfemias.

—Al católico romano le importa muy poco ir a misa y desde allí al baile, esto en el día del Señor. ¿Y qué saca de la misa?

—Oye el Evangelio, o una parte de alguna Epístola.

—Si, ¿eh? pues suplico al señor, que es católico romano y que alguna misa habrá oído, que nos diga qué sabe del Evangelio que oye en la iglesia.

—Señores —dijo el aludido—, a decir verdad, acostumbro a ir muy poco a misa, pero yo no sé lo que el sacerdote dice en ella... ¿Está usted dispuesto a servirme?

—Yo, sí, señor —contestó el vidriero—; pero por lo que toca a trabajar en domingo, no trabajo.

—¿Es decir, que por las tonterías de usted voy a sufrir el no abrir mi establecimiento el día que quiero? Vamos, Julián, sea razonable: déjese de protestantismo y trabaje, que es lo que le da a usted de comer.

—Don Mariano, es de todo punto inútil que se empeñe en hacerme trabajar el domingo, pues por todo el dinero del mundo no lo haré.

—Pues entonces, hemos concluido. Jamás volveré a tratar con usted.

—Bien, como usted guste; obedezco a mi Dios, y me basta.

Don Francisco quiso aparentemente arreglar el asunto, pero todo fue en vano. La voz de Dios, que ordenaba a nuestro amigo guardar el día de reposo y santificarle, pudo más que todo.

Minutos después, el parroquiano de Julián se marchó y lo mismo el cura.

El vidriero entró a sus habitaciones a recogerse para orar, diciendo:

—Jesús. tú me dices: *"Y cualquiera que no trae su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo".*

****

XIV

La desgracia se mecía sobre la casa de Julián.

En poco tiempo aquella casa, antes tan feliz, vino a ser gobernada por el dolor. Ya no se oía en el taller el "tac-tac" del martillo ni las alegres canciones de los operarios.

Por todas partes se había propagado la noticia de que el vidriero era protestante, y hasta que en su casa se cometían infamias, y, por tanto, el descrédito fue general.

En vano Julián lo sufría todo con paciencia; en vano visitaba a sus antiguos parroquianos; en vano, al parecer, clamaba al Señor; parecía que el cielo y la tierra le habían abandonado.

Para mayor desgracia, su esposa, acosada por los sufrimientos, había decaído en la fe, y esto era lo que más le atormentaba.

Hasta su amigo el señor Juan, que era el que se hubiera hallado en disposición de ayudarle, estaba fuera de Madrid, ocupado en unas obras: todo, pues, como ya hemos dicho, se pronunciaba en su contra.

Así llegó un día en que el vidriero tuvo que dejar la tienda, para cuyo efecto se despidió del dueño de la casa y alquiló un sotabanco de la misma, yéndose a trabajar como simple oficial en el obrador de otro.

Tres días faltaban para hacer la mudanza. Julián no estaba en casa, y Dolores se hallaba sola, dando el pecho a su hijo, cuando sintió que la puerta de la tienda se abrió. Salió para ver quién entraba, y se halló con don Francisco, que, después de saludarla, le dijo:

—¿Está Julián?

Sabido es que Dolores miraba con prevención al cura, creyéndole causante de sus desgracias; así es que con frialdad marcada le contestó:

—No, señor; ha salido.

El cura comprendió lo que pasaba en el ánimo de aquella mujer, y en un momento se formó su plan.

—Pues en verdad que lo siento —dijo—, porque venía para hablar con él, a fin de ver si quería encargarse de una obra

—Pues no sé, pero me parece que es un poco difícil, porque no nos hallamos con fondos para comprar materiales.

—Nada importa eso: si cu marido quiere, los señores le adelantarán cuanto necesite. Pero en verdad que me extraña el ver cómo se han quedado ustedes sin hacer nada, con tan buena parroquia como tenían.

—Pues mire usted —dijo Dolores con intención— alguien tiene la culpa.

—No sé que nadie tenga la culpa, ni que se complazca en hacer daño a ustedes. El sólo culpable de todo esto es su esposo, por esas ideas que tiene, y que tan despreciadas son de los demás. Si su esposo no hubiese cometido la tontería de hacerse protestante... vea

usted, protestante... una cosa que no tiene razón de ser... que concluirá en breve, y que... en fin... ¿ha visto usted que muchos sacerdotes se hayan pasado a esa secta ?

—Sí, señor, algunos hay.

—Claro, aquellos que no se han querido sujetar a sus votos y para quienes la religión era una cosa pesada. En fin, Dolores, créame usted, lo que les está pasando a ustedes no es más que un aviso de Dios, un preludio de cosas mayores: nada me extrañaría que mañana muriese su hijo.

—¡Calle usted don Francisco!

—Y la Virgen les haría mil favores a ustedes, pues antes que su hijo se condene, vale más que muera mil veces.

—¿Y por qué ha de condenarse mi hijo?

—Porque la educación religiosa que ustedes le den no puede ser buena.

—Nosotros le educaremos en la fe del Salvador y en máximas del Evangelio. — Sí, pero de un Evangelio corrompido, y mostrando a un Salvador que no podrá salvarle, porque le falta la autoridad que su bendita Madre...

—Don Francisco, Jesús no necesita autorización de nadie pues "salva a quien quiere".

—¿Qué le pediría a usted su hijo que usted no hiciera Pues así Jesús no puede hacer sino lo que manda María. En fin, ya hablaremos más sobre el asunto. Dígale usted a su esposo que esta tarde le hablaré, y que la obra que le propongo será para ganar algunos miles de reales. Vaya, Dolores, que usted lo pase bien; medite sobre lo que hemos hablado y créame, sin María ni aún el cielo sería cielo. Tome usted esta estampita, y rece delante de ella algún "Avemaría", pues cada vez que esto haga, gana "cien" días de indulgencia.

Don Francisco salió; pero aún estaba Dolores con la estampita en la mano, cuando Julián, abriendo la puerta, entró, y observando que su esposa tenía un papel en la mano, se acercó, preguntándole lo que era.

—Una Virgen que me ha dado don Francisco —le contestó.

—¿Y con qué objeto, o cómo te dió ese papel el cura?

Dolores contó a su marido lo ocurrido, y después dijo:

—¿Qué piensas hacer?

—Lo que pienso hacer —contestó Julián—es decir a don Francisco que no vuelva a hablarte de religión; y por lo que toca a la obra, la haré si puedo; pero que no me venga con condiciones, porque...

—Julián, vente a razones, y piensa en nuestro hijo. Además, don Francisco me puso unos argumentos bastante razonables por lo que respecta a María.

—A grandes pruebas me tiene reservado el Señor, y la más dura es ver tu falta de fe. Escúchame, Dolores, y jamás dudes de las palabras del que ha dicho: *"El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasaran"*.

—Julián, mi fe ha vacilado algo, pero yo rogaré a Dios que la aumente.

—Bien; oremos a Dios. Ambos esposos inclinaron sus frentes, y poco después se oyó la voz de Julián, que pronunció esta sencilla oración: "Señor, aumenta nuestra fe; ahora más que nunca necesitamos creer para serte fieles. No sabemos hasta dónde nos probarás, pero estamos seguros de que Tú nos ayudarás. Sí, Padre: si te hemos sido fieles en tiempos de prosperidad, justo es que lo seamos en el tiempo de la prueba. Ahora danos tu bendición, por el amor de Jesús. Amén.

Por fin llegó el día destinado para que desocupase la tienda nuestro amigo Julián.

La señora Blasa, Antonia y Dolores se hallan en la casa de esta última, y sostienen el siguiente diálogo:

—El caso es —dice Blasa—que si mi Juan estuviese en Madrid, él daría dinero a tu esposo, y no tendrían necesidad de dar un paso como el de cerrar la tienda.

—No hay que pensar —contestó Dolores—en que Julián hubiese tomado dinero sin tener probabilidad de pagarlo.

—¡Qué cosas tienes, Dolores!

—exclamó Antonia—; si mi padre prestase dinero a Julián, no cerrarías la tienda, y puede que andando el tiempo os hubierais vuelto a levantar. Yo sé que la Biblia prohibe tener deudas; pero claro es que entre hermanos, y cuando es por una precisión, no está prohibido, pues la Palabra de Dios manda que los hermanos se socorran entre sí.

—Dime, Dolores —preguntó la mujer del carpintero—, ¿,no podría ser que Julián pidiese unos días de prórroga al casero, para que en tanto escribiésemos a mi marido pidiéndole una libranza? La verdad es que si nosotros llegamos a saberlo con tiempo, escribimos a Juan sin deciros nada; pero lo habéis callado tanto...

—Consultaré con Julián —dijo Dolores—, y ya diré a ustedes lo que él decida. Así continuaron su conversación, mientras Julián, que se hallaba en la tienda empaquetando la herramienta, hablaba con don Francisco.

—¿Pero qué es eso? —decía el sacerdote—, ¿ se muda usted ?

—No, señor —contestó el vidriero—. sino que dejo la tienda.

—¿ Pues, y eso ? —Qué quiere usted; algunos hombres no ven más allá de lo que alcanzan sus ojos, y quieren que los demás hagamos lo mismo. Amigo, el señor conde de X*** y otros han de experimentar algún día lo que está escrito: *"No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No se detendrá el trabajo del jornalero en tu casa hasta la mañana".* (Lev. 19:13. Sí; los que obran como el conde de X***, que me hace comprar un material que después para nada me sirve, no comprenden que el Señor les va pedir estrecha cuenta, pues El ha dicho: *"No hagas agravios al jornalero pobre y menesteroso, así de tus hermanos como de tus extranjeros que están en tu tierra y en tus ciudades. En su día le darás su jornal y no se pondrá el sol sin dárselo; pues es pobre con él sustenta su vida: porque no clame contra ti a Jehová, y sea en ti pecado".* (Dt. 24:14-15).

—Julián —dijo el cura—, no debe extrañarse usted de que todos le vuelvan la espalda: sus ideas religiosas no son más a propósito para estar en buenas relaciones con el mundo.

—Sí, a mí no me extraña que el mundo me aborrezca, cuando Jesús, mi Señor, ha dicho: *"Si el mundo os aborrece, sabed que a mi me aborreció antes que a vosotros; si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; más, porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso os aborrece el mundo."* (Juan 15:18, 19). Lo que sí me extraña es que personas que aparentan un escepticismo tal, no sientan remordimientos en su conciencia al estafar a un pobre el fruto de su trabajo, y no vacilen en sumirle en la miseria.

—Julián, dejemos a un lado esa cuestión; usted puede adquirir del conde de X*** más de lo que ha perdido. Renuncie usted por un momento a esas preocupaciones, abra sus ojos, vuelva en sí. Yo vengo a proporcionarle una obra que puede darle una regular ganancia; ¿quiere hacerla?

—Don Francisco, no puedo emprender obra alguna, pues por pequeño que sea el

gasto que haya de hacerse, no tengo dinero para material ni jornales.

—No importa eso —dijo vivamente el cura—, yo le ofrezco lo que usted necesite ¡además, la persona que tiene los fondos le adelantará para materiales.

—¿Y qué obra es? —preguntó Julián.

—Todo lo perteneciente a su arte en la iglesia de San N., advirtiendo a usted que tiene mucho que hacer; es obra que durará bastante tiempo.

—Bien, pues no tengo el menor inconveniente. ¿Y no me pondrán ninguna condición que me sea imposible aceptar?

—No, ninguna; porque la que hay para todos los que trabajan en aquella casa es tan sencilla, que ninguno hasta hoy la ha desechado.

—Veamos cuál es. —Pues el señor párroco dice misa a las nueve de la mañana a cuya misa desea que asistan todos los obreros empleados de la casa.

—¿Y asisten todos? —Es natural. ¡Quién se ha de negar a cosa semejante!

—Supongamos, don Francisco, que ese señor me pone por condición asistir a la misa que él dice, y yo me niego; ¿qué sucederá ?

—En ese caso, usted no podrá seguir trabajando en la casa.

—Pues entonces es inútil que hablemos más: yo no asisto a la misa.

—¿Por qué? —Creo inútil repetir lo que ya tantas veces he dicho con respecto a este punto. No mirando yo la misa como ustedes la ven, me parece hasta impío que yo asista a ese acto.

—Pero, hombre, reflexione que se está arruinando, y no tan sólo usted, sino su hijo.

—Pues el Señor, que cuida de los pajaritos y de los lirios cuidará de mí' y de mi hijo.

—Vamos, ¿quiere usted encargarse de la obra? —Sí, señor.

—Pues entonces espero que usted vaya a la misa.

—No, señor; yo no puedo asistir a un acto que mi con ciencia rechaza con todas mis fuerzas.

—Entonces no extrañe usted que el hambre toque a sus puertas: será un castigo de Dios, que ya le avisa por mi boca.

—Lo que yo digo que será es una tentación de Satanás, permitida por Dios para purificar mi fe.

—Vaya, creí que podría socorrerle en algo; pero veo que nada puedo hacer por usted. Es difícil detener en su carrera al hombre que ha comenzado a rodar por un precipicio; lo veo muy claro. ¡Qué la Virgen tenga misericordia de usted!

—Me alegro que haya usted mentado a la Virgen, pues se me olvidaba decirle dos cosas: la primera, que me haga el favor de no hablar con mi esposa de religión; la segunda, que no vuelva a dar a mi esposa estampitas de santos o de vírgenes, pues, como usted puede comprender, nadie debe meterse en donde no le llaman.

—Hombre, si di a su esposa algunos consejos, fue porque la hallé triste y afligida. Yo, en mi calidad de sacerdote, estoy en el deber de consolar al triste.

—Bien; pero lo que usted dijo a mi esposa, en vez de consolarla. debía servir para encender en su pecho la duda, y en mi matrimonio una guerra religiosa; por tanto, que no vuelva a suceder lo que pasó hace unas mañanas.

—¿Es decir —preguntó don Francisco algo exasperado—, es decir, que me prohibe usted hablar con su esposa?

—Sí, señor; sobre asuntos religiosos le prohibo a usted que la hable.

—Imposible es que Dios le ayude.

—Don Francisco, me parece que el culpable de que a mi me hayan quitado las obras de los condes de X*** ha sido usted.

—Julián, ¿quiere usted que le hable con claridad?

—Sí, señor; no deseo otra cosa.

—Pues yo he sido el que ha influido para que usted se quede sin esa casa.

—¿Con que ha tenido usted el valor para perder de tal modo a un padre de familia?

—Basta, basta, Julián; estoy cansado de luchar: vengo a ofrecerle el bien, lo rechaza usted: es muy dueño de hacerlo; pero han de pesarle las consecuencias.

—Don Francisco, ni usted, ni Roma, ni el hambre, ni sus amenazas, son suficientes para apartarme del amor que es en Cristo Jesús.

—Bien, pues guerra; o poco he de poder, o sabrá la vecindad que los protestantes claman a un Dios sordo.

El cura salió furioso de la tienda, y Julián, elevando sus ojos al cielo exclamó:

—*"Disputa a favor mío, oh Jehová con los que contra mi contienden: pelea con los que me combaten"* (Salmo 35:1).

Mientras esto sucedía, en la carpintería se hallaban Antonia y su madre hablando.

—Sí —decía Blasa—, escribe a tu padre diciéndole el apuro de nuestros amigos, y que al momento nos mande dinero.

—¿Cuánto le pido? —No lo sé; pero explícale el caso y él podrá calcular. Antonia se puso a escribir, y al cabo de unos instantes leyó a su madre la siguiente carta: "Madrid . . . "Querido padre: Me alegraré que al recibir ésta, goce usted de salud; nosotros, a su disposición.

"Padre, escribimos a usted para decirle un caso que de seguro le va a entristecer; Julián, nuestro amigo, deja la tienda, pues por manejos de sus enemigos se ha arruinado.

—"¿Dejaremos que nuestro amigo se pierda sin ayudarle? No Espero que mi padre atenderá a los ruegos de su esposa e hija. "Padre, esperamos que usted aprovechará la ocasión de hacer algo por amor de Jesús, teniendo en cuenta que *'Dios ama al dador alegre'*. "Sin más reciba el cariño de éstas que la aman.

BLASA Y ANTONIA

"P. D. Acuérdese usted lo que por mí hizo Dolores cuando estuve enferma, y los disgustos que aquello le ha ocasionado, pues lo que ahora pasa es en parte consecuencia de lo que entonces hizo. Padre, nuestros amigos se pierden, si pronto no los socorremos".

—Bien, hija, bien —exclamó Blasa al oír la lectura de la carta—: escribes mejor que un ministro. Anda, echa la carta al correo.

****

XV

Al otro día de los acontecimientos referidos en el capítulo anterior, los transeúntes

de la calle de Embajadores, al pasar por cierta casa, podían leer: "JULIAN, VIDRIERO, PLOMERO Y HOJALATERO", y pegado sobre la puerta, un papelito escrito por el portero de la casa, que, con pésima ortografía, pone: "Seal quila hesta tienda el portero tiene las yabes y dar a rrazón."

Sí; Julián había abandonado la tienda por no poder pagar el alquiler, y ahora vive en el "sotabanco número 12" de la misma casa.

Como es costumbre entre amigos mostrar las habitaciones en que viven Julián lo va a hacer a todos los que se interesan en su historia y le siguen incansables.

Después de subir ciento quince escalones, llegamos a una galería, o más claro, al "corredor" en que está situado el cuarto de Julián. Se compone de tres piezas, que son: sala, cocina y alcoba, no muy grandes en verdad.

Ya que hemos tomado posesión de su casa, oigamos lo que habla nuestro amigo y su mujer.

—Créeme —decía Julián— el Señor nos ha quitado de la tienda, subiéndonos a este palomar, para alguna cosa.

—¿Y para qué puede el Señor haber hecho eso?

—Mira, Dolores, ¿no crees que desde este corredor se puede anunciar el Evangelio a más de doscientas personas?

—Creo, Julián, que no tendrás la ocurrencia de llamar al Pastor para eso.

—No, en verdad., Por qué he de ceder a otro las bendiciones que puedo yo recibir? ¡Por cierto que sería una locura!

—¿Y qué intentas?

—Una cosa muy sencilla. Hoy mismo invitas a las vecinas par una reunión religiosa. Dices que todo aquel que desee oír !s nuevas del Evangelio, puede acudir esta noche a casa a las ocho en punto.

—Bien, haré lo que tú deseas7 y que el Señor nos bendiga. Julián salió de su casa, y a los pocos momentos, Dolores tendía en el corredor algunas prendas que había lavado.

—Buenos días, vecina —la dijo una mujer, desde el corredor del frente.

—Buenos días, señora —la contestó Dolores.

En su interior sentía una cosa que le decía: "Empieza a trabajar por Jesús". —¡Qué buen día hace! —dijo su interlocutora.

—En efecto que hace buen día. Mire usted qué hermoso está el cielo. ¿Quién sería capaz de hacer un cielo semejante a ese? ¡Y luego dicen que no hay Dios!

—¿Y quién se atreve a sostener semejante disparate?

—No faltan, por desgracia, personas que lo hacen; gentes que no tienen religión ni conciencia.

—Dolores, a propósito, ¿me permite usted que pase a su casa a preguntarle algunas cosas.

—Con mucho gusto

—Pues voy a ver cómo están mis pucheros, y paso al momento.

—Bien, pues la espero a usted.

Ambas mujeres se separaron, metiéndose cada cual en su habitación respectiva.

Cuando Dolores se vio sola, exclamó: —Señor, dame fuerzas y aumenta mi fe, si quieres que haga algo por ti. Por amor de Jesús concédeme tu Santo Espíritu. Amén.

—¿Se puede? —dijo una voz desde fuera.

—Adelante —contestó Dolores.

Una mano levantó el picaporte, la puerta se abrió, y la mujer que antes hubo hablado con Dolores apareció en el dintel.

—Pase usted, señora María, pase usted —dijo Dolores.

La mujer entró, y sentándose en una silla, dijo:

—Pero, ¿cómo ha sido el dejar la tienda?

—¡Qué quiere usted! —contestó Dolores—; azares de la vida.

—A mí me han dicho que por ser ustedes protestantes les habían echado de la tienda.

—Pues eso no es cierto, la hemos dejado, porque mi esposo ha perdido de un golpe el dinero que tenía, y a más la parroquia, por sus ideas religiosas.

—Pero, Dolores, perdone usted que le diga que yo no entiendo una palabra de sus creencias. A mí me habían dicho que ustedes los protestantes no creen en Dios, ni en la Virgen, ni en los Santos. Cuando murió su señora madre oí lo que el cura de ustedes habló, y me pareció bueno; asistí al entierro y me impresionó; pues entonces, ¿por qué todos van contra ustedes?

—¿Por qué razón fueron todos contra Jesús? He aquí la causa: los que creen en Jesús son perseguidos, como su divino Maestro lo fue.

—¿Pero ustedes creen en Dios y en la Santísima Trinidad?

—Sí, señora; nosotros creemos todo eso y más: creemos todo lo que está escrito en la Biblia.

—Mucho me gustaría volver a oír hablar a alguno de los que como ustedes piensan.

—Pues mire usted, si desea enterarse, Julián va a dar algunas reuniones en este mismo cuarto, y puede usted asistir a ellas.

—Me alegro y no faltaré. ¿Cuándo empieza?

—Esta misma noche, a las ocho; y puesto que usted es la primera de la casa que lo sabe, la ruego que.

—¿No diga nada?—Descuide usted que...

—Al contrario, que lo diga a todos los que usted guste. Sería una placer para nosotros, si toda la vecindad oyese el Evangelio.

—Pues entonces yo le aseguro que toda la vecindad lo sabrá.

A los pocos momentos todos los vecinos de la casa sabían que Julián iba a dar reuniones protestantes, y todos se pusieron a escucharle, los unos por curiosidad, los otros por burla.

Cuando la noticia llegó a don Francisco, exclamó —"¡Ya escampa!" Y yo que creía que ese hombre cedería en vista de su desgracia. En mi vida he visto persona más testaruda. ¡Qué hacer? ¡Ah! Si se promoviera un escándalo, podía el casero echarlos; y, eso sí escándalo le habrá. ¡Parece mentira que los hombres se obcequen así!... Aunque, bien mirado, esto me hace suponer que Julián recibe alguna paga. Así continuó el cura en su soliloquio.

Por fin llegó la noche, y aunque algo fría la temperatura por haber entrado el otoño, la gente se extendía por los corredores, por no caber ya más personas dentro de la habitación.

A las ocho en punto de la noche, Julián salió de su cuarto con una Biblia debajo del brazo, y se acercó a la baranda del corredor, desde donde saludó a sus vecinos.

—Amigos, un tanto embarazosa es para mí la situación en que me hallo al dirigiros la palabra. Os hablo por dos razones: la primera, porque me mueve a ello mi Dios para que os anuncie las nuevas de salvación que se encuentran en Cristo Jesús, y la otra, la menos importante, para poner en su lugar mi honra, que en concepto de muchos de los que ahora me escuchan, está manchada. Parece que varios de los que estáis presentes os habéis extrañado al oír que un protestante va a hablar del cristianismo, cuando. según dicen por ahí, los protestantes somos unos herejes incrédulos que de todo dudan. De si los protestantes creemos o no, vais a juzgar vosotros mismos oyendo de mis labios mi profesión de fe, o sea lo que, por la misericordia de Dios, yo y todos los cristianos evangélicos. a quienes vosotros llamáis protestantes, creemos. Para que comprendáis bien, escuchad con atención: yo creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su Unico Hijo, nuestro Señor; Que fue concebido por virtud del Espíritu Santo; Nació de María Virgen; Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, Fue crucificado, muerto y sepultado; Descendió a los infiernos; Al tercer día resucitó de entre los muertos; Subió al cielo; Está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; En la Santa Iglesia Universal; En la Comunión de los Santos; En el perdón de los pecados, En la resurrección de la carne y en la vida perdurable. Amén".

—¡Ese credo es igual al nuestro!

—¡Creen en Dios! —¡Y en la Virgen! ! !

—Y en que Cristo fue concebido por el Espíritu Santo!

—Sí, amigos míos —continuó Julián—; nosotros, es decir, los cristianos del Evangelio, creemos todo lo que está escrito en la Palabra de Dios. Cuanto dicen de nosotros es una calumnia completa. Jamás hemos dudado de la virtud de María, madre, "no de Dios", porque Dios no tuvo padre ni madre, pero sí madre de Jesús, en cuanto hombre como nosotros. Nosotros no confiamos en nadie sino en Cristo, porque sabemos que *"en ningún otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos"* (Hechos 4:12). No confiamos en méritos que podamos hacer, porque nuestros mejores méritos sólo son *"trapos de Inmundicias".* No nos sometemos al yugo de Roma, porque en la Palabra de Dios no se manda que el cristiano esté sujeto a tal o cual iglesia, sino a Cristo, y porque esta Iglesia tiraniza las conciencias obligando a creer dogmas como el de la infalibilidad papal, que nos hace ver la figura del Papa retratada en la segunda Epístola del apóstol Pablo a los Tesalonicenses, Cap. 2, versículos 3 y 4, donde dice, hablando de la segunda venida del Señor: *"No os engañe nadie en ninguna manera porque no vendrá sin que venga antes la apostasía, y se manifieste el "hombre de pecado", el hijo de perdición, oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llama Dios o que se adora; tanto, "que se sienta en el templo de Dios, como Dios, haciéndose parecer Dios".* Nosotros los protestantes no hacemos caso de los días de vigilia, porque el mismo apóstol Pablo ha dicho: *"Nadie os juzgue en comida o en bebida".* (1 Col. 2:1). También sabemos, para que nos guardemos de ellos. que *"algunos prohibirían casarse, y mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió para que con hacimientos de gracias participasen de ellas los fieles y los que han conocido la verdad"* (1 Tim. 4:13 . No hacemos caso alguno de las ordenanzas romanas, en la que respecta a dar dinero o velas, o cosas semejantes para el culto de los santos, porque en la Palabra de Dios hallamos escrito: *"Nadie os engañe a su voluntad con pretexto de humildad y culto a los ángeles, metiéndose*

en lo que no ha visto, vanamente hinchado en el sentido de su propia carne". (Col. 2:18).

Algunas voces de aprobación salieron de entre los oyentes.

—Sí, amigos míos —prosiguió Julián—; de los protestantes se dicen muchas cosas que no son. Los protestantes creemos en la Virgen de los Evangelios, mas no en la Virgen de la Iglesia Romana, porque la de esta iglesia en nada se parece a aquélla. No le rezamos por dos razones: la primera, porque no sabemos rezar; sabemos, sí, orar a Dios; y la segunda, porque ni los Apóstoles, ni las tres Marías, ni ninguno de los personajes de su época lo hicieron. ¿Y qué diremos de las bulas? ¿Las bulas? Famosa llave romana que abre y cierra las puertas del cielo, desde el mínimo precio de dos reales, hasta cantidades un tanto considerables. Roma tiene bulas para todos; ya veis —añadió en tono irónico—, Roma tiene bulas hasta para los difuntos. En fin, Roma no desperdicia ocasión de sacar dinero. Desde que una persona nace hasta después de muerta, paga dinero y más dinero a las arcas romanas. Dinero por bautizar, dinero por casar, dinero para enterrar, dinero por misas, dinero por todo; ¡ah! los sacerdotes de esta iglesia no tienen en cuenta que el apóstol San Pablo comía con el trabajo de sus manos, y que ni San Pedro ni los demás apóstoles tuvieron subvención por el Estado, ni pie de altar, ni derechos parroquiales, ni casullas bordadas de oro, ni cálices de plata, ni báculos del mismo metal, ni tiara, ni mitra, ni capelo cardenalicio; ni fueron párrocos, ni tenientes, ni generales... Pero si nada de eso tenían, en cambio recibían para administrarlo el dinero de los ricos, y con eso la Iglesia vivía con algún desahogo. Esta era la práctica apostólica, y por esta práctica que defendemos los protestantes, nos llaman herejes, y nos excomulgan, y no hacen más porque Dios no se lo permite. Amigos míos, ya os son conocidas en parte las doctrinas de los cristianos evangélicos; ahora juzgad vosotros. Mañana por la noche, a la misma hora de hoy, si os dignáis venir a escucharme, hablaremos de algún punto del Evangelio; pero antes de retiraros, sabed dos cosas: primera, que *"de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna".* La segunda es que *'ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús".* (Juan 3:16; Rom. 8:1). Que el Señor nos bendiga. Amén.

Julián se retiró a su habitación, y la gente también se fue retirando, discutiendo entre sí; algunos subieron a felicitar al vidriero.

Don Francisco que había estado atisbando lo que pudo, decía paseándose:

—¡Y no ha habido escándalo; y ese hombre los va a convencer; ¿Cómo evitarlo?

El buen Señor se deshacía la cabeza pensando cómo destruir a su enemigo, sin acordarse que era mejor tomar el consejo que el fariseo Gamaliel dió en el concilio de Jerusalén, juntado contra los apóstoles, en que dijo: *"Dejáos de estos hombres, y dejadles, porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis deshacer, mirad no seáis tal vez hallados resistiendo a Dios"* (Hechos 5:34-40).

****

XVI

Los vecinos de la casa de Julián estaban alborotados. Entre ellos se había despertado un movimiento religioso como pocas veces se ha visto.

Era digno de ser contemplado el interior de la casa, a las ocho de la noche: patio, corredor, ventanas, todo estaba lleno de gentes, que alzaban la cabeza con ansiedad para mirar a un corredor del cuarto piso, desde donde un hombre les hablaba.

Cinco noches habían pasado desde que Julián hablara por primera vez en el corredor, y cosas maravillosas habían acontecido.

En la sexta noche del culto, hallábase Julián predicando, y había tomado por texto las palabras de Jesús: *"Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy en medio de ellos".* Mat. 18:20.

Nuestro amigo tocaba al final de su predicación, después de haber expuesto a sus oyentes cuán grande era el amor del Salvador, que después de haber muerto por un mundo de pecadores, todavía se ponía tan al alcance de ellos que, con sólo invocarle, El se acercaba a los corazones.

Después de todo esto dijo:

—Tenemos, pues, que donde dos o tres se reúnen en el nombre del Señor, allí está la Iglesia. Por tanto, amigos míos, no es necesario ir a la iglesia tal o cual, ni ejecutar esta o la otra práctica; no, si dos cristianos se unen en un camino o en un desierto, y allí elevan sus corazones para orar, o bien para hablar de Jesús, allí está la iglesia, con su divino Esposo en medio.

Más fácil es que el Señor habite en una pobre guardilla, donde una familia hace su oración matutina, que en un templo donde los sentidos se deleitan y el espíritu se distrae con los sonidos del órgano, el espectáculo del lujo y los perfumes del incienso. Sabed que el Señor *"no habita en templos hechos de mano"*, como el profeta dice: *"El cielo es su trono, y la tierra el estrado de mis pies." ¿Qué casa me edificaréis?, dice el Señor, o ¿cual será el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas esas cosas?"* (Hech. 7:48-50). Así habla el Señor. No son pues, las afiligranadas cúpulas de una catedral o los suntuosos techos de un templo, ni los cánticos latinos, ni el incienso, ni las luces, ni el lujo. los objetos que hacen al Espíritu de Dios descender de los lugares celestes en que habita; antes bien, sensible como la alondra, que se espanta al menor ruido, así todas estas cosas ahuyentan al Espíritu de Dios.

—Sus malditas ideas sí que le conducirán a usted y a los que le escuchan, al infierno —dijo una voz desde el corredor del principal.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio de donde había salido la voz y se encontraron con don Francisco que, encendido por la ira. todavía apostrofaba al vidriero.

Tales insultos le dirigió, que la gente empezó a gritar:

—¡Fuera cuervos! ¡Fuera cuervos! No queremos latinajos.

—El Evangelio es claro y los curas no le muestran, porque no se descubran sus marañas.

—¡Fuera el cura! ¡Que se vaya!

—¡Silencio, amigos! —gritó Julián.

El vocerío cesó, y entonces el vidriero. dirigiéndose a don Francisco, le dijo:

—Podía usted, don Francisco, no interrumpir nuestra reunión de un modo tan poco atento. No sé que se condenen ni el que escucha ni el que dice la verdad.

Usted no dice ni conoce la verdad —exclamó don Francisco.

Y añadió con reconcentrada saña:

—Usted es un miserable que cobra sueldos de pícaras sociedades inglesas para perder a España, para sojuzgarla...

—Don Francisco —dijo Julián con acento fuerte—, usted es un calumniador. Por cierto que a usted debo el predicar el Evangelio desde este corredor, pues sepan todos que, gracias a don Francisco, he perdido mi tienda y mi posición. Ese señor sacerdote tan caritativo ha hecho cuanto ha podido por mi ruina y la de mi familia.

—¡Fuera, fuera el cura! —gritaron de nuevo los presentes.

—¡Silencio! —tornó a exclamar Julián— don Francisco es uno de los que pasan por de más talento en la parroquia; tiene estudios, y dice que estoy en el error; yo, por el contrario, no soy más que un pobre artesano sin estudios, y más aún, con el porvenir algo negro. Pues, así y todo, yo le reto a discutir conmigo en presencia de ustedes.

—Bien, bien —exclamaron los circunstantes.

—Señores —dijo don Francisco un tanto embarazado—, yo no puedo discutir con ese hombre sin licencia de mis superiores, y por lo tanto yo no acepto su reto, que desprecio.

—Me parece —dijo Julián— que esa es una evasiva; usted, si es, como dice, ministro del Evangelio, no puede menos de combatir el error doquiera le encuentre; el centinela que ve cómo el enemigo se acerca a la brecha que guarda, no espera a que sus jefes se lo manden para hacer fuego; así, usted debe ponerse frente al error sin aguardar licencia.

—Este —exclamó furioso don Francisco—no es lugar para discutir. La casa es propiedad de la vecindad, y no para que usted venga con su palabrería a interceptar las escaleras y pasillos, sirviendo de escándalo a los vecinos con sus corrompidas doctrinas.

—¡Fuera! ¡Fuera el cura! —dijo una voz.

—¿Fuera? —repitió el cura—, Mañana doy parte al casero de lo que está pasando, y veremos si les prohibe a ustedes, o no, amontonarse en la escalera.

—Pues, señores —gritó un vecino—, en mi casa hay lugar donde reunirnos: desde mañana, si el señor Julián quiere, hablará en mi casa, donde todos los que lo deseen pueden entrar sin ningún escrúpulo, y así dejaremos la escalera libre, para que don Francisco pueda subir y bajar por ella sin que su sotana se arrugue.

Todos los vecinos aplaudieron, mientras que don Francisco entró en su casa ebrio de coraje.

Julián terminó su sermón, y después de quedar convenido que desde la noche próxima se celebraría culto en casa del vecino que acababa de ofrecerla, cada cual se retiró a la suya respectiva, y media hora después la calma y el silencio dominaban en todas.

Julián y su esposa se hallaban sentados en su habitación hablando.

—¿Y qué vas a hacer?—le dice su esposa.

—No sé —contestó Julián—, no sé; todas las puertas se cierran; ayer esperaba tener trabajo, pero el maestro no se ha quedado con la obra y no me puede admitir. Bien sabe Dios, querida esposa, que sólo siento esto por ti y por nuestro hijo. Los recursos se agotan, y no veo por el pronto cómo podremos remediarnos. Yo sé que *"Dios proveerá";* sí, indudablemente tiene que hacerlo. Fui a vender la herramienta, pero se quieren valer de la ocasión, y por una cosa que me costó dos mil reales sólo me dan una onza.

—Julián, ya te he dicho que no vendas la herramienta: si mañana volvemos a

establecernos, te hará falta.

—Cierto, y no sé qué extraño presentimiento me dice que volveremos a poseer la tienda que hemos dejado.

—Me alegraría —dijo Dolores porque en ella han muerto nuestros padres. Sabes —añadió— que mañana tengo que ir al "Monte de Piedad" a empeñar algunas cosas.

—¡Ah, Dolores! clamó Julián—, ¡Si tú tuvieras fe! Dí: ¿crees con todo tu corazón lo que está escrito en la Palabra de Dios?

—Sí, Julián.

El vidriero tomó la Biblia que estaba encima de la mesa y dijo:

—Dolores, no tenemos dinero para comprar pan en el día de mañana; y si no empeñas, ni aún unas tristes sopas podrás dar a nuestro hijo, ¿no es verdad?

Estas palabras arrancaron silenciosas lágrimas de los ojos de Dolores, que oprimió a su hijo, besándolo con ardor, entretanto que el niño la sonreía, indiferente a los pesares de la que estrechaba en su seno.

—No llores —continuó Julián—; el Señor mismo nos ha enseñado a decir: *"danos hoy nuestro pan cotidiano".* Pues bien, vamos a ponernos a orar, pidiéndole ese pan.

Julián abrió la Biblia por el Evangelio de Juan, capítulo 16, y leyó los versículos 23 y 25, diciendo:

—Escucha esta preciosa promesa hecha por Jesús: *"De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis a Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido"*. *"Todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis".* Ahora, con tan ricas promesas y tan buen Intercesor, pongámonos delante de Dios.

****

XVII

A las once del día siguiente a la noche de que acabamos de hablar, hallábanse Julián y Dolores en su casa sosteniendo este dialogo:

—¿Con que no has encontrado nada? —decía Dolores.

—Nada, Dolores, nada he hallado.

—¿Y vamos a permanecer así todo el día? No tenemos dinero para comer hoy, y ni aún lumbre he echado por no tener qué guisar; este niño mama mucho y yo estoy cayéndome de debilidad. ¿Qué vamos a hacer?

Julián permaneció en silencio un momento, y en su semblante se veía retratada la lucha que fermentaba en su alma. Nunca la tentación le había combatido con más fuerza. Veía sufrir a su joven esposa, y todo le convidaba a desconfiar de Dios. Por fin, después de un rato, sacudió su cabeza. como si quisiera desechar alguna idea que le atormentase demasiado, y dijo en contestación a su esposa

—¿El qué haremos? Esperar.

—¿Pero esperar qué?

—A que Dios conteste a nuestra oración.

En aquel momento llamaron a la puerta, y Julián se adelanto a abrir.

Don Francisco y otro sacerdote aparecieron en el umbral.

—Buenos días, señores —dijeron al ver al vidriero y a su mujer.

—Buenos días —contestaron éstos; y Julián añadió—: ¿que se les ofrece a ustedes ?

—Venimos —contestó don Francisco— para hablar con usted.

—Pues pasen ustedes.

Ambos curas entraron, y mientras Julián cerraba la puerta, Dolores ofrecía una silla a cada uno.

Don Francisco tomó la palabra y dijo a Julián:

—Julián, usted extrañará mi venida a esta casa, ¿no es verdad?

—Y, ¿a qué debo su visita?

—Venimos a ver si nos arreglamos.

—No entiendo.

—Pues mire, la tienda que usted ocupaba está desalquilada todavía ¿quiere poseerla otra vez?

—No señor, porque me figuro que para ello sería preciso hacer algo que ni aún deseo se me proponga.

El amigo de don Francisco tomó la palabra y dijo:

—Aunque no tengo el honor de conocerle, he sido llamado por este amigo para hablar a usted.

El cura calló; hubo una pausa y después continuó:

—Yo soy el confesor de la señora condesa de X*** y puedo bastante en su ánimo. Usted trabajaba en aquella casa, y por sus descabelladas ideas ha perdido el trabajo. Pero es la cosa más sencilla hablar yo a la condesa, e inmediatamente tendría las obras de esa casa. He hablado con don Francisco sobre lo que por usted podremos hacer, y si usted cede de su locura, todavía puede ser feliz.

—Señor cura —contestó Julián—, doy a usted las más expresivas gracias por su oficiosidad. pero es inútil que hable por mí a la condesa. Hoy es un día en el que no nos hemos desayunado; pero antes moriré de hambre que negar a mi Salvador.

—Vamos, ¿está usted decidido a seguir predicando en la casa ?

—Más que nunca —contestó Julián.

—¡Bonita predicación va usted a hacer, si no ha comido!

—El Señor me alimentará con su palabra, porque está escrito que *"no sólo con pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios".*

—Bien; pues nosotros le damos ahora mismo doscientos reales, Si no predica.

—¿No predicar? ¡Vaya, que tienen ustedes cosas buenas! Su dinero perezca con ustedes, que piensan apagar con él la palabra en mis labios. El Señor me da algo que vale más que un puñado de duros. Cristo me dió una cosa, mi salvación, la cual, aunque ustedes creen marcarla a "tanto" misa, no es comparada con todo el oro del mundo. ¡No predicar!

—Pero, hombre —dijo el confesor de los condes de X*** —si no por usted, hágalo siquiera por su esposa e hijo. Usted es muy dueño de morirse de hambre, pero no deje morir a los demás.

—Julián —dijo don Francisco— es tan cándido, que cree ver entrar por esa puerta el cuervo de Elías con un pan en el pico.

—Don Francisco, no me extrañaría ver entrar un cuervo con un pan, pues el que le

mandó a Elías vive aún y es poderoso para mandarme a mí, no un cuervo, sino un ángel que me conforte.

—Vaya —dijo don Francisco levantándose—, aunque usted no quiere ceder, y para que vea que no somos tan malos como usted cree, tenga esos cien reales para que se remedie: entre tanto, reflexione sobre su situación. Don Francisco se dirigió a Dolores para darle la moneda mas antes de que la dejara caer en su falda, Julián tomó el brazo del cura, diciéndole:

—Don Francisco, muchas gracias, pero guárdese usted ese dinero que para nada queremos.

Don Francisco, sin poder responder una palabra y recogiendo su dinero, salió furioso del cuarto, seguido del otro sacerdote. Cuando los dos esposos quedaron solos, Julián exclamó:

—"Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mi?" "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones". Dolores, el Señor pone a prueba nuestra fe, y sábete que el Señor prueba hasta el último momento. Ten fe, que *"Dios proveerá"*.

Pasados unos momentos, durante los cuales Julián estuvo exhortando a su esposa, llamaron de nuevo a la puerta. Julián abrió, y un cartero apareció en el dintel con una carta para el vidriero.

Julián cerró la puerta, y dirigiéndose a su esposa, le dijo: —¿Será esta carta la respuesta a nuestra oración de anoche.

Antes que Dolores contestase, rompió el sobre y sacó el contenido, que era una carta, y a su favor una letra por valor de dos mil reales. Julián desdobló la carta y leyó en voz alta: "Pueblo de...

"Querido vecino: Me alegraré que al recibo de ésta se halle usted sin novedad en compañía de su mujer y niño. Yo gozo salud y alegría, gracias a Dios.

"Pero, hombre, ¿cómo tuvo usted valor para sufrir tanto sin...? Vamos, le digo que yo no tengo paciencia y que don Francisco lo pasa mal si yo estoy en esa.

"Bien mirado, yo debía incomodarme con usted porque hacerle falta y no pedirme nada, vamos es cosa que no comprendo, ni tampoco por qué no me ha escrito usted .

"En fin, ya el mal está hecho. Remito a usted esa letra para que vuelva a tomar su tienda, y siga. No se apure por devolverme ese dinero: somos amigos y hermanos en Jesús; así es que, hasta que le sobre a usted ese dinero, no me lo devolverá. He hablado con el administrador de estas obras, y puede usted venir a ésta a firmar la escritura, cuyas bases le remito, para quedarse con estas obras; es un buen negocio... Desde aquí la carta hablaba de cosas relativas al oficio de ambos, y por fin decía:

"No canso a usted más que para decirle que en ésta no trabajamos ningún domingo, y que al que habla mal le despido. "¿Y mi mujer y mi hija, siguen bien?"

"Dará usted expansiones a Dolores, a mi Blasa y a mi hija; también se las dará a mis oficiales; muchos besos a su hijo, y usted reciba el cariño de éste que verle desea".

Juan...

Cuando Julián terminó la carta, no sabía qué decir: contempló durante unos momentos a su esposa, que parecía estar como aturdida, y por fin exclamó: *—"A Jehová*

llamé estando en angustia, y El me respondió". (Sal. 120:1). He aquí, Dolores, la contestación a nuestra oración de anoche. ¿Crees que Dios provee siempre?

—Sí, Julián, y pido perdón a Dios por mi falta de fe.

—Este dinero es enviado por Dios, y debemos aceptarlo: demos ahora gracias al Señor por su misericordia.

Ambos esposos se arrodillaron, y la voz de Julián se elevó diciendo: —*"Alaba, oh alma mía, a Jehová. Alabaré a Jehová en mi vida: cantaré salmos a mi Dios mientras viviere. No confiéis en los príncipes, ni el hijo de hombre, porque no hay en él salud. Saldrá su espíritu, tornaráse el hombre en su tierra: en aquel día perecerán sus pensamientos. Bienaventurado aquel en cuya ayuda es del Dios de Jacob, cuya esperanza es en Jehová su Dios: el cual hizo los cielos y la tierra, la mar y todo lo que en ellos hay que guarda verdad para siempre; que hace derecho a los agraviados; que da pan a los hambrientos. Jehová es el que suelta a los aprisionados. Jehová es el que abre los ojos a los ciegos; Jehová el que levanta a los caídos; Jehová el que ama a los justos; Jehová es el que guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda levanta, y el camino de los impíos trastorna. Reinará Jehová para siempre; tu Dios oh Sión, por generación y generación. Aleluya".* (Sal. 146). Señor, gracias te damos por todo lo que por nosotros has hecho, en el nombre de Jesús. Amén.

Después de una corta pausa, Dolores dijo:

—"Señor, aumenta mi fe, perdona nuestros momentos de dudas, por el amor a Jesús. Amén".

Cuando se levantaron de la oración, Julián corrió a dar las nuevas a sus vecinos de la carpintería, y luego a casa del banquero para cobrar la letra. Una hora después, Julián y Dolores se desayunaban. y dos horas más tarde ya habían hablado aquel con el casero, quedando otra vez dueño de la tienda, por lo que el cartelito que anunciaba su alquiler había desaparecido.

Don Francisco, que vio aquella desaparición e dijo en su interior, entre tanto que se frotaba las manos con alegría:

—¡Hola! Por lo visto ya está alquilada la tienda: ahora. si el vidrierillo quiere establecerse. tendrá que buscar otro nido. Vaya. pues me alegro. me alegro infinito.

****

XVIII

Después de un día en que la Providencia de Dios había tan misericordiosamente sacado a Julián del apuro en que se hallaba, éste, con el pecho henchido por el gozo, se dispuso a hacer la predicación en la casa que el vecino, por un movimiento espontáneo, le había cedido para hablar de Dios.

Don Francisco no podía sufrir lo que sucedía en la casa. Agitado y caviloso, medía a grandes y desiguales pasos el suelo de su despacho, vestido de sotana, con un gorro de terciopelo negro en la cabeza y el cigarro en la boca; el pobre señor iba y venía pensando en

la manera de exterminar a Julián, y con él "la mala semilla", cuando unos golpecitos sonaron en la puerta.

—Adelante—dijo don Francisco. La criada se presentó para decirle que la señora Juana deseaba verle.

—Que pase —dijo el cura.

Momentos después una mujer entró en la estancia, saludó al cura, le besó la mano, y por fin dijo:

—Me han dicho que desea usted hablarme, y he venido para servirle.

—Gracias —contestó el cura, añadiendo—: dígame, ¿ha oído usted anoche hablar al vidriero?

—Sí, señor; ahora ya no habla desde el corredor, sino en casa del señor Hipólito. Anoche hubo mucha gente, y mire usted, dice cosas muy buenas: habló de Dios, de las tentaciones de Jesús, de cuando el diablo le mandó que las piedras se volviesen pan, y de cuando el Señor le dijo que a Dios sólo se debe adorar... Mire usted, sobre esto dijo que era pecado ponerse de rodillas delante de los santos... en fin estuvo muy bien...

—Basta, basta —exclamó don Francisco—, no siga hablando. Señora Juana, lo que Julián dijo no fue más que una sarta no interrumpida de errores, condenados por la Iglesia, por el Papa, por los Concilios y por todos aquellos que han sido reconocidos como santos. ¿A que no habló bien de los curas?

—Ni bien ni mal, señor. —¿A que no habló bien de la Iglesia Romana?

—Señor cura, nada dijo de ella.

—No importa, ese silencio es un pecado. ¿ Habló algo de María Santísima?

—No, señor.

—¿Ve usted? Como que los protestantes no creen en ella. Todos esos propagadores de nuevo cuño no son más que gentes que tratan de engañar a los demás, pues por cada uno que presente en esas sociedades les dan un tanto.

—¿Y qué intereses...?

—¡Oh —interrumpió don Francisco—. Usted no puede comprender el interés que tienen, ni el fin que llevan! ¡Si no fuera por los sacerdotes, ya podía España echarse en remojo! Por la tranquilidad de su alma, le digo que no vuelva e escuchar esas malas doctrinas.

—Bien, don Francisco —contestó la mujer—; haré lo que usted me mande.

—Pero es menester, en cambio, ayudar a la iglesia.

—Sí señor, sí señor; la ayudaré. —Bueno; pues usted puede hacer que en esta casa no se prediquen más herejías. Y yo recompensaré a usted.

—¿Cómo? —He podido observar que la habitación de usted cae encima del cuarto en que predica ese tonto. Ahora lo que podemos hacer es meter mucho ruido en su casa dando patadas, correr de uno a otro lado, sonar almireces y chillar, etc., de este modo, como el ruido los distraerá, no podrán entenderse y acabará por no acudir nadie. Yo daré a usted un par de pesetas para el gasto de cada noche en que haya reunión.

—Será usted servido, señor don Francisco, no por el interés del dinero, sino por agradar a Dios, y esta misma noche empezaremos la tarea; le aseguro que esta noche no van a poder entenderse. Pero es el caso que mi cuarto es pequeño y no coge sino parte de la sala donde ellos se reúnen; lo bueno sería decírselo a la que vive al lado de mi cuarto para que haga lo mismo.

—Bien: arréglelo todo y haga lo que le parezca, con tal de que interrumpan ustedes las reuniones.

—Bueno; será usted servido.

Don Francisco alargó tres pesetas a la mujer, quien hipócritamente se resistía a tomarlas, pero al fin aceptó y se fue. A pocos momentos de quedarse solo don Francisco, volvió a ensartar el monólogo interrumpido por la llegada de la señora Juana.

—De este modo —se decía— no podrán durar mucho las reuniones; pero el caso es que todos dan buen testimonio de lo que dicen esas gentes. No, poco les durará: ahora ya es otra cosa: si el medio de darles ruido no surte efecto, me voy al casero, le ofrezco un duro más de lo que Julián le da y le despiden del cuarto. Repentinamente miró el reloj de pared, y exclamó:

—¡Caramba! ¡Las diez menos veinte, y a las diez es mi misa... Vaya, me voy.

Acto seguido se puso su manteo, y después de recitar algunas oraciones en latín ante un crucifijo de marfil, salió.

—¿Habrán ya abierto la tienda que perteneció a Julián? —pensaba al bajar la escalera—; como así sea voy a entrar y decir al nuevo inquilino que rocíe bien con agua bendita todos los rincones, para ahuyentar al diablo. En esto llegó a la calle, y efectivamente la tienda del vidriero estaba abierta, aunque en sus escaparates nada había y sus cristales estaban sucios. Evidentemente el nuevo inquilino se estaba mudando.

Don Francisco fue a poner por obra su pensamiento: llegó a la vidriera, movió la falleva, abrió y un grito se exhaló de su garganta. En medio de la tienda había un hombre dando disposiciones para la colocación de los objetos, y este hombre, era... era... Julián.

La sorpresa no dejó a don Francisco hablar ni una palabra Soltó el agarrador de la puerta, y, pálido y convulso, se metió otra vez en el portal para preguntar al portero cómo se hallaba Julián en la tienda que días antes había dejado.

—Porque la ha vuelto a tomar—le contestó el portero.

Tal revolución produjo esta noticia en el cura, que. vacilante como si estuviera ebrio, subió hasta su casa, llamó, entró en su despacho y aquel día no dijo misa.

***

XIX

Al aceptar Julián el dinero que tan generosamente le envió su vecino el señor Juan, aceptó también las condiciones de las obras con que le brindó. Con tal motivo, se vio en la necesidad de salir de Madrid, mas como no quería que se suspendiesen las reuniones, encargó de ellas a un joven evangelista, el cual siguió predicando por el tiempo que Julián estuvo ausente.

El joven a quien Julián dió el encargo de continuar la obra por él emprendida, lo hizo a pesar de cuantos obstáculos pusieron para impedírselo don Francisco y los suyos.

Entretanto, las costumbres de una gran parte de los vecinos se iban reformando notablemente, gracias a la poderosa influencia del Evangelio.

—Buenos días, señora Dolores —decían a la esposa de nuestro amigo.

—Buenos días —contestaba ésta—; ¿qué tal vamos?

—Muy bien. Diga usted, ¿habrá esta noche culto?

—Sí, señora, como todas.

—Me alegro, porque no quiero que mi marido pierda uno. No sabe usted, pero desde que escuchó el Evangelio, ¡qué cambiado está! ¿Cómo querrá usted creer que el domingo ya no se fue a jugar a la "rayuela" fuera de la puerta?... Ni se emborrachó. Salió por la mañana a las diez y media; yo, todo se me volvía pedir a Dios: "Señor, que no se emborrache hoy mi Pepe". A las doce y media volvió, comimos, y me dice: "Paca, avíate y avía al chico, que vamos a salir a dar un paseíto". Créame usted, Dolores, se me figura estar soñando. Cuando me metí en la alcoba para vestirme, sin yo poderlo remediar daba saltos de alegría, figúrese usted. hace doce años que estamos casados y once que no salgo con él. Pues me vestí, arreglé al chico, y cuando llegamos a la puerta de la calle, sabiendo su costumbre de salir "fuera del portillo" para jugar, me dirigí a ese sitio; mas, deteniéndome, me dijo: "No, vámonos por otra parte, pues a semejante sitio le tengo odio; ¡cuántos golpes te he dado por ir a él!" Le interrogué acerca del caso, y me dijo que desde una noche en que el esposo de usted leyó y habló sobre un texto que dice: *"No erréis, porque ni los borrachos entrarán en el reino de Dios"* (la.Corintios 6:10), esas palabras se le grabaron de tal modo en su corazón, produciéndole tal impresión, que desde entonces, hasta ahora, no ha vuelto a emborracharse.

—Mucho me alegro por el cambio de su marido —dijo Dolores—, por el cual debe dar gracias a Dios, no a mi marido, pues sólo Dios es el que puede cambiar los corazones, y El es quien ha cambiado el corazón de su esposo.

—Dígame usted, señora Dolores: siendo tan bueno lo que su esposo de usted habla, ¿cómo es que los curas le hacen la guerra ?

—Pues la razón es clara: mientras ellos, pongo por caso, dicen que hay un purgatorio, mi marido y todos los que creen en la Biblia, que es la Palabra de Dios, niegan la existencia de tal lugar, porque en la Palabra nada se dice. Mientras los curas, diciendo que son los sucesores de los apóstoles, aseguran que practican lo que aquellos hicieron, los cristianos evangélicos les preguntamos, con la Biblia en la mano, en qué lugar dijo misa alguno de los apóstoles, o que nos enseñen las indulgencias concedidas por San Pedro o San Pablo.

—Tiene usted mil razones; vaya, buenos días.

Entre tanto, los vecinos partidarios del catolicismo, o mejor, aquellos que, siendo indiferentes a toda denominación religiosa, eran ciegas máquinas de don Francisco, hacían mayores esfuerzos, ya que no podían impedir las reuniones, al menos para estorbar la tranquilidad que debe reinar en ellas.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de lo que suelen hacer los enemigos del Evangelio, referiremos lo que pasó en casa del señor Hipólito un domingo por la noche, mientras se celebraba culto.

Como llevamos dicho, era domingo.

A las ocho de la noche, las habitaciones del señor Hipólito están llenas de gente. En un extremo de la sala hay una mesa, y tras de aquella mesa un joven como de veinte a veinticinco años de edad, vestido con sencillez; hablaba sobre lo que está escrito en el Evangelio de Mateo, capítulo 7, versículo 16: *"Por sus frutos los conoceréis".*

Mientras él se esforzaba en demostrar a sus oyentes cómo podía conocerse uno mismo y dar a conocer a los demás si era cristiano, el techo de la sala parecía venirse abajo.

Patadas, porrazos, cantares, ruidos de objetos que rodaban: un estrépito tal, que más parecía ser la habitación de encima una jaula de locos, que cuarto en que vivieran personas racionales.

A más de la incomodidad que esto causaba, distrayendo a los que escuchaban, no es decible el perjuicio que ocasionaban al predicador, distrayéndole también y obligándole a levantar la voz y a no descansar un momento a fin de mantener la atención de su auditorio.

—Sí —decía—, por los frutos buenos o malos de cada cual, es decir, por medio de nuestras obras en la vida diaria, es por lo que conocemos y damos a conocer si somos cristianos...

En este momento unos pedacitos de yeso se desprendieron del techo, mientras un ruido infernal se dejaba sentir.

Algunos de los que estaban escuchando salieron, y se dirigieron al cuarto de sus vecinos para rogarles que hicieran menos ruido.

Adelantémonos nosotros para ver en qué se ocupan aquellos siervos de Roma.

En una reducida habitación se hallan hasta una veintena de personas de ambos sexos que, al ruido de una cascada guitarra, saltan, patean, corren, van y vienen.

Sobre una mesita de un color indefinible, hay un enorme jarro lleno de vino.

El desorden que reinaba era atroz. Al empezar la fiesta, la dueña de la casa les había dicho que el objeto de la reunión era impedir, por medio del ruido, los cultos protestantes que se celebraban en el cuarto debajo de ellos. Para más animarles les dijo una porción de desatinos que debemos callar, y, por fin, les manifestó cómo don Francisco, el sacerdote del principal, les pagaba aquel jarrito de "horchata de uvas", pan y queso, para pasar agradablemente el rato.

Cuando aquéllos supieron que su cometido se reducía a escandalizar, lo hicieron con la mayor alegría.

Cantaban las canciones más groseras, mezcladas con frenéticos "mueras" dados a los protestantes; y no es de extrañar que al hacer lo que hacían, fuese en nombre de la religión, puesto que un sacerdote pagaba el gasto, y todo era hecho por inspiración suya.

Las personas que subían con dirección a este foco de infamia, llegaron. A su vista cesó el ruido, y uno de ellos, que vivía en la casa, dijo a la señora Juana:

—Señora Juana, venimos a rogar a ustedes que hagan menos ruido, pues lo que están haciendo es una mala idea, que no se puede sufrir.

Nosotros —replicó la señora Juana— estamos en mi casa donde nadie nos manda y en la que podemos hacer lo que lo se nos antoje.

—Sí, menos molestar a los vecinos: esta es una casa en la que vivimos muchos, y por lo tanto, no hay que contar con la comodidad particular, sino con la general.

—¿Sabe usted lo que le digo?—dijo con descaro la señora Juana—; pues es que si nosotros les molestamos por el ruido del baile, bailen ustedes en el techo de su sala: nos molestarán a nosotros, y... y pata. Además, si ustedes no estuvieran haciendo conjuros y brujerías, no hubieran dado lugar a ésto. Sobre todo, estoy en mi casa... y lo dicho... dicho. Ea añadió dirigiéndose a sus amigos—, a bailar: ¡viva la religión! ¡abajo los protestantes!

Era inminente casi que romanos y protestantes viniesen a las manos, a no presentarse el alcalde del barrio, acompañado del dueño de la casa en que se celebraba el culto evangélico.

Dicha autoridad había ido a presenciar la reunión evangélica, y fue testigo ocular de

lo que pasaba, por lo que, llegando a la puerta del cuarto, en el momento mismo en que Juana pronunciaba las palabras que ya conocemos dijo:

—Buenas noches, señores.

Aquel "buenas noches" hizo que la calma se restableciera,
y el alcalde continuó:

—Me parece que es demasiado el ruido que meten ustedes, y vengo a decirles que se moderen para no molestar a los vecinos.

Uno de los hombres, que estaban tocando la guitarra, se levantó, y dirigiéndose al recién llegado, sin saber quién fuese, le dijo:

—¿Quién es usted para chillar tanto? Por mi vida que me canso ya de tanta "parola", y si me pongo, ni usted ni ningún protestante de los que hay abajo quedan con pellejo.

—Me parece que el vino hace a usted hablar de tal modo, y si no...

—Y si no se calla usted —le interrumpió el hombre—, le pego una... Le he dicho que ¿quién es usted? ¿Es acaso el cura protestante?

—Soy quien le lleva a usted ahora mismo a la prevención: soy el alcalde de barrio.

Y al decir esto, sacó el bastón, a cuya vista todos quedaron como estatuas.

—Señor alcalde —dijo al cabo de unos momentos la dueña_ de la casa, con una entonación tan servil como antes insultante era—,

—Señor alcalde, no quiero tener en mi casa compromisos: yo confesaré a usted por qué hacíamos lo que usted ve, Si ningún daño nos sucede.

—El escándalo siempre es escándalo, y yo estoy en el deber de castigarle; pero hable usted.

—Don Francisco, un cura que vive en el principal, nos da unos cuartos, y nos dijo que, a fuerza de ruido, interrumpiéramos las reuniones malas que se celebran bajo este cuarto; y nosotros, sin saber... pues... lo hacíamos.

—Bueno: vamos a ver al cura; pero baje usted conmigo.

Todos bajaron, y al pasar por la puerta, abierta de par en par, de la casa del señor Hipólito, oyeron la voz del predicador, que, terminando el culto, oraba, y que en aquel instante decía:

—Señor, perdona a nuestros vecinos de arriba, que en su ceguedad profanan tu santo día dando escándalo. Señor, creen que así ahogarán tu palabra: ya ves su engaño. Entre

tanto, haz que nosotros hagamos frutos que manifiesten la diferencia que hay entre los que te conocen y los que no te conocen.

XX

Como acabamos de ver, el alcalde de barrio, acompañado de la señora Juana, entró en casa de don Francisco.

No nos dicen nuestros apuntes lo que entre ellos pasó, pero lo que sí sabemos es que las reuniones evangélicas siguieron con toda regularidad.

El mismo don Francisco parecía haber perdido su antiguo ardor, y ahora nada hacía contra los que él llamaba sus enemigos, aunque cavilaba mucho.

Ideando una y otra cosa, concluyó por desear una conferencia con el joven que daba los cultos.

Esta solución le pareció la mejor de todas.

—Sí —se dijo—; ese joven es muy niño, y con sagacidad podré sacarle lo que hay

en esas sociedades. También podré convencerle de sus errores, y no me será imposible conseguir de él que una noche, en vez de celebrar culto, como ellos dicen, hagan una retractación de sus doctrinas; en ese caso yo me echaría encima, terminaría la obra, y después...

El cura se frotó las manos con satisfacción, y después se propuso indagar dónde y cómo podría dirigirse al joven evangelista.

Lleno de alegría, tomó la pluma y le escribió la siguiente

"Madrid... —Embajadores, núm.... principal.

"Señor don Mateo N.

"Muy señor mío: Aunque no tengo el honor de conocer a usted sino por haberle visto algunas veces, le suplico me conceda, el para mí singular favor, de aceptar un cubierto en mi mesa, a las tres de la tarde, mañana, o del día que usted designe.

"Espero que no verá en esto ningún engaño, dispuesto estoy a darle cuantas seguridades crea convenientes, pues mi convite sólo tiene por objeto hablar sobre puntos de religión—.

Suyo afectísimo.

"Francisco María de los Angeles".

Al anochecer de aquel mismo día, don Francisco recibió una misiva en los siguientes términos:

"Madrid... —señor don Francisco María de los Angeles.

"Muy señor mío: Acepto el honor que me concede usted y mañana a las tres me pondré a sus órdenes. Nada temo, porque Dios irá en mi compañía; sólo suplico a usted que si vamos a tratar de asuntos religiosos, sea con la Biblia en la mano.

"Su afectísimo servidor, que desea ser su hermano en Jesús, Mateo N."

Al siguiente día, pocos minutos antes de dar las tres, el joven evangelista llamaba a la puerta del cura.

Don Francisco salió a recibir a su huésped, y tendiéndole la mano con la expresión más amistosa, le dijo:

—Bienvenido sea, don Mateo; pase, pase a mi habitación: descansará y comeremos.

Entraron juntos en la sala del cura, y al cabo de unos segundos de silencio, don Francisco dijo:

—Usted dispensará que sin conocerle me haya permitido ofrecer a usted un cubierto en mi mesa.

—Por doble honrado —respondió el joven— me considero yo, al haber sido objeto de tanta bondad por su parte.

Ambos se inclinaron. Una pausa silenciosa se siguió, durante la cual el joven no apartaba su vista de un precioso armario de ébano que el cura tenía en un extremo de la pieza.

—¡Hermoso mueble! —exclamó don Mateo.

—En efecto —contestó don Francisco—, es una gran pieza, pero más hermoso y de más valor es lo que dentro encierra.

Don Francisco se levantó, dirigiéndose al armario; oprimió un botón y las

portezuelas se abrieron, quedando en forma de capilla con su altar, imágenes y una lámpara de plata cuya luz ardía continuamente.

Al abrirse el armario, don Francisco se quitó el "solideo", hizo una reverencia al altar, y volviéndose a don Mateo, le dijo:

—Venga, venga usted y verá muy buenas cosas.

El joven se acercó al altar, sin inclinarse ni hacer la menor demostración.

—Vea usted —prosiguió don Francisco— mi pequeño tesoro. Esa Virgen del Pilar, que es de plata, tiene un mérito artístico extraordinario, y además está tocada a la de Zaragoza. Aquel crucifijo es de marfil, también muy bueno, y me costó, cuando estuve en Roma, cuatro mil reales; ¿ve usted aquel San Pedro? Es regalo de la que fue mi madrina en la de pila; me lo hizo cuando canté misa, y entonces mi padrino, para tener una pareja, mandó hacer aquel San Pablo; ambos son de oro. Mi tío me mandó desde el Brasil, siendo paje del Arzobispo de aquel país, esta reliquia: es un pedacito de uno de los escalones de la casa de Anás. Pero no le he enseñado a usted lo mejor, aquel Cristo.

Don Francisco señalaba un cuadro de unas tres cuartas de alto por dos de ancho. Sobre el lienzo estaba pintado un Nazareno con la cruz a cuestas: el dibujo era de medio cuerpo y casi representaba el tamaño natural.

—Ese es el "Cristo de las Completas" imagen muy milagrosa; ¡ha hablado!

—¡Qué ha hablado ese pedazo de lienzo! —exclamó don Mateo.

—Sí, señor; escuche usted su historia. Hallábase ese Cristo expuesto a la veneración en un convento; en este convento había una monja tan enamorada de él, que cada vez que se postraba para adorarle, pasaba allí las horas muertas. Sucedía, con esto, que aunque tocasen a los rezos de la comunidad, aquella esposa del Señor no oía la campana y siempre faltaba a ellos. Una tarde se hallaba la monja adorando y la campana tocó a "Completas", pero ella no oyó el toque, y entonces la divina imagen abrió sus preciosos labios y avisó a su amiga diciéndole: "Que tocan a Completas". (Un cuadro de este género se venera en una iglesia parroquial de Madrid, y su historia es la que hemos referido según la cuentan las gentes).

—Pues, don Francisco, no puedo creer que un pedazo de trapo hable.

—¿Cómo? ¿Acaso no habló la burra de Balaam?

—Sí, señor; pero aquel caso fue distinto, pues...

—Ya hablaremos después de comer. Vea usted otra preciosidad. Este "Lignum crucis" me lo han traído del mismo Jerusalén. Ha crecido tanto mientras le he llevado al cuello, que he tenido que cortarle tres veces en un año.

El joven, sin poder contenerse, soltó una ruidosa carcajada; mas reprimiéndose en seguida, dijo a don Francisco:

—Espero que me dispense usted esta imprudente risa, que a pesar mío ha brotado de mi garganta; y si usted cierra el armario, yo le contaré el motivo de mi hilaridad. como usted me contó la historia del "Cristo de las Completas".

El cura cerró el armario y sentóse en una butaca, frente al joven; éste le dijo:

—Poco tiempo ha, me hallaba yo en una platería de esta capital; su dueño, que es amigo mío, dió a un aprendiz, para que le sacase brillo, un relicario cuyo arito de plata habían llevado a componer. Consistía la reliquia en una "Lignum crucis", y al darla mi amigo al aprendiz, le encargó sumo cuidado; pero el chico, apenas lo hubo tomado, cuando impensadamente lo dejó caer. ¡Oh dolor! cogieron el relicario, le miraron: la reliquia había desaparecido, en vano se buscó; como es una cosa tan sumamente pequeña, no pudo ser

hallado. En tal conflicto, ¿qué hacer? Pues, señor, un oficial de la casa tomó una espadaña del asiento de la silla, cortó un pedacito, y le colocó en el sitio que debía ocupar la reliquia. Al poco tiempo, me dijo mi amigo que fue la dueña del relicario a mandar arreglar unas sortijas; entonces le preguntaron por su "Lignum crucis", y toda alborozada exclamó: "Ha crecido tan extraordinariamente desde que le compuse, que le han cortado dos veces". Ahora bien —continuó don Mateo— el fenómeno se comprende: la señora llevó el relicario en su pecho, y como la cajita era de cartón forrado de seda, penetraron en ella fácilmente la humedad y el calor, caso que hinchó la espadaña, obligándola a salirse del pequeñísimo hueco destinado para la reliquia, con lo cual hubo necesidad de cortar dos veces el fingido "Lignum crucis", que ya daba de sí material para otros nuevos.

—Pero eso —exclamó don Francisco—fue una muy mala acción, un sacrilegio.

—Yo no quiero ni pretendo ahora juzgar si la acción fue buena o mala; pero ¿quién le dice a usted que su reliquia no es igual al pedacito de espadaña de que hemos hablado?

—No, señor; éste está traído para mí expresamente de Jerusalén, de la Tierra Santa.

—Bien, en cuyo caso será una espadaña de Jerusalén, de la Tierra Santa, y siempre es algo. Vea usted una de las cosas que dieron lugar a la Reforma fue el abuso de las reliquias. Por todas partes encontramos huesos de este o aquel santo, y lo peor es que no es raro encontrar el mismo hueso de un santo en cuatro puntos distintos; y si no, dígalo la famosa muela de Santa Polonia.

—Eso...

—Desengáñese usted don Francisco, Jesús es el todo. El crimen de la Iglesia Romana consiste en no predicar a Cristo tal cual es. Si en vez de fanatizar con reliquias y otras cosas, se enseñara a las gentes la Palabra de Dios, y el dicho de Jesús: *"Yo soy el camino y la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mi"*, y _de este otro: *"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo".* Las gentes no estarían tan ciegas, y no fiarían su salvación en amuletos o reliquias ridículas y falsas, y que sólo sirven para apartarlas de Jesús y conducirlas al infierno.

Unos golpecitos dados a la puerta vinieron a interrumpir la conversación.

—Adelante —dijo don Francisco.

La criada se presentó para anunciar que la comida estaba dispuesta.

—Vaya, don Mateo, vamos a la mesa, y mientras comemos tendremos ocasión de hablar.

Y don Francisco, acompañando al dicho la acción, tomó al joven del brazo y ambos salieron con dirección al comedor.

****

XXI

A las tres y media de la tarde, don Francisco y su huésped se sentaban a la mesa.

Cuando ya hubieron comido algunas cucharadas, don Francisco, con una entonación meliflua, dijo al joven:

—Amigo don Mateo, he deseado vivamente hablar con usted, movido de la mejor

voluntad, y le ruego que eche a un lado nuestras diferencias religiosas, para que conversemos como si fuésemos ajenos a las cuestiones que vamos a tratar.

El joven se inclinó, y don Francisco, continuando su discurso dijo:

—Siempre ha llamado mi atención la propaganda tan tenaz que hacen en España ustedes los protestantes, sin embargo de que deben adelantar muy poco en ella. Ustedes reparten libros, pagan misioneros, sostienen locales, que aunque siempre están vacíos, les cuestan buen dinero. ¿Quién costea todo eso y con qué fines?

Yo, a mi vez, debería preguntarle: ¿quién llena las arcas llamadas de San Pedro? De dónde salen esas sumas que van a engrosar los tesoros del Pontífice Italiano?

—Los buenos católicos...

—Dispense usted, don Francisco, ya sé la respuesta; esas sumas salen, en su inmensa mayoría, de la nobleza española, que en lugar de socorrer las necesidades de su propio país, manda su dinero para sostener una cosa de la que no quiero ocuparme. Pues bien: existen fuera de España hombres que creen en Cristo; estos hombres saben que sólo en el nombre de Cristo se puede ser salvo; comprenden que una parte de lo que el Señor les da deben emplearlo en el servicio del mismo Dios, y en vez de darlo a un hombre para que lo emplee a su antojo sosteniendo soldados y otras cosas, envían a los países donde el Evangelio es ignorado en todo o en parte, misioneros que prediquen el nombre de Jesús, costean impresos que hablen de El, y sobre todo, dedican sumas enormes a la impresión de la Biblia, puesta en el idioma vulgar de cada pueblo.

—¡El mayor de todos los males! —exclamó don Francisco—, eso es lo peor de todo.

—¿Cómo? —dijo sorprendido el joven—. Dice usted que la difusión de la Palabra de Dios entre el pueblo es lo peor de la propaganda evangélica.

—Sí, señor —afirmó don Francisco, añadiendo—: aún suponiendo que la traducción esté hecha con la mejor buena fe, ¿a quién se le ocurre poner en manos de un pueblo ignorante un libro tan profundo como la Biblia? Yo mismo no me atrevo a estudiar la Biblia, nunca la leo por temor a extraviarme. La Santa Biblia se ha escrito sólo para los hombres doctos y muy instruidos, y ni debe mostrarse al pueblo, ni mucho menos dejarla en sus manos, pues pudiera extraviarle.

—No lleva usted razón en la que dice —dijo don Mateo— y va en contra de lo que está escrito, pues recuerdo perfectamente que el Salmista dice: *"Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino"*. (Salmo 119:105).

—Por más que usted diga lo que quiera, no hay pruebas suficientes que autoricen al pueblo para que lea la Biblia.

—¿Cómo que no, si la Palabra de Dios está llena de estas autorizaciones? La Biblia era leída públicamente en la sinagoga, al pueblo. Moisés recibió orden del Señor para que la enseñase a las gentes. Y mandado está que sea leída a los niños, a los hombres, y aún a los extranjeros que estaban en el pueblo israelita.

—Pero observe usted, don Mateo, que entonces era otra cosa, pues aún no había venido Jesucristo, y era preciso acudir a la profecía; mas hoy que tenemos al Cristo, por ningún concepto debemos acudir al Antiguo Testamento para inspirarnos en antiguas prácticas.

—Aunque no estoy conforme con eso —replicó el joven—, acudamos, por lo menos, al Evangelio, y...

—Eso ya lo hacemos —interrumpió vivamente don Francisco—, pues en la iglesia

se dice todos los días el Evangelio y un trozo de epístola.

—¿Sí, eh? Y dígame don Francisco, ¿en que idioma dicen ustedes el Evangelio y "ese trozo de epístola"?

—El latín por ser el idioma universal de la Iglesia.

—¿ Cómo dice que el latín es el idioma universal de la Iglesia, cuando la Iglesia se halla compuesta de españoles, italianos, franceses, ingleses y de otras naciones y cada cual habla su idioma particular?

—Quién habla ahora el latín? Aparte del clero, creo que nadie. Entonces es preciso hablar cada cuál según su idioma. Entonces, es preciso hablar cada cual según su idioma. ¿Qué significa el que cuando los apóstoles recibieron el Espíritu Santo comenzasen a hablar diversas lenguas? Significa que debían hablar de las maravillas de Dios a cada pueblo, según el idioma que pudiese entender. Los apóstoles hablaron lenguas después de haber recibido el Espíritu Santo, y, según algunos creen, sin saber ellos mismos que hablaban lengua extraña; mas sea como quiera, si el Señor obró tal milagro, es porque conviene que el Evangelio sea predicado al pueblo en su idioma vulgar, para que pueda entenderle. Así San Pablo dice en su primera epístola a los Corintios, capítulo 14, versículos 18 y 19: *"Doy gracias a mi Dios que hablo leguas más que todos vosotros, pero en la iglesia más quiero hablar cinco palabras con mi sentido. para que enseñe a las otros, que diez mil palabras en lengua desconocida"*

Don Francisco quedó en silencio sin saber qué contestar, vencido por los argumentos del joven. Mas añadió pronto:

—Sí, todo lo que usted dice parece verdad; pero he ahí lo que resulta de leer la Biblia sin los comentarios de la Iglesia.

—Pues yo digo a usted, don Francisco, que leyendo la Biblia con las anotaciones del "padre Scio", se encuentran los argumentos más sólidos en pro de mis ideas.

—Bien —dijo don Francisco—; concluyamos de comer, y puesto que usted así lo desea, iremos a la Biblia.

—Si a usted le parece —dijo don Mateo—, discutiremos sobre si las Sagradas Escrituras deben o no ser leídas por el pueblo.

—Sí. discutamos —contestó el cura—; pero antes permítame que le alegue los argumentos que tengo en mi favor, por si ellos le convencen, y ahorramos palabras inútiles. Lo primero que pueda presentar a usted es la tradición, cosa digna de tenerse en cuenta. ¿Por qué ningún obispo ha permitido que la Biblia circule libremente en manos del pueblo?... Lo segundo es que al instituir Cristo la casta sacerdotal, como puede decirse en hipótesis, claro está que ha sido para que los sacerdotes, y sólo los sacerdotes, sean los depositarios e intérpretes de la Biblia... Después... Después ¡Los concilios!... ¡esas agrupaciones de hombres doctísimos!... ¡pozos de sabiduría humana y divina!... ¡Los Papas!... ¡esa cadena no interrumpida de hombres llenos de Santo Espíritu, que viene comunicándose de uno a otro desde el que tuvo el primado! Todos estos convienen en que la Biblia debe estar prohibida para aquellos que, alterando su significación, o dándole una interpretación torcida pueden extraviar las almas conduciéndolas al infierno. Don Mateo, séame franco: usted mismo ¿no ha experimentado dudas acerca del dogma cristiano ocasionadas por la lectura de la Biblia sin notas? Contésteme, pero hágalo con franqueza y diciendo lo que siente en verdad.

—Pues, don Francisco —dijo el joven— voy a contestar a usted con la ingenuidad

que desea. Empiezo por su última pregunta. No, señor; jamás he experimentado dudas acerca del dogma cristiano por la lectura de la Biblia; lo que sí he sentido al principio de tener el sagrado libro, ha sido una sensación compuesta de temor y respeto, que no puedo explicar. Al leer las manifestaciones del amor de Dios, he quedado asombrado; después, con las epístolas, he aprendido una cantidad no pequeña de doctrina; y por último, el libro de los "Hechos de los Apóstoles" me ha enseñado a evangelizar. He aquí de lo que me ha servido la Biblia. Hoy día, que me hallo familiarizado con su lectura, escudriño el Antiguo Testamento, estudio los profecías, mi alma canta leyendo los Salmos, sufre con Job y goza con José, aprendiendo cuáles son los juicios de Dios, que se vale de tantos medios para hacer bien al hombre. Sí, don Francisco; la lectura de la Biblia llena el espíritu de santas emociones, demuestra la enormidad del pecado, haciéndole odioso a nuestra alma, y nos hace ver de antemano los inefables goces que la misericordia de un Dios de amor nos prepara en lugares que hoy nos son desconocidos. Al cabo de una pausa, durante la cual se manifestó don Francisco muy pensativo, el joven evangelista continuó:

—Ahora pasemos a otra cosa, de la cual muy poco me ocuparé, porque quiero hablar con la Biblia. Dice usted que nunca en la antigüedad hubo quien leyese la Biblia, queriendo sin duda dar a entender que hasta el siglo XVI no hubo quien se ocupase en la traducción del sagrado texto al idioma vulgar del pueblo: sin salir de nuestro suelo, contra esta aserción se levanta el obispo Ulphilas, quien floreció en el siglo IV, el cual, cuando los godos se apoderaron de España, había ya traducido al gótico las Santas Escrituras; se levanta Recesvinto, que reinó el año 650-672, rey de los godos, quien, entre sus virtudes, contaba una sed insaciable de conocer los misterios de las Escrituras en lo que atañer podía a su salvación; se levanta un Juan, obispo de Sevilla, quien, cerca del siglo VIII, tradujo la Biblia al árabe, a fin de que los árabes que habían invadido la España pudiesen leerla e instruirse en las verdades cristianas; don Jaime I, cuyo reinado fue de 1213 a 1276, tampoco está conforme con usted, cura del siglo XIX, pues mientras usted cree que la interpretación de las Escrituras pertenece a una casta, la sacerdotal, aquel rey, dicen las crónicas, poseía un conocimiento profundo de las Sagradas Escrituras, las cuales explicaba y predicaba como el más consumado maestro de teología, en cualquier ciudad donde se hallase. Este rey, no tan sólo predicó al pueblo, sino que en el Concilio de Lyon, y ante el Papa Gregorio X y prelados presentes, tomó por texto las palabras de Isaías: *"Levántate, resplandece, etc., etc.",* las cuales desarrolló con notable asombro de todos. Otro español, don Luis de Guzmán, maestro de Calatrava, mandó traducir la Biblia, en el año 1432, al sabio judío , y como éste opusiese algunas dificultades, consiguió el noble maestre, a fuerza de oro y de amenazas, hacer entrar en razón al judío: por fin, la traducción fue hecha, y en una nota de Moysés se lee: "Fasta hoy mil doblas he comido, desde que se comenzó, fasta la poner en el estado que la veedes. Debo advertir a usted, amigo don Francisco, que las mil doblas de entonces equivalen a unos trescientos mil reales de nuestros días. Ahora, ¿cree usted que no hubo españoles, obispos, nobles y reyes que estimaron leer la Palabra de Dios? ¿Cómo se atreven ustedes a afirmar cosas que no conocen ni saben? Pero vamos al texto.

Veamos; yo hallo en la Palabra de Dios el mandamiento de enseñar la Biblia a los niños, y aquí, en el libro titulado Deuteronomio, capítulo 6, versículo 6, leo: *"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón: Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino, y al acostarte y cuando te levantes: y has de atarlas por señal en tu mano, y estarán, por frontales entre tus ojos. Y*

las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas".

—Lo primero que tengo que oponer —dijo don Francisco— es que ese texto puede estar alterado, o que no es exacto, pues usted dice que ese libro es una Biblia entera, cosa que no puede estar contenida en un tan corto volumen; y lo segundo, que como no está anotado, no podemos nosotros interpretarle.

—Bueno —replicó el joven—; veamos su Biblia.

Don Francisco se dirigió a un armario, y sacó tres abultados volúmenes. Buscó entre ellos, y por fin dijo:

—Aquí está el texto que usted cita; voy a leerle. Don Francisco leyó: *"Y estas palabras que te mando yo hoy, estarán en tu corazón: Y las contarás (estos textos, como asimismo las notas que ponemos en boca de Don Francisco, están sacadas de la Biblia del P. Scio.), a tus hijos, las meditarás sentado en tu casa, y andando por el camino, al irte a dormir, al levantarte. Y las atarás como por señal en tu mano, y estarán y se moverán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y puertas de tu casa"*

—¿Qué diferencia hay entre Valera y Scio en estos versículos? —preguntó don Mateo. —Muy poca, en verdad —contestó el cura—. pero aquí hay algunas notas, y seguro estoy de que ellas disienten del parecer de usted. Veamos, donde dice "Y las contarás a tus hijos", hay una nota que explica ese texto diciendo: "Instruirás en ellas a tus hijos, pues a esto se reduce la perfección del hombre". Don Francisco se quedó sin saber qué decir, y don Mateo, aprovechando aquellos momentos de estupor. Le dijo:

—Parece que el P. Scio es en este punto con Valera, con los antiguos y con mi humilde persona, por lo que toca a que los niños sean instruidos en las mismas palabras de Dios. No dice Moisés que en otros libros o en las opiniones de otros, sino *"estas palabras que yo te mando"*. Pasemos a otro texto. Veamos Deuteronomio 11:19. *"Y las enseñaréis a vuestros hijos hablando de ellas, ora sentado en tu casa, o andando por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes".*

—¿Qué dice en la de usted?

—En la mía —contestó don Francisco después de buscar el texto —dice así: *"Enseñad a vuestros hijos a meditarlas, cuando estuvieres de asiento en tu casa, y anduviereis por el camino, y cuando te acostares y te levantares".*

—¡Y no tiene ninguna nota! —exclamó con asombro don Francisco; y añadió—; Dejemos, dejemos esa cuestión que no podemos dilucidar nosotros.

Hubo una pausa, al cabo de la cual el cura, como iluminado por una idea, dijo:

—¡Pero, don Mateo! ¡Si estamos divagando! ¿No le decía yo a usted que este libro extravía a los ignorantes? Reflexione y vea que estamos tratando la cuestión en terreno falso. En los tiempos de Moisés debían leerse y meditarse estas cosas; pero vino Jesucristo y cerró la Antigua Alianza; de modo que estos mandatos son inútiles, porque no nos pertenecen a nosotros.

—Por cierto —contestó don Mateo—, vamos ahora al Nuevo. En el Evangelio de San Juan 5:39 leemos: *"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mi"*.

—Aquí, como usted ve —añadió el joven—, es Cristo el que habla. —Sí—replicó el cura—, pero habla a los judíos, que no querían reconocerlo como Mesías. Ese texto nada tiene que hacer con nosotros los cristianos.

—No lo creo yo así, mas acudiremos a otros. En la segunda Epístola del apóstol

Pablo a Timoteo, capítulo 3, versículo 14 a 17, leemos: *"Empero persiste tú en lo que has aprendido, te persuadiste, sabiendo de quién lo has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe que es en Cristo Jesús. Toda Escritura dada por el Espíritu de Dios es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra"*.

—Ruego a usted, don Francisco, se sirva acudir a su Biblia y ver qué instrucciones da el apóstol Pablo a un discípulo suyo, que se hallaba al frente de una iglesia. Don Francisco casi tenía temor en tomar la Biblia en sus manos; por fin, después de repetidas instancias por parte del evangelista, tomó el libro, buscó el pasaje, lo leyó para sí, y dijo:

—Sí, el texto es igual al que usted ha leído —y ocultando su cara entre sus manos, calló: parecía ser presa su espíritu de terribles luchas.

Después de un rato, el sacerdote levantó la cabeza y dijo al joven:

—Amigo mío, si hubiera sabido lo que me iba a pasar, es decir, la intranquilidad de espíritu que ahora siento, jamás hubiéramos conversado; en fin, dejemos de discutir y separémonos para no juntarnos más.

—¡Separarnos! —exclamó conmovido el joven—. ¡Separarnos! De ningún modo, don Francisco; ahora más que nunca deseo que nuestra amistad comience. Sí, don Francisco; juntos estudiaremos la Palabra de Dios.

Leyendo la Biblia conocerá usted al Cristo tal y como El es; leyendo la Biblia beberá usted del manantial de agua pura que refrescará su alma del fuego de las obras vanas en que hoy se engolfa. En los Hechos de los Apóstoles hallará usted cuál fue la constitución y régimen de la Iglesia primitiva, y verá cómo la Iglesia en que usted milita, a pesar de tener el dictado de apostólica, nada conserva de los apóstoles. Allí verá que Pedro no tuvo primado alguno. Por las Escrituras jamás podrá usted probar que aquel apóstol estuvo en Roma. Allí, en fin, hallará usted que ni los apóstoles, ni los que con ellos se juntaban, rindieron culto a María ni a ninguna otra criatura, ni tenía confesionarios ni confesión al oído del sacerdote.

—Pues, señor don Mateo —dijo don Francisco después de una pausa—, lo que usted dice parece ser verdad, pero en otra ocasión hablaremos: déjeme usted meditar y pensar, porque creo que... en fin... no me declaro vencido.

—Bueno, no quiero molestar a usted más —añadió el joven guardando su Biblia—, pero mañana, cuando vaya usted a decir su misa, acuérdese usted de que en el Nuevo Testamento está escrito que Jesús, *"con un solo sacrificio, hizo perfectos a aquellos a quienes santificó"*; así que si fue con un sólo sacrificio, el que usted celebra es inútil de todo punto. Ahora, don Francisco, le ruego en el nombre de Jesús que lea la Biblia; ella le hará conocer el error en que está; y no quisiera salir de aquí sin que usted me diera palabra de leer los capítulos 5, 6, 7, 8, y 9 de la epístola a los Hebreos.

Después de cinco horas de discusión, el joven salió de aquella casa, y al despedirse dijo a don Francisco:

—¿Nos volveremos a ver? —No sé—contestó el cura—; veremos: si Dios quiere, sí; si no, cada cual seguirá su camino. Ambos se estrecharon la mano y se separaron.

****

XXII

Cuando el sacerdote quedó solo, se encerró en su habitación, después de dar orden a su ama de llaves de que por nada ni nadie se le incomodara.

Don Francisco se sentó ante su mesa de despacho, sobre la que puso el quinqué y su Biblia. Después apoyó los codos en la mesa, ocultó la cara entre las manos, y en esa actitud permaneció un gran rato.

Durante este intervalo, el acompasado zig-zag del péndulo era la única cosa que venía a turbar el profundo silencio que reinaba en la estancia.

Por fin, don Francisco variando de posición, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué revuelta confusión de ideas surgen en mi mente!... Sí, siento una sed incansable de saber la verdad del asunto... Ese joven es más sabio de lo que yo creía, sus argumentos son sólidos, y sus palabras llevan tal expresión de verdad, que si no me han convencido, a lo menos han dado lugar en mi pecho a la duda.

Don Francisco calló, y después de una pausa, continuó en su soliloquio.

—Las citas que hizo y que hemos leído en este libro decía, señalando a la Biblia—, tan grabadas han quedado en mi mente, que creo que jamás las olvidaré... ¡Oh! Temo haber cometido un pecado leyendo este libro... Pero... ¿acaso no he leído las notas y he visto que están conforme con la explicación y aún con la aplicación que de ellas hizo el joven...? Y después de todo, el Evangelio y las Epístolas son leídos por nosotros en la misa... ¡Ah, la misa! Parece como que tampoco cree en ella. No, pues en este punto no le concedo nada; yo sé que Jesús fundó la misa en el Sacramento de la Eucaristía, y los apóstoles la dijeron también...

De nuevo volvió a callar don Francisco, pero al cabo de unos momentos continuó:

—En fin, voy a ver lo que es la verdad... Leeré los capítulos que me dijo de la Epístola a los Hebreos. Por supuesto leeré las anotaciones y así no podré extraviarme.

El sacerdote tomó la Biblia, buscó la Epístola y principió a leer el capítulo 4, después de haber recitado una oración en latín.

Varias fueron las impresiones que don Francisco recibió durante la lectura: chocáronle sobremanera los versículos 14 y 15 del capítulo 4; y 20 del capítulo 6; pero sobre todo, le sorprendió el contenido de los versículos 24 a 28 del capítulo 7, y ya no pudo seguir más.

Allí vio clara y terminantemente la falsedad de que la misa sea el sacrificio de Cristo.

En el versículo 27 del citado capítulo 7, leyó acerca de Cristo: *"Que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios, primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez ofreciéndose a sí mismo"*.

Acudió don Francisco a las notas, deseoso de que ellas le hicieran comprender otra cosa distinta de lo que él comprendía; es a saber: que después del sacrificio de Cristo había alguna razón poderosa para celebrar la misa. Ansioso fijó sus miradas en el libro, y leyó: "Ofrecióse a sí mismo, no por los pecados propios, como impíamente dijo Socino, pues acaba de llamarle el Apóstol, Santo, Inocente, Inmaculado, sino que satisfizo al Padre por los nuestros. El haberse ofrecido una vez no excluye los sacrificios de la Iglesia Cristiana, porque el mismo que se efectuó cruento en la cruz, se expresa en el incruento de nuestros

altares". Concilio Trid., Ses, 22, capítulo II.

Don Francisco dio un golpe en su frente y exclamó:

—Claro, la misa es una presentación del sacrificio de Cristo, pero esa nota del Concilio de Trento está en oposición abierta con lo que nosotros enseñamos, es a saber: que en la misa sacrificamos a Cristo real y verdaderamente, pues que tenemos en nuestras manos un Cristo real, material y verdadero. No acierto a comprender cómo, pero creo que el sacrificio de Cristo no se repite más... ¡Oh, que estoy dando cabida en mi corazón a herejías! Nada, nada... pero, señor, si a ojos vistas se puede observar que existe una contradicción entre nuestras enseñanzas y nuestras prácticas...

Don Francisco, fatigado por una lucha tan prolongada, se decidió a refugiarse en el lecho, esperando encontrar reposo en el sueño.

Al efecto hizo sus rezos ordinarios; pero en esta noche podemos asegurar que más parte tomaron sus labios que su espíritu en los ejercicios piadosos, pues éste se hallaba turbado. Sin embargo, en contra de sus esperanzas, pasó la noche presa de pesadillas y ensueños que no le dejaron descansar. Imposible nos seria describir las muestras de terror que se dibujaban en el semblante de don Francisco al levantarse del lecho al amanecer. Trémulo y agitado comenzó a vestirse con una precipitación desusada, y exclamó:

—¡Oh Virgen santísima del Pilar de Zaragoza! Tú eres buena, tú eres pura, tú no querrás que yo, que te amo hasta el punto de tenerte encerrada en esta arca santa para que ni aún el aire te contamine; tú, ¡oh flor de Nazaret, oh estrella de la mañana! no querrás que me pierda... ¿No soy tu sacerdote? ¿No te amo más que a mi vida?... ¿No daría hasta mi sangre por ti? ¿Por qué, pues, no me escuchas?... ¿Acaso ya no me amas tú a mí? ¿En qué te he ofendido? ¡Oh Virgen santísima, no pongas mal gesto cuando mi súplica llegue a ti; antes bien, concédeme lo que te pido! Ahora voy a decir misa; a ti la ofrezco, excelentísima Señora; prepárame tú, y perdóname todos mis pecados, que te presento en esta confesión general.

Y don Francisco cruzó las manos sobre su pecho, inclinó su cabeza y dijo en voz muy baja:

—Yo, pecador, me confieso a Dios (nótese que en esta fórmula, de todo se hace mención menos de Jesucristo, y a la bienaventurada siempre Virgen María, y al bienaventurado San Miguel Arcángel, y al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, y a todos los santos... que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra por mi culpa... por mi culpa... por mi gravísima culpa. Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, y a los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, y a todos los Santos... que roguéis por mí a Dios nuestro Señor, Amén... Jesús, María y José, perdonadme el grave pecado de haber leído lo que no debía, y hablado con quien no debía, lo que me ha hecho soñar lo que no quería Señor, María, Santos que habitáis las mansiones celestes, Sumo pontífice, Arzobispo de mi diócesis, perdonadme... Amén.

El sacerdote, después de haberse santiguado hasta tres veces se levantó, y cerrando el armario, se dirigió a su cuarto, y una vez en él, púsose el manteo, y tomando su sombrero salió.

Mientras se llegaba a la iglesia, a pesar suyo, volvieron a asaltarle nuevos pensamientos que le inquietaban.

Veía en su imaginación la Virgen del Pilar ante la que se había arrodillado, tan

relucientemente, tan hermosa...; entonces, por una transformación, la vio negra, áspera, como cuando estaba en manos del artífice; después, por otro descenso, la vio en el crisol, hecha caldo; y por último, concluyó por preguntarse: "¿Me habrá oído ese pedazo de plata?"

Como en esta lucha estaba interesada la cabeza y el corazón era aún más amarga, porque lo que aquélla aprobaba, éste desechaba, y viceversa; así que, después de la pregunta anterior, vino una reacción y pensó: "Pero si yo me he puesto delante de aquella imagen, no para adorarla a ella, sino a la que representa

Por fin, entró en la iglesia, y después de tomar agua bendita, se dirigió a la "sacristía".

La "sacristía" es un departamento digno de ser observado.

Con muy raras variaciones, todas son iguales. Una habitación más o menos larga, con un armario en uno de sus costados, que sirve al mismo tiempo de mesa, el cual es, de madera y de una construcción muy fuerte. En sus cajones guardan los ornamentos sagrados, la cera, etc.

En la pared lateral del lado contrario hay una especie de banco corrido, y aquello es una especie de arca con divisiones, en las que los sacerdotes guardan sus manteos y lo que se les ocurre mientras salen a decir misa.

Cuadros místicos, un crucifijo y una fuentecilla en la que los sacerdotes se lavan las manos antes y después de celebrar, componen todo el adorno de aquel lugar.

Debemos hacer especial mención de una antiquísima mesa, tras de la que hay un vetusto sillón de vaqueta.

Hemos hecho mención especial de estos dos muebles (que no faltan en ninguna iglesia parroquial) no por su antigüedad ni por su hermosura, sino porque en aquel sillón y tras de aquella mesa se sienta un sacerdote.

Veamos cuál es su oficio.

Una mujer entra en la sacristía, diciendo que desea que digan una misa en tal o cual altar; la dirigen al sacerdote de la mesa, éste recibe el dinero y escribe en un libro, contestando después: "Se dirá".

Después llegan dos señoras con un recién nacido. Viene a lo que vulgarmente se llama "misa de parida". El clérigo cobra y dice: "La que va a salir ahora, es,". Suele suceder que alguna persona entre a la sacristía pidiendo el "Viático" para algún enfermo, y entonces no falta ministro que diga, murmurando:

—¿No pueden venir a la noche? ¡Vaya una hora! ¿Corre mucha prisa.

Y de este modo, aunque el sacerdote se reviste con su traje ceremonial, aunque la campana dé el toque de ordenanza; en una palabra, aunque se "sirva al instante", no se hace sin haber murmurado primero acerca de la hora, del frío, del calor o de la mucha escalera que hay que subir, si el enfermo es pobre y habita en una altísima buhardilla. En resumen, para el que va con dinero, todo está bien; pero para el pobre es otra cosa: ya que no le salga negado, le será hecho lo que desea, a regañadientes como suele decirse.

Para terminar esta descripción, diremos que en la sacristía, por lo general, reina el mejor humor. Los acólitos rodeados por seis o siete muchachos, los cuales miran con envidia la sotana, y aspiran a llegar a ser acólitos cuando "haya plaza", riñen sobre la participación mal hecho de alguna propina, o sobre el deber de ayudar o no a la misa.

Pero ¿qué mucho que esto hagan los muchachos, si ven el ejemplo que les dan los

sacerdotes?

En una palabra, si nuestros lectores quieren enterarse a fondo y conocer las miserias de la Iglesia de Roma, vayan a estudiarlas en el interior de algunas sacristías parroquiales, en la seguridad de que verán, con sorpresa y escándalo, lo que el autor de estas líneas ha tenido ocasión de ver.

Pero volviendo a don Francisco: hallábase sentado y sumido en sus meditaciones, cuando uno de los acólitos se acercó a decirle que era hora de su misa.

Don Francisco comenzó a vestirse las ropas sacerdotales, a la vez que murmuraba en latín los rezos ordinarios.

Acordóse entonces de que ninguno de los apóstoles había usado aquellos atavíos, y, a pesar suyo, miraba sus vestiduras con cierto despego, que le hubiera sido imposible explicar. Por fin, tomó el cáliz y salió a la iglesia. Al subir las gradas del altar mayor, le daban ligeros vahídos, pero, no obstante, siguió: De un modo rutinario recitó las primeras oraciones. y al llegar al "Confiteor Deo", etc., quiso recogerse para hacer una confesión digna, pero en aquel momento este pensamiento le asaltó:

Primero pensó que ni San Pedro ni San Pablo debían haber celebrado misa recitando aquella oración pues de lo contrario, ellos mismos se pedían perdón por sus propios pecados; segundo, si, como es de suponer, esta oración no se decía en tiempo de los apóstoles, claro es que era un remiendo echado después, en cuyo caso la misa no estaba tal y como la celebraban los apóstoles.

Inmediatamente le asaltó otro pensamiento y se dijo:

—¡Qué necio soy en pensar así! Claro es que ni San Pedro ni ningún apóstol dijo esta oración; pero no por eso está la misa alterada, puesto que desde el "Introito" hasta el Evangelio, no son sino oraciones preliminares que no forman parte de la misa. Adelante, pues, adelante.

Don Francisco continuó celebrando. Por fin llegó al Evangelio; el muchacho que ayudaba mudó el misal de izquierda a derecha del altar y el sacerdote principió a leer el Evangelio, que en aquel día era el capítulo 4 del de San Juan, o sea el pasaje de Jesús y la Samaritana.

Don Francisco, leía rápidamente, pero al llegar a los versículos 21, 22 y 23, una luz penetró en su mente, y por un momento detuvo su lectura, hasta que, con mucha atención y calma, volvió a leer:

"Vos adoratis quiod nescitis..." (No pierda de vista el lector que el cura leía en su misal latino.)

—Sí—pensó don Francisco—, "vosotros adoráis lo que no sabéis": eso nos sucede a la mayoría de los católicos. ¿Qué sabe acerca de Dios toda esa gente que está arrodillada detrás de mí? ¿Cómo puede estar orando con recogimiento, si está mirándome con toda atención, para arrodillarse cuando me arrodillo, y levantarse cuando me levanto?

"Sed venite hora —prosiguió leyendo— et nincuc est, quando veri adoratores aborabunt Patrem in spiritu et veritate. Nam et Pater tales quaerit, qui adorent eum. Spiritus est Deus; et eos, qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare".

—Oh—murmuró el cura—, he aquí una doctrina en la que jamás me he fijado: *"Los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque El es Espíritu y Verdad; además, porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren"*. El Señor, pues, desea un culto espiritual, pero por cierto que el culto que nosotros los católicos

damos tiene muy poco de interior y espiritual, más bien es externo y material. Jamás pensé en esto.

Don Francisco prosiguió la misa y la terminó, saliendo de la iglesia sin hablar apenas con nadie.

Las devotas que acostumbraban a oír misa que él decía, salían diciendo:

—Hoy sí que ha sido pesado don Francisco. Este llegó a su casa, y una vez en su despacho escribió la siguiente carta:

"Madrid.—Embajadores... principal.

Sr. don Mateo N.

Muy señor mío: Aunque había resuelto no molestar a usted más, siento mucho el hacerlo: pero, sin embargo, le ruego venga por esta su casa cuando le sea posible, teniendo en cuenta que un alma que sufre le necesita.

Suyo afectísimo,
Francisco María de los Ángeles".

***

XXIII

Pasaron dos días terribles para don Francisco. En estos dos días el sacerdote comió poco, durmió menos, y permaneció encerrado en sus habitaciones, sin salir a la calle ni aún para celebrar misa.

A los dos días, unos golpecitos dados a la puerta le hicieron levantar la cabeza y decir:

—Adelante.

La puerta se abrió y su ama le dijo:

—Don Mateo... I

—¡Ah! —exclamó don Francisco—, ¡que pase, que pase!

Y mientras esto decía, sin poder contenerse, salió él mismo a recibirle.

—Bienvenido sea, señor don Mateo —le dijo en cuanto le vio.

El evangelista le contestó, y ambos, saludándose mutuamente, entraron en el despacho del cura.

Después que se hubieron sentado, don Mateo dijo:

—Anoche, a las once y media, recibí su carta, pues he estado en un pueblo predicando, y, como le digo, anoche llegué a esa hora; por tanto, hoy me tiene usted a sus órdenes.

—Amigo mío, imposible es decir la angustia que sufro. Mi espíritu batalla, y ni aún de noche puedo descansar. El día que escribí a usted la carta no pude celebrar mi misa con tranquilidad de espíritu necesaria; la noche antes leí la Biblia, me acosté y fui presa de horribles ensueños y pesadillas.

Y don Francisco contó al joven sus sueños, y a más lo que le pasó en la misa, y después continuó:

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué sufre mi alma?

Yo le ruego amigo don Mateo, que me diga franca y lealmente Si lo que cree, lo cree de corazón; si así es, cuál es la base de su fe, por qué difiere de las creencias de la Iglesia, por qué tiene en poco la misa... en una palabra, deseo que me diga sinceramente si obedece a su conciencia, o si, tanto usted como los de su secta, están anudados y afiliados para, so capa del Evangelio, derribar la Iglesia católica y plantar en su lugar su protestantismo. Háble me con toda franqueza, en la seguridad de que nadie sabrá lo que hablamos, y en cambio usted habrá devuelto la tranquilidad y el reposo a mi alma. En fin don Mateo, o demuéstreme clara y terminantemente las erradas creencias que profeso, o dígame usted que los protestantes obedecen a planes torcidos, o, de lo contrario, por qué protestan.

El cura calló; su mirada se hallaba fija en el semblante del evangelista, como si quisiese magnetizarle.

Al cabo de unos segundos, don Mateo dijo:

—Señor don Francisco, he estado escuchando a usted con calma, y he comprendido claramente que su alma necesita del desahogo que usted le ha dado. Ahora voy a contestar a la primera parte de sus preguntas, pues todas ellas las voy a dividir en dos grupos. Desea usted saber cuál es el verdadero carácter del protestantismo. Bien; aquí, en nombre del Señor, a quien desde que soy convertido jamás invoco en vano, le aseguro que los protestantes, o mejor, los cristianos evangélicos, no obedecen, en materia religiosa, a planes torcidos; que por ninguna cosa desean que el mundo se pierda; que no odian a los ministros ni a los que componen la Iglesia Romana; antes por el contrario, los compadecen, y por último, que los protestantes desean que el Evangelio, en toda su pureza, se establezca en toda la faz de la tierra, y que, conforme al dicho del Señor, el mundo sea lleno del conocimiento de su nombre. Ahora, la segunda parte de mi contestación es: que la única regla de fe de los que nos llamamos protestantes es la Palabra de Dios, como se halla contenida en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento; que acatamos todo lo que la Biblia dice, que nos sometemos a sus enseñanzas, y que rechazamos todo aquello que está en contradicción con las Escrituras o que no encontramos establecido en ellas. Esto sentado, y antes de pasar a otra cosa, debo preguntarle: si después de lo que hablamos el Señor le pone de manifiesto por mi boca los errores romanistas, ¿promete usted no resistir al Espíritu, antes bien, obrar conforme El le dicte?

—Sí, señor—contestó el sacerdote.

—Pues bien: escuche usted, al par que el Evangelio, los errores de la Iglesia de que usted es ministro. Mas para hablar con más facilidad, vamos a tratar la cuestión personalmente, es decir, como si usted fuese el fundador del romanismo y yo del protestantismo.

—Bien, muy bien —dijo don Francisco—; empecemos por la misa. Yo digo, y la Iglesia lo confirma, que Jesús es el que instruyó la misa, al instituir el sacramento de la Eucaristía.

—Y yo— respondió don Mateo—le digo a usted que es preciso hacer una definición de la misa. ¿Qué es misa?

—La misa —contestó don Francisco—es un sacrificio en el cual el sacerdote ofrece a Dios en sacrificio incruento al Hijo de Dios, a Jesucristo. Este sacrificio puede aplicarse en beneficio de los difuntos, cuyas almas purgan algunas faltas en el purgatorio.

—Corriente —replicó el evangelista—; pues yo digo a usted que no he oído jamás tantos errores en tan pocas palabras.

"En primer lugar —continuó el evangelista—, ¿cómo celebraban los apóstoles el partimiento del pan? En el capítulo 2 de los Hechos, y versículos 42 y 46, leo que los apóstoles, con las personas convertidas, participaban de la comunión entre ellos, celebrando la participación del pan en las casas, y todos con alegría daban gloria a Dios. Ahora, pues, sabemos que los apóstoles no usaron esa oblea que Roma usa para la comunión, sino que comían pan, como Jesús les enseñó; también bebían vino, no sólo los apóstoles, sino cuantos participaban de la comunión, cosa contraria a lo que usted, sacerdote romano, hace, pues priva del cáliz al pueblo, y esto me da derecho a preguntar: ¿Quién instituyó el Sacramento, usted o Cristo? El Señor, hablando del cáliz, dijo: *"Bebed de él todos"*. ¿Quién es usted para oponerse a la voluntad del Fundador, que quiso que disfrutasen todos de su sangre?

"En segundo lugar, la misa no fue instituida por Cristo ni sus apóstoles, porque un papa, Dámaso, obispo de Roma, en el año 368, ordenó el "Confiteor"; Gelasio, por el año 492, compuso los "Himnos, Colectas (Valera: "De la misa y de su santidad"), Responsorios, Graduales, Prefacios", y también añadió el Vere "dignum et justum est". Símico desde el año 512, decretó que los domingos y fiestas principales de los mártires se cantase el "Gloria in excelsis Deo". Pelagio acerca del año 556, añadió la conmemoración de los difuntos. Gregorio I, por el año 600, hizo las "Antiphonas y el Introito", ordenado que el "Kirie-eleyson" se cantase nueve veces y lo mismo el "Aleluya". Además también ordenó este papa que el "Pater noster" se cantase en alta voz y sobre la hostia consagrada; también añadió al Cánon: "Disque nosotros in tua pace disponas".

Don Francisco estaba poseído de admiración y lo demostraba por medio de sus ademanes; el joven prosiguió:

—Sergio, que murió en 701, ordenó que el "Agnus Dei" se cantase tres veces antes de la fracción del pan. Gregorio III añadió a la secreta de la misa "Quorum solemnitas hodie in conspectu tuae majestatis celebratur. Domine Deus noster, in toto orbe terrarum" Nicolás I anadió las "sequencias". No me negará usted que Sixto I ha añadido el Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth". Inocencio I, por el año de 405, añadió el besar la paz. León I inventó el "Orate pro me frates, el Deo gratias", añadió el Cánon "Sanctum sacrificium, inmaculatam hostian y el Hanc igitur oblationem". Y, después de todo eso, ¿no ve usted, amigo don Francisco, que Cristo no instituyó la misa, sino que ésta es obra de muchos?

Don Francisco permaneció en su obstinado silencio. Don Mateo prosiguió:

—Otra prueba existe, mayor si cabe que todas, que demuestra claramente la extraordinaria mentira que es el decir o sostener que Cristo instituyó la misa. El gran "Te igitur elementissime Pater" es una parte de la misa en la que se hace mención del Papa, del Obispo y del Rey, prueba irrecusable de que Cristo ni instituyó la misa, ni la dijo, porque en su tiempo no había Papa ni Obispo. En el "Comunicantes" se hace mención de la Virgen y de muchos santos que no existieron sino mucho después de los apóstoles, como San Cipriano, Lorenzo, Crisóstomo, Cosme, Damián y otros: esto prueba la verdad de mi aserto. Ahora conviene observar la sutileza romana. No ponen en este Cánon a San Pedro, porque si le pusieran, podría decir el observador que aquel apóstol había buscado su propia gloria (Valera: "De la misa y de su santidad"). Con esto convenzo al más terco o ciego, que ni Cristo ni ninguno de los apóstoles dijo misa, ni la conocieron.

Don Francisco dio un suspiro y dijo:

—Triste cosa es encontrarse ante la fría verdad. ¡Oh. Dios perdona a todos!

El cura calló y el evangelista prosiguió diciendo:

—Ahora pasemos a las Escrituras. Usted me pone delante, por razón de sus creencias, la autoridad de los hombres; yo la acepto para confundir esa autoridad con la de Dios. La esencia, el fundamento de la misa, está contenido en el artículo V del Credo del Papa Pío IV, que dice así: "Confieso, asimismo, que en la misa se ofrece a Dios un verdadero, propio y propiciatorio sacrificio por los vivos y por los difuntos, y que en el santísimo sacramento de la Eucaristía "verdadera, real" y substancialmente el cuerpo y la sangre juntamente con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y que se verifica una conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo del Señor, y de toda la sustancia del vino en su sangre; a cuya conversión llama TRANSUSTANCIACION la Iglesia Católica. También confieso que, bajo cualquiera de ambas especies, se recibe a Cristo total y cumplidamente, y un verdadero Sacramento". Este artículo, enseriado en esqueleto a los católicos, les obliga a creer varias cosas; pero las dos principales son: primera, que en la misa se ofrece a Dios un sacrificio de propiciación por los vivos y por los muertos; y segunda, que en la misa, bajo las especies de pan y vino, está real, verdadera y substancialmente Cristo, con su alma y divinidad. Después de esto, y por si alguno osare levantarse contra tal impiedad o no pudiere admitir tal creencia, nos viene el Concilio de Trento, que en su sesión 22, Cánon 3o. decreta: "Si alguno dijere que el sacrificio de la misa es solamente un sacrificio de alabanza y acción de gracias, o una mera conmemoración del sacrificio hecho en la cruz, y que no es propiciatorio, o que aprovecha solamente al que lo recibe, y que no debe ser ofrecido por los vivos y por los muertos, por sus pecados, castigos, satisfacciones u otras necesidades, SEA ANATEMA". Todo católico romano está obligado a callar y acatar esta doctrina, esté o no conforme con ella, so pena de caer en los anatemas del Concilio.

"La enseñanza, pues, de esta Iglesia es que cada vez que un sacerdote celebra misa, ofrece a Dios un sacrificio propio y propiciatorio por los vivos y por los muertos. ¿Quién es el sacrificado en este sacrificio? Cristo, el mismo Cristo del Gólgota, el Jesús de Belén. Cuando principiamos esta discusión, le dije que tal como la caída y el caído tenía que ser la redención y el Redentor; ahora —añadió sacando la Biblia— contra la doctrina de que el sacrificio de Cristo pueda renovarse, en la Epístola a los Romanos, capítulo 6, versículos 9 y 10, leo: *Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no se enseñoreará más de El. Porque el haber muerto al pecado murió UNA vez, más el vivir a Dios vive"*.

"Escuche usted también, amigo don Francisco, lo que dicen los textos siguientes:

"Cristo padeció una vez por los pecados; el justo por los injustos para llevarnos a Dios". (1Pedro 3: 18),

"Y no para ofrecerse muchas veces a si mismo, como entra el Pontífice en el santuario cada año con sangre ajena: de otra manera, fuera necesario que hubiera padecido muchas veces desde el principio del mundo; mas ahora, una vez en la consumación de los siglos, para desasimiento del pecado, se presentó por el sacrificio de si mismo. Y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez y después el juicio, así también Cristo fue ofrecido UNA VEZ para agotar los pecados de muchos y la segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan para salud. (Hebreos 9:25-28).

"Pero éste (Cristo)*, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, está*

sentado para siempre a. la diestra de Dios, esperando lo que resta hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies". (Hebreos 10:12 y 13).

"Estas porciones del Nuevo Testamento que he leído, demuestran, muy claro, que la misa, o sea la pretensión de sacrificar a Cristo todos los días y en muchos sitios a un tiempo, es contraria a la voluntad suprema de Dios, que quiso un solo sacrificio. De esto deduzco una consecuencia, y es ésta: que los anatemas de Roma son contra Dios.

"Ahora, es claro que para que haya sacrificio es necesario víctima, y de ésta ya se ha provisto la Iglesia romana por medio de su transustanciación; pero tenga usted en cuenta que *"sin derramamiento de sangre no se hace remisión"* ¿ahora bien, dónde está el derramamiento de sangre en la misa? De qué instrumentos cortantes o punzantes usa el sacerdote romano en ese sacrificio? Quién derrama allí sangre? Y que no digan los romanos que todo se hace por figura o en memoria, porque en tal caso caen en el anatema tridentino; es preciso creer, aunque no se vea, que Cristo baja a las manos del sacerdote, y que éste le ofrece en sacrificio al Eterno. ¡Ah! Roma hace muy bien en pintar la fe como una matrona con los ojos tapados; ¡Comprendo el por qué Roma no quiere el libre examen, porque odia la luz! Pues bien, don Francisco: usted es sacerdote romano, usted está en tinieblas, usted no está en Dios, porque *"Dios es luz"*

El joven se detuvo, y el sacerdote le dijo:

—Aunque mi alma recibe un consuelo dulcísimo, aunque desearía confesar a usted lo que siento, puede usted descansar; pero Si no quiere, puede continuar.

—No estoy cansado —respondió el joven, añadiendo—: además, deseo terminar la cuestión que nos ocupa. Que Cristo, material o corporalmente esta en la misa, que su presencia es verdadera y real, al decir de Roma, no cabe duda, pues en el Cánon I, sesión 13 del referido Concilio de Trento, se dice: "Cualquiera que negare que en el Sacramento de la Eucaristía se contienen verdadera, real y substancialmente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con su alma y divinidad, y de consiguiente Cristo "todo", mas afirmare que está allí en símbolo o figura, o por su propia virtud SEA ANATEMA". Vuelvo, pues, no ya a decir que Roma anatematiza al Dios que adora, sino que se opone con sus decretos a la voluntad soberana de Dios.; ¿Cómo puede estar Cristo en el sacramento, ni en la misa, de una manera corporal? La Escritura dice, en oposición a esto, lo siguiente:

"Si habéis, pues, resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios". (Colosenses 3:1).

"Al cuál (Jesús) *de cierto es menester que el cielo tenga hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el siglo".* (Hechos 3:21).

"Pero éste (Jesús), *habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, está sentado para siempre a la diestra de Dios"* (Hebreos 10:12).

"¿Cómo, pues, se atreven ustedes a sostener que Cristo desciende a este mundo, cuando es preciso que esté a la diestra de Dios hasta que se cumpla el total de las profecías? ¿Cómo pueden ustedes sacrificar o renovar el sacrificio de Aquel que con un solo sacrificio hizo perfectos a los que santificó? Pero voy a hacer a usted una pregunta, a la cual si usted da una contestación satisfactoria, prometo creer, no digo la transustanciación, más todo lo que de mí exija el infalible romano. La pregunta es ésta: ¿Qué Cristo sacrifica Roma, el glorificado de los cielos o el terrenal del Gólgota? El primero, atendiendo al dicho de San Pablo, "hay cuerpos celestiales y cuerpos terrestres", es celestial, o sea el Cristo glorificado;

al tal es imposible sacrificar porque ya está glorificado, y por tanto, a más de su naturaleza que se opone a ello, sería necesario hacer bajar un ser de un lugar de gloria a un mundo de padecimientos y a sufrir dolores. Si se me dice que sacrifican al cuerpo de Cristo como estuvo acá en la tierra antes de ser glorificado, digo que no puede ser porque no existe, y porque el tamaño del Cristo que el sacerdote sacrifica no corresponde en peso ni en tamaño con el Cristo que nació en Belem. Que Cristo es glorificado, y que su cuerpo es un cuerpo celestial, lo sabemos por lo que está escrito en la primera epístola del apóstol Pablo a los Corintios, capítulo 15, versículo 45 a 48, y aún más por la lectura de todo el capítulo, en que se dice que los que habitan en los cielos son cuerpos celestiales.

Después de una pausa el joven prosiguió:

—Si alguna creencia tuviera yo en la transustanciación, me bastaría para abandonarla haber leído en el misal romano las reglas sobre los "defectos de la misa", que usted conocerá muy bien. Hay una página que recuerdo muy bien, y que dice: "Si una hostia consagrada llegare a desaparecer, sea por accidente, por el viento, o por milagro, o fuere devorada por un animal, conságrese entonces otra". ¿Cómo es posible que Aquel a quien los vientos obedecían esté expuesto a ser llevado por el viento? ¿Con que es decir, que un milagro puede hacer desaparecer otro milagro? ¿Con que es decir, que Cristo está expuesto a ser devorado por los ratones que comúnmente se albergan en los viejos retablos de las iglesias? Como ya sé que usted no ignora lo que debe hacer el sacerdote si cayese una mosca o araña en el vino consagrado, es decir, beberlo si no hay náuseas, no lo repetiré, pero sí diré algo de aquella famosa regla que dice: "Si en el invierno se *Helase la Sangre* en la copa, rodéese ésta con paños calientes; si esto no bastare, póngase dentro de agua caliente cerca del altar, hasta que se derrita la sangre, cuidando de que no entre el agua en la copa". No puede darse, amigo don Francisco, mayor cúmulo de impiedades: ¡La sangre de Cristo helada! ¿Qué Cristo sacrifican ustedes?

—Amigo mío—dijo el cura, profundamente conmovido—, desde luego he visto algunas cosas que ya antes de ahora no comprendía, pero que por la obediencia pasiva a que estoy acostumbrado, he creído. Hoy he visto algo que creo verdad: pero deseo encontrarme sólo, y ponerme delante de Dios para que El me diga lo que debo hacer. Todo lo que en este momento pueda decir a usted no sería dictado por una conciencia libre, pues me hallo bajo la influencia de sus argumentos. Sin embargo, yo le prometo obrar en conciencia; y para que usted vea una prueba de ello, le voy a hacer una promesa y una petición.

El joven puso mucha atención. Don Francisco prosiguió:

—La primera es esta: no volveré a decir misa hasta que Dios me convenza de que es un error cuanto usted me ha dicho la petición es que usted me deje su Biblia para que yo pueda leerla y confrontarla con la mía. Una cosa más: si el Señor me dice que la Iglesia de la cual soy sacerdote no es la de Cristo, renunciaré a mi sacerdocio y me separaré.

Ambos interlocutores quedaron conmovidos en cuándo se verían otra vez, y después de una corta oración por parte del evangelista, éste salió de casa de don Francisco, pidiendo a Dios la conversión del sacerdote.

***

XXXIV

Nuestros lectores se acordarán de Julián, el héroe principal de nuestra historia, que por algún tiempo ha permanecido oculto y como relegado al olvido.

Julián y el señor Juan continúan en A., y aunque a menudo han escrito a sus respectivas familias, no hemos dicho nada, porque nada digno de especial mención, hasta hoy, hay acerca de ellos.

Algunos días después de la última entrevista de don Francisco y don Mateo, hallábase Dolores cosiendo en la trastienda, cuando un aprendiz se presentó a ella y la dijo:

—Maestra, carta. Dolores alzó vivamente la cabeza y tomó la carta de manos del chico; con celeridad rompió el sobre, y sentándose en el sofá empezó a leer la misiva, que estaba concebida en los siguientes términos:

"Pueblo de A...

"Amada esposa: Que cuando ésta llegue a tu poder goces de salud en compañía de nuestro hijo, son los deseos de tu esposo.

"El señor Juan y yo seguimos sin novedad.

"Recibí la tuya última, y enterado de ella, te doy las gracias por las noticias que me envías de todo, pero especialmente acerca del estado de la Obra en esa casa; no esperaba yo menos de don Mateo: es un buen cristiano. "Sabrás que en ésta ya hemos concluido los trabajos (aunque no todos) y podemos pasar a Madrid unos días para comprar materiales y descansar, ínterin los arquitectos empiezan las demás construcciones. Resulta, pues, que pasado mañana tendré el placer de verte y de besar a nuestro querido Pablo.

"Doy gracias al Señor, porque en ésta quedan algunos que han conocido el Evangelio, los cuales se reúnen todos los domingos y pasan una hora y media leyendo la Palabra de vida.

"Me alegro también de lo que me has participado acerca de las visitas de don Mateo a la casa de don Francisco, y pido al Señor que convierta a ese pobre sacerdote.

"El señor Juan me dice que tengas cuidado de observar si cada vez que el joven sube a casa del cura vuelve a bajar, pues dice que no tiene confianza en el católico; pero yo os digo que Dios es mayor que todos y El guardará de todo mal a sus hijos.

"Ayer hemos cobrado el último importe de los trabajos, y, como ya te dije, pagué hace tiempo al señor Juan los 1,000 reales que me prestó, y aún tenemos un ahorro de algunos duros. Para terminar, te diré que hasta de salud voy bien, pues el señor Juan dice que estoy más grueso, lo que no me extraña, porque cuando vine casi traía hambre.

"¡Pobre esposa mía, cuánto has sufrido! Pero, mira cómo el buen Dios nos ha bendecido. "Sin más, saluda a los obreros de casa y a la familia de nuestro amigo, da besos al niño y tú recibe el amor de tu esposo,

Julián".

Dolores dio gracias a Dios por la carta que tenía en sus manos, y después, con precipitación, salió por la puerta que daba al portal, con dirección a casa de la familia del señor Juan.

Dolores llevaba la carta en la mano, y al abrir la puerta se halló con Antonia, la cual, con otro papel en la mano, venía hacia su casa.

—¡Carta! —exclamaron a una las dos jóvenes tan pronto como se vieron.

—De mi marido dijo Dolores.

—De mi padre—contestó Antonia.

—Pues vamos a tu casa—repuso Dolores—; allí las leeremos: no es bien que tu madre se quede sola.

—Como quieras—contestó Antonia.

Ambas entraron en la sala de la carpintería, en cuya habitación estaba la señora Blasa llorando de alegría. Antonia comenzó a leer:

"Pueblo de...A

"Querida esposa e hija: Me alegraré que al recibo de ésta os halléis en la más cabal salud que yo para mí deseo; yo estoy bueno, para lo que gustéis mandar.

"Blasa y Antonia, estoy seguro que vais a tener un alegrón cuando recibáis estas cortas letras que escribo.

"¡Ya lo creo que os vais a alegrar!

"Sabréis cómo pasado mañana llegamos a esa, porque por ahora hemos concluido aquí.

"Os voy a dar un abrazo fuerte, muy fuerte, ya lo creo: sois vosotras dos a quienes más quiero en este mundo.

"También quiero a Dolores y a su hijo; claro, como que su marido es el hombre más de bien que hay bajo la capa del cielo. Siempre está predica que te predica y con la Biblia en la mano. Yo le he dicho muchas veces: "Pero, hombre, no ve usted que se le burlan en sus barbas?"; pero él tiene más paciencia que Job, quien, según creo, fue el hombre más paciente del mundo.

"A mí me hace sufrir mucho, porque cuando veo que hay alguno que se ríe de nuestras creencias, no sé que haría; pero Julián siempre me sale al encuentro, diciéndome: "Señor Juan, Jesús dijo: —*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*—; mire usted que los discípulos de Jesús no han de ser coléricos; mire usted que *porque no somos del mundo, por eso nos aborrece el mundo"*. Con esas y otras razones me deja paradito y hace de mí lo que quiere.

'Otra cosa: ¿y don Francisco os molesta en los cultos? ¡Qué ganas tengo de ir para meter en cintura a él y a su gente! Todas las mañanas oramos por él, Julián y yo; pero si Dios no hace un milagro, dejará ese señor de ser cura romano cuando yo deje de ser carpintero. Aquél es su oficio, como éste es el mío; en fin, yo, para no ocuparme de él, no quiero más, sino que nos deje en paz.

"No os canso más. Expresiones a Dolores, besos a Pablo, expresiones a

los oficiales de casa, a los aprendices y a todo; los que preguntan por mí. Recibid expresiones de Julián. "Y ahora disponed como queráis de este que os quiere y veros desea. Juan".

—¿Ves? —dijo Blasa—; nada nos dice mi marido de las obras ni de interés: sólo tiene en su imaginación al cura, a quien no quiere, por el mal que a todos nos ha hecho.

—A mí—exclamó Antonia— poco me importa las noticias con respecto a intereses; lo principal es saber que están bien y que vienen.

—Claro—contestó Blasa—; pero lo digo porque su eterna pesadilla es el cura.

—Padre —insistió Antonia— tiene un corazón noble. Hombre rudo, sabe amar con toda su alma y odia menos de lo que parece. Segura estoy de que si mañana don Francisco se viera en un apuro y mi padre pudiera sacarle de él, lo haría gustoso, aunque gruñendo, pues ésta es su costumbre.

—Amigas —dijo Dolores interrumpiendo la conversación, —hemos recibido muy buenas nuevas, por las cuales creo que debemos dar gracias al Señor.

Acto seguido todas se pusieron en oración a Dios, rogando por aquellos dos seres, que tan queridos eran a estas tres mujeres.

En la habitación en que oraron estaba el altar con San Antonio; pero ni una palabra hubo para el Santo.

***

XXV

El día prefijado en las cartas por Julián y el señor Juan, llegaron ambos a Madrid.

Sus respectivas familias fueron a recibirlos a la estación del ferrocarril, y ahora todos juntos se hallan en la trastienda de la hojalatería, hablando; y entre otras personas, también se encuentra el joven don Mateo, pues terminado el culto de aquella noche, como supiese que su amigo Julián llegaba, se decidió a esperarle.

Después de los primeros saludos, y en el momento en que los hallamos sentados y conversando en casa de Julián, don Mateo habló así:

—Pues sí, amigos míos, durante su ausencia han ocurrido muy buenas cosas en esta casa.

—¿Con que dice usted —le preguntó Julián—que el culto ha seguido sin interrupción?

—Sí, señor.

—¿Y la gente sigue asistiendo?

—¡Ya lo creo!

Y dígame usted —interrumpió el señor Juan—: ¿el cura les ha inquietado a ustedes mucho?

—¡Ah! —exclamó el evangelista—, ¡Pobre don Francisco! En estos momentos su alma sufre una lucha terrible; batalla entre la verdad y el error, entre el bien y el mal; entre seguir las verdades del Evangelio o las prácticas romanas. Tal es su posición; el pobre lucha, pero creo que esa lucha le será provechosa.

—Sí, sí, fíense ustedes del cura —dijo el carpintero— y verán qué chasco se llevan ustedes.

—No sé —dijo don Mateo—, pero me parece que don Francisco dejará los errores de la Iglesia de Roma.

—Pues, señor —insistió el señor Juan—, celebraré que esto suceda, pero...

—Nada, señores —interrumpió Julián—; la obra no es nuestra, la obra es de Dios. El tiene que hacerla; nosotros, con nuestras dudas y con nuestra falta de fe, hacemos lo que las gentes en los días de Jesús, imposibilitarle con nuestra incredulidad para que haga maravillas.

Después de algunas palabras más, don Mateo manifestó intenciones de retirarse para que los viajeros descansaran; Julián propuso un pequeño culto de acción de gracias al Señor, que los había vuelto a juntar, hecho lo cual, cada uno se retiró a su casa para entregarse al descanso.

Al siguiente día, tan pronto como por la casa circuló la noticia de la llegada de Julián, casi todos los vecinos fueron a visitarle y a estrechar su mano.

Las mujeres, desde los corredores, hablaban del suceso; tanto, que muy en breve llegó la noticia a oídos de don Francisco, el cual permanecía en su casa sin salir de ella y sin querer recibir a nadie.

El pobre sacerdote leía, y leía sin cesar, en la Biblia, oraba de continuo, y su alma iba abriéndose cada vez más para recibir en ella la verdad.

Don Francisco había envejecido diez años. Estaba pálido y ojeroso; tanto, que su ama de llaves, alarmada, le había propuesto diferentes veces su deseo de llamar a un médico, a lo que don Francisco se había negado rotundamente.

Con bastante frecuencia el sacerdote solía murmurar: "Señor, ¿qué quieres que haga? "Y aguardaba a que el Señor le trazase el camino que debía seguir.

En el momento en que supo la llegada del vidriero, un rayo de alegría iluminó su pálido semblante, e inmediatamente mandó llamar a Julián, el cual, recibido el aviso, subió a la casa del sacerdote, ínterin Dolores fue a dar la noticia al señor Juan y a su familia.

—¡Ah! —exclamó el carpintero—, ¿ya hemos comenzado de nuevo? Pues yo aseguro que como trame algo contra ustedes, le voy a hacer ver lo que vale este viejo.

Entre tanto don Francisco, frente a frente de Julián, le contaba sus temores, sus dudas; le descubría, en fin, el estado de su alma.

—Pues amigo —le dijo el vidriero después de oírle—, la cosa es clara, y la solución de esta cuestión es sencilla; usted antes no conocía la verdad, por lo cual obraba creyendo servir a Dios; hoy la verdad le ha sido revelada por medio

de la Palabra de Vida; ahora, pues, no le quedan a usted más que dos caminos: o tener la fe de los ángeles o tener la fe del demonio.

—No comprendo —dijo el cura.

—Pues yo creo que me explico —dijo Julián—; los demonios creen en Dios, y sin embargo tiemblan; los ángeles creen en Dios y se deleitan en El. Si usted ha visto la luz, o sea a Cristo, y no le sigue, por esta sola causa está usted en el camino de la perdición, y debo advertirle que el Evangelio ya le ha sido ofrecido, Jesús ya se le ha manifestado. Si usted teme más al qué dirán, a la sociedad, o a su posición aquí en el mundo, que a la ira de Dios para aquellos que rechazan a Jesús, usted resiste perversamente al Espíritu Santo, y este es el más terrible pecado que el hombre puede cometer.

Julián calló, y don Francisco, que se hallaba presa de una agitación nerviosa, pasados unos instantes, dijo:

—Y en el caso de que yo me decidiera por el Evangelio como usted le comprende; ¿qué debería hacer?

—Lo primero, creer en el Señor Jesús como el solo Salvador e Intercesor entre Dios y los hombres; después abandonar por completo las prácticas romanistas: devolver todos los cargos que ejerce acerca de esa Iglesia y hacer una profesión pública de su fe ante una congregación de cristianos evangélicos dedicándose en seguida a propagar la verdad, con mayor ahínco que antes propagó el error. En fin, si usted quiere ver lo que debe hacer si es convertido al Señor, vea y estudie lo que hizo el apóstol Pablo cuando dejó de ser Saulo.

—Sí —exclamó don Francisco—; me es preciso volver al bien en todo. Para mí el paso más difícil, el temor que más me acosa, son mis compañeros: ¡qué dirán!

—Por mucho que digan, esté usted seguro que ninguno de ellos va a responder por usted en el día del juicio. Si teme usted el "¡qué dirán!" del mundo, tiemble usted ante el ¡qué dirá! de la sangre de Jesucristo. Tiemble usted ante lo que dirá aquel manso Cordero cuando se levante para arrojarle al rostro el desprecio que acerca de su sacrificio ha hecho usted. *"Yo —dice el Señor— soy vuestro Consolador. ¿Quién eres tú para que tengas temor del hombre, que es mortal, del hijo del hombre que por heno será contado? Y hasta olvidado de Jehová tu hacedor, que extendió los cielos, y fundó la tierra; y todo el día temiste continuamente del furor del que te aflige, cuando se disponía para destruir. ¿Mas en dónde está el furor del que te aflige?"* (Isaías 51:12 y 13). Desdichado de aquel que por el mundo abandona a Dios.

—No hablemos más: creo en mi corazón que debo hacer lo que usted me dice: pero hay algo que me impide; en muy pocos días tendrá usted noticias mías. Después de una corta oración, Julián se despidió de don Francisco profundamente convencido de que Dios trabajaba en el alma del sacerdote.

Cuando llegó a su casa se encontró en ella con el señor Juan, quien al verle le dijo:

—¿Y qué, le engañó a usted de nuevo el cura?

—Señor Juan —respondió Julián—, oremos al Señor por las almas que pugnan por abandonar el mal, a las cuales Satanás acosa y pone mil obstáculos

para impedirles que se acerquen al Señor. La conversión de un sacerdote romano es para Satanás un gran descalabro.

***

XXVI

Ya habían transcurrido ocho días desde que Julián había regresado a Madrid, y cuatro que había hablado con don Francisco.

El joven vidriero se había vuelto a encargar del culto que se celebraba en la casa. Una noche, después de predicar anunció a los concurrentes que, a la siguiente, un nuevo orador deseaba dirigirles la palabra, y tales cosas les dijo y de tal modo encomendó la asistencia, sobre todo a los vecinos, que en la noche de que vamos a hablar, todas las habitaciones de la casa estaban atestadas de gente.

En el semblante de todos estaban pintados los deseos más vehementes de conocer al predicador.

Por fin llegó la hora de principiar el culto: la curiosidad iba a satisfacerse. Julián ocupó la silla que había tras de la mesa, invocó la ayuda del Señor, se cantó como de costumbre un himno, se oró; hecho lo cual, Julián leyó el capítulo 55 de Isaías.

En lugar de tomar texto para predicar, Julián se apartó a un lado cuando concluyó de leer; mientras se abrían unas puertas vidrieras que había a sus espaldas, y un personaje apareció en el dintel, viniendo a ocupar el lugar del predicador. Este personaje, que vestía de negro, hizo arrancar una profunda exclamación de la concurrencia:

—¡Don Francisco! Hubo unos momentos de estupor general durante el cual se sentaron a ambos lados de la mesa Julián y don Mateo.

Pasados aquellos momentos, don Francisco, con voz alterada, dijo: —

Sí, amigos míos; don Francisco, don Francisco, que habiendo oído en la Palabra de Dios la llamada *"a todos los sedientos, venid a las aguas",* lleno de sed acude presuroso a ese manantial de aguas divinas. Don Francisco, que ha oído con tiempo aún el aviso de Dios; don Francisco, en fin, que, impulsado hoy por una fuerza desconocida, por una voz que le grita "adelante", viene para hacer aquí, y después en otra parte una confesión de sus errores y una profesión de fe. Todos sabéis quién soy yo, todos me conocéis, y por eso mismo a vosotros, antes que a nadie, vengo a deciros que creo en el milagro portentoso de Saulo, porque de mis ojos también han caído las escamas del error.

"Yo era un ciego, guía de ciegos; y ¡ay! sin saberlo, sin pensarlo, ¡a cuántos habré precipitado en el hoyo! "¡Necio de mí, que teniendo el Evangelio en mis manos, jamás estudié las verdades en él contenidas, fiándome sólo en la interpretación rutinaria que me habían enseñado en les cátedras de Teología que he cursado!

"Pero, a Dios gracias, he venido al conocimiento de la verdad que es en Cristo Jesús y hoy abandono el error que está en la Iglesia de Roma. De hoy en

adelante seré cristiano de Cristo, pero no cristiano del Papa; seré predicador del Evangelio, pero no seré sacrificador; habré perdido mi reputación, mi crédito, mi todo, pero no importa, he ganado a Cristo; y a todos los que crean ver en mí miras interesadas, les emplazo ante el Tribunal Supremo en aquel día en que "todo lo oculto ha de ser manifestado".

"Sí, me separo de los errores de Roma, porque he aprendido por el Evangelio cuál es el camino donde se sirve a Dios, y el medio que existe para entrar en el cielo. Si me separo de la Iglesia de Roma, es porque esta Iglesia da al hombre multitud de intercesores, mientras la Palabra de Dios me dice que *"hay un Dios; asimismo un mediador entre Dios y los hombres Jesucristo hombre"*. "Me separo de la Iglesia de Roma, porque ella dice que el hombre se salva por sus buenas obras, haciendo de este modo que él tome parte en su salvación, y esto en menoscabo de Cristo, el único Salvador, porque está escrito de él: *"En ninguno otro hay salud, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos",* y en menoscabo de la Palabra, que dice: *"Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios"*. Me separo de la Iglesia Romana, porque en ella todo es material y nada espiritual, reduciendo a negocio las cosas más santas: así, lo mismo vende los sacramentos, que las bulas, que misas, etc., etc., sin tener en cuenta que está dicho por Jesús a sus discípulos: *"De gracia recibisteis, dad de gracia"*.

"No puedo permanecer más tiempo en el seno de la Iglesia Romana, contando entre sus dogmas el de la transustanciación; amigos míos, he estudiado esa cuestión hace muy pocos días y estoy evidentemente convencido de que Jesús y sus apóstoles nada han hablado acerca de la misa, ni menos la ordenaron, ni mucho menos la dijeron"

"Me separo de la Iglesia Romana, porque he visto que ella ha alterado las prácticas establecidas por Jesús o por los apóstoles, añadiendo, quitando o corrigiendo sacramentos los cuales empezaré a manifestar así: El Bautismo que la Iglesia Romana ministra no es el que ministraron ni Juan ni Pablo, ni ninguno de los apóstoles. En primer lugar, hace lo que sigue: exorcismo del agua para impeler al demonio; exorcismo de sal la cual el sacerdote pone en los labios del párvulo: el exorcismo del párvulo, soplando o alentando a la criatura en el rostro, hasta tres veces; otro exorcismo de sal, el presbítero unta con su saliva la nariz y los oídos del recién nacido, y también la unge entre los hombros y en el pecho, con el óleo de los catecúmenos. Como ya he dicho, he registrado con ansiedad la palabra de Dios para ver si estas prácticas estaban autorizadas por ella, y no he hallado ni la menor sombra de estas supersticiones. Juan el Bautista no exigía de aquellos que a él iban para ser bautizados otra cosa que arrepentimiento. Felipe, Pablo, Pedro, y cuantos administraron el bautismo, sólo exigían la fe en Cristo, sin usar de exorcismos, ni de untura, ni velas. Bautizaban en cualquier parte donde había agua teniendo presente el mandamiento de Cristo: *"Id doctrinad, bautizando en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo"*. Después del bautismo se cobran 2 reales, lo cual indica que por esa cantidad Roma introduce en la familia cristiana un ser cualquiera.

"Protesto y rechazo la confesión romana, y acepto la de la Biblia. Por la primera, el hombre se confiesa con el hombre, a quien no ha ofendido, y olvida al verdadero ofendido: el penitente se avergüenza de un hombre y no se avergüenza de Dios. Yo he confesado y conozco los secretos del confesionario, por lo que os digo que huyáis de él. El hombre debe confesarse a Dios

"Declaro que me adhiero al Evangelio en toda su pureza; que el prohibir a los hombres la lectura de la Palabra de Dios es una idea encaminada a que los hombres no vean el error en que viven, y le abandonen, con menoscabo de la autoridad de Dios; quien ordena en multitud de pasajes de su Palabra que ésta sea leída, sabida y estudiada por todos los hombres. Pero Roma prohíbe la lectura de las Escrituras al pueblo, y mañosamente aún a sus mismos sacerdotes, con la idea de que tanto unos como otros no vean los enjuagues y malicias de que se hallan plagadas las prácticas de esa Iglesia, así como lo defectuosas que son. "Confieso, asimismo que la Iglesia de Roma comete una gran maldad trastornando el más respetable de todos los sacramentos: hablo de la sagrada Eucaristía. La Iglesia Romana, queriendo corregir lo que Jesús hizo, prohíbe el cáliz a los fieles en el acto de la comunión mientras el Señor dijo: *"Bebed de él todos"* refiriéndose no sólo a los discípulos, mas a cuantos después de ellos habían de conmemorar *"la muerte del Señor hasta que venga"*.

"En fin, protesto contra todo lo que Roma hace, por dos razones: o porque todo está viciado, o porque está en contradicción abierta con las prácticas apostólicas contra la voluntad de Dios.

"Confieso que mientras fui sacerdote (porque desde hoy dejo de serlo), obré movido por el celo y fanatismo de que estaba poseído y porque creía hacer un servicio a Dios: ¡Cuánto me he engañado! ¡Dios me perdone!

"Confieso que he tratado de hacer mucho mal a este amigo —y señalaba a Julián —en sus intereses; confieso que, por mi solicitud el confesor de un título de nobleza de Madrid influyó en el ánimo de cierta dama de quien era confesor, Julián perdió no sólo el trabajo de cierta casa, mas lo ahorros que había empleado en materiales para aquel trabajo; por ahí principió la decadencia en la casa de Julián, por eso Julián tuvo que cerrar la tienda, y aquí cometí otro pecado mayor; fue cuando se hallaba en la necesidad fui a ofrecerle recursos a cambio de su conciencia. Confieso que he hecho por mi parte cuanto he podido para impedir los cultos que en este local se celebran, valiéndome de cuantos medios buenos o malos han estado a mi alcance; confieso que he llamado a este joven —decía señalando a don Mateo con intenciones torcidas, y confieso, por último, que he sido tan pecador que sólo por la maravillosa misericordia de Dios estoy aquí convencido de que Dios me perdonará, porque se lo pido en nombre de Jesucristo, y vosotros me perdonaréis todos a quienes ofendí, porque sois cristianos y porque os lo pido por las compasiones de Cristo".

Había en las palabras de don Francisco tal convicción tal acento de verdad, que, al oírlas, algunas voces se elevaron diciendo:

—Sí, sí, está perdonado. Y sobre estas voces sobresalió una que dijo: Bien, bien, don Francisco; ahora es usted un buen sacerdote liberal, honrado y

decente; le perdono a usted todo, y le quiero.

El que dijo esto dijo fue el señor Juan el carpintero.

Hubo unos momentos de efusión entre la concurrencia. Don Francisco, ahogado por la emoción que sentía, no pudo continuar hablando, por lo que don Mateo, Levantándose, y haciendo señal de silencio, dijo:

—¡Hermanos y amigos! Todos hemos escuchado las palabras de uno que habiendo militado bajo las banderas del error, ha abierto los ojos a la luz y hoy acude presuroso a refugiarse en Cristo. Ha hecho una confesión pública de sus actos, así como de su fe, por lo cual nosotros debemos recibirle. El Señor no desechó a ninguno de los que a El iban, el Señor no ha desechado a don Francisco; nosotros por lo tanto no debemos desecharle sino amarle, porque el Señor le ama. Ahora, oremos al Señor.

Después que hicieron oración y cantaron un himno, todos los presentes estrecharon la mano de don Francisco dirigiéndole las palabras más cariñosas. El por su parte, contestaba a todos afectuosamente y por último la concurrencia se retiró.

Al siguiente día don Francisco remitió a su "superior" sus licencias y la renuncia de su título de sacerdote, y nunca jamás, a pesar de cuanto hicieron sus antiguos compañeros para convencerle, volvió a decir misa; el pelo de su cabeza creció cubriendo la corona, y a los pocos meses nadie conocía que poco tiempo antes había sido cura católico romano.

El ídolo de San Antonio fue destruido; los cultos siguieron en la casa en que Julián vivía; la hojalatería y la carpintería siguieron también; don Francisco, según fama, se hizo misionero evangélico; por medio de él Dios anuncia el Evangelio de paz a muchos españoles sumidos antes en el error.

¡Haga el Señor que sean muchos los que así conozcan la verdad, y la sigan!

FIN
DE JULIAN Y LA BIBLIA